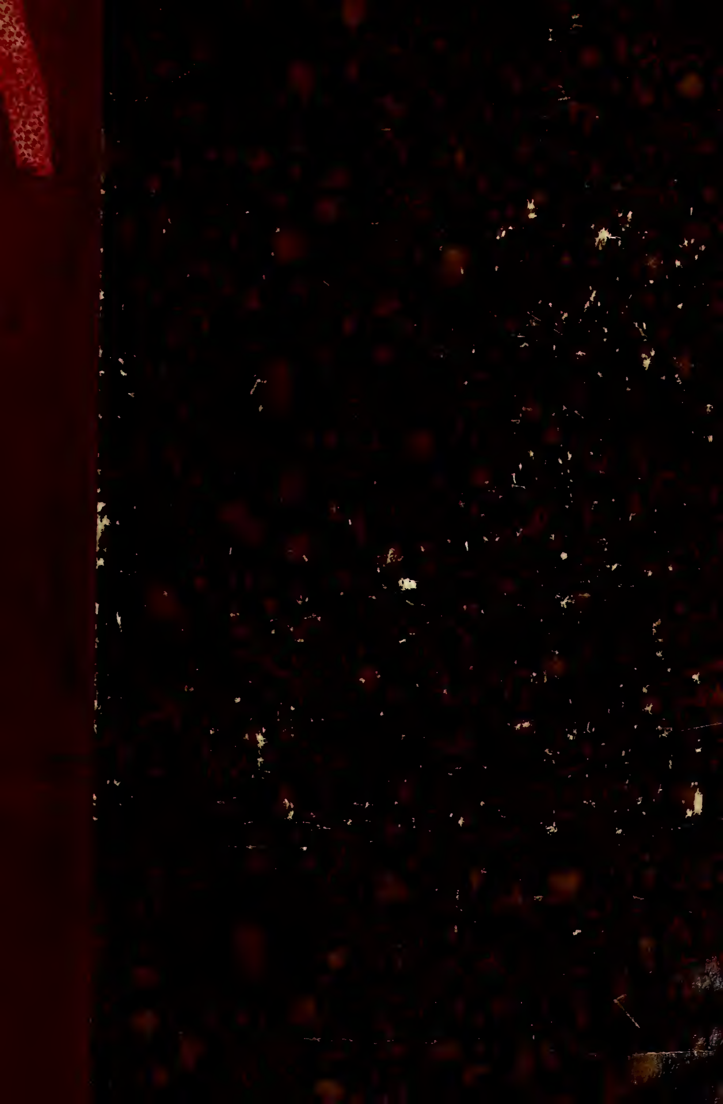



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025241408

VALMAR

POR

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA



Editada por la
IMP. Y LITOGRAFIA «ORIENTAL» CALLE 33, N.° 112
MONTEVIDEO

1896

CAPÍTULO I

Eran apenas las ocho de la noche, y ya los vastos muelles del hotel balneario establecido en los Pocitos estaban llenos de gente.

En el tablado que cierra la calle por donde llega el público, la banda de música de uno de los cuerpos de la guarnición ejecutaba un paso doble con lujo de tambores y cornetas, y junto al café, entre el vaivén constante de la concurrencia, en mesas alineadas simétricamente, comían aún multitud de personas, protestando contra la morosidad de los mozos que no acudían con la presteza deseada. Por la calle central, descendía compacta una masa negra, engrosada más y más conforme se iba aproximando, arremolinándose, por fin, contra el muelle y entorpeciendo la maniobra de

los carruajes y tren-vías que llegaban sucesivamente entre el estrepitoso golpear de los cascos contra el duro pavimento, el alegre repicar de las campanillas y el agudo chasquido de los látigos restallando en el aire sobre aquel mar de cabezas. Era una confusión espantosa, una aglomeración de hombres, de caballos y de cosas en continuo movimiento. Allí todos luchaban y todos querían triunfar para conseguir su objeto.

El público pujaba afanoso, á fuerza de hombros y codos, para llegar á la plataforma del café; pero, desesperado, en su mayoría, de satisfacer sus deseos, y, sofocado, ansioso por respirar un poco de aire, se volvía desalentado desbordándose por las calles laterales para desaparecer sumergido en las sombras de la playa. Frente al hotel, un cordón de guardias civiles se multiplicaba, pugnando sudoroso por organizar el movimiento, y hacía despejar los carruajes muniendo á los cocheros de un número para que fueran requeridos luego á su debido tiempo, mientras que los tren-vías, anunciando su paso con el reiterado toque de sus ásperas cornetas, se alineaban en un ramal de la vía, enfilando sus lucecitas verdes y coloradas que, á lo lejos,

parecían una larga cadena de rubíes y esmeraldas.

La concurrencia aumentaba siempre, cada vez más, con rapidez asombrosa, llegando un momento en que los muelles parecían cimbrearse cediendo á su enorme peso. De todo aquel conjunto se desprendía un ruido enorme que por momentos adquiría tonalidades de tempestad, y cuando la música cesaba un instante de inundar el aire con sus vibrantes notas, se oía un confuso concierto de voces frescas, chillonas ó sonoras que se mezclaban al crujido de las polleras estrujadas, de los cuerpos oprimidos, y, por fin, al murmullo acompasado y constante de las olas, rompiéndose con golpes secos contra los malecones de la playa.

Serían próximamente las nueve cuando bajaron de una victoria de alquiler Rodolfo Valmar y Felipe Mont, tratando en el acto de deslizarse por entre la apiñada concurrencia, con el objeto de procurar un punto de vista estratégico desde donde poder abarcarla en conjunto, de una mirada.

Al efecto, tomando coraje para acometer aquella empresa, cruzaron valerosamente por entre la compacta masa humana que cir-

culaba con lentitud de un extremo á otro del gran muelle transversal, sufriendo con gusto los dulces apretones de los cuerpos femeninos, redondos y perfumados, y soportando con paciencia las punzadas angulosas y los codazos enérgicos de los hombres, poco dispuestos á dar paso á ninguno de su sexo.

—Caballero, con su permiso,—murmuraba Felipe haciendo punta.

—No sé qué le voy á permitir,—contestaba el interpelado, ahogándose, prensado como una sardina.

Y más adelante:

—¿Amigo, quiere hacer un esfuercito, para dejarnos pasar?

—¡Pués vaya una pretensión! ¿quiere que me haga humo?—exclamaba impaciente la persona rogada.

Pero Felipe habituado á trances peores continuaba impertérrito á fuerza de codos repartiendo pisotones y sembrando un reguero de protestas.

—Impertinente, mal educado!

—Pués vaya un afán de pasar por encima de los otros!

—Pero, señor, yo no puedo más, me ahogo ¿Qué hace la policía?

Esto lo decía una mujer redonda como una bola que hacía media hora era el juguete de aquellas encontradas corrientes humanas.

Por fin, cerca de la escalera que llevaba á la plataforma de los altos, los jóvenes tuvieron que detenerse. Allí la clase de público cambiaba. Era gente de la alta sociedad y trataba de prodigarse todas las atenciones compatibles con las circunstancias. Sin embargo, aprovechando el pasaje ofrecido á dos señoritas que querían subir, lograron hacerlo á su vez, instalándose allá arriba para gozar á sus anchas de la brisa que enviaba el mar cargada de salitrosas emanaciones.

—Dos abismos,—dijo Felipe Mont riendo, cuando estuvieron arriba, asomados de pechos contra la baranda. Y con un signo expresivo señalaba el mar y las mujeres que circulaban á sus piés.

—Es verdad,—contestó Valmar quitándose el sombrero y enjugándose la frente, —y lo que es uno de ellos por poco nos traga ¡Qué apretones!

—Sin embargo, esta vista los vale,— insistió Felipe, abarcando con un gesto, los

muelles, las casillas de baño y el mar que se perdía á lo lejos entre las sombras.

Y era realmente un hermoso espectáculo aquella masa multicolor, alumbrada por la pálida luz de tres grandes focos eléctricos que parecían pestañear destacándose bajo el azul sombrío de un cielo sin nubes. Arriba el firmamento, al frente el mar, y abajo una verdadera avalancha femenina, una desenfrenada ronda de ondinas que producía el vértigo, dando deseos de arrojarse de pronto para caer blandamente sobre tanto cuerpo de mujer hermosa. A intervalos, en cuanto la brisa dejaba de traer el rumor y el salitre de las olas, subían ráfagas cálidas, cargadas de esencias enervantes, de perfumes sensuales, de emanaciones de la carne, desarrolladas en el constante rozamiento de tanto cuerpo exitado por la temperatura y por las vibraciones de la atmósfera en aquel recinto.

Entonces las voces se multiplicaban, las risas se oían más sonoras, como escalas cromáticas ejecutadas sobre teclas de cristal; y del café, confundido con las melodías de los violines, subía el ruido desigual é irritante de la vajilla revuelta, cortado á intervalos por el golpear de las manos ó por

las voces destempladas de los consumidores pidiendo un chop ó un sorbete.

A lo lejos, sobre el horizonte, la luna en cuarto menguante, asomaba de perfil su faz abotagada y enrojecida, en tanto que las peñas que limitan la playa hacia occidente, hundiéndose pintorescas en las aguas, al recibir su luz naciente y vaga se teñían con extraños y fantásticos reflejos.

Era un cuadro.

Luz y sombras, colores vívos y tintes esfumados, banalidad y misterio; mundo, vida, en fin, que los amigos contemplaban con tensión nerviosa y respirando satisfechos, á pulmón abierto.

—¿Quién es esa señorita tan buena moza?—preguntaba Valmar á su compañero, señalando una rubia caprichosamente vestida con blusa y boina de marinero.

—¿Cuál? ¿Esa que va del brazo de un señor grueso, luciendo la gargantita?—respondió, interrogando á su vez el interpelado.

—Sí, ésa misma.

—Es la de Hostwald, una de nuestras damas más elegantes. Ahí tienes una mujer, hija de padres modestos, que tuvo el buen acierto de casarse con un ricacho y

ahora está figurando y lo hace figurar á él en primera fila.

—¿Qué es él?—interrogó Rodolfo Valmar interrumpiendo á su amigo.

—Un comerciante enriquecido en la bolsa. Una especie de Menelao afortunado que nunca pensó desempeñar el papel que ahora desempeña.

Y mientras Felipe Mont narraba la historia de la hermosa señora de Hostwald, ésta era objeto de constantes atenciones. Todo el mundo le abría paso reverenciándola, y á cada momento se veía obligada á detenerse ante otra pareja ó ante grupos de caballeros que venían á rendirle justiciero homenaje.

—¿Ves aquella muchacha que se saluda con la de Hostwald?—dijo Mont golpeando el hombro de su amigo, una vez que hubo terminado su ligera crónica respecto de esta última,—pués ésa es el premio gordo.

—¿Qué es eso de premio gordo?—exclamó Valmar admirado de aquella salida.

—Quiero decir que lo tiene todo: belleza, fortuna, educación. Una belleza extraordinaria, una fortuna colosal y una educación brillante al servicio de un raro ingenio.

—¿Tendrá muchos novios?—preguntó ingenuamente Rodolfo Valmar, ageno por completo á todos los intríngulis sociales.

—Pretendientes, sí, infinitos!—exclamó Felipe Mont;—pero no hace caso á nadie: es muy difícil la niña... Por otra parte tiene razón para exigir mucho, puesto que no le falta nada: es una mujer perfecta.

—¿Sí, ché? Pues entonces es un verdadero portento, un mirlo blanco, en este mundo de miserias, donde, según tú, no hay una mujer buena,—objetó Rodolfo, sorprendido de ver el entusiasmo de su amigo que era completamente escéptico en materia de mujeres; un Sadista con todo el pulimiento del siglo.

—Y así es sin duda alguna. Es una verdadera excepción, un brillante negro de esos que solo se engarzan en las coronas de los reyes, como diría algún literato melenudo,—recalcó Felipe con expresión cómicamente conceptuosa.

—Pero, hombre! ¿cómo siendo así no la enamoras?

—Pués, por la doble razón de que no me haría caso y de que no pienso casarme.

—¡No piensas casarte y tienes novia!—

exclamó Valmar, como no dando crédito á las palabras de su amigo.

—Si ya te he dicho muchas veces que solo tengo novia para entretenerme en los salones y en esta clase de paseos.

—Y yo te he sostenido muchas otras que eso me parece una infamia,—dijo Valmar poniéndose serio.

—Ba! Otras infamias cometen ellas con nosotros,—replicó Felipe alegremente.

—Está bueno, no insistamos sobre ese punto y muéstramela cuando pase,—concluyó Valmar para no seguir conversando sobre aquel tema en el que estaba siempre en completo desacuerdo con su amigo.

—Mira, allí viene,—dijo Felipe después de una pausa, señalando un grupo de señoras que se destacaban como una mancha entre el mar de cabezas que se agitaba constantemente bajo sus miradas.—¿Ves aquel grupo de oscuro que se acerca por la derecha?... ¿Ves una señora toda de azul que viene adelante?

—Sí ¿Es ésa?

—No, hombre, nó, esa es la Vendeux, la modista de moda, la que ha confeccionado casi todos los trajes que andan hoy por aquí, y la que está al lado es Josefina

Belloni una de sus costureras, hija de un colchonero que vive á la vuelta de tu casa.

—¡Cáspita, tú conoces á todo el mundo! —dijo Valmar sorprendido por tanto detalle.

—Aquí todo el mundo se conoce, hijo, y si tú no hubieras vivido entre los libros, sabrías tanto como yo á este respecto. ¡Ah! ya las tenemos más cerca. ¿Ves?... es esa que viene con mamá y con mi hermana Isabel... ¿Te gusta?

El grupo se había adelantado y la novia de Mont, que hacia ya buen rato que lo viera trepado allí arriba, saludó muy grave, picada por que él no acudía á saludarla como era su costumbre cuando se encontraban en reuniones públicas.

Ernestina Díaz, que así se llamaba la novia de Felipe, cuchicheó rápidamente con su compañera, Isabel Mont, y ésta en el acto le hizo un significativo gesto de amenaza á su hermano que no quiso darse por aludido.

—Parece que te llaman,—observó Valmar á su compañero, al ver el gesto de Isabel.

—No, no me llaman; es otra cosa. Tú no entiendes de estas mímicas,—contestó

Felipe.—Además, aunque me llamasen no iría ¡Si tan siquiera estuviese Enriqueta Belloni la hermana de la costurerita que te mostré! Por esa sí te dejaría un momento sólo, pero eso no es más que para entretenerme.

Y mientras los dos amigos continuaban discurriendo y observando, la concurrencia empezaba á disminuir paulatinamente. Las parejas circulaban con mayor holgura, pudiendo, las que quedaban, disfrutar recién entonces de las virazones frescas de la playa que habían barrido con sus caprichosos remolinos el vapor caliente que parecía flotar sobre las cabezas de toda aquella multitud.

El público de los tren-vías se retiraba pára ganar asientos en los wagones alineados en la calle, y los músicos, cansados de soplar en sus metálicos instrumentos, se enjugaban el sudor y bebían cerveza.

A lo largo del amplio muelle las parejas se examinaban detenidamente, y se iban formando grupos de personas amigas que hacían comentarios sobre la fiesta, mientras las damas intercalaban críticas más ó menos mordaces sobre los tocados de las que pasaban ó de las que ya se habían ido.

Matilde Rolán del brazo de su padre, reía continuamente de las almibaradas galanterías y chistes de una media docena de jóvenes que habían formado círculo en torno de ella, cambiando continuamente saludos con sus amigas, muchas de las cuales se acercaban para darle un beso y dirigirle algún cumplimiento. Hacia la izquierda, la señora de Hostwald, también rodeada por un grupo de damas y caballeros, había abierto su sombrilla de *foulard* blanco con rayas rojas, para resguardarse coquetamente del aire del mar, lo que motivaba las murmuraciones de Isabel Mont y Ernestina Díaz, que en otro pequeño corro la tachaban de extravagante. Y en frente, sentada cerquita de la música en el largo banco que constituye la baranda del muelle, la Vendeux saludaba sonriente á las clientes que pasaban, mientras, que á su lado, Josefina Belloni cambiaba miradas tiernas con el dueño del almacén de la Espada que la enamoraba.

Por iniciativa, de Felipe, los dos amigos bajaron y se dirijieron hacia la punta, donde se habían agrupado, numerosas, las muchachas que tenían por los alrededores de la playa su residencia veraniega. El tema que

las ocupaba debía ser sumamente interesante, á juzgar por su animada charla y por sus carcajadas sonoras que el eco repetía á lo lejos sobre la superficie de las aguas.

Valmar, divertido con la novedad de aquel espectáculo, y encantado por la compañía alegre de tanta muchacha bonita, asediaba á preguntas á su amigo y *cicerone* que se complacía en satisfacer aquella natural curiosidad, gozando con las ingenuidades de Rodolfo.

Así, una vez instalados en un banco, Felipe dió principio á la enumeración minuciosa de las personas que los rodeaban y hasta de aquellas que solo alcanzaba á ver á la distancia.

Entretenidos con esta especie de crónica social, salpicada de detalles picantes é historietas escandalosas, las horas fueron pasando, y la concurrencia disminuyendo notablemente, hasta el extremo de poderse contar las parejas que aún permanecían en el muelle.

La banda había terminado su programa con un galop furioso, en que los músicos gastaron el poco aliento que les quedaba en los fatigados pulmones, y los últimos trenes anunciaban su partida llamando á los pasa-

jeros rezagados con el destemplado chirriar de sus cornetas.

Por su parte las tres grandes lámparas eléctricas que parecían flotar en el aire empezaron á pestañear con frecuencia, como cediendo á la poderosa influencia de un sueño hipnótico, hasta que, de repente, cerraron totalmente sus párpados de cristal, quedando, por un instante, el vasto recinto como en tinieblas. Pero apenas habituada la mirada, á aquella relativa obscuridad el panorama parecía ensancharse, iluminándose con una luz más difusa proveniente de la luna que ascendía majestuosa por la infinita pendiente de los cielos.

El mar continuaba murmurando mansamente, derramándose amoroso sobre las arenas de la playa, y sus menudas olitas, subdivididas en múltiples facetas, se disputaban por retratar la imagen nacarada de la luna, trazando hasta el horizonte un sendero de luz.

Todos los ruidos de la civilización se iban apagando poco á poco; los grupos vocingleros se alejaban sensiblemente; y solo alguna que otra risita cristalina, turbaba, á la distancia, el augusto silencio de la noche solemne y misteriosa, extendida como un

diáfano velo de brumas azuladas sobre la tierra y el mar.

Los dos jóvenes, seducidos por la agradable impresión del panorama y por la serenidad magestuosa de aquella tibia noche de estío, dejaban vagar la imaginación por las regiones exploradas, pero siempre sorprendentes de los sueños, cuando, de pronto, dos muchachas bonitillas, de cuerpos graciosos, aunque pobremente ataviadas, se levantaron del asiento redondo que hay en medio de la plataforma y encaminándose hacia la orilla gritaron:

— Adios, Felipe! qué romántico estás!

Éste, que no había notado la presencia de aquellas dos personas, por ocultárselas el respaldar del banco, se sorprendió; pero reaccionando enseguida, reconociólas y dirigióse hacia ellas para saludarlas.

—¿Cómo, Vds. por aquí, á estas horas?— dijo apenas pudo cerciorarse de que no se equivocaba.

—Sí, vivimos aquí cerquita. Pascual ha puesto su tienda en la primera calle,— contestó la que parecía más bonita de las dos.

—¿Y tú, qué haces?

— Tomando el fresco.

— Sí, no es mal fresco el que estarás es-

perando,—añadió la otra, echándole una miradita intencionada.

—No sean mal pensadas, ¿por qué no he de estar aquí inocentemente?

—Porque tú no das puntada sin nudo. Pero, en fin, eso es cuenta tuya. ¿Isabel y tu mamá, buenas?

—Muy bien, estuvieron aquí esta noche ¿no las han visto?

—No, nosotras recién llegamos; no nos gusta venir temprano,—dijo la que había dado la broma.

—Sí, no nos gusta porque no tenemos trajes para presentarnos. Esa es la verdad, hijo, ¿para qué te vamos á mentir?

—¡Pues, vaya un pretesto! Qué más trajes que esas caritas y esos cuerpitos!—dijo Felipe galantemente.

—¡Zalamero!—exclamó la que había iniciado la conversación.

—Bueno, bueno, pero se pasa el tiempo y á Pascual no le gusta que tardemos. Adiós!... Muchos recuerdos á tu mamá y à las muchachas,—añadió la otra mientras Felipe les tendía una mano á cada una, deslizando en cada apretón una monedita de oro que había sacado con disimulo del bolsillo del chaleco.

Ellas aceptaron el regalo sin hacer ninguna manifestación, y se alejaron llenas de remilgos, sonrientes, recomendándole con epigramática gracia un feliz baño de fresco al claro de luna.

—¿Quiénes son?—interrogó Valmar apenas quedaron solos.

—Felicia y Rosalía.

—Ah! las vecinitas de marras. ¿Y en qué quedó eso?

—En nada. Que casé á la mayor y ahora estoy por ver realizado eso mismo con la segunda.

—¡Bandido!

—Pero ¿cómo bandido? ¿Qué más querías que hiciese por ellas? Hice dichosa á la mayor durante un año, tan dichosa como ella no lo soñó nunca, y para terminar le dí un excelente marido. Después, hice lo propio con la menor,... sin quererlo.... te lo juro, y ahora está á punto de casarse con un novio que yo mismo le presenté ¿qué más quieres?

—¿Pero será posible que hables tan friamente de cuestiones de este género? ¿Entonces tú no le conservas ni un poco de cariño á esas criaturas?

—Un poco no, mucho. Las quiero muchísimo, pobrecitas.

—Entonces ¿por qué te desprendes de ellas si las quieres?

—Hombre, por que estas cosas, á la larga se complican, traen consecuencias y responsabilidades enojosas... y después, que en la variedad está el gusto!

—Bueno, eso es simplemente una porquería,—exclamó Valmar con el tono de un maestro que reprende á su discípulo.—Si tu naturaleza es tan apasionada que te arrastra hacia muchas, diríjete á ellas en buena hora, cumples con ello una ley natural más poderosa que los convencionalismos sociales; pero no las corrompas echándolas en brazos de otro después que te has servido de ellas.

—¿Acaso sería mejor dejarlas plantadas? —interrogó Felipe, mirando á su amigo con curiosidad.

—No, lo mejor es conservarlas.

—¿A todas?

—Á todas.

—Ta-ta-ta-ta-tá! Siempre volvemos á lo mismo! Pero, hijo, ya te he dicho un millón de veces que aunque estamos en Oriente aquí no medran los turcos, por desgracia.

—Y yo sostengo que, en cuestión de mujeres, tan orientales somos los de aquí como los de allá, solo que nosotros amparándonos en la pretendida moralidad de nuestras costumbres, somos más pervertidos porque somos hipócritas. Aquí y en todas partes, el hombre es incuestionablemente polígamo, y si nosotros pretendemos lo contrario, es sencillamente por egoismo, para cometer con más impunidad y holgura todo género de infamias con las pobres mujeres, engañándolas y corrompiéndolas á nuestro antojo sin compromiso ni responsabilidad.... como tú, por ejemplo.

—No, hombre, no, no hay tal corrupción. Es que yo pienso de distinto modo que tú, nada más.—Y Felipe, con voz reposada, expuso su manera de pensar al respecto Para êl las leyes estaban muy bien como estaban y no había nada que reformar.

Aceptaba que el hombre fuese polígamo, pero creía que su poligamia debía ejercerse clandestinamente, aunque tratando de corregir sus inconvenientes con los métodos que aconseja la prudencia y que debían ser inteligentemente estudiados.

—Tú ves,—le decía á su amigo,—yo soy feliz y las voy haciendo felices á todas. Son

dichosas una época de la vida, tienen su período de romanticismo y de novela, y luego vuelven á entrar en el terreno de la legalidad sin llevar más que recuerdos dulces de su época de conflicto con las leyes que rigen nuestras sociedades. Además, querido, yo podría ser polígamo en el tiempo, pero jamás en el espacio: un harem sería para mí una cosa terrible.

Pero Valmar se indignaba al oir este lenguaje. La razonada y burlesca frialdad de su amigo lo exasperaba, le parecía contra la naturaleza, y la llamaba corrompida, inmunda, indigna de un hombre joven é inteligente.

—¿Entonces el corazón no entra para nada en esas ligaciones?—decía—¿Solo te guían los apetitos sensuales, el arrastramiento de la bestia, y lo que es peor de la bestia refinada y viciosa que busca el cambio, no por necesidad, sino por hallar en la novedad un estimulante á su paladar cansado?

Y á medida que hablaba, parecía entusiasmarse con la tesis que defendía, expresándose con voz sonora, acompañada de grandes gestos, como para demostrar sus ideas, al par que oral, gráficamente.

Se había puesto de pié frente á su amigo

y en medio al gran silencio de la noche, su voz parecía oirse retumbar á la distancia, prestándole una expresión solemne. La soledad era absoluta en el largo muelle, y en el café, débilmente alumbrado por algunas lámparas, unos cuantos mozos rendían cuentas en el mostrador antes de marcharse.

Valmar hablaba continuamente, cada vez más entusiasmado, con inflexiones de voz convincentes, mientras exponía sus teorías, recordando todos los antecedentes de su vida y la manera como se había formado un criterio sobre el interesante tópico de las relaciones del hombre con la mujer.

Hasta los diez años había sido un pilluelo aplana calles y guerrillero, sin gusto por el estudio y haciendo la rabona constantemente. A esa edad, sin embargo, la muerte repentina del coronel Valmar, su padre, lo impresionó de tal manera que cambió de carácter por completo, apasionándose por el estudio. Desde entonces acá, su vida se había concretado al trabajo, dedicándose especialmente á los estudios filosóficos con el propósito de escribir una obra sobre la mujer. Con tal objeto había permanecido encerrado durante casi diez y seis años, siendo inútiles los esfuerzos de Felipe y de

su madre para sustraerlo á aquel exagerado amor por la ciencia. Rodolfo se mostraba inaccesible á pesar de las conspiraciones que se fraguaban en torno suyo, de los lazos que su madre le había tendido, llevando á su casa con mucha frecuencia, parientas ó amigas con hijas mozas, que él evitaba con tesón, firme en su propósito de huir de la mujer hasta tanto no hubiese terminado su obra de la que estaba apasionado. Recordó sin embargo sus dudas, cuando había alguna muchacha en su casa y llegaba hasta su refugio del mirador el eco metálico de un risa jóven, fresca y expontánea confundida con un rayo de sol. Sí, entonces dudaba, y durante una larga noche de insomnio, se planteaba el difícil problema de lo que había que hacer primero: ¿amar y sentir, ó trabajar?

Pero el tiempo pasaba y la duda no se desvanecía reapareciendo siempre el difícil problema, sobre todo en las épocas en que su naturaleza inconsciente, le reclamaba el cumplimiento de sus deberes de hombre en la plenitud de su desarrollo físico.

Por su naturaleza, por su sangre, se sentía atraído hacia la mujer. Una voz secreta le advertía que sería absorbido por ella y

entonces juraba sustraerse á su poderoso influjo, y se vengaba de aquella privación material, estudiándola y profundizándola teóricamente. Así había concluído por formarse un criterio al respecto y por comprender que las leyes no estaban en armonía con la naturaleza de las cosas. De ahí ese mundo de crímenes, de heridas sin sangre, pero que matan, cometidos á diario por los hombres que desconocen escrúpulos de conciencia, encastillados orgullosamente dentro de su inmenso egoismo.

— La mujer, — decía, haciendo un gran gesto con los dos brazos abiertos, como queriendo abarcarlo todo, expresarlo todo con ese nombre, — la mujer debe de ser para nosotros una cosa santa, una criatura divina, puesto que con su sola presencia destruye todas nuestras penas, borra todas nuestras amarguras y en nuestros mayores momentos de debilidad y de duda, cuando nos preguntamos el objeto, el fin propuesto de una existencia llena de sinsabores, surge radiante como una elocuente respuesta, como un rayo de luz clarísima que despeja las sombras de nuestra mente, recordándonos al propio tiempo la indestructibilidad de la existencia, con

su misión augusta de velar por la renovación eterna de la vida.

—Todo eso está muy bien,—objetó Felipe, que no era muy accesible á entusiasmarse;—pero no veo que me hayas demostrado nada, ni sé á donde vas á parar.

—Voy á parar á que tú y todos los que como tú piensan, consideran á las mujeres como objetos de placer pasajero y material. Tratan ese punto con prescindencia del corazón, sin preocuparse para nada del sentimiento que es lo que domina principalmente en ellas. Por otra parte, les exigen un mundo de deleites y luego les brindan las migajas del festín de la vida. Quieren todo de ellas, belleza, virtud, abnegación y constancia; quieren ser adorados como dioses, como objetos únicos, quieren reinar sobre ellas desde la cuna hasta la mortaja, y en cambio ¿qué les dan? .... Un amor por entregas, infinitamente compartido por pasiones diversas, amén de un cuerpo generalmente gastado en el rodar del vicio.

—¡Música celestial, querido! Donde las dan las toman, y si nosotros las tratamos tan mal, como tú dices, ellas nos dan el vuelto.

—¡No, no y mil veces no! La mujer nos es inferior tanto física coma moralmente; es

un ser débil, dulce, amante, que no sabe sino sentir: ¿cómo, pues, puede devolvernos los atentados que por todas partes se cometen contra ellas?

—¡Ah, sí! Pero te olvidas de que muerde cuando acaricia; de que casi siempre esa debilidad es astucia.

—Su astucia! He ahí la gran imputación que se le hace; el ser astuta! Pero, ¿quién la hace astuta sino nosotros mismos, encerrándola en un círculo de hierro sin salida posible? ¿O también quieren negarle hasta el derecho de defenderse?

—Pero es que yo no veo todos estos atentados, y esos círculos de hierro que ves con tu criterio de teórico, que desconoce en absoluto la vida. Para mí todo está perfectamente equilibrado y este es el mejor de los mundos posibles. Las mujeres gozan y hacen gozar, sufren y hacen sufrir, y todo marcha á las mil maravillas.—Insistía Felipe sentado en su banco con las piernas totalmente estiradas y despidiendo grandes bocanadas de humo que se desvanecían en el aire.

—No, no es así,—afirmó Valmar con tesón.—El estado actual de cosas no está bien. Si Vds. lo aceptan es porque son

unos grandes egoistas. Como tienen todas las libertades, como nada les estorba, siguen tranquilos y se olvidan de esa gran parte de la humanidad que vive humillada, esclavizada, bajo la presión constante de los caprichos del tirano que la maneja y la engaña á su antojo.

—¡La engaña á su antojo!—exclamó Felipe repitiendo las palabras de su amigo. —¿Pues no decías hace un momento que el hombre es polígamo, y que por consiguiente debe guardarlas á todas?

—Claro que sí, pero cuando la ley lo autorice, con el beneplácito de ellas!

—¡Uf!.... ¡qué sacrilegio!.... ¡Las mujeres, consentir en semejante cosa! ¡Eso no tiene piés ni cabeza!..... ¡Ninfas, sirenas, ondinas misteriosas, salid ya de vuestros palacios de cristal ocultos en el fondo de las aguas, venid á mí, y ante la faz mofletuda y bonachona de la luna que nos contempla, protestad de la heregía que se acaba de decir en este sitio, nada menos que en nombre de la defensa de vuestro sexo!—Felipe se había levantado, y con el bastón enarbolado parecía proclamar á una falange invisible, riéndose estruendosamente al finalizar sus palabras.

Valmar quedó, al pronto, medio desconcertado por aquella repentina explosión de su amigo, pero pasado un instante insistió en sus ideas con acento de convicción profunda.

—No creo,—dijo lentamente,—que pueda decírseles de golpe una cosa semejante. Las mujeres sienten, no razonan. Así, pués, ¿cómo podríamos pretender contrariar sus sentimientos actuales, puesto que nosotros mismos los hemos formado con nuestras leyes y con la educación de los siglos? No es obra de un instante, ciertamente, pero vendrá, aunque te rías.

—No lo creo,—replicó su amigo, ya seriamente,—la vida está bien así, á pesar de sus sinsabores; pero aunque fuera como dices, para allá me las aguarden, que lo que soy yo, no lo he de ver aunque viva cien años.—Y tomando á Rodolfo de un brazo, se encaminaron hacia tierra para buscar el carruaje, dejando á sus espaldas el mar lleno de rumores, empeñado en reflejar el cielo, lleno de sombras, de luz y de misterio.

CAPÍTULO II

Rodolfo Valmar contaba apenas veintiseis años, y aunque era de constitución sana y vigorosa, la vida desequilibrada que llevara desde niño, materialmente enclaustrado en el mirador de su casa y rodeado de un extraño montón de libros polvorientos y papeles revueltos, había concluído por debilitar su físico y alterar profundamente su sistema nervioso. Hasta tal punto llegó á alarmarlo aquel malestar creciente como así el notable descenso que acusaba progresivamente en sus facultades intelectuales, que, cediendo á las instancias de su madre y de su amigo Felipe, resolvióse á consultar el caso con el doctor Roca, antiguo condiscípulo que por entonces empezaba á estar de moda después de un

viaje de algunos meses por las capitales Europeas.

La contestación del doctor, que fué previamente aleccionado por Felipe y por la madre de Rodolfo, con el fin de modificar la existencia de este último, había sido categórica. Era preciso hacer ejercicio para propender al desarrollo de los músculos y equilibrar su organismo, profundamente alterado por el perjudicial género de vida á que lo sometiera hasta entonces. Había que hacer gimnasia ó esgrima, distraer el espíritu en cosas amenas, acudir á los teatros, frecuentar la sociedad, y, sobre todo, renunciar por el momento á los libros que eran los peores enemigos que debía temer.

Valmar, convencido de lo razonables que eran todos los consejos del facultativo, consintió en seguirlos, disponiéndose á marchar al campo por uno ó dos meses; pero como Felipe protestase, afirmando que los aires de Montevideo eran excelentes, y como hacer un viaje significaba separarse de su madre, lo que le era muy costoso, aceptó quedar en Montevideo, entregándose á su amigo por completo.

Éste, dichoso de ser útil á su compañero de estudios, á quien debia el haber obteni-

do su título de abogado, cosa que de otra manera no hubiera logrado jamás, se propuso á su vez saldar aquella deuda de gratitud, influyendo decisivamente en el porvenir de Rodolfo.

Siendo como era uno de los mayores anhelos de la señora de Valmar, que su hijo se casara, Felipe se propuso aprovechar aquella oportunidad para secundar los planes de la madre de su amigo, obteniendo para éste las mayores ventajas posibles.

Felipe Mont, por su nacimiento y su fortuna, formaba en primera fila en los salones más selectos de la capital, lo que le permitía introducir á su amigo, vinculándolo y salvando todas las resistencias, escudado por su notorio prestigio social. Así, pues, su plan quedó formado en el acto. Conociendo á fondo el carácter de su amigo, comprendió claramente lo que éste necesitaba para realizar sin obstáculos el programa de su vida, y deseoso de propender con eficacia á su realización trató de hacer conocer á Rodolfo la parte práctica de aquella vida, que èste ignoraba por completo, enredándolo luego entre las fuertes mallas de algunos amoríos convenientes que, concluyendo en matrimonio, lo ligasen por ese

medio á una familia altamente colocada, en el seno de la cual pudiese hacer valer sus cualidades y su talento.

En efecto: misia Juana Rodríguez de Valmar, madre de Rodolfo, solo contaba para atender sus necesidades y las de su hijo, con la casita en que vivía y con la modesta viudedad que le dejara su esposo al morir. Á pesar, pues, de su vida retirada y de los gustos caseros de Rodolfo, la estrechez en que vivían era manifiesta, y si éste, abstraído en sus tareas, no se había dado cuenta de ello hasta el presente, podría llegar un momento en que necesitase alguna fuerte suma de dinero, y su falta inesperada y repentina, trastornase sus planes de niño, revelándole la estrechez de su situación y obligándolo á echar mano de su carrera, para remediarse, cuando tal vez no estuviese en condiciones de hacerlo. De modo que Felipe, aunque abiertamente enemigo del matrimonio, juzgaba que era la mejor situación para su amigo Rodolfo, siempre que le trajese los medios necesarios para que pudiera dedicarse en absoluto á sus obras.

Valmar era todo un buen mozo, sin sospecharlo, y modificando en parte la des-

preocupación exagerada de su traje, sus botines siempre cubiertos de polvo y el desorden de sus cabellos ensortijados que no dejaba de mezarse un solo instante, sería cosa fácil encontrarle una pareja digna de su talento y con la fortuna necesaria para que pudiera entregarse libremente á sus tareas favoritas.

Consecuente con sus propósitos, Felipe empezó por hacerle conocer los paseos públicos, la calle Sarandí en las horas de concurrencia, las plazas, en sus noches de concierto, y por fin los escasos teatros que abrían sus puertas en la temporada de verano.

Rodolfo recorría todos estos puntos de recreo, donde se reune la poblaciòn ociosa para matar las horas de descanso, encontrando en ello el agrado de la novedad, y, sobre todo, el encanto hasta entonces desconocido de la mujer, que lo atraía sumiéndolo en un èxtasis extraño henchido de voluptuosidades desconocidas.

Apenas quince días después de su primera salida, ya Valmar se sentía otro, sus pulmones empezaban á ensancharse con más facilidad, y sus músculos, hasta entonces entumecidos, parecían haber cobrado

nuevo vigor, prestándole una agilidad extraordinaria. Satisfecho de estos progresos repentinos y asistiendo estupefacto al despertar de su naturaleza vigorosa, se dejaba guiar con docilidad por su amigo, completamente despreocupado, entregado en absoluto al dulce placer de vivir en medio de la vida.

Una mañana, era domingo, venían los dos amigos de una cita de amores mercenarios, y unido al cansancio y repugnancia físicos que tales goces llevan aparejados, traían el espíritu alerta, ansioso de pureza, de ideal, como sucede siempre que se le obliga á recorrer los bajos fondos de la vida humana.

Buen rato hacía que caminaban por las solitarias y limpias calles, solo cruzadas por repartidores de pan y de leche, en aquella hora temprana, cuando al llegar á la calle de Canelones esquina de Ibicuy, se detuvieron para ver entrar en la capilla de las Salesas, á un grupito de muchachas risueñas y frescas, escoltadas por una nube negra de viejas beatas, que corrían á ponerse bien con Dios antes de trasponer el dintel de la eternidad.

Allí permanecieron breves instantes, entretenidos con el desfile de los fieles, cuan-

do de pronto, el sol, que se había levantado al final de la calle envuelto en espesas y amenazadoras nubes de un gris plomizo, rasgó el tupido velo que empañaba su brillo y derramó un haz de rayos deslumbrantes, bañando de improviso una hermosa rubia que, toda vestida de rosa, se adelantaba con paso rápido hacia la Iglesia.

—¡La aurora!—exclamó Valmar, seducido por la frescura de aquella niña, brillando al sol con reflejos de oro.

—¿No la conoces?—interrogó Felipe.

—No, ¿quién es?

—Pues, la costurerita que te mostré los otros días en los Pocitos.

—Ah!... ¡Qué linda es!

Y los dos amigos se quedaron contemplándola, dominados por su belleza humilde, de virgen inconsciente que se ofrece al nacer el día inundando el aire con su perfume, como una rosa que aún no ha terminado de expandir su vivísima corola. Y la vieron pasar temblorosa, encendida hasta el extremo de sus orejitas transparentes, por aquellas mortificantes miradas que le daban escalofríos bajo los rulos de la nuca, al subir la escalinata del templo.

—¿Vamos á entrar?—propuso Felipe, creyendo interpretar los deseos de su amigo.

Pero Rodolfo, se resistía, pareciéndole un crimen ir á turbar las oraciones de aquella niña.

Entonces su amigo tuvo que convencerlo, y tomándolo de un brazo, lo arrastró hacia el interior de la capilla.

En cuanto se traspasaba el umbral de una de las pequeñas puertas laterales, sentíase la impresión indefinible de haber penetrado en un mundo nuevo, en una especie de refugio antiguo, donde rodeados de misterio, algunos seres extraños se congregaban para resucitar el pasado. Todo era peculiar, raro, ageno al siglo, exótico bajo el sol liberal que baña el continente americano. Parecía que algo pesaba sobre las espaldas, estrechando el espíritu y torturando la razón. Desde el penetrante olor á incienso mezclado con la humedad de las espesas paredes, hasta los juegos de luz, simbólicamente pálidos, todo acusaba allí la detención de la vida, la presencia de algo que se quiere sustraer á la descomposición, pero que está indefectiblemente muerto.

Sin embargo, los símbolos hacen recordar el objeto, y aquel conjunto impresionó

vivamente á Rodolfo, haciéndole pensar en el principio desconocido y eterno, en la suprema voluntad que guía las voluntades, en la luminosa antorcha que ilumina las conciencias, en Dios, en fin, á quien la humanidad había seguido durante muchos siglos, por aquella estrecha senda.

Contadas eran las veces que Valmar había penetrado en un templo, así es que deseando darse cuenta exacta de lo que aún significaba, comenzó á curiosearlo todo.

Los fieles no eran numerosos, notándose la ausencia del sexo fuerte. No había casi hombres, y las mujeres, en su mayoría viejas, se agrupaban en el centro, sobre dos hileras de bancos paralelamente alineados desde donde oían con recogimiento la misa que recitaba el sacerdote ante el altar mayor, alumbrado por multitud de largos cirios amarillos que luchaban desventajosamente con algunas hebras de sol que se filtraban por las altas claraboyas. Una claridad de crepúsculo dominaba en el recinto, y el humo de los incensarios, rodeando la casulla de seda roja con galones dorados del oficiante, parecía envolverlo en una suave aureola de santidad que realzaba sus beatíficas palabras, pronunciadas con voz profunda y

temblorosa, como humilde mortal que toca los lindes del misterio.

Del coro, situado en lo alto, próximo á la bóveda pintada con oportunas alegorías, bajaba un murmullo de voces frescas recitando á un tiempo la misma oración, y aquel rumor sin origen visible, acrecentado por la acústica del templo, parecía un conjunto de acentos celestiales que se dignaban bajar hasta la tierra para consolar á los míseros humanos.

De vez en cuando el sacerdote se volvía, y con los ojos hacia el cielo formulaba una invocación. Entonces las voces del coro se elevaban con cadencia dulcísima, y respondían como un eco divino á la sentida plegaria del oficiante.

Eran las pensionistas del convento que asistían ocultas en el coro á la primera misa, pidiéndole á Dios con angelical inconsciencia la ocasión de pecar mucho en el esperado porvenir.

Los fieles por su parte, se arrodillaban ó sentaban sucesivamente según las exigencias del culto, mientras los santos recamados de oro conservaban dentro de sus nichos la expresión invariable de sus rostros resignados.

Una quietud completa, una serenidad beatífica se gozaba allí dentro, solo interrumpida por algunos retardados que entraban de pronto seguidos de un torrente de luz deslumbrante y de alguno que otro ruido profano que desde la calle venía á turbar la imponente magestad de aquel santo refugio; pero apenas cerrados los maderos del cancel, la luz se extinguía y desaparecían los ruidos reinando de nuevo una quietud profunda sobre el severo recogimiento de los fieles, completamente inmóviles, sobrecogidos por la grandeza solemne del espíritu divino flotando en la penumbra.

—¡Qué bien saben rodear su culto estos pícaros frailes!—observó Felipe en voz baja, ageno por completo á las consideraciones mentales de su amigo—¡Qué pompa, qué aspecto misterioso y tranquilo le dan á todo! Se momificaría uno sin sentir aquí dentro.

—Sí,—contestó Valmar en el mismo tono,—no profundizando, esto podría parecer un oasis para descansar de las pasiones que agitan la vida; pero mirando hacia dentro, repugna. Las ideas se han ido. Ya no queda más que la crugiente armazón idólatra que hace las veces de un dique puesto á la

razón y que sería necesario demoler... De cualquier modo, un templo conduce siempre el espíritu hacia la meditación.—Concluyó Rodolfo paseando sus miradas por todo el recinto, como buscando algo que aún parecía ocultarse bajo aquellas bóvedas.

—Aquí está,—dijo Felipe codeándolo, creyendo que buscaba á Josefina. Y Valmar que estaba impresionado, se extremeció y miró á la joven que volvió á sonrojarse sintiendo que algo le quemaba las espaldas.

—¿Has leído lo que dice en el medio de la última bóveda?—interrogó Felipe.

—Sí, *Yte ad Joseph*,—contestó su amigo.

—Pues es como si te impulsase á ir hacia ella. ¿No ves que se llama Josefina?..... Mira, arrímate para ver si consigues que nos mire,—dijo Felipe escurriéndose por detrás de una columna.

—Hombre, la interpretación no es mala, pero me parece que es andar muy lijero.— Objetó Rodolfo protestando.

—No, si ya me conoce! ¿No ves que hace unos meses que me pastoreo á la hermana?... Vendría muy bien que tú lo hicieses con ella: así teníamos el triunfo asegurado,—y como su amigo no opusiese resistencia, Felipe añadió:

—Aquí estamos bien.... Ponte así para obligarla á que se dé vuelta aunque sea una vez,—y diciendo y haciendo instaló á Rodolfo junto á un confesionario, preparándose á esperar que la joven mirase, hostigada por la curiosidad.

A todo esto la presencia, como así la actitud indiferente al sacrificio de la misa que observaban los dos jóvenes, había escandalizado á media concurrencia, irritando á unas cuantas beatas que lograron oir algunas consideraciones hechas por los amigos, llegando las más exaltadas á santiguarse como en presencia del demonio, cada vez que sus miradas, ávidas de curiosidad, á pesar del frio de los años, alcanzaban á divisar sus profanas siluetas en el santo recinto. Entre este grupo de Euménides, destacábase una viejecita flacucha y encorvada que con las manos crispadas oprimía su misal, temerosa de que Dios no se apiadase de ella por haber llamado demasiado tarde á las divinas puertas. Y como los jóvenes eran la imajen viva de sus pasadas tentaciones, los consideraba aterrorizada, temiendo que fuese una diabólica ilusión, surgida allí para turbar sus oraciones.

La pobre mujer los miraba de hito en

hito, alarmada, descompuesta, golpeándose el pecho apresuradamente y tragando, sin mascarlas, las oraciones que leía en su misal. Pero como Josefina Belloni se hallaba inmediata á ella, sentía de rechazo aquellas miradas pertinaces fijas sobre sus espaldas, así es que no pudo resistir y se levantó tastabillando, yendo á continuar sus oraciones en otro extremo del templo.

Entre tanto la misa continuaba en su orden acostumbrado y el sacerdote levantaba la eucaristía mientras su público se arrodillaba bajando la cabeza, advertido por el repicar acompasado de la campanilla que el sacristán sacudía lentamente, mientras en el coro, las monjas y las niñas del convento, entonaban sentidamente, con voces frescas y armoniosas el *O salutaris hostia.*

Josefina, comprendiendo que en el acto de levantar el divino cuerpo, los jóvenes habían de mirar hacia el altar atraídos por el ruído de la campanilla, aprovechó la oportunidad para observar á Rodolfo por detrás de las espaldas de su compañera, recobrando, una vez satisfechos sus deseos, la actitud atenta y recogida que mantenía desde el principio de la misa. Así, cuando los amigos volvieron hacia ella sus mira-

das, la encontraron profundamente absorbida en la lectura de su librito de misa y sin preocuparse de ellos para nada.

—Esto está por concluirse,—dijo Felipe que empezaba á aburrirse de todo aquello, mucho más viendo que sus pronósticos no se realizaban.—¿Vamos á esperarla fuera?

—¡No te dije que era andar muy ligero?—observó Valmar saliendo detrás de su amigo, pero sin dejar de mirar á la joven que en la penumbra de la iglesia y entre las enlutadas viejas que ocupaban los bancos, resplandecía con su traje rosa y sus dorados cabellos, como un punto luminoso, brillando en el fondo de las tinieblas.

Recién un cuarto de hora después, salió Josefina de la pequeña Iglesia. Salió como había entrado, sin mirar, ruborizándose toda al sentirse minuciosamente examinada por los dos jóvenes.

Felipe quería seguirla, pero Valmar se negó.

—Es muy pronto,—dijo á su amigo,—ya tendremos ocasión de verla. Esperemos á que se aleje y después nos iremos á descansar.

Josefina entre tanto, siguió por la calle Canelones hasta la de Yaguarón pasando

por enfrente del almacén de la Espada en cuya puerta estaba su dueño José García esperándola para hacerle su gran saludo habitual, como en efecto se lo hizo, una vez que la joven se hubo acercado sonriente.

Hacía ya algunos meses que García la cortejaba sin haber obtenido hasta entonces ninguna contestación definitiva, á pesar de sus reiteradas declaraciones. Josefina coqueteaba con él discretamente, pero no se decidía. La verdad es que el almacenero tenía una bonita posición, pero carecía en cambio de ciertos detalles necesarios para halagar á las mujeres, mucho más cuando como ésta, tienen buen gusto.

En efecto, Josefina, empleada de costurera en casa de la Vendeux, la modista de más tono en Montevideo, tenía ocasión constante de refinarse en el contacto diario con todo lo más selecto de nuestra sociedad, donde era acogida con extraordinario cariño y agasajo, cuando las exigencias de su oficio la obligaban á presentarse en las casas de mayor distinción. La humildad de sus modales, como así la belleza y bondad de su semblante, iluminado por dos grandes ojos azules y profundos, bajo la sombra de sus largas pestañas oscuras, la hacía sim-

pática á cuantas personas la conocían, interesándolas en el acto por su suerte.

Josefina vivía con sus padres, los esposos Belloni que tenían una colchonería en la calle de Maldonado entre Yaguarón y Ejido. De ahí que pasase siempre por el almacén de José García cuando iba ó regresaba de su tarea cotidiana.

Aquella mañana, después de saludar al almacenero, Josefina, en vez de bajar por Yaguarón para entrar en su casa, siguió por Canelones y se detuvo en un tambo establecido en la mitad de la cuadra donde se hizo servir leche. La tambera, que era quien proveía este artículo en la colchonería, la saludó afectuosamente, poniéndose á conversar del tiempo y de sus respectivos negocios. La crisis duraba mucho, la gente no tenía dinero y no pagaba sus compromisos. A ella le debían un sinnúmero de pesos y no podía juntarse con un vintén. Hasta su vecina, la señora de Valmar que era tan cumplidora, ahora se había atrasado en dos meses porque el gobierno no le pagaba. Tan buena señora que era, sin embargo. Y empezó á dar cuenta de la existencia de aquella señora y de su hijo que era lo más estudioso, casi un sabio, una especie de hermitaño

que no salía nunca, que siempre estaba metido en casa; pero ¡cosa extraña! hacía unos días que empezaba á verlo salir, y hasta solía entrar á tomar leche allí con un señor muy jaranista, pero muy bueno, muy generoso, que siempre lo acompañaba.

Josefina la dejaba hablar aprobando con la cabeza, mientras hacía sopas en su vaso con un pan dulce.

De pronto, Valmar y Felipe entraron en el tambo departiendo alegremente, y sin notar la presencia de la joven, pidieron á su vez dos vasos de leche.

La tambera los acogió solícita deshaciéndose en un mar de palabras:—Cómo! ¿aquellos señores por allí? Y ella que estaba hablando de ellos ¡qué coincidencia! Precisamente era lo que conversaba con la señorita Josefina. ¿No la habían visto? Pues hacía un momento que acababa de entrar.—Y la buena mujer continuó haciendo exclamaciones, mientras Josefina enrojecía, cada vez más, desconcertada con la imprevista presencia de los jóvenes.

Felipe, que no desperdiciaba oportunidades, la saludó cortésmente, mientras que Valmar, casi tan ofuscado como la niña, no sabía qué actitud observar y permanecía

absorto ante el vaso de leche rebosante de espuma que le ofrecía la tambera, en medio de una locuaz disertación, tendente á demostrar las cualidades de la vaca que había dado tan excelente producto.

Aquèlla situación duró algunos segundos apenas, pues Josefina, que no se había atrevido á concluir sus sopas, se dispuso á pagar para marcharse; pero la tambera obedeciendo á un signo de Felipe, no quiso admitir el dinero y entonces la joven, más confundida que nunca, se marchó saludando á los dos amigos con la cabeza, aunque mirando á Rodolfo, cuya historia la había sorprendido. Éste, al encontrar la mirada dulcísima de Josefina, palideció y apenas si pudo devolverle su saludo con extrema torpeza.

—Decididamente, todavía eres muy novato,—exclamó Mont, apenas aquella hubo salido.

—¿Y qué querías que hiciese?—Interrogó Rodolfo, aún bajo la impresión de la mirada de Josefina.

—Hombre, no haberte asustado tan feo! Si estabas más cortado que ella!—dijo Felipe riéndose.

—Sí, ché? ¿Estuve muy guiso?—Pero Val-

mar se interrumpiò señalando á la tambera que volvía del fondo de su tambo adonde se había ido discretamente.

—No te preocupes.... nos entendemos,— le contestó su amigo, haciendo un gesto significativo. Y sacando un peso del bolsillo, lo depositó en el mostrador, despidiéndose sin esperar el vuelto.

Josefina había salido completamente aturdida del tambo del Pastor, como le llamaban. Su objeto al entrar allí, alterando sus costumbres, había sido, sin duda alguna, volver á mostrarse á los jóvenes amigos que debían de haber seguido sus pasos; pero esto como una simple é inocente coquetería, por el placer de sentirse admirada una vez más, sin presumir que ellos tendrían la preocupación de su persona, hasta el punto de penetrar en su seguimiento. La actitud respetuosa de Felipe y Rodolfo en la puerta de la Iglesia, justificaba en efecto sus conjeturas, y si los dos amigos habían penetrado en el tambo, no era seguramente por ella puesto que ignoraban su presencia allí. Á pesar de su turbación había visto bien claramente la sopresa de Rodolfo y la coacción de sus saludos y de sus gestos todos mientras permaneció en su presencia; así,

pues; no podía considerarlo como á uno de los tantos perseguidores callejeros. Pero lo que verdaderamente la impresionaba, era la última mirada de Valmar, aquella mirada completamente inocente, destituída de toda intención maligna, pero penetrante, llena de una admiración profunda que se había filtrado sutilmente en ella, sorprendiéndola en un extraño extremecimiento de todo su sér. La joven estaba habituada á que la mirasen por las calles, pues su belleza y su frescura llamaban demasiado la atención para que pudiesen pasar sin ser notadas; pero aquellas miradas, ó le eran absolutamente indiferentes, ó la molestaban por lo impertinentes, produciéndole repugnancia la depravación y cinismo que casi siempre revelaban. En cambio, en el rápido encuentro de sus ojos con los de Rodolfo, había sentido una impresión distinta, completamente nueva para ella y que la conmovió hondamente, como esas sensaciones especiales que sólo se producen una sola vez en la vida. Le parecía que una llama la abrasaba interiormente, que la bañaba una ola de vida nueva activando la circulación de su sangre, y al recuerdo de la mirada del joven, al representarse su turbación manifiesta y la

elocuencia de sus ojos negros y brillantes, sentíase acometida por desfallecimientos repentinos, como si poco á poco la invadiese una embriaguez divina que la absorbía por completo.

Se sintió dominada y cedió.

Desde aquel día los encuentros en el tambo empezaron á repetirse con frecuencia. Josefina acudía con su hermana Enriqueta, adorable rubiecita de cara risueña y ojos vivarachos, que parecía tener el diablo en el cuerpo, y Valmar lo hacía con su amigo Felipe que le llevaba una buena ventaja en sus relaciones con esta última.

Rodolfo, por ejemplo, quince días después de su encuentro, aún no se había atrevido á manifestarse claramente, en tanto que Mont ya había besado más de una vez los rojos labios de Enriqueta, que no por eso rompía sus relaciones con un oficial peluquero que de tiempo atrás la venía enamorando. En cambio Josefina, á pesar de las exigencias de sus padres, persistía en rechazar al almacenero que no dejaba pasar una semana sin reiterar sus ofertas matrimoniales.

Una noche, Enriqueta y Felipe habían desaparecido por los fondos, y Valmar con-

versaba respetuosamente con Josefina en el cuarto de la tambera, sentados en un sofá de esterilla. Por fin, después de dar muchos rodeos y de buscar palabras adecuadas, Rodolfo había concluído por hacer la más cursi de las declaraciones, uno de esos discursos de palabras rebuscadas construídos como una pieza literaria, pero sin un átomo de la chispa cálida, luminosa y sublime que brilla como la nota saliente de un cuadro, en las escenas de amor. Él mismo, cuando hubo concluido sus palabras, le parecieron tan frías que creyó haber caído en ridículo, esperando ansioso la respuesta.

En efecto, ésta fué inmediata y reflexiva también. La joven ponía en duda el cariño de un hombre de su clase, comprendía que no podía aspirar sino á amar sin esperanza; pero se resignaba á su suerte porque ella era muy leal y no se consideraba con fuerzas para mentirle amor á otro hombre.

Entonces Valmar, al oir semejantes palabras, sintió despertarse en él al hombre apasionado que era, y tomándola por la cintura, le habló con el ardoroso lenguaje de un ser enamorado. Sus palabras eran bruscas, sin hilación ni concierto; pero te-

nían vibraciones ardientes, que brotaban de adentro, de lo más íntimo de su ser y que á pesar de su torpeza se imponían, comunicando su fuego, recogido en las mas puras fuentes de la vida.

—¡Oh! no lo dudes ¡te quiero!...... Te quiero desde que te vi, desde que te mostraste á mis ojos en tu traje rosa, desde que te llamé mi aurora!... Y te encuentro digna de mí, digna de un rey, digna de todo! Serás mi compañera, serás mi amiga, te querré como á mi madre y compartiré con las dos, todas mis caricias! Sí, te quiero, te quiero con delirio, te quiero mucho!—Y Valmar fuera de sí, la besaba en los cabellos, teniéndola sobre sus rodillas como una niña. Pero Josefina, al oir aquella apasionada avalancha de palabras que repercutían en su corazón virgen como el eco de sus más bellos ensueños, había entornado los ojos, y semi desvanecida se dejaba arrullar como por una música divina. Cuando Rodolfo calló, anhelante, un ligero extremecimiento sacudió el cuerpo de la joven y dejó caer la cabeza sobre el hombro de su amado. Valmar, sorprendido por aquel gesto, se asustó, y creyendo que algo grave le ocurría la llamó con fuerza:

—Josefina! Josefina!

Entonces ésta volviendo en sí repentinamente, se levantó toda colorada, disponiéndose á marchar, mientras él la miraba azorado sin acertar á decir una palabra.

—Qué tal!—decía Felipe al día siguiente, entrando alegremente en el cuarto del mirador, donde Valmar trataba en vano de descifrar el sentido de un párrafo que había releído infinitas veces.—¿Cómo te fué ayer?..... ¡Estoy seguro que estás en las mismas!.... Pues lo que soy yo, hermanito, ya estoy del otro lado!..... Y mira, te aconsejo que no dejes pasar las cosas de punto. Piensa que á las mujeres hay que sorprenderlas en su cuarto de hora. Así no te duermas!

—No pienso dormirme, pero tampoco necesito estar muy despierto. No tengo por qué apurarme puesto que me caso,—contestó Valmar tranquilamente, en tono muy reflexivo.

Felipe, estupefacto, se detuvo en su paseo y lo miró fijamente, creyendo que se burlaba; pero como lo vió tan serio empezó á burlarse de èl á su vez, exclamando á gritos:

—Esto sí que está bueno! Cuando menos la muchacha ha exigido el pasaje por la

iglesia y tú ya te has dado por vencido! ¡Cáspita con estos sabios, con estos filósofos reformistas que habían sido zonzos! Pero, amigo, ¿dónde está toda tu ciencia, dónde has embolsado tu filosofía acumulada durante tantos años?...... ¡Ba..... ba, ba! ¡qué rico está esto!—y Felipe se reía á mandíbula batiente de las palabras de su amigo. Pero al notar que Rodolfo continuaba serio, como convencido de lo que había dicho, se propuso hablar seriamente y demostrarle que su propósito era disparatado. Solo que al ir á hacerlo, cruzó por su cabeza la idea de que aquello pasaría en cuanto la joven se entregara, y se calló encogiéndose de hombros.

—Ba! no pensarás lo mismo dentro de poco tiempo!—exclamó. Y viendo que era hora, invitó á su amigo para ir al baño.

Durante varios días, una serie no interrumpida de inconvenientes, impidió á los jóvenes hablar con las hermanas Belloni, pero al cabo de ellos, cuando llegaron una noche al tambo, después de haber comido opíparamente en lo de Charpentier, las encontraron que esperaban charlando con la tambera.

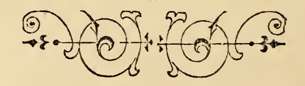
Sin duda algún complot se había formado

entre ellas, pués contra su costumbre, á pesar de dejarse conducir hasta el interior del corralón que ocupaba el tambo, donde estaban las piezas de la condescendiente patrona, no querían de ninguna manera separarse. Pero Felipe que comprendió la trama y que se había propuesto todo lo contrario, haciendo valer los derechos que tenía adquiridos sobre Enriqueta, pronto la obligó á seguirlo, contrariando los deseos de su hermana.

La conversación entre Valmar y Josefina, apenas estuvieron solos, volvió á tomar el mismo giro de la última noche que se habían visto, y las dudas de la joven, á pesar de la prevención que traía y de los propósitos firmes de exigirle que fuera á su casa si quería continuar teniendo amores, se disiparon en el acto, como esas brumas que á la noche se levantan de la tierra y que huyen veloces en cuanto surge, radiante, el sol. Su voluntad se eclipsó deslumbrada por la luz de su pasión avasalladora. Ante aquel hombre, la costurerita perspicaz y aleccionada desaparecía, no quedando más que la mujer indefensa, á merced del hombre apasionado que la dominaba omnipotente, como dueño y señor absoluto. El

poder de Valmar, no era buscado; él mismo no lo deseaba, y precisamente por esa completa ignorancia de sí mismo es que tenía mayor fuerza, la fuerza de su sinceridad, de la virginidad de su alma, que aumentaba la hermosura de su físico varonil imponiéndose triunfante.

Y la joven, vencida de antemano, entregada sin saberlo, cayó en sus brazos, temblorosa, palpitante, como una paloma recién herida, exclamando: —¡Oh querido, cómo te quiero! —mientras él, obedeciendo inconsciente el mandato imperativo de la naturaleza, tomaba posesión de aquel cuerpo, sin escrúpulo alguno, como un príncipe de la sangre empuñaría por primera vez el cetro de su reinado.



CAPÍTULO III

—¿Por qué no he de casarme?—decía Rodolfo ocho días después, en el escritorio de su amigo Felipe—¿No es linda, no es buena, no ha demostrado quererme?.... Pues entonces ¿por qué no he de ceder á sus justas exigencias desde que yo me siento enamorado, y me consideraré muy feliz con este matrimonio? ¿Acaso porque es de origen humilde vale menos que otras? Lo que es para mí eso no tiene importancia.

—Si no es por eso!—objetó Felipe, desesperado.—Es que el matrimonio es una cosa muy seria, que hay que pensarla con detención, puesto que es para toda la vida! ¿Quién te dice á tí que lo que tomas por amor no es una ofuscación del momento, un

arrebato de tus sentidos largo tiempo contenidos, un hervor de la sangre, en fin, que puede muy bien pasar repentinamente, dando cabida á otros afectos más poderosos que trastornen toda tu vida?

—Eso tiene forzosamente que suceder. Ya te he dicho muchas veces que soy de los que creen que se ama más de una vez y á más de una á la vez,—contestó Valmar rèflexivamente.

—Pues por eso mismo, precisamente porque tienes esas ideas es que debías esperar, por lo menos. Diantre!... ¿quién te corre? Da tiempo al tiempo.... Frecuenta otras mujeres, examina, estudia otros tipos en otros medios sociales; pero no te entregues así, atado de piés y manos, á la primera con que has tropezado al entrar en la vida!....Reflexiona un instante....Ve que eso no es propio de un hombre inteligente que se las echa de pensador.—Y Felipe se esforzaba por convencer á su amigo, ansioso por arrancarle aquella malhadada idea de matrimonio que venía á trastornar todos sus planes.

—Pero, veamos,—exclamó Rodolfo—¿Por qué quieres hacerme traicionar á esa pobre niña? ¿Por qué quieres convertirme en el

causante de una pena, de un dolor, que es para mí lo más estúpido que puede hacer un hombre que piensa sus actos? Yo quiero á Josefina....Eso lo siento bien claramente. No necesito analizarlo. Estoy seguro de que si vuelvo á querer será en igual grado, pero no con mayor intensidad. Ella me quiere, se ha entregado sin escrúpulo convencida de que yo era su hombre; pero se ha entregado viendo la posibilidad de ser querida hasta el extremo de llevarme al matrimonio, y yo se lo he jurado, se lo he prometido en premio del valioso donativo de su amor. Luego, de no hacerlo, le produciría un dolor inmenso, una decepción muy cruel y muy angustiosa, y yo quiero evitársela, puesto que está en mi mano el hacerlo. Sí, á ella y á todos!.... Ahorrar lágrimas, suprimir el dolor, derramar la dicha á manos llenas: ésa debe ser la constante preocupación de los hombres en general y mucho más de los que piensan, de los que aspiran á moralizar. La felicidad da expansión al hombre, lo hace bueno, lo hace florecer y dar frutos abundantes, coadyuvando así con éxito completo á la marcha triunfal y constante de la vida!—Y Rodolfo se entusiasmaba,

se embriagaba con sus propias palabras, extasiándose risueño y feliz ante la visión hermosa de la dicha universal.

Pero, Felipe con su calma invencible, y con su práctica por guía, volvía á la carga pacientemente.

—Sin embargo,—objetaba,—si te engañases, si más tarde fueses absorbido por una gran pasión..... ¡cuántas lágrimas harías derramar entonces, obligado, arrastrado por sus impulsos ciegos!

—No, porque entonces la mujer que me quisiese y me solicitase, lo haría conociendo mi estado y tendría que conformarse con él adaptándose á sus exigencias, y sinó, no merecía mi cariño,—exclamó Rodolfo poniéndose de pié al formular aquel argumento que creía decisivo.

—Iluso!..Iluso!..Iluso!—repetía Felipe agarrándose la cabeza.—Hablas así porque no sabes lo que es pasión, porque no conoces á la mujer sinó en teoría...No lo creas!...No lo creas, Rodolfo!... Nada de lo que piensas es realizable, y, pobre de tí si te llegaras á encontrar, con esas ideas y propósitos, frente á la práctica implacable de la vida!...Mira,—añadió cambiando de táctica, viendo que no convencía á su amigo,

Vamos á hacer una cosa. Tú crees firmemente que estás enamorado de Josefina. Perfectamente! En ese caso, queriéndola como dices, bien puedes dilatar tu casamiento unos meses sin temor de perjudicarla....Pues bien, en ese espacio de tiempo me sigues, lo ves todo, haces una gira práctica en mi compañía, y después, cuando conozcas todos los caminos, tomas por el que se te antoje.

—Pero si ya me has mostrado todo!—dijo Rodolfo encojiéndose de hombros.

—No hay tal, has visto las cosas por fuera, y yo ahora te propongo verlas por dentro. Quiero llevarte á todas partes, quiero que estudies en todos los salones, lujosos y humildes, que penetres en algunas familias, empezando por la mía que nunca has querido frecuentar en tu afán de vivir enjaulado; quiero hacerte recorrer todos los escalones sociales, hacerte conocer nuestro pequeño mundo montevideano que, al fin y al cabo, tiene tantos dobleces como los demás, que veas la medalla por ambos lados, que penetres en la intimidad de las cosas para apreciarlas debidamente, y después, cuando lo hayas visto todo por tus propios ojos, cuando tengas una ligera idea de cómo

se vive en este planeta, entonces podrás disponer de tí y guiar tu humanidad con alguna clarovidencia.

Pero Rodolfo no era de los que ceden inmediatamente. Así es que Felipe, conociéndolo, aplazó la discusión para otro momento más oportuno, cuando ya se hubiese calmado en parte el ardoroso entusiasmo de su amigo.

Y así fué en efecto.

Unos días después, habiendo reanudado la discusión en igualdad de circunstancias, logró encaminarla con tanto acierto, que Rodolfo concluyó por exclamar riendo:

—Pues, señor, quieres renovar las escenas de Fausto y Mefistófeles.

—Justo,—respondió su amigo;—pero con la diferencia de que yo no exijo pacto alguno y te llevo libre de compromisos para el porvenir.... ¡Accede, hombre, hazlo por mí!....Siempre estarás en tiempo de casarte el dia que te parezca!

—Bien, maestro, vamos allá. Estoy pronto á seguirte,—dijo Valmar condescendiendo, al ver la creciente aflicción de su amigo. De todos modos,—añadió,—eso no modifica mis propósitos. Además lo hago tranquilo

por que sé que no adelantarás nada, ni me harás variar de resolución.

—Quién sabe!—exclamó Felipe con aire misterioso, pensando en la admiración que su amigo había demostrado siempre por algunas muchachas que le había señalado. —Puede que todavía prefieras ir al infierno con algún ángel negro, que al cielo con tu rubia Margarita. Pero á propósito ¡oh Fausto empedernido!—añadió, plantándose frente á su amigo.—Es necesario que empiece por hacer una transformación en tu físico, porque harías muy mal papel si te presentaras con esa vestimenta ante el explendor de la corte de Elena.

—¡Ah! entonces ¿eso más? ¿Tengo también que preocuparme de las zonceras del traje?—dijó Rodolfo protestando.

—Claro que sí. Pero convén conmigo en que no hay tal zoncera en vestirse. La estética jamás fué zoncera!....Además que no veo ningún mérito en andar todo lleno de polvo y con prendas antidiluvianas!.... No te digo que te acicales como un dandy, pero sí, al menos, que te pongas presentable.

—Hombre, en esto creo que talvez tengas razón; pero yo no sé si es debido á las

modas actuales, la verdad es que los hombres no me parecen muy hermosos que digamos.

—¿Sí? pues si anduviesen á la antigua, no sé qué parecerían. Imajínate á Paquito Stern en traje de romano ó á Hostwald con media larga y gregüescos,—arguyó Felipe recordando á un raquítico elegante y al obeso marido de Sofía Hostwald.

—Está bueno,—contestó Rodolfo, riendo de la ocurrencia;—pero la verdad es que yo no entiendo una palabra de estas cosas.

—Eso lo dejas por mi cuenta. Por lo pronto veamos si algo mío te sirve, y después mandaremos hacer lo que sea necesario.—Y los jóvenes, llenos de buen humor y de alegría, se pusieron á ensayar ropas y calzados, riendo cuando alguna prenda extraña sorprendía á Rodolfo, no acostumbrado á vestirla.

Desde aquel día, Felipe se desentendió absolutamente de todo para no preocuparse más que de su amigo. No había fiesta ni paseo que no aprovechase, organizando él mismo, excursiones de todo género á las que arrastraba á Rodolfo sin darle punto de reposo.

Precisamente en aquellos días, se anun-

ciaba un baile que daría la señora de Hostwald, á propósito del cumpleaños de su marido, y con tal motivo, Mont, que hacía algún tiempo festejaba á esta dama, se apresuró á mandar hacer un traje de frac á su amigo, para presentarlo desde luego en uno de los salones más selectos y lujosos de la alta sociedad Montevideana.

Las invitaciones se habían hecho circular profusamente, con mucha anticipación, y se decía que figuraban en la lista familias que no estaban relacionadas con la señora de Hostwald, pero á quien ésta deseaba ver en sus salones para asegurar el éxito de la fiesta, afirmándose que más de una invitación había llegado hasta Buenos Ayres. Debido á esta circunstancia los comentarios menudeaban, haciéndose consideraciones sobre el lujo con que la vivienda de la rica pareja sería decorada el día de la fiesta, y los diarios, enviando sus repórters á casa de las modistas más afamadas, multiplicaban sus crónicas, dando cuenta detallada de las personas que asistirían y de los vestidos encomendados especialmente para tan señalado día.

El tema obligado de todas las conversaciones era el baile de Hostwald, y los des-

ocupados aprovechaban esta circunstancia para anticipar crónicas, anunciando sorpresas extraordinarias creadas en su imajinación.

Todo se refería al baile, y los teatros, los paseos, las funciones de todo género, se relegaban para después de la fiesta, temiendo sufrir en ellos algún incidente que les privase asistir. Para la noche del baile se habían dado infinitas citas, y era esperado ansiosamente por los novios y galanteadores de toda especie, algunos de los cuales esperaban recibir esa noche una respuesta favorable á sus amorosos ruegos.

Tanto era el entusiasmo, que hasta el mismo Rodolfo se sentía contagiado y lleno de una vivísima curiosidad por ver una cosa que él juzgaba despreciativamente, pero que ponía en jaque á una ciudad entera. No conseguía cambiar una palabra que no fuese con relación al baile, y en medio de aquella general conspiración, Josefina, cuando lograba hacer una escapada para verlo, solo le hablaba, entre dos caricias apresuradas, de la magnificencia de los numerosos vestidos que habían encargado á la Vendeux.

—Oh, querido,—exclamaba,—si vieras qué

cosas más monas! Qué vestidos tan ricos estamos haciendo para el baile de la señora de Hostwald!....¡Y el traje de ella!.... qué cosa!...Se lo han traído de Europa ¿sabes? perc nosotros se lo estamos arreglando...¡Ah! si yo pudiese vestirme con él para que tú me vieras!...Y tù no vás? —Y la joven hablaba apresuradamente, despreocupada de todo, absorbida, deslumbrada por la brillantez de las cintas, por los reflejos abigarrados de las sedas, flotando entre tules y encajes hasta envolverla en un torbellino loco, donde se regodeaba dichosa, con toda la trivialidad de su sexo.

Valmar estaba impaciente, deseoso de encontrarse en el día siguiente del baile. Tenía como rabia hacia aquello desconocido para él y que preocupaba tanto à los que le rodeaban. En su vanidad de hombre inteligente, le mortificaba sentirse cohibido por semejante trivialidad y deseaba salir de dudas.

Por fin, el dia llegó. La noche antes se había probado por última vez su dichoso frac, bajo la dirección de Felipe, y esa mañana se lo acababan de traer, extendiéndolo sobre su cama. Su preocupación iba en

aumento á medida que el tiempo trascurría y una especie de temblor nervioso agitaba todo su cuerpo, como la víspera de los dias de examen cuando empezaba á dudar de si sacaría la nota sobresaliente.

Como se sintiese inhabilitado para todo, y deseoso de matar el tiempo que se le hacía interminable, salió á la calle dirigiéndose á casa de Felipe que aún debía estar durmiendo. En efecto, lo encontró en la cama, todavía con los postigos de su ventana totalmente cerrados, gozando de la media luz que, como un suave crepúsculo, llenaba toda la habitación.

Felipe vivía solo en una casita de la calle Buenos Ayres, que comunicaba con la de sus padres por los fondos. Así es que sus amigos tenían la entrada libre á todas horas sin tener que molestarse en llamar. Al frente, en la primera habitación de la casa, había instalado su escritorio, al que le daba el pomposo título de estudio, á pesar de no haber entrado en él un solo pleito, pues Felipe á la par de Rodolfo, aunque por diferentes motivos, no había ejercido nunca su carrera. Inmediato al estudio y también al frente, tenía su dormitorio al que daba acceso una elegante salita poblada

de silloncitos muy blandos que á su vez comunicaba con el comedor, convertido á la sazón en sala de armas. Después seguían dos pequeñas habitaciones ocupadas por el sirviente y las demás reparticiones necesarias de la casa.

—¡Vamos, haragán!—dijo Rodolfo al entrar. Ya son las diez y media y todavía estás empollando. Y á medida que hablaba, abría de par en par los postigos de la ventana que dieron paso á todo un torrente de luz vivísima que obligó á Felipe á sepultar la cabeza bajo las sábanas para huír de sus brillantes resplandores.

—¡Vamos, arriba!—volvió á decir Valmar implacable.

Pero su amigo protestaba, y pedía gracia con voz ahogada desde el fondo de su nido.

—Por caridad!—imploraba,—¡cierra tan siquiera la persiana!—Y como Rodolfo lo obedeciese en esto, aceptando la transacción, consintió en sentarse al borde de la cama, esperezándose ruidosamente.

—Soñaba,—dijo con voz soñolienta,—que todas las mujeres de Montevideo se habían reunido para idear algún medio de ruclutar maridos, y que no pudiendo llegar á ningún acuerdo se disputaban gritando.

Figúrate qué farra no sería aquel congreso!.... ¿Qué quieres tomar?

—Ya me desayuné,—contestó Rodolfo,—así es que lo mejor que puedes hacer es vestirte, con eso nos vamos á almorzar donde haya fresco, porque aquí se ahoga uno.

—Súbito, súbito!—exclamó Felipe apresurándose,—voy á darme mi ablución y ya estoy.—Y envolviéndose en una gran tohalla rusa, se marchó hacia las habitaciones interiores, mientras que Valmar ojeaba un tomo de Banville abierto por el medio de sus páginas sobre la mesa de luz.

Apenas algunos minutos tardó Felipe en su baño, al cabo de los cuales entró cantando una aria del Barbero con voz bastante afinada.

—¿Lees á Banville?—dijo, viendo el libro que hojeaba su amigo.

—Sí, me encanta este hombre á pesar de su pesimismo canallesco é inmoral.

—Por lo que tenga de inmoral no me preocupo mucho, en cuanto á su pesimismo, creo que no hará odiar la vida á nadie,—contestó Mont despreocupadamente.—Eso de deleitar el espíritu de la gente con la delicadeza que él lo hace, no es lo más

apropósito para demostrar el mal de la vida. Es como mandarle una muchacha de quince años á uno que quisiera abrazar el oficio de eunuco.

—Siempre esa incurable superficialidad! —exclamó Rodolfo poniéndose serio. Pero como Felipe notase que iba á engolfarse en alguna de las cuestiones filosóficas tan de su agrado, le cortó la palabra, arguyendo que era preciso ver donde almorzarían con más fresco.

—¿Vamos al sótano de la calle Treinta y Tres?—propuso Mont, pensando con razón que en el sótano haría fresco.—Y como Valmar aceptase, salieron en busca del café indicado, con ánimos de satisfacer el voraz apetito de sus estómagos sanos.

Caminaban aprisa, huyendo de los ardores del sol, cuando, al desembocar en la calle 25 de Mayo, notaron que en la esquina de enfrente, de pié en medio de la vereda, estaba el almacenero José García, mirando con insistencia hacia la puerta de la tienda de la Vendeux, abierta en la mitad de la cuadra entre dos grandes escaparates que lucían ricos géneros de moda.

—¡Tu rival!—dijo Felipe codeando á su amigo.

—Sí, ayer la pidió á sus padres, y hubo un barullo de todos los diablos en la colchonería,—contestó Rodolfo muy pensativo.

—¡Ah!.... Ya caigo!—exclamó Mont›—por eso me faltó Enriqueta anoche.

—Sí, hubo una escena tremenda.—Y Valmar, ya instalado en una mesa del sótano y mientras Felipe servía rábanos y jamón, contó lo que había sucedido en casa de los Belloni.

A eso de la tardecita, se había presentado García, y después de algunos rodeos sobre el tiempo y los negocios, manifestó claramente sus pretensiones matrimoniales, exigiendo de los padres de la joven una contestación categórica. Estos, al principio, respondieron con evasivas, deseando como de costumbre entretener al pretendiente, que era un excelente partido; pero como el hombre quisiese dejar concluidas definitivamente las cosas, no tuvieron más remedio que decirle con franqueza que Josefina se negaba á casarse por el momento, y que ellos no podían hacerla variar de resolución. Que esperase un tiempo, que ellos lo apoyarían en sus pretensiones, porque sabían que era una persona muy buena que haría

la felicidad de la niña; pero que todavía no era posible.

Entonces el hombre se había fastidiado y en cuatro palabras les había contado los amores de Josefina con Valmar en el tambo del Pastor.

—Sí, es por eso que ahora me mira por arriba del hombro, porque tiene amores con un señorito que le ha hecho creer que se va á casar con ella,—decía García profundamente resentido.

Pero al oir una acusación tan grave, los padres de Josefina se habían puesto furiosos y se preparaban á pedirle cuentas severas á su hija, cuando volviese de su tarea.

—¡Pícara! ¡Mosca muerta! ¡Háse visto una cosa igual! Tener amores sin que nosotros lo supiésemos!—exclamaban á duo los viejos Belloni paseándose agitadísimos por su tienda.

—Dichosamente para ella,—dijo Valmar concluyendo su historia, conjuntamente con un bife sangriento que le habían servido,—anoche no pudo ir á su casa porque la Vendeux la retuvo en vista de su mucha tarea, y recién momentos antes de hacer una escapada para hablar conmigo, es que

recibió una cartita de Enriqueta en que le contaba todo lo sucedido.

—Diablo!—exclamó Mont, pensativo.—¿Y tú qué le dijistes que hiciera?

—Que les dijese la verdad... ¿A qué andar con tapujos? ¿No me voy á casar?—Felipe estuvo á punto de insultar á su amigo, pero al ver su sincera ingenuidad, se dominó proponiéndose velar por que aquello no sucediera. Conocía el lado flaco de Rodolfo y no desesperaba. Además, lo había visto detenerse admirado, como subyugado por la belleza de Matilde Rolán y contaba explotar esta naciente admiración en provecho de sus proyectos.

Y no tuvo que esperar mucho para convencerse de la facilidad de su tarea. Esa misma noche en la calle Sarandí, sentados en un banco mientras hacían tiempo para ir á vestirse para el baile de Hostwald, pudo convencerse que Matilde Rolán empezaba á preocupar seriamente á su amigo. Eran apenas las nueve de la noche y ya, como quien no quiere la cosa, éste le había preguntado tres veces por la joven.—Hoy no vendrá, seguramente,—había contestado Felipe,—¿No ves que está de baile?—Y Valmar se había puesto más nervioso

aún, con la idea de que iba á presentarse en un baile de la alta sociedad y vistiendo frac por primera vez en su vida. Y en el fondo, no era solo el frac y aquel baile extraordinario lo que trastornaba del todo su sistema nervioso. Era la presentación que le iba á hacer Felipe de aquella mujer bella y distinguida que pintaba y cantaba como una artista, triunfando en todos los salones con su arrogante presencia. ¿Qué efecto le produciría al ser presentado? ¿Se dignaría dedicarle un instante de atención? ¿Lo tomaría siquiera en cuenta? Y Rodolfo, recordaba las veces que la viera por la calle, en las plazas ó en el Prado, pasando arrogante y desdeñosa, muellemente reclinada al lado de su padre, en su elegante milord, arrastrado como una flecha por dos hermosos caballos blancos. La visión de la joven se delineaba claramente en su memoria y permanecía deleitándolo un instante, hasta que la imagen de Josefina, de su aurora, como él la llamaba, surgía repentinamente, simpática, humilde, ofreciéndose fresca y candorosa, con la gracia y la modestia de esas florecillas llenas de rocío que se hallan por los campos en las mañanas de primavera. Entonces se encogía de

hombros.—Es cierto,—pensaba, afirmándose en sus teorías,—en el corazón del hombre hay espacio para muchas; pero cómo ha de ser! No se puede aspirar á la dicha completa!—Y en su gran tolerancia por la vida, se conformaba con su destino que le negaba la dicha de poder alcanzar ideales tan altos.

—Mira!—exclamó Felipe en aquel instante, señalando un carruaje en que pasaba la Vendeux y Josefina, casi ocultas bajo los pliegues infinitos de un gran vestido de baile que formaba sobre sus faldas como una montaña de sedas y de tules.

—Sin duda irán á llevar algún vestido,—dijo Valmar que se había puesto de pié para saludar cariñosamente á la joven con la mano.

—No te entusiasmes tanto, mira que estamos en público y es preciso guardar las formas,—le advirtió Mont para contener un poco su impetuosidad. Pero Valmar protestó en el acto. A él le parecía que no había ninguna razón seria para ocultar sus sentimientos aunque fuera ante el mundo entero. ¿Para qué? ¿Por qué? No había ninguna razón lógica. Y cuando su amigo le objetaba que en este mundo la forma era

el todo, increpaba duramente á la sociedad tachándola de hipócrita, asegurando que solo por un hábito vicioso impedía que se exteriorizase la verdad.

—Sí,—exclamó apasionándose como de costumbre,—unos cuantos seres corrompidos, generalmente los más audaces, los que llevan la batuta en el concierto humano, abochornados, ellos mismos, de su manera de pensar y de sentir, y convencidos de que les conviene la persistencia de las formas presentes, por estúpidas que sean, tratan por todos los medios posibles de que sigan rigiendo el mundo para medrar, hipócritas, bajo su amplia sombra, aparentando tenerles un respeto profundo y escandalizando con grandes manifestaciones apenas cualquiera se atreve á violarlas, aunque sea animado de los mejores propósitos y bajo el impulso de los más sanos sentimientos.

—Bueno, yo pienso como tú,—observó Felipe,—pero es el caso, que los que pretenden ponerse en conflicto con esos menos, á quien de paso sea dicho, la humanidad con razón ó sin ella, sigue como un rebaño, cabestreando de la nariz, caen víctimas de su audacia que no los conduce á ningún resultado satisfactorio. Hay ciertas cosas, que-

rido, que no les están permitidas á nadie, ni á los omnipotentes. Todo estriba en la manera de hacerlas y en el pretexto que se invoca. Napoleón tenía licencia para degollar media Europa, y sin embargo, no le hubiesen perdonado que se presentara á su córte en calzoncillos. Por ejemplo, esta noche vas á ver espaldas virginales descubiertas hasta la cintura y escotes que terminan en el ombligo, y sin embargo, si vas al día siguiente á casa de una de esas señoras y la sorprendes con un brazo al aire, escandalizará y pondrá el grito en el cielo..... si no le pegas un mordiscón á tiempo.

—Pero eso es irritante,—contestó Rodolfo, desatendiendo las bromas de su amigo, y respondiendo á su propio pensamiento.—Es insoportable, que un hombre honrado, guiado por sentimientos puros en su marcha por la vida, tenga que ocultarlos como se oculta un crimen, obligándose á mentir y mistificar, tan solo en aras de una armonía social completamente corrompida y minada por su base, llena de preconceptos ridículos, sostenidos interesadamente por aquellos que mejor saben violarlos!—Los jóvenes se habían puesto á caminar lenta-

tamente, y, mientras Rodolfo continuaba su perorata, Felipe lo encaminaba dulcemente hacia su casa donde debían vestirse para el baile.

—No hay duda de que irrita todo eso que dices,—respondió Felipe con relativa seriedad al doblar en la esquina de Buenos Aires é Ituzaingó,—pero la verdad es que yo no sé hasta qué punto seria conveniente abolir esos respetos á los infinitos preconceptos sociales que, hoy por hoy, son un verdadero freno para contener las pasiones.

—Qué freno!..... ¿Te contiene en algo á ti, todo ese falso andamiaje social, ó te impulsa por el contrario á cometer todo género de excesos amparado por la impunidad que te concede? ¿O crees tú que si tuvieras todas las responsabilidades harías la mitad de lo que haces?

—*Ah sicuro!* ¡Si no tuviera responsabilidades!.... *¡Oh voluttá!*—exclamó Felipe imaginàndose un mundo de delicias sin freno. Pero en el acto, se contuvo para contestar riendo á su amigo.—¿Y yo qué hago? Cualquiera que te oyera, creería que soy algún gran criminal!

—Y lo eres sin duda alguna. Y un criminal hipócrita que pasa por un buen mu-

chacho y á quien nadie se atrevería á acusar, tal es su respeto aparente por las buenas costumbres.

—Es que no es aparente, sinó que las respeto de veras. Pues está gracioso! Decir eso de un hombre que ha hecho más matrimonios que el obispo. Y si no que lo digan todas esas ovejas descarriadas que después de haber caido en mis manos han ido á dar en las de un buen marido!

—Sí, ahora te ríes, pero en el fondo pretendes guardar las formas, no permites que yo salude en la plaza Matriz á una muchacha que quiero, so pretexto de que es una modista que tengo de querida, y mientras tanto vienes á vestirte de frac para dentro de un rato continuar enamorando á la de Hostwald en las barbas de su marido y en presencia de una sociedad numerosa entre la que se cuenta tu novia, de quien te burlas hace más de un año!

—¿Y qué tiene eso de particular? ¿Acaso la de Hostwald no es una mujer que sabe donde le aprieta el zapato? Si se tratase de una niña inocente, sería tal vez una recriminación muy justa, pero tratándose de una mujer experimentada, no veo el lado criminal de la cosa.

—Claro está que no lo ves ni puedes verlo con el criterio convencionalista que juzgas los hechos; pero detente á examinarlos y lo verás.—Habían llegado á casa de Felipe, y éste después de prender el gas del saloncito, descansaba repantigado en un sillón, mientras Valmar continuaba su arenga moralista de pié en medio de la habitación.

Para él no era un crimen posesionarse del amor de una mujer, por inocente que fuera, mientras que ésta no perteneciese á otro hombre, y á condición de que se sintiera por ella algún afecto, algo más que un simple impulso de sensualidad, que un apetito vicioso y culpable. Pero en cambio condenaba en absoluto y con los términos más duros la persecución de la mujer casada, la incitación al adulterio que significaba para él la destrucción de la obra de la naturaleza, la anulación de la mujer en su faz más hermosa, en su soberana cualidad de madre. Un hombre podía hacer felices á muchas, podía constituir varias familias, en cambio una mujer compartiendo su amor y su cuerpo, lo destruía todo, lo gangrenaba todo, rebajándose al nivel de

una cosa, de un objeto de placer que pasa de mano en mano.

—La esposa ó la querida de otro hombre —decía, con acento de convicción profunda, —me inspira siempre absoluto respeto, y es porque no sabría, al adueñarme de ella, si destruía la obra santa de la creación turbando con mi intervención extraña, el proceso respetable y grandioso de la maternidad.

—¿Y perder una niña inocente, á quien asaltas por sorpresa para luego dejar plantada con todas las santidades de la maternidad, te parece excelente?—objetó Felipe un poco picado por las palabras de su amigo.

—Es que no la dejo plantada, no hay tal! Eso es lo que tú pretendes de mí, pero que no conseguirás.

—Ah! entonces la guardas para incluirla en el harém!.... Ba, ba, ba,.... ya sabes lo que opino sobre ese punto... Teoría .. pura teoría.... nada más que teoría!.... en la práctica, te estrellas! Y si nó, que algún día te veas en ese caso y me contarás un cuento!.... Pero, á propósito, añadió Felipe sacando el reloj para cortar una conversación que tomaba un pésimo giro,

—son las diez y media y me parece hora muy prudente de que empecemos á vestirnos ¿no te parece?—Y empujando cariñosamente á su amigo hacia el interior de su cuarto, le impidió que continuase la discusión, alegando que él no entendía de aquellas cosas á pesar de su ciencia, puesto que iba á tener que vestirlo como á un niño para llevarlo á una fiesta.

—La verdad es que tienes razón,—dijo Rodolfo riendo con condescendencia,—si no fuera por tí no me entendería con toda esta serie de botoncitos, pecheras bordadas y zapatos con moños. ¡Qué cosa bárbara! ¡Cuánto tiempo perdido en zonceras!—Y los dos amigos, dando vueltas por el cuarto, profusamente iluminado y poblado de espejos, dieron principio á la tarea de acicalarse para el baile.



CAPÍTULO IV

Mientras Rodolfo y Felipe se preparaban para asistir al baile de Hostwald, la Vendeux y Josefina llegaban al palacete de Rolán en la calle de Convención, suntuoso edificio moderno que había reemplazado la antigua casa solariega edificada por los primeros Rolán que pisaron estas playas, allá por las épocas coloniales.

Las modistas después de franquear la espaciosa puerta cochera que daba acceso á un vastísimo peristilo poblado de columnas, subieron por la gran escalera de mármol blanco hasta el vestíbulo del primer piso donde, entre pinturas lujosas y profusión de artísticos dorados, se abrían las puertas de varias salitas que comunicaban con

el gran salón situado al frente, y con el comedor y el escritorio, elegantes habitaciones que ocupaban toda el ala izquierda del edificio. En el centro y separando el vestíbulo de las habitaciones interiores, corría una espaciosa galería de pinturas, flanqueada por pasillos que facilitaban las comunicaciones, y que formaban en la parte opuesta como una especie de balcón corrido cubierto de cristales con acceso al jardín, hermoso invernadero de plantas exóticas, en cuyo centro una fuente de bronce despedía á gran altura un gracioso chorro de agua, que luego volvía á caer con sonoridades alegres y cristalinas.

Precisamente por aquel pasillo fueron introducidas las modistas, y como las hiciesen esperar un momento antes de entrar en las habitaciones de la joven, tuvieron tiempo de examinar curiosamente esa parte íntima de la casa que Josefina no conocía aún.

—Parece que hay todavía más lujo aquí adentro,—exclamó ésta asomándose al jardín por entre las vidrieras corridas.

—Ah! es un palacio!..... ¡Aquí no falta nada! —contestó la Vendeux, satisfecha de ser la modista de una persona tan altamente colocada.—Ves?—continuó, explicando los deta-

lles á Josefina que miraba atónita,—por al redor de esa fuente es que dan vuelta los carruajes, y por aquella puerta de cristales de colores, se entra á la caballeriza que tiene salida por la otra calle. Figúrate que dicen que hay más de veinte caballos. Es igual, igual como en Francia! Allí todas las casas de lujo son así, tienen entrada de carruajes y caballerizas. ¿Ves? Allí al fondo, están las cocinas y las dependencias del servicio; y de aquel lado, á continuación del comedor, son las piezas del Doctor Rolán que también tienen su salida independiente por la otra calle. Por el frente de la casa se puede decir que no anda más que la señorita, y eso en los días de recibo, pues el resto del tiempo lo pasa en su taller que está encima de este gran salón que es la galería de pintura.

—Entonces ¿esta pobre señorita vive muy sola con todo su lujo?—preguntó Josefina, sorprendida del género de vida que llevaba una tan rica heredera como Matilde—¿No tiene novio?

—Novio nó, tiene muchos pretendientes; pero ella no le hace caso á nadie, á pesar de que su padre la apura por que se case deseando estar libre.—Y la Vendeux se preparaba á contar la vida íntima del Doctor Rolán

cuando una criada vino á decirles que podían pasar, que la señorita había concluído de peinarse.

En efecto, al mismo tiempo que ellas entraban, salían los D' Albert, un matrimonio cabezón y pequeñito que se hacía pagar seis pesos por peinar señoras á domicilio. Pero á pesar de esto, al llegar á la presencia de Matilde, la encontraron delante de su tocador soltándose el pelo que cayó hasta más abajo de la cintura, como un gran manto negro con reflejos azulados.

—¡Cómo, señorita Matilde!—exclamó la Vendeux.—¿Se está despeinando?

—Sí, siempre cometo la zoncera de llamar á esta gente para peinarme, y después de fastidiarme una hora, no hacen nada á mi gusto,—contestó Matilde desplicentemente, mientras que se probaba vinchas de todo género, de plata, de oro, ó de cintas de seda de variados colores.

Y entre tanto, la Vendeux y Josefina, de pié á sus espaldas, aguardaban pacientemente que acabase su tarea, para empezar á vestirla, admirando de paso el decorado de aquel tocador de mujer elegante, lleno de detalles complicados y de rebuscamientos infinitos,

propios para satisfacer todas las exigencias de la coquetería.

Era una habitación pequeña, perfectamente cuadrada y que en la apariencia no tenía más que una sola puerta por donde entraba de día la luz del sol. Tanto el techo como las paredes, estaban cubiertas de foulard rosa salpicado de botones dorados, y los muebles, enanos y anchos, de resortes blandos como plumas, eran tapizadas de damasco blanco con flores de realce formando caprichosos ramos. A un costado de la pieza, se abría un gran espejo de tres cuerpos, cuyas hojas, unidas entre sí por una clase de goznes complicadísimos, tan pronto se alzaban ó bajaban, como podían acercarse ó alejarse á gusto de la persona que los utilizase, la que de esta manera podía multiplicar su imagen hasta lo infinito contemplándola desde todos los puntos de vista.

En frente y junto á la puerta que daba salida al corredor, en una mesita cubierta de tules, de flores y de encajes, se agrupaban en confusión indescriptible una serie infinita de objetos pequeños, destinados á embellecer la persona siempre que fueran manejados con la habilidad necesaria. Era toda una batería de cisnes, pompones, cajas de polvos blancos,

rosados, dorados y plateados, cajitas imperceptibles de marfil cifrado, conteniendo pomadas y filtros misteriosos, cepillos liliputienses de variados colores, tijeras de todas las formas, destinadas á mil usos complicados, indescriptibles; y después, alfileres de todos los tamaños y calidades, horquillas de dibujo inverosímil, redes de cabello finísimo, casi invisible, y por fin, como formando una barrera á todo este caprichoso conjunto, una muralla de frascos cargados de perfumes se apoyaba contra el espejo encuadrado en un elegante marco de rosas artificiales entrelazadas de yedra y semi cubiertas por una doble cortina de encajes y de tul.

Delante de este mueble y sentada en un puf giratorio, que le permitía volverse en todas direcciones, Matilde concluía su peinado griego con vinchas de oro, dejando descubierto el cuello fino y esbelto, perfectamente destacado de los hombros y al que imprimía movimientos rápidos y graciosos de ave sorprendida.

Cuando hubo dado los últimos toques á aquella difícil cuanto artística obra, se hizo soltar por la camarera los bigodines que oprimían las puntas de su cabello sobre el extremo del moño, y cayeron dos rulos per-

fectos sobre la nuca blanca, de un aterciopelado mate que hacía resaltar el ébano de los rizos. En el acto se levantó. y con paso arrogante, balanceando suavemente su cuerpo fino, flexible y ondulado, cuyos delicados contornos se adivinaban bajo los pliegues de su amplia bata, se dirigió al gran espejo de tres cuerpos para examinarse detenidamente, y satisfecha de su obra, sonrió á su propia imagen, como el artista que acaba de dar vida á su ideal.

—Suis-je bien comme ça?—preguntó dirigiéndose en francés á las modistas y á su camarera con quien generalmente hablaba en ese idioma.

—Oh! Mademoiselle est charmante, ravissante...!—contestaron casi á coro la Vendeux y la camarera; y como ella se encontrase bien á su vez, dió por concluído el arreglo de su peinado, abriendo una pequeña puerta disimulada en la pared que daba acceso á un cómodo lavatorio incrustado en el muro donde se lavó las manos antes de empezar á vestirse.

—¿La señorita insiste en quitar todo el bullone de encajes y tules de la manga?—Interrogó en frances la Vendeux, cuando Matilde se hubo nuevamente presentado.

—Sí, madame Vendeux; quiero ir lo más sencilla posible,—contestó la jóven con su hermosa voz de contralto.

—Ah! . entonces tenemos que apurarnos por que siempre habrá que arreglar alguna cosita.

—Siempre los apuros, siempre los apuros! —exclamó Matilde empezando á desabrocharse la bata que la envolvía.

—Ah, señorita, si Vd. no cambiase tan tarde de ideas,—respondió la Vendeux ayudándola á desvestirse, mientras la camarera traía de la habitación inmediata algunas prendas que se le habían pedido.

Por fin, cayó de sus hombros el amplio batón de batista, y la joven quedó en enaguas, ceñido el cuerpo por un corsé de raso blanco y desnuda la garganta que despedía reflejos sonrosados, al ser herida de lleno por la luz de diez lamparillas eléctricas hábilmente distribuidas por toda la habitación.

Y en el acto empezó la difícil tarea de vestirla.

La Vendeux dirigía, y con mano experimentada, daba los toques definitivos á los pliegues de tul ó de encajes; ajustaba un punto más los cordones del corsé, ya en la cintura, ya en el pecho ó en las caderas, y cambiaba

de sitio una flor ó una alhaja, atribuyendo suma importancia á dos líneas de diferencia en su orientación ó altura. Josefina, aguja en mano, daba puntadas con rapidez y habilidad suma allí donde se le indicaba, golpeando su labor con la punta de los dedos sonrosados de sus pequeñas manos de obrera, alejando luego la cabeza para juzgar del efecto artístico que producía su obra. Y la camarera, con una almohadilla erizada de alfileres, cargados los brazos de encajes y de cintas, y cubierto el pecho de agujas enhebradas, iba y venía alcanzando lo que era menester.

Más de una hora duró la difícil tarea, tiempo más que suficiente para que Matilde se impacientara repetidas veces. Pero al fin quedó plenamente satisfecha de sus ayudantes, cuando una vez vestida, pudo contemplarse definitivamente ante su espejo. Sus propósitos de sencillez habían triunfado, y el vestido quedó, por fin, liso, sin tules ni encajes de ningún género, con el solo adorno de dos ramos de pensamientos morados, uno en la bata y otro en el delantero de la pollera. El género era de otomana, de un amarillo brillante con reflejos de oro, y sobre aquel fondo luminoso, se destacaban, sombríos, los pensamientos morados, luciendo sus aterciopeladas corolas.

Sobre el seno, temblando en el borde del escote, otro pensamiento de esmalte obscuro, ostentaba un brillante valiosísimo que despedía reflejos multicolores, como una transparente gota de rocío que hubiese caído en el seno de sus hojas, y en la base del cuello, casi sobre los hombros amarfilados, una cinta de terciopelo negro era sujeta por un pequeño broche de amatistas y perlas prendido hacia un costado.

— Oh, señorita; parece una reina! — exclamó Josefina que hasta entonces no había desplegado los labios. Y Matilde que aún no había fijado su atención en la joven, al oir el expontáneo cumplimiento que le dirigía con su voz dulce y humilde, la miró complacida, encontrándola monísima con su carita delicada é ingénua, iluminada por sus grandes ojos de pestañas obscuras bajo los rizos de oro que le caían sobre la frente.

Daban las doce de la noche en un artístico reloj de onix que había sobre un pequeño etagere, cuando entró la señora de Mont seguida de su hija Isabel y de Ernestina Díaz, que venían en busca de Matilde á quien su padre no podía acompañar de ninguna manera.

Una ligera sombra de contrariedad cruzó por la frente de Matilde al ver á Ernestina

con quien no contaba, fastidiándole de antemano tener que entrar al baile con tanta escolta, pero en el acto se dominó, acogiéndolas á todas con una agradable sonrisa.

—Bueno, como el landeau está pronto y somos cuatro, será mejor dividirnos de á dos en cada carruaje, así no nos arrugamos los vestidos,—dijo Matilde para evitar de algún modo la compañía de Ernestina con quien no simpatizaba.

—Como quieras, mi hijita,—contestó condescendientemente la señora de Mont.—Y así fué en efecto, apenas terminados los últimos preparativos, las cuatro damas bajaron, instalándose la señora de Mont, con Ernestina, en su coupé, y Matilde con Isabel, de quien era muy amiga, en el landeau, dirigiéndose hacia lo de Hostwald que quedaba en la calle del Cerrito.

Una hora hacía que Felipe y Rodolfo habían llegado al baile.

Valmar, pálido como un muerto, por la viva emoción que sentía, muy á pesar suyo y de sus angustiosos esfuerzos por dominarse, estaba deslumbrado. Los consejos de Felipe no dejaron, sin embargo, de producir su efecto, y el joven, que por naturaleza era de físico y modales distinguidos, logró desempeñarse

bastante bien, aunque con alguna tiesura, sobre todo, mientras contuvo su acción en lo que tenía de expontánea.

En el primer momento, cuando recien traspusieron los umbrales de la puerta y subieron la escalera, escrupulosamente alfombrada y adornada con plantas puestas en macetas de mármol rosado, temiò tropezar en algún escalón ó enredarse el sobretodo entre las hojas de los helechos que crecían junto á las barandas, pareciéndole que llamaba la atención, al extremo de que todas las miradas estuvieran fijas sobre él; pero una vez que llegó á los altos y se desprendió de su abrigo y de su sombrero, el brillante conjunto que se ofreció á su vista lo impresionó de tal modo que, por un momento, parecióle que se aislaba en medio de la concurrencia. La voz de su amigo, advirtiéndole que lo dejaba un instante sólo, lo hizo volver de nuevo á la realidad.

Entonces, saliendo de la abstracción en que se hallaba, caminó unos pasos, recostándose luego al marco de una puerta, y apartando con la mano el espeso cortinado, miró hacia el interior, examinando cuidadosamente hasta los menores detalles.

Era el salón del frente, vasta habitación cuadrilonga con seis balcones que daban á la

calle, cubiertos por cortinados de punto crema y sobrecortinas de damasco celeste que se envolvían en ondas caprichosas á las galerías doradas que las sujetaban, donde un ángel, con las alas desplegadas, arrojaba zaetas hacia el piso. En el mismo frente, y llenando los espacios libres entre los balcones, se erguían espejos larguísimos que sobrepasaban las galerías con sus molduras, tambien doradas, apoyando su base sobre pequeños confidentes, divididos por una columna que sostenía un valioso objeto de arte, ya de mármol ya de bronce, bajo cuyo capitel finísimo y gozando de la muelle blandura de los asientos, las parejas discurrían cambiando apuntes en los *carnets* para señalarse por orden las respectivas piezas de baile. Alineados en el centro del salón y correspondiendo á los dos grandes estrados de ambas cabeceras, había tres *pufs* inmensos, de cuyo seno surgían grupos de mármol que parecían sostener las enormes arañas de bronce y de cristal que alumbraban el recinto. El primero de aquellos grupos representaba á Hércules hilando á los piés de Onfalia, mientras el amor, jugueteando entre ellos, reía de su triunfo; del lado opuesto, y haciendo *pendant* con el primero, otro mármol representaba un náufrago

á punto de ser absorbido por las olas; y en el centro del salón, como situado en lugar preferente, una multitud de mujeres hermosas, cargadas de frutos y de flores, reverenciaban á Apolo, que aceptaba sus dones con altivez triunfante. Y alrededor de tanto bronce y de tanto mármol, reproduciéndose hasta lo infinito en los múltiples espejos que cubrían las paredes, circulaban las parejas en constante vaivén, envueltas las niñas en tules vaporosos que trasparentaban sus carnes virginales, y las damas jóvenes cubiertas de sedas, deslumbrantes de pedrerías, al aire los brazos y los hombros redondeados, luciendo las vistosas gargantas que despedían complicadas aromas, perfumes cálidos que espesaban el ambiente tornándolo casi irrespirable.

Valmar estaba embelesado, fascinado por aquel espectáculo magnífico donde no había más nota discordante que los fracs serios y enjutos de los hombres, perdidos como puntos negros entre aquella inmensa oleada femenina. Mirábalos y comprendía en el acto el gran grupo marmóreo que se erguía en el centro del salón. La inmensa minoría de su sexo lo afirmaba de nuevo en sus teorías y comprendía per-

fectamente aquella multitud de bellezas ofreciéndose, rendidas, con frutos y perfumes, al victorioso Apolo. Y en el acto le daban deseos de penetrar allí dentro para impregnarse en la mujer, para respirarlas á todas al borde de sus escotes palpitantes, para sentir sobre su brazo varonil las morbideces adorables de aquellos innúmeros brazos femeninos. Pero su natural timidez le impedía moverse y continuaba abarcándo, gozándolo todo con la mirada. Su admiración crecía por momentos, conforme iba descubriendo nuevos detalles, nuevos refinamientos de la civilización que le hacían reconstruir en su imaginación viva y fecunda, las luchas de la humanidad á través de los siglos, para llegar á alcanzar aquel resultado asombroso, donde él leía como en un libro abierto. A su vista se desarrollaba, como en un panorama vastísimo, la sucesiva evolución de las razas, bifurcadas por todos los ámbitos de la tierra en ramificaciones infinitas y combinadas de nuevo con rebuscada selección bajo el cielo purísimo de esta parte de América. Tan pronto veía la distinción británica llevada por una bizarra morena de pupila renegrida, como la gracia andaluza con

ojos azules y doradas trenzas. Aquí la sensualidad italiana, allá el *chic* francés, más acá un perfil austriaco sobre un cuerpo criollo, y, finalmente, en la mayor parte de las mujeres que examinaba, algo de inglés, de italiano, de español y de francés. Todas las subdivisiones de las razas indoeuropeas y parte de las semíticas estaban allí representadas dignamente, figurando hasta la belleza antigua con toda su pureza histórica. La mujer griega, la belleza helénica con su perfil severo, su óvalo perfecto y sus extremidades finas y alargadas; el tipo romano representando la fuente de las subdivisiones neo-latinas, con su nariz recta, casi unida á la frente, de gesto algo sañudo, aspecto dominante y desdeñoso porte; luego pasaba exhuberante y macizo el tipo germánico luciendo toda su lozanía y frescura tan simpática por la brillantez del colorido y por la plástica de la forma, al pincel de Rubens; y, por fin, como remate de aquel desfile de razas, también surgía la mujer semita, con su rostro moreno y su ardiente indolencia de harem, expresada en sus grandes ojos de mirada dulce y cejas arqueadas, robados en los campos de Judea. Y así seguían

pasando continuamente todas lindas, toads frescas y atrayentes, reunidas en una misma patria, reconstruyendo en la imaginación excitada de Rodolfo, como una visión mágica de los pasados tiempos y de las civilizaciones muertas. Y cuando sus ojos, cansados de presenciar aquel desfile inacabable, trasunto fiel de la obra de los siglos á través del tiempo, en busca siempre de la perfección soñada, se volvían para examinar el gran salón celeste en sus más ínfimos detalles, quedaba de nuevo deslumbrado ante el hacinamiento elegante de objetos luxuarios, allí presentes como símbolo de la civilización de nuestro siglo, sostenida y alentada por el esfuerzo humano en su acción constante. Los ricos espejos de Nuremberg, artísticos y valiosos como joyas, los de luna veneciana, caprichosamente biselada, los espesos tapices de Bruselas, de Tournay, de Nottingham ó de Aubusson, los muebles Luis XVI con su corte serio y elegante, recordando el esplendor de un régimen para siempre caído; los mármoles estatuarios que al ser heridos por el cincel de artistas notables, recibieron el sello perdurable de su genio; los bronces de Barbediene con su elegancia severa, perpe-

tuando en el tiempo la historia del arte; y en las consolas, sobre las mesas, llenando todos los huecos, una multitud de pequeños objetos de un valor inestimable, tallados en marfil, en oro ó en plata, sosteniendo bomboneras de Sax, tarjeteras de Cévres. chucherías infinitas de *vieux* Rouen ó del Japón, todo, en fin, lo que puede agrupar la fortuna unida al gusto en nuestro siglo, expuesto ante sus atónitos ojos, lo impresionaba hondamente, como el descorrimiento de un velo que le hubiese impedido ver aquel mundo nuevo y desconocido.

Rodolfo, en sus variadas lecturas, había curioseado todas esas manifestaciones antiguas y modernas de las artes decorativas, pero atribuyendo su existencia sólo al viejo continente, tanto que muchas veces se había prometido hacer algún día una escursión por aquellos países cuya civilización presumía que aún no hubiésemos alcanzado; pero al encontrarse con la realidad de todos aquellos refinamientos, permanecía absorto, como víctima de un ensueño inesperado y radiante. Le parecía imposible que todo un mundo hubiese acumulado pacientemente, á través del tiempo y en medio de luchas cruentas y asolado-

ras, una suma tan grande de progreso, para verterla á los piés de la jóven América; niña mimada que obtenía al nacer, la experiencia y la resultante del trabajo de los siglos, para lanzarse, apoyándose en tan sólida base y dotada de la frescura de sus savias, á la grandiosa conquista de su brillante porvenir.

—Caramba! creí que te habías ido!—exclamó Felipe, cortando repentinamente el hilo de sus ideas.—Hace media hora que te busco inútilmente.

—Pues, hombre, yo no me he movido de aquí,—contestó su amigo.

—Sí, pero no es aquí donde yo te dejé... Y bien, ¿qué te parece todo esto?

—¡Ah, magnífico, magnífico!—exclamó Valmar expandiendo su admiración contenida.—Comprendo que estas cosas preocupen á todo el mundo. Es el conjunto de todas las bellezas, es el arte en todas sus manifestaciones.

—Así me gusta! Pero ven por acá, con eso te presento á la dueña de casa. Todavía no has visto nada,—dijo Felipe, profundamente satisfecho.

Y tomando á su amigo de un brazo, atravesó el vestíbulo, pasando por un cor-

to corredor situado entre dos pequeñas piezas donde se habían instalado respectivamente el tocador de las damas y el de los caballeros, y entró en el único salón donde se bailaba.

Valmar se creyó asistiendo á una inesperada excena de magia que su amigo le ofrecía. Su admiración por la sala azul que durante un largo espacio de tiempo había estado contemplando, le hizo presumir que el baile estaba circunscripto á aquel solo local. De modo que al encontrarse de pronto ante la magnificencia de otra sala más vasta y doblemente alumbrada, donde habían sido cuidadosamente rebuscados todos los efectos, quedó asombrado. Pero en el acto, comprendiendo el ridículo que podía acarrearle la manifestación de sus sentimientos, afectó no sorprenderse de nada, mirando, sin embargo, atentamente, el hermoso espectáculo que se ofrecía á su vista.

Era el gran patio de la casa convertido en salón para aquella fiesta excepcional, y si bien el gusto y la elegancia no estaban allí tan cuidadosamente seleccionados, en cambio la impresión era doble, resultando de un efecto deslumbrante.

Todo estaba dispuesto para brillar en conjunto, aunque aisladamente no hubiese resistido el análisis. El salón azul era algo sólido, permanente; en cambio éste tenía todos los caracteres de la improvisación transitoria.

Por lo mismo resultaba más extraordinario. Parecía una fantasía voluptuosa de esas que se anhelan cuando el espíritu está en delirio.

Las paredes, totalmente tapizadas de seda punzó, daban la nota pasional, dominando el conjunto, y el techo cubierto de ondas de tul vaporoso, sostenidas por cordones dorados y salpicadas de estrellitas de luz, representaba la vaguedad de los anhelos del alma.

Por una parte la nota cálida, la sensación apetitosa, y por otra el llamado dulce, el goce infinito, las ansias de lo desconocido.

La orquesta, oculta en paraje invisible, dejaba oir el cadencioso compás de sus acordes suaves, y mientras las niñas vaporosamente vestidas, semejaban en sus rápidos giros que iban á esfumarse en espirales ascendentes, como trozos de ilusión, los hombres parecían retenerlas oprimidas

con sus negros brazos sobre la alfombra roja como el fuego que más tarde habría de marchitar sus galas.

En el medio, una Venus de mármol, surgiendo de las aguas, se estremecía toda con las menudas gotitas que le arrojaba una bizarra turba de esbeltas y flexibles ondinas que caracoleaban á sus piés; y repartidos aquí y allá, llenando todos los huecos y perfumando con selectas aromas el cálido ambiente, una profusión inmensa de ramos enormes y de plantas exóticas aumentaban la alegría con la viveza de sus variados colores.

—Sofía,—dijo Felipe, familiarmente, dirigiéndose á la señora de Hostwald—Voy á tener el gusto de presentarle á mi amigo el doctor Rodolfo Valmar, un excéntrico.—Y señalaba á Rodolfo, que, á pesar de las recomendaciones que anteriormente le había hecho, estiró buenamente la mano, desorientado por completo, como caído en un mundo fantástico cuya existencia no había sospechado.

Pero Sofía Hostwald á quien Felipe hablara más de una vez de su amigo, acogió al joven hasta con ternura, favorablemente impresionada por su belleza varonil y encantada por su turbación que, al par que

la divertía, la interesaba, por revelar claramente su ingenuidad completa.

—Ustedes son unos ingratos y unos pretenciosos. Se esconden como joyas en vez de venir á nuestras fiestas para animarlas y hacerlas agradables.—Dijo la señora de Hostwald con su voz argentina, haciendo un delicioso mohín de fingido enojo.

—Oh, señora!—contestó Valmar balbuciente y mezándose los cabellos tan cuidadosa como inútilmente peinados horas antes.—Qué pobre contingente debe ser el mío!

—Es demasiada modestia; la ilustración y el talento brillan siempre en todas partes.—Y como Rodolfo se atreviese apenas á contestar cada vez más confundido, como un niño que ha olvidado su lección, empezó á animarlo dulcemente, con ese secreto tacto de la mujer cuando se propone agradar á un hombre.

Breves momentos después había producido todos sus efectos la gracia seductora, desplegada por ella, y Valmar tierno y confiado, la hacía partícipe de todas sus impresiones. Veía á su lado una mujer de boca expresiva y mirada angelical bajo la cascada brillante de sus cabellos de oro,

respiraba el aroma embriagador de su cuerpo perfumado, y sumergía la vista en las níveas morbideces de su garganta palpitante, y sin embargo en aquel momento desaparecía de su mente la idea del sexo, para no pensar más que en la amiga dulce que lo había alentado acogiéndolo cariñosamente. Así, pues, á pesar de la prevención que tenía hacia aquella esposa que juzgaba infiel por las apreciaciones de Felipe, la disculpaba con tolerancia extrema, tan solo porque le parecía buena, porque era bella y porque desde ya la quería fraternalmente. La circunstancia de ser rubia le recordaba á cada instante á Josefina, y aquel recuerdo de su aurora lo vinculaba más estrechamente, haciéndole pensar al propio tiempo en lo bien que hubiese estado su querida, reinando como Sofía en aquel salón, por la fortuna y por la belleza.

De pronto un ligero estremecimiento recorrió la sala, del uno al otro extremo; las voces cesaron un instante y todos los rostros se volvieron hacia la puerta del pasillo que conducía al tocador. Sofía Hostwald se había levantado de su asiento y se adelantaba con paso ligero para saludar á Matilde Rolán que acababa de entrar triun-

fante, destacándose en el cuadrado de la puerta con la arrogancia de una estatua griega. Su talle esbelto y flexible como un junco, ajustado entre las sedas de su vestido amarillo con reflejos de oro, resaltaba con toda la pureza de las líneas sobre el fondo rojo de las colgaduras del salón. Una sonrisa de reina animaba su semblante hermoso, sus ojos negros despedían fulgores extraños que parecían iluminar la frente sombreada por sus rizos de ébano, y bajo la ligera corva de su nariz perfecta entreabría, anhelante, la boca sensual, cuyo labio inferior, algo caído, parecía un cáliz donde el amor había depositado sus más exquisitos perfumes.

Con la cabeza levantada, algo inclinada sobre el hombro derecho, y jugando suavemente con un diminuto abanico de encajes, Matilde paseó una mirada investigadora por todos los ámbitos del salón, deteniéndola un instante sobre la Venus que surgía de las aguas, como cambiando un reto con aquella diosa de la forma que parecía imponerse con su victoriosa desnudez. Había adelantado algunos pasos y como viera á Sofía que se acercaba sonriendo y formulando un cariñoso cumplido, fué á su en-

cuentro extendiéndole la mano con su graciosa altivez de reina condescendiente.

Por un instante, las dos mujeres permanecieron unidas, sonriéndose mutuamente bajo las miradas de casi toda la concurrencia. Sofía, pequeña, de formas esculturales, pero menuda, vaporosa, bellísima bajo su cabellera rubia, vestida con un traje verde luz, cubierto de tules del mismo color salpicados de chispas de plata, y cruzado diagonalmente en la parte delantera por una guía de racimos maduros entrelazados con sus hojas, semejaba á una bacante brindando todas las voluptuosidades, todas las embriagueces terrenas; y Matilde, alta, fina, con su expresión soberbia y sus gestos reposados, envuelta aparentemente en una malla de oro, con el brillo sombrío de sus ojos negros y de las aterciopeladas corolas de los pensamientos que adornaban su vestido, parecía el símbolo de la sensualidad, la viva encarnación de todas las pasiones humanas. Y al cabo de un instante, después de haberse examinado mutuamente, á satisfacción, se separaron siempre sonrientes, aceptando el tácito convenio de dividirse el dominio de aquel reinado.

En el acto, y mientras Sofía se alejaba

del brazo de Felipe, Matilde era asediada por un numeroso grupo de fracs negros, que, formando á su alrededor estrecho círculo, se disputaban su *carnet* angustiosamente.

Valmar, entretanto, después de haber permanecido en éxtasis, contemplando á las dos mujeres como quien asiste á la reproducción de un ensueño, se paseaba con Ernestina Díaz, á quien Felipe lo había presentado. Y con ella permaneció por largo espacio de tiempo, recorriendo todos los salones, gozando de aquel lujo elegante, sintiéndose feliz por hallarse en medio de aquella esplendorosa pompa, mientras su compañera le hablaba de Felipe, á quien acusaba de frío y desamorado. Entonces, el joven, que no podía con su genio, ni sabía ocultar sus sentimientos, manifestó su manera de sentir con su habitual vehemencia, en tanto que Ernestina lo escuchaba estremecida.

Recién á las dos de la mañana consiguió Felipe tomar el brazo de Matilde y solicitar su asentimiento para presentarle á Rodolfo, consecuente con sus premeditados proyectos de influir en el destino de su amigo y maestro.

—Mire, Mont, que no tengo pieza ni intermedio que darle á su amigo!—exclamaba Matilde mostrando su *carnet*.

—Se escamotea alguna cosa,—contestaba Felipe,—y en último caso, es tanto mi interés que le sacrificaría mi turno.

—¿Es tan extraordinario su amigo?—preguntó la joven picada por la impertinencia de Felipe.

—Único! casi tan extraordinario como usted. Con esto le digo todo.—Y Mont se esforzaba por mortificar á la jóven con quien tenía aún algunas cuentas pendientes.

Por fin, en el salón de enfrente, sentado en el gran puf central, encontraron á Rodolfo que, habiéndosele arrebatado la compañera, conversàba con Isabel Mont y Sofía Hostwald, rodeados por un grupo de señores formales.

—Rodolfo Valmar...Matilde Rolán,—dijo Felipe presentándolos.—Luego dirigiéndose á Rodolfo, añadió irónicamente:—Voy á darte la mayor prueba de amistad que se puede dar en este mundo. Voy á cederte mi turno con Matilde.—Y apartándose de la joven, cedió el puesto á su amigo, mientras que Sofía Hostwald se reía pérfidamente de la ocurrencia.

Valmar, sin comprender el sentido de aquellos sutiles alfilerazos de salón, caminaba llevando á la joven de su brazo sin acertar á decirle una palabra, tal era su emoción al sentirse junto á la mujer que había admirado tanto. Y Matilde, que por Isabel Mont, estaba al corriente de los antecedentes de Rodolfo, esperaba que éste hablase para ver el giro que imprimía á la conversación. Pero como á Valmar no se le ocurría nada ó se le ocurría demasiado, y la joven empeñada en sus trece no rompía el silencio, recorrieron el salón y volvieron sobre sus pasos, hasta llegar de nuevo al punto de donde habían partido, sin que ninguno de los dos manifestase su pensamiento. Entonces Matilde, no pudiendo contenerse más, inició la conversación con el más atrevido de los temas, señalando con un gesto el grupo de mármol donde Apolo erguía su hermosa talla reverenciado por una multitud de mujeres hermosas.

—Qué grupo tan impertinente!—dijo.

—¿Por qué?—preguntó Rodolfo sorprendido de aquella salida repentina.

—Porque es el mundo al revés,—contestó Matilde.

—No me parece; yo encuentro, por el contrario, que es un simbolismo muy natural.

—Pero eso es horriblemente pretencioso!

—No hay tal, y estoy seguro que usted ha de pensar como yo,—dijo Rodolfo ya dueño de sí y satisfecho de aquel tema.

—Le juro que no comprendo,—exclamó Matilde sorprendida.—Me han dicho muchas cosas extraordinarias de usted, pero le aseguro que no lo creía tan original.

—Es que no hay tal originalidad. Lo que yo afirmo es lógico, simplemente. La historia de ese grupo se impone. El hombre es quien solicita á la mujer, pero por abdicación consciente de su fuerza, por galantería, para mostrarle el mérito que le atribuye, haciéndole sentir su importancia y la grandeza de la misión que le está confiada como su natural compañera sobre la tierra; pero la mujer, interpretando mal esta actitud, se cree de una superioridad aplastadora; piensa que todo se le debe en absoluto, y entonces, los hombres de mérito, los que verdaderamente valen, le huyen, abandonándosela á los necios que, no sabiendo comprenderla, la rebajan en su dignidad, desconociendo su grandiosa mi-

sión. Esto acaba por aburrirla y ahuyentarla, al extremo de que se ve obligada á correr sumisa, brindando el fruto de su amor impregnado de perfumes, á los que tienen suficiente corazón para amarla sobre todas las cosas.

Matilde lo había escuchado sorprendida al principio; pero interesándose poco á poco á medida que el joven hablaba, concluyó por oírlo con verdadero placer, seducida por la vehemencia que imprimía á sus palabras y por el apasionamiento sincero que ellas revelaban con respecto á la mujer.

—¿Quiere decir, entonces, que, lo que nosotras buscamos y ante quien nos rendimos á discreción, es ante el hombre excepcional que sabe sentir y comprendernos?—Interrogó la joven examinando á su compañero con mirada excrutadora.

—No, no es al hombre excepcional, es al hombre simplemente, pero al hombre en toda su omnipotencia, no á las deformidades contrahechas que generalmente se ofrecen en las sociedades modernas.—Y al hablar de esta suerte, Valmar hacía un gesto como abarcando el salón entero, mientras que un joven pequeñito y flacucho, de escaso pelo y fisonomía cansada, pero irre-

prochablemente vestido, les interceptaba el paso en apostura que pretendía ser galante.

—Matilde, es mi pieza!—dijo con voz melosa y aflautada, enseñando su *carnet*.

Rodolfo, sorprendido por aquella inesperada interrupción, no pudo contener una exclamación de disgusto, aunque preparándose á ceder el puesto.

—¡Caramba! Cuando recién empezábamos á conversar!—exclamó con brusca espontaneidad, y sin fijarse en la extrañeza con que lo miraba el joven irreprochable.

Pero Matilde ya había tomado una resolución, encantada por la ingenua sinceridad de Valmar, y oprimiéndole el brazo significativamente, exclamó con su voz sonora:

—¡Cuánto lo siento, Paquito! pero acabo de cederle la mesa al señor.—Y pasando de largo, con una profunda reverencia, dejaron plantado al joven irreprochable, mientras se dirigían á la mesa, conversando del grupo de mujeres rendidas á los piès del Apolo triunfante.

Entre tanto, y mientras Rodolfo discurría con Matilde, Felipe andaba dado á los diablos pareciéndole que todas las mujeres se habían confabulado para no hacerle caso

hablándole tan solo de su amigo. En efecto; su novia lo había abrumado por espacio de media hora afeándole sus procederes, y luego, como remate de sus impertinencias, le había puesto como ejemplo vivo y palpable el apasionamiento de Valmar, que era todo ternura y sentimiento, y que jamás sería capaz de proceder con una niña de aquella manera. Poco después, cuando pudo deshacerse de Ernestina, solicitada por otro compañero, y dirigirse á la dueña de casa para invitarla á bailar unas cuadrillas, ésta, fuera por mortificarlo, ó porque en realidad lo sintiera, es el caso que no le habló más que de Rodolfo, ponderando su fisonomía expresiva, su natural distinción y su físico hermoso y atrayente.

—Debe ser un hombre muy vehemente!—exclamó Sofía con el mayor interés.

—Vehementísimo!—contestó Felipe cargado. Y viendo entrar á su amigo en el comedor del brazo de Matilde, añadió:—Tan vehemente que mírelo cómo interesa á Matilde, que no es muy fácil de contentar que digamos.

—Ba! Eso no sería una prueba,—contestó la señora de Hostwald contrariada.—Á una niña se le interesa de cualquier modo.

—No! Es que Matilde es toda una mujer, y de las más complicadas que he conocido! —exclamó Felipe.

—Parece que hablamos doloridos ¿eh?—dijo Sofía Hostwald sonriendo maliciosamente.

—Pero, no, Sofía! Siempre está usted con esas: ya le he dicho que yo no tengo más pensamiento que para usted, ¡única y exclusivamente para usted!—respondió Felipe con apasionado acento, oprimiendo fuertemente su mórbido brazo.

Pero la señora de Hostwald, que generalmente aceptaba los galanteos de Felipe y aun los alentaba, se puso repentinamente seria, y con acento un poco contrariado le dijo:

—Mire, Mont, es la segunda vez durante esta noche que le pido que no me hable así.... Espero que no tenga que pedírselo una tercera.

Entonces Felipe no tuvo más remedio que guardar silencio, mientras pensaba para sus adentros que decididamente su amigo Valmar lo había desbancado por completo. Pero donde la medida acabó de colmarse, fué después que dejó á Sofía Hostwald y se encontró con su hermana Isabel

que lo llamaba para decirle admirada:—¡Qué mono es tu amigo, ché!—¡Vete al infierno!—le había contestado groseramente. Y en la imposibilidad de que nada le saliese bien, se fué en busca de su novia para invitarla á cenar, lo que verificaron con el mejor de los apetitos.

Dos horas más tarde, cuando ya empezaba á nacer el día, los dos amigos salían de la fiesta, donde aún continuaban bailando un interminable cotillón, sinnúmero de parejas.

—¡No te podrás quejar!—exclamó Felipe alegremente mientras se desnudaban para acostarse.—Me has quitado la novia, has flechado á mi hermana que está á punto de romper su proyectado casamiento y, por fin, has destruído todas mis esperanzas con Sofía Hostwald.

—¡Ah! en cuanto á eso, me alegraría que así fuese,—dijo Rodolfo.—Por lo demás, puedes dejarte de historias.

—No, formal, las has flechado á todas; te garanto que á la de Hostwald no tienes más que llegar y descolgarla del árbol: es una fruta madura.

—Lo que es por mí, bien puede secarse si no hay otro que la descuelgue,—contestó

Valmar muy seriamente, ya estirado sobre la cama que su amigo le hiciera improvisar.—Ya sabes que respeto profundamente á las mujeres casadas.

—¡Hum..!—gruñó Felipe metiéndose entre sábanas,—me parece que ahí entra para algo Matildita!

—Sin duda. Ella y la otra y las mil mujeres libres que andan por el mundo..pero aunque así no fuese, obraría del mismo modo.

—Y bien, ¿qué efecto te ha producido Matilde?—preguntó Mont interesadísimo, pero aparentando no darle importancia á la cosa.

—No lo sé,—contestó Valmar perplejo,—solo puedo decirte que todavía estoy deslumbrado... ¡Qué mujer!

Y como Felipe, satisfecho del éxito de su empresa con relación á Rodolfo, apagase la vela con intención de dormir algunas horas, éste con la imaginación demasiado excitada para conciliar el sueño, seguía con la vista los primeros rayos de luz que entraban por las rendijas de la ventana, mientras con la imaginación reconstruía las excenas de la noche.

CAPÍTULO V

Al día siguiente del espléndido baile ofrecido por la señora de Hostwald, en festejo del cumpleáños de su marido, Matilde Rolán se levantó recién á las tres de la tarde, bajando en el acto de dejar la cama al jardín que ocupaba el patio principal, cubierto en aquella hora por un gran toldo de lona que, al par de procurar una agradable sombra, lo convertía en el sitio más fresco de la casa por aquel hermoso cuanto ardiente día de Enero.

La jovén, negligentemente vestida con un matiné de batista adornado con encajes, sentóse en una mecedora de mimbre que había junto á una mesa, y después de comer con muestras de buen apetito algunos fiambres que trajo un criado, por su orden, empezó á

hamacarse nuevamente, con las piernas cruzadas, los brazos caídos sobre las faldas, y la mirada perdida en el vacío, como siguiendo la visión de un mundo impalpable poblado de fantasmas que solo adquirían formas en su imaginación ardiente.

El criado, casi en puntillas de pié, había levantado los platos y el servicio, dejando en su lugar una taza finísima llena de café humeante que despedía una exquisita aroma; pero Matilde, completamente distraída, no lo había reparado, y el sirviente se permitió observarle que se iba á enfriar.

—Ah! .... Es verdad!—exclamó la joven. Y volviéndose para tomar la taza, añadió:—Mira, Pedro, vete al escritorio del patrón y tráeme los diarios de hoy .... Los de la mañana y de la tarde,—agregó levantando la voz, cuando ya Pedro franqueaba la puerta que conducía á la escalera. Y á la espera de los diarios, empezó á beber poco á poco, el café que le habían servido.

Cuando tomaba el último sorbo, llegaba el sirviente con los diarios, y la joven se puso á revisarlos cuidadosamente, buscando las crónicas de la fiesta.

Estaba entretenida en esa tarea, cuando apareció, apoyándose en su grueso bastón de

ébano, la tía Anita, centenaria rugosa, pero fuerte, que había criado á Matilde desde la tierna edad de dos años, cuando apenas empezaba á dar pasitos por la alcoba de su madre moribunda.

—¿Cómo estás hijita? ¿Ya descansaste de los bochinches de anoche?—preguntó la viejecita con su voz cascada y temblorosa, deteniéndose frente á la joven.

—¡Bochinches, tía Anita! .... ¡Què palabra tan fea! ¡Cómo me extraña que una señora de su clase diga cosas semejantes!—exclamó Matilde, cómicamente, sin interrumpir su tarea.

—Sí, bochinches y bochinches!—continuó rezongando la tía Anita.—En mi tiempo si se hubiese hablado de bailar hasta el día, se hubiesen hecho cruces las personas honestas y sensatas .... ¡Bailar hasta el día!... ¡Háse visto una perversión mayor! ¡Hombres y mujeres juntos toda la noche! ¡Qué barbaridad!.... En mi tiempo, á las doce se acababa todo, y eso cuando era una gran fiesta... ¡Qué cosas se ven en este mundo!

—Mire, tía Anita, siéntese ahí, y oiga las descripciones del baile que traen los diarios; verá que cosas tan lindas;—dijo Matilde sin prestar atención á las razones de su tía, y

señalándole un sofacito rústico que se apoyaba en el tronco de una palmera enana, del otro lado de la mesa.

—¡Eso más!... —exclamó agriada la anciana señora—¡Ni siquiera me ofreces el sillón!

—¡Ah! es verdad! Me había olvidado de su afición á los sillones de hamaca.—Y Matilde, muy contrariada de tener que abandonar la cómoda posición que había adoptado, se levantó para cederle el asiento á su tía, yendo á ocupar el sofá.

Una vez instalada allí, y con los diarios amontonados á su lado, empezó á leer las crónicas de la fiesta con voz pausada, mientras la tía Anita, después de sorber varias narigadas de rapé, se dejaba invadir por una dulce somnolencia.

Las crónicas decían casi todas la misma cosa, como si los diarios se las hubiesen copiado los unos á los otros. Una fiesta brillante, una animación estupenda, un lujo descomunal, una mesa extraordinaria, Rovera y Charpentier se habían excedido, y después, la lista de los concurrentes: Fulanita de rosa, Menganita de blanco, Zutanita de celeste; la de A. una amapola, la de B. una ilusión y la de C. una reina; en fin, palabras y cum-

plidos de *cliché;* pero donde se podía ver la nota original y saliente, era en los párrafos donde se ocupaban de Matilde y de Sofía. Qué describir sus portentosas bellezas, la elegancia de sus trajes, la distinción de su porte y de sus maneras. Se habían agotado los adjetivos, y la mitología y la historia pagaban su tributo para ofrecer símiles aceptables que diesen idea exacta de la impresión que producían aquellas dos criaturas. Y Matilde, convencida de que su tía dormía profundamente, seguía, sin embargo, leyendo en voz alta, para darse el gusto de oir todos aquellos elogios dirigidos á su persona. El unánime reconocimiento de su belleza que la hacía reinar como soberana cada vez que se presentaba en público, era uno de los mayores halagos de su vida, tal vez la causa única que la impulsaba á asistir á aquel género de fiestas.

En efecto: al concluir todas aquellas lecturas, que por un momento animaron su semblante, dibujando en él una sonrisa de triunfo, volvió á sumergir la mirada en el vacío, persiguiendo con la imaginación algo muy sútil que parecía escapársele á pesar suyo, y que, sin embargo, era la verdadera razón de sus afanes por ser muy bella. Y como le fuese

imposible fijar aquella forma fugaz, tormento de su mente inquieta, comprendió que lo que no podía alcanzar en aquel momento, no lo alcanzaría nunca, que jamás obtendría lo que no había obtenido ya, lo que constituía una laguna inmensa en el florido campo de su vida. Entonces, cediendo al deseo de conocer las secretas causas de aquel misterio, se refugió en el pasado, reconstruyendo su existencia día por día.

En frente de ella, la tía Anita dormida profundamente, con el grueso bastón de ébano caído á sus piés y un enorme gato blanco acurrucado sobre las faldas, le recordaba los primeros días de su niñez, cuando aún existía la vieja casa solariega y ella jugueteaba por el jardín ó por los grandes patios con las amiguitas del barrio, burlándose de aquella anciana cancerbera que no podía seguir sus alocadas correrías. La recordaba, más tarde, algunos años después, antes de que la mandaran al convento, mascullando oraciones á los piés de su camita, ó contándole cuentos extraordinarios que la aterrorizaban poblando de visiones extrañas su agitado sueño. Veía á su padre, joven, de elevada talla, siempre vestido de negro y acompañado por numerosos amigos, que á lo sumo una vez al

día la tomaba en brazos para acariciarla rápidamente, como cumpliendo con un deber imprescindible. Después, el día que cumplió siete años, la tía Manuela, la parienta más cercana que tenía, y que parecía interesarse mucho por su educación, se la había llevado en un carruaje al convento de las Salesas, dejándola allí confiada con mil recomendaciones á la madre superiora. Los primeros tiempos, aquella absoluta privación de su libertad la fastidió muchísimo, pero pronto se hizo de muchas amiguitas y empezó á tomarle gusto al estudio, sobresaliendo en la clase de las menores por su contracción é inteligencia. Su padre la visitaba una vez por mes, llevándole siempre muchos regalos, y la tía Manuela, á más de ir á verla todos los jueves y domingos en compañía de otras parientas, era la que se hacía cargo de ella los días de salida, llevándola á pasear en coche por los alrededores de la ciudad. Un buen día su padre se había despedido de ella embarcándose para Europa en viaje de recreo, y desde entonces no vió más que á la tía Manuela y á la tía Anita que habitaba con esta última, por estarse demoliendo la vieja casa rodeada de jardín de la calle Convención.

Así había pasado su niñez y se había em-

pezado á formar precozmente, llegando á ser una hermosísima mujer á los dieciseis años. Sus estudios en el convento habían concluído, y como la tía Manuela no tenía orden de sacarla de la pensión, hacía las veces de ayudante en la clase de las menores.

Por entonces empezaron á entrarle furiosos deseos de salir de aquel encierro, donde solían llegarle los ecos vibrantes de los amores de sus amigas, todas ellas ya mujeres y en estado de casarse.

Fué, pués, con inmensa satisfacción que recibió una carta de su padre anunciándole su inmediata vuelta.

En efecto: dos meses despuès, abandonaba con placer aquel convento donde había pasado sucesivamente muchas tristezas y alegrías, y se instalaba con su padre y la tía Anita en una casa de la calle Sarandí, mientras se edificaba el palacete de la calle Convención, para cuyo alhajamiento el Doctor Rolán había traído maravillas de la vieja Europa. Pero la novedad de aquella vida que inauguraba fué encanto pasagero que apenas duró algunos meses, cayendo la joven en una profunda crisis de tristeza. Nada la distraía, todo le parecía monótono é insustancial, echando de menos, al lado de su padre, el cariño frío de aquellas monjas que

la educaron. Matilde recordaba cómo se habían desvanecido una á una las esperanzas que concibiera en el convento y la decepción amarga que su nueva vida le había producido. Recordaba que entonces, su padre le había tomado maestros de todo género para perfeccionar su educación, y que en la necesidad de expandir sus sentimientos apasionados, empezó á dedicarse con extraordinario entusiasmo á la pintura y al canto, donde encontraba espacio suficiente para dar libertad á su ardiente fantasía.

La muerte repentina de su tía Manuela, acaecida pocos meses después de su salida del convento, por la doble razón de enlutar su hogar y arrebatarle toda compañía, la privaron de salir en absoluto, no disfrutando desde entonces, otro aire libre que el que corría por su balcón. Así se había pasado un año, compartiendo su tiempo entre sus maestros, las novelas de Feuillet, que era su autor favorito, y los extraños consejos de la tía Anita que le pintaba el mundo como un horrible antro poblado de miseria, donde era necesario temerlo todo, hasta lo que parecía más dulce y atrayente recubierto por las apariencias engañosas de la vida. Sobre todo, contra quien se desfogaba la vieja señora era contra los hom-

bres, que, según ella, eran todos una cáfila de malvados incapaces del bien, que vivían sin afectos, siempre defendidos contra cualquier buen impulso, por la espesa coraza del más atroz de los egoísmos.

Por fin, la conclusión del nuevo palacete que había reemplazado á la vieja casa solariega poblada de recuerdos, vino á cambiar por completo el curso de su existencia. El Doctor Rolán había distribuído de tal manera la nueva casa, consultando sus gustos independientes de hombre joven aún, pues apenas contaba cuarenta y cinco años, que Matilde, en cuanto se hubieron mudado, quedó dueña absoluta de la mayor parte de su morada, y gozando de una libertad completa en el manejo de su persona.

Por esta fecha su padre quiso presentarla é inaugurar su palacete con un gran baile, y con ese motivo la joven se había relacionado con todo lo más selecto de la sociedad Montevideana que acudió presurosa á rendir el merecido tributo á su inteligencia, á su fortuna y á su belleza. Desde entonces su vida había sido una especie de desenfreno, una gira constante por los salones, paseos y teatros tanto de Montevideo como de Buenos Aires, á donde había ido varias veces con la familia

de Mont, que era donde tenía sus amistades favoritas por ser Isabel su más antigua compañera de convento.

Matilde había permanecido inmóvil mientras seguía con la imaginación las distintas faces de su existencia, saltando de un hecho á otro con la rapidez nerviosa de su activo pensamiento. Pero en todas las situaciones de su vida, que progresivamente iba recordando, tanto en los momentos de su fría niñez destituida de afectos y cruzada en compañia de aquella vieja extraordinaria que odiaba todo lo existente, como en medio de sus mayores triunfos de mujer mimada en el seno de sociedades elegantes, sentía un vacío profundo, un hielo interno que paralizaba las palpitaciones de su corazón ardiente, perfectamente preparado para todas las formas del amor humano, y que, sin embargo, un destino implacable condenaba al más cruel de los silencios.

Amar y ser amada, era el grito interno que sentía, era la voz constante que como un eco triste salía del fondo de su alma, conmoviéndola hasta las lágrimas, en sus horas de crisis, cuando su naturaleza, cansada de tan cruel espectativa, se dejaba vencer llena de

ansiedades, cayendo como aplastada por una tristeza infinita.

Muchos eran los hombres que en el espacio de seis años habían llamado empeñosamente á las puertas de su corazón, pero hasta el presente ninguno había sabido herirlo en lugar oportuno para hacer vibrar con éxito sus exquisitas fibras. Matilde había tentado más de una vez fortuna, deseosa de procurarse el placer de amar, é impulsada por su padre que tenía grandes deseos de deshacerse de ella para volver á Europa, su residencia favorita; pero la joven solo había conseguido espesar la capa de hielo que como una lápida pesaba sobre el delicado á la vez que exhuberante tesoro de sus afectos. Cada pretendiente era un nuevo desengaño, y la idea de que su fortuna era la causa principal de atracción, sobre todas sus cualidades, se había ido apoderando de ella insensiblemente hasta dominarla por completo. Contribuían poderosamente á este resultado, las opiniones constantemente reiteradas de la tia Anita y de su padre. La primera, instándola á que renunciase al matrimonio donde no encontraría más que sinsabores; y el segundo, diciéndole que lo que tenía que pensar principalmente era en un marido juicioso que no fuese á malbaratar su

fortuna. Este último consejo era el que más la desesperaba, pues su razón no alcanzaba á comprender las ventajas de pagarse un buen administrador al inusitado precio de su cuerpo.

Obedeciendo, pues, al poderoso influjo de tan extrañas ideas, la resolución de la joven había sido cruzar la vida sin dar expansión al mundo de tiernísimos afectos que dormían en su alma virgen, por temor de verlos desaparecer tristemente, perdiendo hasta el consuelo de las lágrimas en sus frecuentes horas de duda, cuando su dedicación al arte ó su refugio en la religión, no eran bastantes poderosos para calmar sus legítimos anhelos de mujer sedienta de amor y de vida.

Aquella tarde, sin embargo, Matilde se sentía invadida por una rara sensación de bienestar, y á pesar del largo viaje que acababa de hacer por el mundo de los recuerdos, buscando en toda su existencia algún dominio afectivo que la hubiese interesado, su corazón, que de ordinario volvía abatido después de este género de excursiones, palpitaba gozoso como en sus horas de mayor alegría.

La lectura misma de las crónicas que tantas veces la habían nombrado para alabarla sin conseguir otra cosa que sa-

tisfacer su vanidad, aquel día la impresionaron hondamente, como en sus primeras apariciones, haciéndola experimentar una sensación de goce inmenso, la noticia reiterada y mil veces repetida del triunfo de su belleza.

Tan alegre se sintió de pronto al comprender su alegría, por una causa tan nimia que, levantándose en puntillas de pié, se colocó detrás del sillón de mimbre que ocupaba la tia Anita y formando un rollo aguzado con su pañuelo, le hizo cosquillas en la oreja, agazapándose luego bajo la mesa para ocultarse. La vieja señora despertó sobresaltada y emprendiéndola furiosa con el gato blanco que había hecho nido sobre sus faldas, lo corrió tastabillando, con su grueso bastón enarbolado, mientras Matilde, con el pelo desaliñado y la cara encendida escapó corriendo como una niña hacia la pequeña escalera interior que comunicaba con sus habitaciones.

Una hora más tarde entre la doble hilera de columnas finamente esculpidas que adornaban el peristilo, piafaba un hermoso tordillo enganchado á un pequeño milord, salido de los talleres de Binder, que, con su respectivo cochero en el pescante, escrupulosamente vestido de negro con finísimos vivos amari-

llos, esperaba á Matilde que hacía un momento así lo había dispuesto.

No tardó ésta en bajar. Breves momentos después destacábase su elegante silueta sobre la rica alfombra punzó, flanqueada de guardas griegas, que cubría los suaves peldaños de la amplia escalera de mármol.

—A lo de Mont, Jacinto!—dijo la joven subiendo al milord, mientras el portero, con la misma librea que el auriga, y la gorra en la mano, se asomaba á la puerta de la calle para advertir á los descuidados transeuntes la salida del carruaje.

El brioso caballo, vigorosamente contenido por el cochero, tomó un pequeño trote y desembocó por la calle 18 de Julio en dirección á la plaza Independencia. Pero aún no había llegado á la esquina de Andes, cuando Matilde, que miraba hacia la vereda sud, vió á Isabel Mont que venía en sentido opuesto con su madre, por lo que hizo detener el carruaje para saludarlas cariñosamente.

—Para allá iba,—dijo Matilde tendiéndoles la mano desde el coche que se había aproximado á la vereda.

—Qué lástima que no lo hubiésemos sabido!—exclamaron á coro las de Mont.

—No, si es lo mismo,—agregó Matilde.—

Yo iba á buscar á Isabel para que me acompañase hasta el Prado. Hace tanto calor que tengo deseos de tomar aire de campo; pero ya que ha salido con usted misia Isabel, podemos ir las tres.

—No, mi hijita, yo no puedo hoy; pero todo se arregla fácilmente,—añadió la señora con su habitual condescendencia.—Dame el coche para ir hasta casa y ustedes se van caminando hasta la tuya, y esperan allí á que yo se lo mande.

—¡Eso es, eso es!—exclamaron las dos jóvenes alegremente.—Y mientras la señora de Mont subía por un costado, Matilde bajaba por el otro para reunirse con su amiga.

Picó el carruaje en dirección á la casa de Mont, y Matilde con Isabel empezaron á subir la calle lentamente.

Cuando ya estaban próximas á la esquina de Convención, sintieron los pasos varoniles de dos jóvenes que caminaban á sus espaldas y que al pasar junto á ellas les hicieron un cortés saludo, profundo y elegante el de uno de ellos y nervioso y breve el del otro, reconociendo á Felipe y á Rodolfo que seguían la misma dirección que ellas.

—Qué mono el amigo de Felipe ¿eh?—dijo Isabel cuando hubieron doblado la calle.

—Sí, es buen mozo,—contestó Matilde con el gesto indiferente que adoptaba cuando se hablaba de hombres.

—¿No te ha llamado la atención?—preguntó su amiga sorprendida.—Pues me pareció que te había interesado mucho, anoche en el baile.

—Sí, es muy ameno en su conversación; sobre todo, parece muy apasionado... muy sincero... pero es muy guaranguito; y después... ha de ser como todos, hija!—Y Matilde al hablar de aquella manera, era consecuente con su modo de pensar al respecto de los hombres; pero en el fondo, no lo sentía así, pues Valmar la había impresionado muy favorablemente, aun que talvez sin ella darse cuenta exacta de la clase de sentimientos que le había sugerido. Rodolfo era un tipo completamente nuevo para ella, no tanto por su inteligencia y su saber, como por la pureza de sentimientos y la rectitud de carácter que lo distinguían. Así, pues, aunque no fuera sinó por la natural curiosidad que tenía que despertar en su espíritu de mujer, la novedad de aquel caso para ella desconocido, tenía forzosamente que incitarla á estudiarlo, penetrando sutilmente en aquel corazón que se

ofrecía ingenuo, con toda la inocencia que lo caracterizaba.

No fué, pues, sin un secreto placer que Matilde, una vez en el coche y ya en dirección al Prado, dejó que su amiga hiciese la historia completa de la vida de Rodolfo, y de su padre el coronel Valmar, muerto en los campos de pelea.

Aquel encierro entre libros durante toda la primera edad, y luego aquella iniciada escursión á través de la vida, guiado cual nuevo Fausto por un taimado Mefistófeles de la talla de Felipe, le parecía novelesco en sumo grado, atrayéndola, sobre todo, la virginidad de corazón que forzosamente sería la principal virtud de tan extraño personaje. Así es que, teniendo en cuenta la monotonía de su vida, á pesar de rodearla todos los lujos y comodidades apetecibles, como así la horfandad de alma en que había permanecido hasta aquel instante, la impulsaban á emprender una aventura de la que, al fin y al cabo, saldría ganando al menos unos días de distracción y una curiosidad satisfecha.

El coche había llegado al puente del Prado y Matilde mandó detenerlo, invitando á su amiga á caminar un poco por la enarenada

calle de eucaliptos que sube en línea recta hasta el hotel.

Caía la tarde, y una ligerísima brisa acariciaba blandamente las hojas de los árboles, donde trinaban en confusión ruidosa, multitud de abigarradas avecillas; jugaban por los caminos que bordan los contornos del hotel algunos niños, cuidados por sirvientes, y circulaba por las avenidas uno que otro carruaje que atravesaba desde el camino de Castro en dirección á Montevideo.

Las jóvenes continuaban hablando tranquilamente del próximo casamiento de Isabel, cuando de pronto, una victoria que cruzó ruidosamente el puente del Miguelete, se detuvo delante de ellas, bajando Felipe y Rodolfo que venían en su interior.

—Qué casualidad!—exclamó Felipe adelantándose hacia Matilde, mientras Rodolfo saludaba cariñosamente á la hermana de su amigo.

—¿Cómo es que no han ido á la playa, ustedes que no faltan nunca?—interrogó Isabel, mirando intencionadamente á Rodolfo que no pudo menos de enrojecer.

—Pues es muy sencillo, nos bañamos esta tarde en casa, al levantarnos, y quisimos variar por hoy de panorama comiendo aquí al

claro de la luna,—contestó Felipe campechanamente.—Lo que sí,—añadió,—no pensaba encontrar tanto bueno por estas alturas.

—¿Deveras?—volvió á interrogar Isabel con sorna, mirando á Matilde.

—Sí, creíamos ser los únicos románticos de Montevideo á esta fecha; pero vemos que hay quien nos haga compañía.—Y al decir esto, Mont acentuó la frase, haciendo enrojecer un poquito á Matilde que se manifestaba impaciente, sin decir una palabra.

—Qué lástima que esto no sea más concurrido!—dijo Valmar por decir algo, mientras Felipe daba á Isabel un ramo de violetas que traía en el bolsillo del pañuelo.

—¿A usted le gustaría más concurrido?—Interrogó Matilde con su sonora voz de contralto, mirando al joven fijamente.

Pero Valmar no contestó, y levantando sobre ella una mirada inteligente y expresiva, pareció leer en los ojos de la joven. Y Matilde, acostumbrada á dominar con la expresión altiva de su semblante, tuvo que bajar la vista ante la imponente sencillez de aquella mirada sincera que por primera vez le dirigía un hombre.

Pero aquello solo fué un relámpago que pasó por completo inadvertido, permitiendo que

la joven se repusiese, recobrando en el acto su habitual gesto dominador y desdeñoso.

Habían caminado lentamente y llegaban de nuevo al arroyo, conversando sobre el baile de la víspera y las crónicas sociales que ya corrían al respecto. Felipe, por mantener la nota alegre, hablaba de un premio que se había de discernir á la más bella; pero añadiendo que el jurado no sabía con quién quedarse, si con una rubia ó con una morena.

—¿Usted forma parte del jurado?—le preguntó Matilde.

—Sí ¿por qué?—exclamó Felipe.

—Entonces pierde la morena, porqué á usted yo sé que le gustan las rubias,—dijo Matilde alusivamente.

Pero Felipe, no queriendo darse por aludido, contestó en el acto:

—Bueno, pero Rodolfo también es del jurado.

—Ah ¿también? Pero falta saber cuáles serán las simpatías del señor.—Y Matilde mientras hablaba, miraba altiva y friamente á Valmar que, no habituado á dominarse, todavía no había vuelto de su sorpresa al ver el rápido cambio de fisonomía de la joven, cuando él le dirigió la palabra.

—Ché! .. te hablan,—le dijo Felipe viendo que no se daba por aludido.

—Ah!... Á mí me gustan las mujeres de buen corazón,—contestó respondiendo á su propio pensamiento.—Y como todos riesen de salida tan extraña, exclamó, reponiéndose por completo—¡Cómo? ¿no he estado bien? Yo creo que en presencia de dos damas, una rubia como Isabel y otra morena como Matilde, no se debe opinar sobre cuestión de coloridos.

—Muy bien!... Muy bien!—exclamaron las jóvenes.—Ya está haciéndose falso y embustero.

—Puede ser,—contestó Rodolfo,—pero si así fuese, sería aprovechando las lecciones de éste, que es sin duda el que tiene razón.

Y al concluir sus palabras, se acercó á la baranda del puente y dejó caer un ramito igual al que Felipe dió á su hermana, con el que jugaba hacía un buen rato entre las manos.

—¡Ah!.. ¿Por qué tiró ese ramito tan lindo?—exclamó Isabel muy compungida.

—Por darle una tumba digna. ¿No le parece bien?—contestó Rodolfo con sus puntillos de amargura.

—Se lo hubiese dado á Matilde que no lle-

va flores,—añadió la hermana de Felipe ingenuamente.

Pero Valmar al oir aquello, miró á la joven que había cobrado su jesto altivo y su expresión desdeñosa, y palideció sin decir una palabra, mientras ella, so pretexto de que se hacía tarde, saludó para dirigirse al carruaje.

—Decididamente, está picada,—decía Felipe momentos después, mientras se dirigían al restaurant.

—Nunca será mujer de fijarse en mí!—exclamó Rodolfo con profunda amargura.

—Pero, entonces ¿tú te sientes enamorado de ella?—interrogó Felipe casi sin poder ocultar su alegría, ante aquella semi confesión de su amigo.

—Oh sí!.. ejerce sobre mí una atracción profunda!—exclamó Valmar con arrebato. Y los dos amigos, cogidos del brazo, se fueron á comer junto á la fuente, bajo los plateados rayos de una clarísima luna.



CAPÍTULO VI

Al día siguiente de la visita que José García hizo á los padres de Josefina, denunciándoles los amores de ésta con Rodolfo Valmar en el tambo del Pastor, la joven llegó á su casa muy tarde, pues recién á las doce pasadas de la noche la Vendeux la condujo en su carruaje al salir del palacete de Rolán, donde habían ido para vestir á Matilde. Así, pues, por lo avanzado de la hora, y por hallarse ya acostados sus padres, el momento de las explicaciones se postergó hasta el día siguiente.

Y así fué; al otro día de mañana, apenas la joven salió de su cuarto, fué llamada por los esposos Belloni que le exigieron una explicación clara y terminante de su conducta, haciéndolo en términos

bastante duros y expresivos. Pero como Josefina tenía la promesa de casamiento de Rodolfo, lejos de inmutarse, repelió con firmeza todo cuanto argumento ofensivo se le hizo y declaró que Valmar se casaría dentro de breve tiempo, y que hasta vendría á visitarla allí mismo si ella se lo exigiese.

Pero los viejos Belloni, á pesar de ser honestos y muy sencillos, no quisieron dar crédito á las palabras de su hija, dudando siempre de que aún en el caso de que fuesen exactas, el tal Valmar cumpliera sus promesas de casamiento, tan fácilmente concedidas. Así, pues, instaron por todos los medios posibles para que Josefina aceptase el pedido del almacenero García que era un partido brillante.

—¡Má.... per Dio santo!—exclamaba Belloni enjugándose la cabeza calva—Perqué ó mai fatto una figlia cosi stúpida! Echar un marito que porta la fortuna in casa!....Guarda!....Guarda un poco cuesta testolina!—Y el pobre hombre, jurando en su media lengua como siempre que se alteraba, recorría á grandes pasos la habitación contigua á la colchonería, mientras la vieja Belloni, más desesperada aún

que su marido insultaba á su hija con palabras nada limpias.

—Per un compadrito cualquiera vas á perder un marito que ti hace dueña di un armacen y de dos casa! Eso es lo que aprenden ostede por ahí, en esas casa de modista en que tú estás. Mira un poco tu hermana si no le dico que sí al peluquiero! ¡Aprendé de ella al meno que no es una sonsa come tú! Ella es una muchacha honrada y no se deja fumar! — Y la vieja Belloni seguía desahogando la ira inmensa que tenía contra su hija que le privaba de aquel yerno almacenero, saboreado durante tanto tiempo.

Pero Josefina, con la cabeza sobre el pecho, tranquila, convencida con firmeza de mujer enamorada, los dejaba decir sin contestar una palabra, esperando que el tiempo le diera la suficiente razón para confundir á todos con su victoria. Valmar la había convencido, se había adueñado de su espíritu y de su cuerpo con la sola fuerza de su sinceridad, y la joven, sometida desde entonces, era una esclava sumisa que acepta los caprichos de su dueño. Ya no se pertenecía, era una cosa de él, de la que él podía servirse á su antojo,

cómo y cuando lo quisiera. Y aquella criatura débil y modesta, cuya humildad y mansedumbre fueron siempre las prendas salientes de su carácter, resistía en aquel momento valientemente, admirando á sus padres con la firmeza de su resolución declarada inquebrantable. Fué inútil cuanto hicieron, estéril cuanto intentaron. Las amenazas, los ruegos, la convicción y las promesas de todo género, nada produjo efecto: Josefina se mantuvo inflexible, concluyendo por hacerle exclamar al viejo Belloni, en un tremendo acceso de ira.

—¡Per Dio! está bien!... tu lo vuoli, está bien.... ¡Per Dio!.... ¡Ma.... per Dio!.... si ti suchede ina disgracia..... ti pongo fuori á punta di palo... ¡sacremento!... Ba!—Y haciendo un gesto terrible despidió á su hija que salió impasible, convencida de la sin razón de aquellas amenazas, y llena de fé en la justicia de su amor.

Ese mismo día, á la noche, Rodolfo, después de haber comido con Felipe en el Prado, se acordó de que tenía una cita con Josefina á las ocho en punto en el tambo del Pastor. Consultó su reloj, y al ver que marcaba las ocho menos dos minutos, se

manifestó muy contrariado, proponiéndole á su amigo ponerse en el acto en marcha.

Felipe, que se encontraba muy bien en aquel sitio, empezó á discutirle el punto, diciéndole que era muy tarde y valía más que lo dejase, pues ya no llegaría á tiempo; pero luego, viendo á su amigo tan alterado por aquella primera falta, y temiendo echarlo todo á perder por precipitar demasiado las cosas, se dispuso á seguirlo, poniéndose en el acto en marcha.

A las ocho y media en punto, debido á la buena propina que se le ofreció al cochero, Valmar bajaba de la victoria en la esquina de Ejido y Canelones.

Cuando entró en el tambo, Josefina medio llorosa se preparaba á marchar, así es que fué grande la alegría de ambos cuando llegaron á verse; la de él por haber llegado á tiempo, y la de ella por sentir una vez más sus palabras amorosas y apasionadas caricias, precisamente cuando ya no esperaba ver al dueño de su corazón sencillo.

—¡Cuánto tardastes!.... ya me creí que no venías!—exclamó la joven apenas estuvieron solos en el cuarto de la tambera, que era el punto de sus citas.

—Comí en el Prado, y cuando quise acordar ya eran las ocho,—contestó Rodolfo simplemente, temeroso de que la joven le pidiese una explicación que le hubiera costado dar.

—Si vieras como estuvieron esta mañana los viejos!—dijo la joven, sin pensar en hacer reconvenciones, toda temblorosa aún, al recordar la excena de la mañana—¡casi me pegan!—Y con voz conmovida, impregnados de lágrimas los párpados y sentada sobre las faldas de su amante, empezó á contarle la excena de la mañana con todos sus detalles, exclamando al concluir su narración:

—Oh! si vieras cómo he gozado, al sufrir por tí que me quieres tanto!—Y al pronunciar estas palabras brillaba al través de sus lágrimas y en el fondo de sus pupilas, una franca sonrisa de alegría, como brillan los rayos luminosos de un sol ardiente, á través de esas nubes vaporosas que siguen las huellas de la tempestad.

Y Rodolfo, olvidado del mundo, seducido por el dulcísimo cariño de aquella niña, la adoró de rodillas, borrando en un instante, con la ternura de sus caricias, la huella de aquellas lágrimas ardientes, reconocidas

como venturosas tan solo por tener su orígen en las fuentes inagotables del amor.

....

....

Una hora más tarde, Rodolfo, en su cuartito del mirador, sentado frente á una mesa donde ardían dos velas entre montones de libros ordenados cuidadosamente por su madre, pensaba, con la cabeza apoyada entre las manos, sobre las formas extrañas del amor humano. De un solo golpe reproducia en su imajinación sorprendida, las excenas de su vida en los últimos seis meses, desde que su amigo Felipe lo había sacado de su voluntario encierro, por consejo del doctor Roca.

¡Seis meses apenas! Y sin embargo, á él le parecía un siglo, tal era el mundo de sorpresas recibidas en ese corto espacio de tiempo.

Primero aire, luz, horizontes dilatados brillando al sol como espolvoreados de oro ó esbozándose vagamente, tachonados por reflejos de nácar desprendidos de la luna; después el amor brindándose generoso en su expresión más sencilla; luego, la vida elegante, el arte, la riqueza, la civilización más refinada surgiendo deslumbrante ante

sus miradas atónitas; y, por fin, coronándolo todo como una luminosa aparición, el amor pasional, la mujer soñada en horas de fiebre, la mujer de formas esculturales, de mirada de águila, ardiente y penetrante, reflejando en su pupila los secretos tesoros de ternura ocultos en su seno, como se oculta en el fondo de la tierra el fuego abrasador que alimenta los volcanes. Y Rodolfo, mareado por la rápida sucesión de sus nuevas impresiones, no acertaba á desembrollarlas para ponerlas en orden y clasificarlas en las cavidades de su cerebro. Su estado era el de un hombre que acaba de despertar y no consigue aún explicarse las complicaciones de un largo ensueño. Amaba la ciencia, pero por amor á la vida; y al entrar en la vida, lo comprendía así, sintiéndose dominado por sus halagos infinitos con una fuerza de atracción inmensa, irresistible.

Aquella gira constante que apenas databa de seis meses, pero tan bien aprovechados que no había desperdiciado un solo instante, viéndolo todo, penetrando por todas las puertas con la facilidad del que posee un eficaz salvo conducto, gracias á la posición social de su amigo

Felipe, no solo lo encantaba con el aspecto brillante que ofrecía su superficie tersa, sino que le daba un engañoso concepto de la vida, atribuyéndole, por el hecho, cualidades y virtudes extraordinarias. Su opinión filosófica se iba modificando sensiblemente, dudando de la exactitud de su manera de pensar hasta entonces, y cobrando mejor concepto de la inteligencia humana en el nivel común de las sociedades. A la inversa de lo que acontece generalmente, Rodolfo, al ver de cerca el mundo que había estudiado desde lejos, tuvo mejor opinión de él, y dudó de que sus llagas fueran tantas como le atribuían los innumerables autores que había leído. Así, pues, reconociendo siempre en la ignorancia y miopía intelectual, la causa de los mayores males terrenos, continuaba en su afán de ilustrar á las masas, para llevarlas dichosas hacia el linde de sus destinos.

Sobre todo, lo que más le preocupaba era la mujer, cuya situación con respecto al hombre le parecía equívoca y por consiguiente digna de un estudio especial, que resolviese este punto de vista fundamental para la armonía de las sociedades.

Examinaba su propio caso, y cada estado de espíritu que lograba esclarecer en sí mismo, era una nueva confirmación de su tesis sobre la posibilidad, en el corazón del hombre, de sentimientos amorosos sumamente compartidos.

Josefina, por una parte, atrayéndolo con todas las dulzuras del primer amor, seduciéndolo con su belleza humilde, con su mansedumbre de cervatilla resignada, sumisa, gozando con sus propios dolores, siempre que fuese por el dueño de su vida, por el señor fuerte y arrogante que se dignara interrumpir su viaje para besarla con transporte en las orillas del camino. Después, Matilde, surgiendo de pronto como una reina, desdeñosa, altiva, dueña de sí misma, conocedora de su belleza, con sus formas de estatua y su cabeza de diosa griega, donde se ocultaba como un misterio, su pensamiento profundo é impenetrable, lo impresionaba con una fuerza extraña y para él desconocida, dominándolo con toda la omnipotencia de su sexo. Y ante esta última visión, Rodolfo quedaba perplejo, deslumbrado, vencido sin luchar, comprendiendo con el solo poder del instinto, que el rechazo de su amor por aque-

lla mujer, abriría una era de amargura incurable en el porvenir de su existencia, herida para siempre.

Sí, las quería á las dos, pero las dos exigirían seguramente todo su cariño, dominadas por el egoismo inmenso del amor. Luego ¿cómo hacer, para conciliar sus sentimientos sin herir profundamente los de aquellas criaturas? ¿Cómo adaptar aquellos criterios sentimentales, hijos de la educación de los siglos, con su manera de pensar razonado, partiendo de las frías especulaciones filosóficas? ¿Era, pues, necesario mentir, engañar, caer en el delito común de los hombres para vivir tranquilo en medio de la vida? Pero ante esta hipótesis su corazón sincero se revelaba enérgicamente. No, no se debía mentir, había que mostrarse tal como se era, sin mistificaciones ni engaños; si no era posible triunfar con la verdad, tanto peor, sería la demostración evidente del error en que vivía.

Pero casi al instante mismo, la imagen de las dos mujeres surgía de nuevo ante su vista, haciéndole comprender que si Josefina era fácil de someter á un orden de exigencias tan extraordinario, por su ca-

rácter humilde y la índole sumisa de sus tiernos sentimientos de esclava agradecida, Matilde en cambio, con el apasionamiento absorbente de su sangre y con la altura dominante de su inteligencia poderosa, querría reinar con todo el despótico exclusivismo del amor, erguida sobre el magnífico pedestal de su belleza.

Y en el acto invadían su mente las recientes promesas de matrimonio hechas á Josefina.

Y volvía á dudar, y á maldecir las leyes sociales, en desacuerdo con la naturaleza íntima de las cosas, impulsando por esta sola circunstancia á la comisión del crimen.

Después, analizando con más detenimiento su doble situación afectiva, creía ver en Matilde el reverso de la medalla de su felicidad, mientras Josefina era el cielo purísimo donde podía gozar de mayores dichas serenas. Recordaba á Matilde en sus primeros encuentros, altanera, despreciativa, sin dignarse mirarlo, sin notar siquiera el rastro de impresiones que iba dejando á su paso; mientras que Josefina desfilaba temblorosa ante sus ojos, enro-

jeciendo como la grana bajo la acción de sus miradas investigadoras.

Una se le aparecía envuelta en los rayos del sol y vestida con los colores de la aurora; y la otra surgía de pronto hecha una ascua de oro, destacándose sobre el fondo de los cortinados rojos como llamas del infierno. Y, sin embargo, en aquel momento, sentía inclinarse la balanza de sus afectos hacia aquel peligro, hacia aquella figura misteriosa, cuya visión le procuraba dulzuras de sabor amargo, cuya posesión, ansiada desde ya con violencia extrema, le parecía una ilusión inalcanzable.



CAPÍTULO VII

Ocho dias después verificábase una comida íntima en casa de la señora de Mont, á la que había sido invitado Rodolfo y Matilde Rolán, por iniciativa de Felipe. Éste, consecuente consigo mismo, asociando á su madre en sus proyectos, se empeñaba en ligar de una vez á su amigo con la rica y bella heredera.

La comida tuvo lugar en medio de la más franca alegría. Valmar había sido colocado entre Isabel Mont y Matilde Rolán, que lejos de mostrar contrariedad alguna, parecía cada vez más favorablemente impresionada por la conversación y el carácter de su compañero, mientras Felipe, sentado en frente, entre su madre y Ernestina Diaz,

se entretenía en hacer poner colorada á esta última haciéndole cosquillas en la pantorrilla con la punta de su pié por debajo de la mesa. Por otra parte y debido á la presencia del señor Mont en la cabecera, guardaba la mayor circunspección en sus palabras y en sus gestos, limitándose á hacer rabiar á su hermana Isabel y á Rodolfo con guiñadas significativas. Matilde, á pesar de ver los juguetes de Felipe, y comprender los que se relacionaban con ella, sonreía sin mayor preocupación, reconciliada con este antiguo enemigo á quien no había forma de tomar á lo serio. Y entre los dueños de casa, hablando del precio de las lanas y de los trigos, el padre de Ernestina ostentaba su grueso abdomen cubierto por un inmaculado chaleco blanco.

Un sirviente de frac, con una servilleta en la mano, giraba sin cesar por alrededor de la mesa cuadrilonga, sirviendo á los comensales, mientras una criadita vestida de negro con cofia y delantal blanco, llevaba y traía las fuentes humeantes entre el comedor y la cocina.

La conversación mantenida desde el principio de la comida con temas generales, había ido poco á poco particularizándose,

hasta limitarse cada uno á su pareja; pero después de los postres, con motivo del champagne y en medio de una discreta alegría, todos opinaban casi á un tiempo sobre los diversos temas palpitantes.

—Brindemos por que haya otro baile, próximamente, que rivalice con el de Hostwald,—propuso Isabel levantando su copa.

—Eso es difícil,—contestó su novio, un joven con cara de viejo que aspiraba á vista de aduana.—No hay muchas casas en Montevideo que se presten como la de Hostwald para una fiesta de esas proporciones, ni fortunas que resistan á tales avances.

—Quién sabe!—exclamó Ernestina con un airecito impertinente,—hay casas de mucho más tono.

—Como no sea la de la señorita de Rolán,—insistió el novio de Isabel,—yo no conozco ninguna.

—Claro, la de Matilde es muy superior,—dijo Felipe interviniendo.

—Pero aunque así fuera,—contestó la aludida, yo estoy demasiado sola para dar bailes.

—Sí, pero talvez con motivo de alguna gran solemnidad!...—dijo nuevamente Er-

nestina, mirando á Matilde y subrayando la frase.

—En casa no festejamos ninguna fecha, —contestó Matilde seriamente.

—Podía no ser fecha,—insistió Ernestina en el mismo tono.

—Cualquier cosa que fuese!—exclamó Felipe interviniendo de nuevo, y apagando con su voz la contestación de Matilde.—La verdad es, que sería una bellísima idea. Así tendríamos ocasión de volver á ver esos hermosos salones con luz artificial, pués ahora no se abren más que de día.

—Es verdad!—dijo Isabel dirigièndose á Matilde,—hace un siglo que no recibes de noche, y cuando lo haces es á personas íntimas en la salita azul ó en tu tocador.

—Claro, aquello es tan grande que solo para una fiesta,—dijo Ernestina.

—Y para una fiesta se necesita motivo,—contestó Isabel, viendo que Matilde guardaba silencio.

—Pronto ha de haber motivo,—insistió Ernestina, mirando intencionalmente á Valmar. Y éste que no había comprendido la broma que encerraban todas aquellas alusiones apenas esbozadas, se unió á los de-

más para insistir sobre la cuestión del baile.

—Si usted quiere hacerlo,—dijo, dirigiéndose á Matilde,—estoy seguro de que no le ha de faltar motivo.

—No lo decía yo!—exclamó Ernestina batiendo palmas, mientras todos reían á coro y Matilde palidecía ligeramente.—Valmar afirma que habrá motivo!... Afirma que habrá motivo!—Y el pobre Rodolfo, comprendiendo al fin de lo que se trataba, enrojecía, completamente desconcertado, mucho más por la expresión disgustada del rostro de Matilde que por la jarana de los asistentes.

Felizmente para él, la señora de Mont invitó á las jóvenes á tomar el café en un saloncito contiguo, y los hombres pasaron á fumar al escritorio, ocupándose en el acto de temas políticos ó comerciales.

Recién á las diez y media, y por iniciativa de Felipe, pudieron emanciparse de la enojosa compañia de aquellos señores formales que llevaban trazas de no acabar con sus preguntas al doctor Valmar, sobre las ventajas y desventajas de los diversas sistema electorales adoptados en distintas partes del mundo.

—Caray!—dijo Felipe cuando hubieron salido del escritorio, y mientras se lavaban las manos en una de las piezas interiores. —¿Tú no acabarás de conocer á la gente?

—¿Por qué?—interrogó Rodolfo.

—Por que si sigues dando cuerda á estos viejos, te tienen hasta mañana.

—Pero, hombre, trataban un tema muy interesante. Nada menos que la cuestión electoral.

—¡Déjate de embromar con la cuestión electoral, en un país donde no hay electores!—exclamó Felipe encogiéndose de hombros.

—No hay electores por que tú nunca lo has sido... ¡Miren qué pretensión!—contestó Rodolfo, que se desesperaba, siempre que tenía ocasión de constatar el incurable escepticismo de su amigo.

—Yo no he sido elector, pero tú tampoco,—arguyó éste riendo.

—¡Yo tampoco!.... ¡Yo tampoco!.... Ya sé que yo no he cumplido estrictamente con mis deberes de ciudadano, pero he tenido grandes preocupaciones en ese sentido, y me había propuesto tratar detenidamente esa interesante cuestión.—Y Valmar, hasta cierto punto herido por el reproche de su

amigo, trataba de justificarse ampliamente, cuando entró el novio de Isabel á decirles que fuesen al salón que acababa de entrar la de Hostwald.

—¡Diablo!—exclamó Felipe,—corro á darle mi voto.—Y acercando sus labios al oído de Rodolfo, añadió.—Y tú cumple tus deberes de ciudadano con Matilde, ya que en otro sentido no has hecho más que pura teoría.

Pero Valmar al entrar en el salón, apenas si se atrevió á saludar á Sofía Hostwald que, en medio del coro que á su alrededor habían formado las jóvenes, contaba anécdotas del baile, recalcando con orgullo en las que podían de alguna manera hacer resaltar el efecto que en todos los ánimos había producido su esplendor.

—Estoy contenta,—decía,—contenta y muy agradecida á mis amigas y amigos que me han ayudado mucho... ¡Ah!..... ¿usted por aquí?—exclamó, sorprendida, al ver á Rodolfo, mientras miraba intencionadamente á Matilde.

—Estamos conspirando por robárselo á la ciencia,—dijo Isabel Mont, prendida ya de su novio.

—Será un verdadero triunfo. ¿Y usted,

Matilde, no contribuye?—Interrogó Sofía mirando á la joven.

—No sé si tendrá algún valor mi influencia; pero en el caso de que lo tuviera, sería muy poca cosa comparado con lo que todos ustedes podrían hacer,—contestó Matilde sonriendo, pero deseando en el fondo vengarse de todas aquellas bromas.

—Ah! por mi parte, espero conseguir que Valmar sea uno de mis *habitués* durante el próximo invierno,—exclamó la señora de Hostwald amablemente, dirigiendo una de sus miradas más tiernas á Rodolfo.

—Seguro! seguro!—dijo Felipe acercándose al grupo, después de haber llevado al señor Hostwald al escritorio de su padre.—En invierno y en verano, en otoño y en primavera, en las cuatro estaciones está usted adorable, Sofía ¿No era de eso que estaban hablando?—Añadió, alegremente.

—Misia Isabel,—dijo Sofía, volviendo ligeramente la cabeza hacia el sofá donde estaba sentada la señora de Mont,—mire lo que me dice su hijo.... Es necesario que usted lo reprenda para que no se burle de esta manera.

—Felipe, ¿qué le dices á Sofía?—inte-

rrogó la señora siguiendo la broma con su voz dulce y su aire condescendiente.

—No le hagas caso, mamá, se queja por que le digo linda.

—Y tiene razón, has debido decir lindísima,—contestó Misia Isabel mirando enternecida á su hijo, que era para ella el Benjamín de la familia.

En aquel instante, la entrada de Paquito Stern y de su hermana Edelmira, que parecía disfrazada de palito de dientes, disolvió el grupo que se había formado en el centro de la sala, y las conversaciones empezaron á particularizarse paulatinamente.

Debido al fuerte calor reinante, los balcones se habían dejado abiertos en su mayoría, emparejando tan solo las celosías para evitar que desde la calle pudiese verse hasta el interior de la sala. Así es que las parejas fueron agrupándose junto á éstos, aumentados progresivamente por las personas que iban entrando. La señora de Mont en el sofá del centro, atendía á las mamás y á los señores serios, mientras Isabel, sin soltar á su novio del brazo, acudía hacia todas partes con extrema solicitud. Stern, intrigado por la presencia

del tal Valmar en aquella sala, corría de un grupo al otro queriendo indagar la historia de aquel aparecido misterioso que se le antojaba poco *chic*, y su hermana, armada de un impertinente, lo examinaba todo, criticando á la gran mayoría de la sociedad.

Después de mucho insistir, Felipe obtuvo de Sofía Hostwald que tocase la Patética de Bethowen, la que fué brillantemente ejecutada llegando á impresionar vivamente á todo el auditorio, menos á la hermana de Paquito, que no podía soportar á esas *dilettantis*, con pretensiones de maestras, cuya música aturdía repicando monótona en todos los salones. Y en el acto de concluir las manifestaciones de admiración hechas á Sofía, un murmullo unánime se levantó pidiendo que cantase Matilde. La joven que, aunque no le gustaba mucho exhibirse, tampoco se hacía de rogar cuando era instada para hacerlo, levantóse lentamente de su asiento, y mientras Isabel Mont, que había de acompañarla, ensayaba los dedos sobre el teclado, empezó á buscar unas músicas con ayuda de Felipe.

La elección recayó por fin en el «Ideal» de Tosti, cuyo preludio empezó Isabel len-

tamente, hasta que Matilde, de pié á sus espaldas, irguiendo con distinción su airoso busto, atacó la sentida partitura del célebre romancista italiano con voz suave y fraseo rápido, como un susurro acariciador que todos oyeron con religioso silencio.

Io ti seguii come iride di pace....

Decía la joven despidiendo las palabras como pequeños suspiros nacidos en la flor de sus labios y con la mirada perdida en el vacío, persiguiendo una visión pasagera, de contornos apenas esfumados. Y así continuó un intante, hasta empezar á darle vibraciones extrañas y más robustas á su hermosa voz de contralto, diciendo con toda la pasión de su alma, como en éxtasis ante queridos recuerdos:

E tí sentii ne la luce, ne l' aria,
Nel profumo dei fiori;
E fu piena la stanza solitaria
Di te, dei tuoi splendori.

Un murmullo de admiración acogió las últimas notas, y los aplausos de la concurrencia apagaron el preludio de la segunda estrofa, hasta que Matilde empezó de nuevo, como un suspiro:

In te rapito, al suon de la tua voce
Lungamente sognai...

Y su voz y sus ojos parecían quejarse de la espera prolongada á que la tuviera sugeta su ideal irrealizable, y que, sin embargo, la absorbía, la dominaba como dueño absoluto, perdido en las vaguedades del cielo, ó envuelto en el misterioso velo de la noche.

Un extremecimiento recorría la sala, suspensa ante aquellos tiernísimos acentos, hasta que Matilde, desatando el raudal de su poderosa voz, como un ardiente llamado del alma, cantó la última estrofa de Carmelo Errico.

Torna, caro ideal, torna un instante
A sorridermi ancora,
E a me risplenderá, nel tuo sembiante
Una novella aurora.

Un estallido de aclamaciones coronó como un estruendo los últimos agudos, perdiéndose los dos postreros y desfallecientes llamados á su ideal, entre el murmullo de las felicitaciones y el ruido de las sillas que se entrechocaban al levantarse los hombres y las mujeres, poseídos de entusiasmo y deseosos de aproximarse á la joven para contemplarla de cerca rodeándola en estrecho círculo.

—¡Insuperable, Matildita!.... ¡Insupera-

ble! — exclamaba Paquito haciendo reverencias.

— De veras, Matilde, nunca la he oído cantar como hoy! — decía Sofía Hostwald.

— ¡ Qué gusto! ... ¡ Qué interpretación! — murmuraba el novio de Isabel.

— ¡ Y qué sentimiento! — exclamó Felipe, completando las ponderaciones de su futuro cuñado y examinando atentamente á la joven.

— ¡ Cuándo yo decía que no faltaría motivo! — recalcó Ernestina.

— ¿ Motivo de qué? — preguntó ávidamente la hermana de Paco Stern.

— Pues! ... motivo para cantar con sentimiento, — contestó Ernestina, paralizada de pronto por una mirada de Felipe, que veía el disgusto que á Matilde producían aquellas bromas.

Pero Edelmira Stern, no satisfecha con aquella respuesta, se le pegó á un costado abrumándola con sus preguntas, mientras que Felipe tomaba del brazo á Matilde, para sustraerla al fastidio de aquellas ponderaciones.

Valmar, invadido por una serie de impresiones desconocidas, con la cabeza ardiendo y el pecho anhelante, como si fuera

víctima de una opresión violenta, abrió una celosía y se escurrió hasta el balcón, respirando allí con avidez el aire relativamente fresco que corría por las calles. Matilde acababa de darle el golpe de gracia. Aquella romanza que por completo respondía á su título, cantada por la joven con todo el sentimiento de su alma, henchida de secretas ternuras, había repercutido hondamente en su corazón apasionado, revelándole con sus acentos misteriosos, el estado íntimo de aquella mujer, que, después de esperar durante tantos años al dueño de sus afectos, al ideal soñado durante tanto tiempo, lo llamaba, por fin, con la seguridad de ser oída, de que su voz no se perdería como el lamento de un náufrago que crée ver un barco cuando se alza una pequeña nube en el lejano horizonte. No, ahora había visto bien claramente que aquel fantasma, perseguido casi desde la cuna, tomaba formas tangibles, adquiría proporciones reales, y se ofrecía á su vista, deseoso de ser llamado á su vez para fundir en una sola la corriente de sus destinos. Y él había oido, y había contestado. Sí, se lo había dicho todo de una vez al cambiar la última mirada, cuando repetía con voz desfalleciente

el estribillo de su canción: *Torna, caro ideal!.... Torna!.... Torna!* Se lo había dicho, y ella había comprendido.

En ese mismo punto de sus pensamientos, Matilde aparecía en el balcón del brazo de Felipe que, al ver á Rodolfo, exclamó:

—¡Pués, señor, estamos en plena edad media! ¿Quieres que te traiga una guitarra?

—Me ahogaba de calor,—contestó Rodolfo balbuceando una disculpa.

—Sí, está haciendo mucho calor,—dijo Matilde por decir algo.

—Bien, entonces los dejaré tomando el fresco y les traeré un helado,—dijo Felipe saludando y marchándose hacia adentro, dejando solos á Rodolfo y á Matilde en el cuadrado del balcón que coincidía con el piano.

Pasaron unos instantes de embarazoso silencio hasta que, al fin, Valmar se decidió á romperlo aunque fuera con alguna banalidad.

—Pero qué calor!—volvió á decir.

—Sí, no son noches apróposito para reuniones,—contestó Matilde displicentemente.

—¡Cómo ha cantado, señorita!—exclamó Rodolfo después de otra pausa, sin atreverse á decir nada sustancial.

—Y usted ¿cómo puede juzgar si canto bien, habiendo oído cantar muy poco ó casi nada, como decía hace un momento?—Interrogó la joven.

—Porque lo he sentido,—contestó Valmar sencillamente.

—¿Y usted cree que estas cosas se sienten? Cantar bien es cuestión de escuela. Si se sintiera verdaderamente lo que se dice, no se podría expresar cantando; habría que hacerlo de otro modo!—Y Matilde, al hablar de aquella manera, se encojía lijeramente de hombros adquiriendo su habitual gesto desdeñoso.

Pero Rodolfo al oírla, le pareció que, á pesar del calor, caía en el fondo de un pozo helado, mientras una onda amarga, después de oprimirle el corazón le subía hasta la garganta. Las ideas se le embrollaban confusamente en el cerebro, y su rostro cambiaba de color á cada instante. Los pensamientos más raros y extraordinarios lo asaltaban con rapidez vertiginosa dándole deseos de gritar furiosamente y obligándolo, sin embargo, á permanecer

callado. ¡Cómo! ¿Entonces aquella mirada había sido un sueño? ¿Matilde no había sentido, no lo había llamado como al hombre que encarnaba su ideal, al hombre capaz de comprenderla, al que podría apreciar y corresponder todos sus tiernísimos afectos? Y anonadado, sintiéndose pequeño y creyéndose corrido, deseaba una catástrofe, sucesos imposibles surgiendo repentinamente para mostrarse en toda su talla. Deseaba un hombre que cometiese alguna acción impropia para abofetearlo, ó una criatura que se desplomase de la azotea para precipitarse á salvarla con riesgo de su vida.

—Pero, señorita ¿usted no ha sentido nada?—exclamó, por fin, en el colmo de la admiración.

—Nada,—contestó la joven, simplemente.

—Entonces ¿por qué me miró usted de aquella manera al concluir?—interrogó Valmar, aproximándose á Matilde, sin poder someterse á ninguna consideración, á ningún fingimiento.

—¿De qué mirada me habla usted?—exclamó la joven aparentando sorprenderse, y afectando conservar su gesto despreciativo.

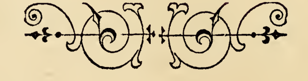
—¿De qué mirada?... ¡De la suya tier-

nísima, como un ruego!...¡De esa en la que aparecía su alma al espirar en los labios las últimas notas de su canto!...¡De toda su ternura desbordante, ofreciéndoseme á mí, que estaba allí para comprenderla!.. Hablo de su mirada amorosa como no he visto ninguna, Matilde, de esa mirada que aunque intente ahora desconocer, he saboreado en toda su dulzura exquisita, y conservaré como una visión santa, en el santuario de mis recuerdos!—Y al hablar así arrebatado, loco de amor y de amargura, miraba á la joven intensamente. Pero ésta, invadida por sensaciones extrañas, en absoluto desconocidas, bajó la vista sin contestar, como para que Rodolfo no leyera en la expresión de su ojos lo que pasaba en el fondo de su alma. Entonces Valmar, interpretando erróneamente aquel silencio, dejó caer su mano como una zarpa sobre el antebrazo de la joven, oprimiéndoselo con extraordinaria fuerza y diciéndole con voz temblorosa y ronca:

—¡Ah, Matilde, nunca juegue asi con el corazón de un hombre!

—Matilde!..¿De crema, ó de damasco?—dijo Felipe apareciendo en aquel mismo instante con un helado en cada mano.

—De damasco, contestó la joven. Y tomando un platito de manos de Felipe, entró hacia el interior del salón, mientras Rodolfo, tembloroso y aturdido, tomaba rápida é inconscientemente el sorbete de crema que le ofreció su amigo.



CAPÍTULO VIII

Recién después de las dos de la mañana llegó Matilde á su casa acompañada por su padre. El doctor Rolán, á pesar de tener su tiempo dedicado en absoluto, pudo hacer un momento aquella noche para ir en busca de su hija; pero no por eso dejó de mencionar el sacrificio que le había costado, tener que abandonar á sus amigos del club Uruguay en lo más interesante de una partida de cartas.

—Pero, no los hubieses dejado, papá!—dijo la joven contestándole, cuando iban en el coupé hacia su casa,—bien sabes que misia Isabel me hubiese acompañado, como lo hace siempre.

—Lo hice porque tú te quejas constante-

mente de que no te acompaño,—respondió su padre, picado por aquella indiferencia.

—¡Ah!.... Hace ya mucho tiempo que no me quejo!—exclamó Matilde con visible amargura. Y en seguida, como si sus pensamientos se transportasen repentinamente al pasado, guardó silencio hasta llegar á la puerta del palacete, donde su padre exclamó:

—Vamos, mimosa! ¿Ya te has puesto triste?

—No, papá,—contestó la joven con voz velada. Pero su padre, que á pesar de todo la quería mucho, la acarició, prometiéndole mil cosas, y concluyendo sus ofertas, dijo:

—Tú necesitas casarte, mi hijita. Esas tristezas repentinas no son sinó la falta de un buen marido que te quiera mucho.

—Siempre me dices lo mismo,—murmuró Matilde, con cierto aire de contrariedad. Y como el carruaje hubiese atravesado el arco de la gran puerta cochera, y se detuviese al pié de la escalinata de mármol, bajó apoyándose en la mano de su padre, que en el acto le ofreció el brazo para subir hasta sus habitaciones.

Matilde apenas sola, despidió á la cria-

da y corrió á contemplarse delante de su espejo para juzgar exactamente de la impresión que debió producir momentos antes. Luego, sin dejar de mirarse, sonriendo á su propia imagen, y plenamente satisfecha de aquel control de su belleza, empezó á desnudarse lentamente, agitando los labios, como empeñada en una auto-conversación de interés grandísimo. Sucesivamente, y mientras sus dedos soltaban cintas, ó desprendían broches con exactitud automática, reconstruía en el pensamiento las excenas de la noche, juzgando la actitud de Rodolfo y su inesperada cuanto extraña declaración de amor. Y en el acto, como consecuencia de su vida reconcentrada y de la educación que recibiera en su hogar, casi despoblado, se estableció una lucha interna entre su antiguo modo de pensar y la alborada de su nuevo modo de sentir. Mientras que en su corazón dominaba Rodolfo con toda la fuerza del amor naciente, en su cabeza surgían dudas amargas que la atormentaban con crueldad extrema. Sentía el amor y la sinceridad de aquel hombre, que se había impuesto desde el principio, con la sola fuerza de su impetuoso apasionamiento, y pensaba, sin

embargo, que todo aquello podía ser hijo del cálculo, podía ser una comedia bien representada para apoderarse de su fortuna y de su belleza. Por una parte, encontraba natural que un corazón sano se dirigiese al suyo, impulsado por un amor sincero, desde que esa misma pureza de sentimientos destruía toda suposición de miras interesadas; y por otra, dada las condiciones de fortuna y la posición de Valmar, comparativamente con su posición elevada y su fortuna inmensa, le hacían dudar de aquella pasión repentina que el joven había revelado casi involuntariamente, en un momento de arrebato. Pero á la inversa de lo que hasta allí le había ocurrido en análogas circunstancias, la idea de que Valmar obedeciese á móviles interesados y mezquinos, desaparecía ante la convicción del amor triunfante, como al cruzar el disco del sol desaparece la mancha negra de un astro pequeño, absorvido por el resplandor brillante de sus rayos de oro.

Aquella noche, Matilde se sentía querida, y su espejo, que tantas veces oyera sus confidencias y reflejara su supremo desaliento, entonces parecía dejarla satis-

fecha con el dato de su belleza, justificando que fuese sincera y apasionadamente querida.

La joven se había despojado de todas sus ropas, y solo conservaba una transparente camisa de finísima batista adornada con encajes y apenas sujeta sobre los resbalados hombros por dos moños pequeños de cinta rosa. A sus piés, arrojadas con descuido, é impregnadas aún de los tibios vapores de su cuerpo, yacían las ricas prendas de su vestido revueltas confusamente sobre la alfombra, como fragmentos de su organismo aún palpitantes, mientras que ella, con los brazos desnudos y levantados, concluía de quitarse las últimas horquillas del peinado.—No hay duda, —pensaba,—éste me quiere, me lo dice el corazón, y si alguien le hablase de mi fortuna, se sorprendería de no haber pensado en ella.—Y al mismo tiempo, acercándose al espejo, miraba su antebrazo izquierdo para ver si quedaba alguna señal querida, de la presión violenta que empleara el joven, cuando la interrogó sobre sus sentimientos, al cantar la inspirada romanza de Tosti.

Media hora más tarde, Matilde se dejaba

caer sobre su pequeño lecho Luis XV y sin tan siquiera preocuparse de cubrir su cuerpo, de formas alargadas y extremidades finas, dió rienda al mundo de pensamientos que bullía en su mente, preñada de impresiones.

Le parecía despertar de un letargo prolongado y asistir al renacimiento de todas sus fuerzas, anhelosas por entrar en la actividad de la vida. Su sangre hablaba con todo el ardor de la raza, impeliéndola con violencia al cumplimiento de su destino de mujer, y mientras los sentidos se extremecían ante el anuncio misterioso y secreto de futuros espasmos, su alma desbordante de ternura se fundía en lágrimas de gratitud inmensa, extasiándose ante aquella repentina irrupción de dicha. Sintió que el amor había hecho su llamado difinitivo.

Le parecía que flotando entre las sombras, se agitaba una visión bienhechora que avanzaba hacia ella lentamente, adquiriendo, poco á poco, formas humanas y tendiendo los brazos como para tomarla entre ellos y oprimirla con fuerza. Luego sentía la dulcísima presión de aquel abrazo vigoroso y tendía su boca con los labios en-

treabiertos, buscando otra boca de labios invisibles que le quemaba el rostro con su aliento. Y sacudida por un fuerte extremecimiento nervioso que recorrió todo su cuerpo, tendió las manos hacia aquella visión murmurando un nombre.

....

....

....

Mientras tanto, Valmar, desencajado y ojeroso, con las inequívocas señales de haber pasado una noche de insomnio, salía á la puerta de su cuartito del mirador, para contemplar el nacimiento de la aurora.

Aquel corazón sincero había sufrido un terrible desencanto al sentir el lenguaje frío de Matilde, afirmando que la interpretación más ó menos apasionada del Ideal de Tosti, era solo cuestión de escuela y en manera alguna el eco de un sentimiento que, en el caso de ser expresado, sería indudablemente en otra forma muy distinta. Pero en rigor, si aquella explicación pudo dejarlo un instante suspenso, su instinto de enamorado y el recuerdo de las miradas elocuentes de la joven, le hicieron suponer en el acto que había sido víctima de la más refinada coquetería, y su carácter no-

ble y sincero se rebeló iracundo contra quien de tal manera obraba así con él. Por eso había tenido aquel impulso repentino, y violando todas las leyes de la urbanidad, con una grosería salvaje, increpó á Matilde estrujando brutalmente su delicado brazo. Cierto que al propio tiempo que cometió aquella irreparable falta, reveló su amor poderoso, poderoso al extremo de hacerle desconocer todos sus deberes y sus respetos hacia la joven; pero así mismo, mientras examinaba fríamente su actitud, se juzgaba completamente desacreditado con Matilde, perdido para ella. Ni siquiera lo autorizaría á dirigirle la palabra en el caso de que tuviese el coraje de mostrarse en su presencia — ¡ Maldita impetuosidad ! — exclamaba — ¡ Qué nunca ha de poder uno hacer lo que quiere y debe, teniendo que fiarse incondicionalmente á la impresión del momento, á las combinaciones de los hechos y oportunidades en que uno se encuentra ! ¡ No poder marchar en la vida con relación á propósitos y orientaciones prefijadas !—Y arrepentido de su acción, convencido de lo irreparable de su falta, se desesperaba contra la fuerza fatal de los acontecimientos que obligan al

hombre á someterse en absoluto á su destino.

—Claro! Yo no podía preveer los sucesos,—pensaba, casi en voz alta.—Y aunque los hubiera previsto ¿cómo adivinar las vivas sensaciones que me produjeron? ¿Cómo podía presumir, que la quería ya de esta manera; que por el solo hecho de decirme, muy naturalmente, que cantaba sin sentir, había de trastornarme por completo? Porque al fin y al cabo ella no tuvo la culpa de que yo interpretase tan en favor mío sus miradas, atribuyéndole una expresión que no tenían.—Y agrupando todos sus recuerdos, empezaba paulatinamente á evolucionar en el orden de las ideas, disculpando á la joven del crimen que le había imputado durante toda la noche.

—No hay duda, soy un cretíno,—continuaba pensando,—¿Qué vínculos me unen con esa mujer para pretender que me mire con afecto, si apenas la conozco hace un par de meses y nunca le he dicho una palabra de amor? ¿O acaso podía exigir que hubiese adivinado lo que me pasaba por dentro? Soy realmente un estúpido, un soñador incurable, como dice Felipe. Esa joven ni siquiera há pensado un minuto en

mí, y si ahora lo ha hecho, habrá sido para conceptuarme loco.—Y al pensar de esta manera, una amargura inmensa lo invadía, constatando lo lejos que se encontraba de un sér que había surgido ante él para convertirse desde luego en el dueño de su vida. Examinaba atentamente todos los hechos, y cuanto más se detenía en tan prolijo análisis, más hondo le parecía su amor, enardecido por lo que juzgaba un imposible. Sin embargo, en medio de su dolor, la imagen de Josefina surgía en su mente como ofreciendo un refugio lleno de ternura y de consuelos infinitos, y aquella visión dulce y querida, mitigaba en parte el desaliento de Rodolfo, por más que ya no fuese bastante intensa para borrarlo todo.

La constatación de este hecho fue mayor causa de amargura para el joven, que pudo apreciar más que nunca los estragos que, talvez sin quererlo, Matilde había hecho en su corazón tan crédulo como apasionado.

Todo el día pasó Rodolfo sometido á este género de pensamientos, y en los cortos instantes que intentó dormir, tuvo ensueños agitados, alucinaciones repentinas, en que

le parecía rodar con violencia por una rápida pendiente, ó que hablaba con nerviosa elocuencia para salvar su vida de extraordinarios peligros.

Recién á las cinco de la tarde apareció Felipe en su busca, deseoso de saber lo que había sucedido la noche anterior entre Matilde y su amigo, pués, aunque éste no le habia dicho nada, comprendió perfectamente en su manera de despedirse que algo extraño le ocurría.

—Y bien ¿qué pasa?..... ¡Desembuche, amigo!—exclamó con su acostumbrada jovialidad, apenas se hubo sentado en un sillón de hamaca.

—No te puedes imaginar la barbaridad que hice anoche. Yo mismo no sé cómo pude hacer semejante cosa. Soy un inútil para estas cuestiones... Decididamente, yo no debo salir de mis libros... No sirvo más que para eso!—contestó Rodolfo, dando rienda á su desesperación.

—Pero habla, hombre, di de una vez que ha sido eso,—dijo Felipe impaciente por saber de lo que se trataba.

—Figúrate,—empezó Valmar,—que cuando Matilde cantó la romanza aquella.....

—Sí, el Ideal...

—....Eso es, el Ideal. Pues se me puso que me miraba y cantaba de aquella manera porque estaba enamorada de mí.—Y Rodolfo, con su acostumbrado apasionamiento, comenzó á narrar los detalles de su curiosa declaración, arrancada en un instante de cruel despecho y que tanto le había dado que pensar hasta aquel momemto.

—¡Ya puedes imaginarte el efecto que me producirían semejantes palabras! exclamó concluyendo su desalentado discurso.—Yo que esperaba verla enternecida para aprovechar la oportunidad, la veo fria é indiferente. En vez de sentirla, como la suponía, vibrante y apasionada, la encuentro en guardia, dura como una roca, insensible por completo!.... Como es natural, aquello me desconcertó; fuí acometido por un fuerte arrebato de cólera, y olvidando toda consideración, le agarré una muñeca y se la sacudí con fuerza, diciendo al propio tiempo: ¡Ah! Matilde, nunca juegue así con el corazón de un hombre!...¡Fígurate qué barbaridad! Qué habrá dicho de mi esa criatura, y cómo vuelvo á mostrarme en público en los lugares que ella frecuente!...

—¡Ja, Ja, Ja!.... ¡magnífico!—exclamó Felipe, riéndose estrepitosamente.—Has estado impagable!... ¡Ni que lo hubieras hecho á propósito!... Ahora caigo por qué estaba tan contenta cuando se despidió de Isabel... Vaya, hombre, al fin has hecho una cosa buena!

—Pero, cómo?—Interrogó Valmar suspenso, y sin saber como tomar las palabras de su amigo.

—Pués es claro, hijo. Eso que has hecho es la más linda y original de las declaraciones. Es la verdadera, la única declaración que debe hacer un hombre. Entendidos por las miradas y otras pequeñas manifestaciones que no dejan lugar á duda, se establece un compromiso tácito, y á la más leve falta se piden explicaciones, de manera que la primera declaración de palabra es á la vez un primer enojo, dulcísimo por cierto, y que viene á manifestar la sumisión completa del sér querido.....¿A que no te fijaste en lo que hizo ella?—Interrogó Felipe, victorioso.

—Bajó los ojos, simplemente, y como en ese momento tu traías los helados, se fué para dentro,—contestó Rodolfo meditando.

—Pués ¡ya lo ves!...¡Es una victoria, un triunfo completo é inesperado! Te juro que

cuando venía para acá no soñaba con un resultado semejante! Te felicito!....Te felicito de todo corazón, has nacido de pié! —Y Felipe que se había levantado, daba grandes voces palmeando y abrazando á su amigo, que por no estar aún muy convencido, lo escuchaba reflexivamente, preguntándole al cabo de un momento:

—¿Entonces tú crees que no ha sido una caída, mi actitud de anoche?

—¡De ninguna manera!... ¡Te lo garanto! Es un triunfo completo, el que has obtenido, y si te hubiesen enseñado el papel no lo hubieses hecho mejor!

Desde aquel día, Felipe no hizo más que hablar con su amigo de Matilde, admitiendo como seguro el supuesto de que ésta estaba enamorada. En el afán de conseguir su objeto, facilitaba las cosas y apuraba los acontecimientos para desviar totalmente á Rodolfo de sus malhadados proyectos de matrimonio con Josefina. Felipe había tomado la cosa con verdadero empeño; era una batalla la que libraba, y á toda costa quería triunfar.

Asi, una tarde que conversaba con su amigo, queriendo salir de dudas respecto de sus intenciones, y en vista del si-

lencio que este guardaba con relación á sus primeros amores, decidió abordar claramente el árduo tema de su proyectado matrimonio.

El amor de Matilde fué comentado de todas maneras y Felipe afirmó rotundamente que la joven lo quería, así es que, aprovechando la satisfacción que sus palabras producían, exclamó de pronto, observando como ellas impresionaban á Rodolfo:

—Pero, á propósito ¿Qué piensas hacer con Josefina?... Porqué, supongo que no te vas á casar con las dos!—Es un procedimiento ese que no tenemos la dicha de emplearlo por estos mundos!—Exclamó penetrando á fondo en lo más delicado de la cuestión.

—Con Josefina?—Contestó Valmar tristemente—¡Qué quieres que haga!....¿Lo se yo acaso?....¡Pobre!.... Hace unos dias, al creerme perdido para Matilde, su recuerdo era un consuelo, y ahora con lo que tú me dices, es una causa de pesar inmenso... Y no hay remedio, —añadió exaltándose,— porque si Matilde me corresponde me le entrego en absoluto, en cuerpo y alma; y si me rechaza, me aniquila, me hunde irre-

misiblemente!... Esa es una mujer que absorbe amando y mata con el desprecio... Es un arrastramiento tan poderoso el mio, que creo haber estado en un error profundo al afirmar, como afirmaba, que podían haber dos sentimientos, dos amores reunidos en el corazón de un hombre....¡Oh, no! ¡imposible! No se quiere màs que á una sola. Todo lo que decía en contrario era el producto de mi inexperiencia. Por un gesto de esa mujer, por cumplir una voluntad suya lo sacrificaría todo, todo!... hasta el amor de mi madre!... ¡No te imajinas lo que he sufrido, á la sola idea de haber estado ridículo en su presencia!... ¡Ah, si yo pudiera expresarle mis sentimientos, hacerle sentir el estado de mi alma, cómo la convencería!... ¡Si tan siquiera fuesen exactas tus suposiciones, Felipe!

—¡No lo dudes un momento! Lo que es por ese lado puedes estar tranquilo, y sinó ya lo verás el viernes en la quinta de Hostwald.

—¡Dios te oiga! porque... mira... si no me hace caso, hago una barbaridad!—Y Rodolfo con los ojos inyectados de sangre, y mezándose los cabellos con gesto febril, se

paseaba nervioso á lo largo de su habitación de estudiante.

—Decididamente, no eres de este mundo,—dijo Felipe, contemplándolo atentamente.

—¿Por qué?... ¿Porque sé querer?—Interrogó su amigo con violencia, deteniéndose en su paseo.

—No; porque no sabes querer. Yo quiero más que tú, puesto que las quiero á todas; pero no por eso me enloquezco como tú con cada una de las que veo,—contestó Mont tranquilamente.

—Lo que tú sientes no es amor, son apetitos!— exclamó Valmar con despreciativo acento;—pero cuando se quiere de la manera que yo quiero, es imposible intentar poner un freno al amor desbordante. Matilde para mí sintetiza toda la ventura de la tierra; es la vida que tú has pretendido mostrarme, brindándose en su expresión más hermosa; es el conjunto de todos mis ideales, en fin, reunidos en ella como si fuera un modelo de la creación!—Y Rodolfo exaltado, empezó á enumerar todas las cualidades de la joven, su belleza física, su elevación moral, las dotes no comunes de su privilegiada inteligencia, su talento de artista en la pintura y en la música, y por fin, su exquisito sentimiento, revelado

en el más insignificante de sus actos. Para él, Matilde lo poseía todo, y queriendo demostrar hasta què punto estaba enamorado, contó á su amigo el efecto que ella le había producido en la playa cuando se la mostró por vez primera; luego sus encuentros en la calle Sarandí y en el Prado, cuando pasaba altiva y desdeñosa, fingiendo notarlo apenas; y después, la impresión que recibió la noche del baile, al verla destacarse como una reina cubierta de oro, bajo un dosel de púrpura centelleante. Todo había palidecido para él desde aquel momento, y como apagan su luz las estrellas más brillantes ante la aparición del sol, así los pequeños y dulces sentimientos que abrigaba su alma, se habían dejado absorber desapareciendo humildemente ante el fulgor de su mirada de fuego.

—Oh, sí! Este es el amor omnipotente, el que lleva á la cumbre de la perfectibilidad, el que salva la humanidad en medio de sus viejos vicios, velando al propio tiempo por la conservación de la existencia en su eterna marcha hacia el futuro desconocido y henchido de promesas!—Y mientras tanto, Felipe lo oía callado, con la cabeza apoyada entre las manos y pensando en el lado exacto y positivo de todo aquel apasionamiento. Para él, to-

das aquellas palabras eran como fuego de artificio, y en el fondo de aquel amor exhuberante que se decía único, veía el aguijón de los apetitos no satisfechos excitando las pasiones de su amigo con afilada púa.

Recordaba las palabras entusiastas de Rodolfo al tratarse de Josefina, y comprendía que si ésta había perdido su puesto, era porque se había dado toda y no tenía más que ofrecer, mientras Matilde, además de su incontestable superioridad, ofrecía todos los encantos de lo nuevo, todo el misterio de lo desconocido, brindándose al hombre en su afán de más allá.—Cuando sea tuya, cuando conozcas todas sus faces de mujer, cuando ya no tenga misterios para tí,—pensaba,—entonces veremos si no te impresiona más cualquier modistilla, talvez la misma Josefina, si la vuelves á encontrar en tu camino.—Pero la manifestación de estos pensamientos no convenía á los planes de Felipe, así es que dejaba hablar á su amigo, felicitándose de aquel ardor que aseguraba el éxito de su empresa.

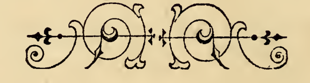
—No eres de este mundo,—volvió á exclamar, repitiendo sus anteriores palabras;—pero eso mismo te favorece para el triunfo...

—¿Por qué dices eso?—interrogó Valmar.

—Porque inconscientemente te posesionas de tu papel en las comedias de la vida,—contestó Felipe levantándose y tomando su sombrero.

—¡Ah, excéptico incurable!—exclamó Rodolfo con amargura.

—Vamos, creyente, vamos á bañarnos que hace mucho calor,—dijo Felipe riéndose para no entristecer á su amigo. Y bajando á saltos la escalera de la azotea, salieron en busca del tren de los pocitos.



CAPÌTULO IX

La tarde aquella era una hermosa y perfumada tarde. La señora de Hostwald reunía á sus íntimos en su quinta del puente de las Duranas para que gozasen de los favores del campo. Con tal motivo, hacía preparar una mesa junto al arroyo, próxima á la escalinata de granito que se hundía en las tranquilas aguas de superficie bruñida, sombreada por variadas y tupidas enredaderas. Desde allí veíase la gran calle de pinos que subía hasta la casa, y hacia la derecha, un ombú centenario que ocultaba entre sus venerables ramas, una pintoresca plataforma, cuya rústica escalera enroscábase en espirales ascendentes al robusto y sinuoso tronco.

Sofía Hostwald en persona, presenciaba los últimos preparativos del mayordomo, cuidando especialmente del alumbrado que había de ser una verdadera sorpresa.

—¿Y los músicos, Tomás?—preguntó de pronto á su criado.

—Vendrán á las seis, señora,—contestó el interpelado, deteniéndose respetuosamente en su tarea.

—¿Vendrán todos?—Y como el criado respondiese afirmativamente, continuó:—Que toquen durante toda la comida, y que el programa siga el orden que yo indiqué... Las luces se encenderán en cuanto anochezca, pero para encender las antorchas esperarás que yo te haga una seña, porque es preciso que sea bien de noche... ¡Ah! cierra bien las puertas de la glorieta con el linó que te di, para que no entren moscas. No olvides el orden de los vinos. Cuida bien de todo .. que no falte nada!—Y, por fin, dando un vistazo á su alrededor para ver si olvidaba algo, salió de la glorieta y dirigióse á la casa, mientras el mayordomo quedaba murmurando con los otros criados, de lo fastidiosa que estaba aquella tarde la señora.

Las cinco y media serían, próximamen-

te, cuando Rodolfo y Felipe eran introducidos en el salón donde Sofía Hostwald en compañía de una prima suya esperaba á sus convidados.

—¡Qué puntuales!—exclamó Sofía, saliendo á recibir á sus amigos hasta la puerta.

—A una invitación de este género sería un crimen faltar ó hacerse esperar, aunque fuera un momento,—contestó Felipe galantemente. Y como notase á la prima de Sofía que también se adelantaba hacia ellos, corrió á saludarla, mientras Valmar preguntaba á la dueña de casa por el señor Hostwald.

—Todavía no ha llegado. ¡Tiene tantas tareas!—dijo Sofía con su más graciosa sonrisa.—Es uno de los fastidios del campo. Como los hombres siempre tienen que hacer, lo pasa uno completamente sola. Pero, á propósito,—dijo, variando de conversación,—saldremos al jardín á caminar un poco, porque eso de estar adentro, en el campo, es poco divertido.

—Muy bien!—dijo Felipe,—entregado por completo á la prima de Sofia, que unidos á una reputación dudosa poseía numerosos atractivos. Y ofreciendo el brazo á su

compañera, para darle tiempo á Sofía de que se desengañase de Rodolfo, exclamó alègremente, —¡En marcha! ¡A la conquista de las flores!—Y bajando las gradas de una pequeña escalinata de mármol, empezaron á pasear por el jardín, arrancando sin piedad cuanta flor bonita se ofrecía á su vista.

Felipe marchaba adelante con su compañera del brazo, y más atrás, Valmar caminaba algo separado de Sofía, que se esforzaba por atraerlo con temas por demás sugestivos.

—Mire qué lindos ramos ha hecho Felipe. ¿Usted no es amante de las flores? —dijo, viendo que su compañero no arrancaba ninguna.

—Mucho, —contestó Rodolfo, —pero me pasa al respecto lo que con las cacerías. Me gusta ver arrullarse las palomas entre las ramas, y me encanta ver las flores prendidas de sus tallos. Tirarles á las primeras ó arrancar las segundas, me parece un crimen.

—Eso prueba que tiene muy buen corazón, —arguyó Sofía; —pero supongo que cuando el crimen está hecho no tiene escrúpulos en gozar de sus ventajas.

—Ah, seguramente, no llego á esos extremos!—exclamó Valmar.

Entonces la señora de Hostwald, desprendiéndose un gracioso ramo que traía en el pecho, quitó de él un hermoso clavel rojo, y ofreciéndolo á su acompañante, dijo:

En ese caso, acepte esta flor para adornar su ojal, puesto que, de todos modos, ya ha sido sacrificada.—Y al hablar así, acariciaba al joven con sus grandes ojos celestes y parecía tenderle los labios entreabiertos, más rojos que el clavel que le brindaba con sus dedos amarfilados, de uñas sonrosadas y blancas.

Por un momento, Valmar creyó que sería imposible resistir el ruego ardiente de todos aquellos atractivos; pero logrando sobreponerse al cabo de un instante, tuvo el heroismo de contestar fríamente, aunque con suma galantería:

—Es doloroso que al dármela, la sacrifique doblemente,—mientras Sofía despechada, se mordía los labios hasta hacerse sangre con sus menudos dientes.

En aquel mismo instante, el landó de Matilde, totalmente descubierto y con su cochero y lacayo de gran librea, franqueaba la verja de hierro internándose por la

avenida de pinos en dirección á la casa.

—Pare, pare!—gritó Sofía al cochero, saludando al propio tiempo á Matilde que venía acompañada por la hermana y la madre de Felipe.

Detuvo el cochero el poderoso tronco y antes que lo hubiese hecho totalmente, ya el lacayo se había arrojado del pescante y abría la portezuela con el sombrero en la mano.

La señora de Mont seguida de Isabel y Matilde Rolán, bajaron del carruaje alegres y decidoras, contagiadas por aquella tarde risueña y perfumada que invitaba á gozar de los dones de la vida.

Sonaron besos incrustados en risas, las palabras brotaron fáciles y expontáneas, como el agua de una fuente, y Valmar, estrechando con efusión la mano de Matilde que lo acogió con una benévola sonrisa, se preguntaba por qué había tenido pensamientos tan extraños respecto de su no menos extraña declaración.

—No hay duda,—pensaba,—Felipe tenía razón. Esta mujer me quiere, sinó no me hubiera acogido de esta manera.—Y absorbido en la contemplación de Matilde, mientras pensaba de tal suerte, sentía una impresión

de bienestar inmenso. Una gratitud sin límites lo invadía, impulsándolo á manifestarla arrojándose á sus piés y besándoselos efusivamente. Y no poder traducir aquella natural manifestación de ternura, lo contrariaba casi hasta hacerlo desgraciado.

La llegada de Paquito Stern y su hermana Edelmira, volvió á producir animación en el grupo, y todos juntos, confundidos y en desorden, dirigiéronse por la gran avenida de pinos hacia las orillas del arroyo.

El alegre y parlero bando llegó á su destino aumentado por el señor Hostwald, el doctor Mont y el novio de Isabel que se plegaron por el camino. Una vez allí, mientras unos se trepaban á la plataforma del ombú y otros tomaban posesión del bote para recorrer una parte del arroyo, Matilde, invadida por la melancolía de la hora, sentóse en el peldaño superior de la escalera del muelle donde Valmar fué á hacerle compañía, situándose en el inmediato.

Caía la tarde lenta y magestuosa. El cielo ostentaba el lujoso atavío de sus inimitables colores, los pájaros se recogían piando, en busca de sus amorosos nidos, y mientras que una brisa espesa y suavemente

cálida agitaba las hojas con el leve contacto de sus alas, las flores se desvanecían en el aire, trocadas en perfumes.

Desde su puesto, Valmar contemplaba á la joven como á una imagen santa, destacándose en el centro de la calle de pinos sombríos erguidos con arrogancia entre los destellos rojos que, como un incendio colosal, señalaban en el cielo las huellas de fuego que imprimiera el sol á su paso. Y agigantado por su situación y por la hora, Rodolfo sentía crecer su amor de una manera inmensa, inexpresable!—¡ Oh !—pensaba, sin atreverse á separar la vista de aquella deleitosa visión,—¡Cómo te querría si tú me quisieras! ¡Cómo te haría dichosa derrochando á tus piés toda mi ternura!—Y poniendo el alma en los ojos, que por momentos amenazaban inundarse de lágrimas, parecía pedirle con la mirada que se desprendiese de aquel sitio y viniese hasta él para confiarle sus sentimientos y hacerle oir las palpitaciones irregulares de su corazón enamorado. Deseaba verla caer, precipitarse sobre él por obra de magia, y confundidos en un abrazo suavísimo, rodar hasta el arroyo y quedar flotando sobre las aguas. Su imaginación soñadora se fingía,

rápida, situaciones imposibles, y cuanto más imposibles más bellas, buscando al propio tiempo palabras inauditas para expresar su amor de una manera original y clara. La idea de que ya estaban entendidos, se fijaba cada vez más en su espíritu, y le parecía una ineptitud no aprovechar aquella oportunidad para provocar la explicación apetecida. Pero por más que torturaba su imaginación las palabras no acudían tan selectas como las deseaba, y temiendo romper el encanto de aquella mutua contemplación permaneció silencioso, hablando tan solo con la mirada.

Las interrogaciones y las respuestas se trasmitían rápidas y silenciosas, pero no por eso menos elocuentes, repitiéndose los mismos versos al final de cada estrofa.

—¡Quiéreme!—parecía gemir Rodolfo en un ruego ardiente.

—Más tarde te querré, consíguelo, conquista mi corazón ávido de amor.—Parecía responder ella á través de su pupila y tendiendo los labios como para mitigar su ardor en la humedad de la tarde.

Pero las palabras no consiguieron conformarse al pensamiento y el silencio continuaba; un silencio lleno de elocuencia,

una quietud desfalleciente, perezosos deseos de morir de goce para alcanzar ese dulce más allá entrevisto á través de los intensos resplandores del amor en su magnífica aurora.

La presencia de los excursionistas, que un instante después atracaban su bote al muelle con extraordinaria algazara, vino á poner término al misterioso coloquio, tan solo inteligible para los iniciados en el secreto lenguaje del amor.

....

Durante la comida la animación no decayó un instante. Parecía como que una ráfaga de dicha acariciase con su soplo halagador todas las frentes, y jóvenes y viejos daban rienda á las expansiones francas y expontáneas, hijas de un oculto anuncio de felicidad ignorada, pero ciertamente presentida.

La señora de Hostwald que ocupaba el centro de la mesa, entre el doctor Mont y Rodolfo, hacía esfuerzos por atraer á este último, luciendo todas las finezas de su espíritu en el transcurso de la conversación y colmándolo de atenciones que, por otra parte, el joven no parecía notar, abstraído en las dulzuras infinitas de su amor na-

ciente. Frente á ella, el señor Hostwald no trataba más que de complacer á misia Isabel Mont y á Matilde, mirando de vez en cuando á su mujer para adivinarle en la expresión del semblante si aprobaba su conducta. Y matizados á lo largo de la mesa, el resto de los comensales reía de las gracias de Paquito Stern á quien Felipe se había propuesto poner en ridículo.

La música, bajo una especie de carpa oculta detrás de la glorieta, dejaba oir los suaves acordes de sus instrumentos ejecutando walses y trozos de operetas picantes, propios para alegrar el espíritu y preparar favorablemente el estómago á la admisión de los selectos manjares que se servían. En el centro de la glorieta y repartidos por los ángulos, infinidad de farolillos de porcelana imitando frutas, alumbraban con luz profusa al par que discreta, el pintoresco recinto, mientras que los criados iban y venían silenciosos, escanciando los vinos ó repartiendo los platos que el mayordomo llenaba sobre una mesa de trinchar instalada en un ángulo.

A los postres y mientras la orquesta ejecutaba la habanera de *Carmen*, Sofía redobló sus coqueterías con Valmar, gozan-

do en la manifiesta contrariedad de Matilde que, colocada enfrente, no podía dejar de notarlas.

L'amour est enfant de bohême
Qui n'a jamais connu de loi.
Si tu ne m'aimes pas, je t'aime
Et si jje t'aime, prends garde á toi!

Los violines hablaban de esta suerte, manejados con arte y sentimiento, y la señora de Hostwald, envolviendo á Rodolfo en el fluido traidor de sus miradas acariciadoras, rozándole la piel de la mano con sus dedos tibios y amarfilados al pasarle un plato de ananá bañado en Jeréz, y haciéndole respirar el perfume cálido de su cuerpo y de sus rizos de oro, parecía también amenazar al audaz que despreciase la regia donación de todos aquellos encantos. Pero Rodolfo, á pesar de sentir un poderoso arrastramiento físico, y de verse acometido por repentinos mareos, producidos por la mezcla de los vinos y licores que bebiera en abundancia, como así por la variedad de aromas suavísimas y excitantes que brotaban como un deleitoso baho, de aquella mujer hermosa, consiguió responder con indiferencia á su última tentativa y refugiarse en la mirada de Matilde que, centelleante, á

causa de una exitación extraña, parecía brillar con reflejos de fuego.

Felipe entretanto, aparentando estar completamente dedicado á la primita de Sofía, observaba, sin embargo, los manejos de ésta, gozando con la indiferencia y sangre fría de su amigo. Y Edelmira Stern, á coro con su hermano Paco, hacía las delicias de misia Isabel, al mortificar á Isabelita y á su novio, que apenas lograban disimular su disgusto.

Cuando llegó el café, la conversación se había generalizado, reinando en apariencia la mejor armonía, mientras todos lucían las fuerzas de su espíritu construyendo frases superficiales y amenas; pero, no obstante, en el fondo, cada palabra era una alusión, un alfilerazo sutíl que hería en el punto preciso, sublevando los ánimos interiormente, por más que se manifestasen al exterior por medio de una agradable sonrisa.

Felipe mortificaba á Sofía por los desdenes de Rodolfo; Matilde afirmaba que no comprendía cierto género de competencias en materia de amor. Y esto lo decía con su gran aire desdeñoso, de reina condescendiente, que tanto irritaba á la señora de Hostwald. En el otro extremo de la

mesa, la lucha continuaba entre Isabel y su novio y los hermanos Stern, que no cesaban de hablar mal de los que aspiraban á ciertos puestos para enriquecer la bolsa. Á lo que el novio de la señorita de Mont contestaba que la gente sensata no debía preocuparse de ciertas opiniones completamente despreciables. Sofía Hostwald, por su parte, mordiéndose los labios de despecho, hablaba con lástima de las mujeres que estaban expuestas á no ser queridas sinó por su fortuna, y al concluir sus palabras miraba á Matilde con su más fina sonrisa. Y en medio de esta batalla sin sangre, pero sin cuartel, solo dos personas permanecían agenas é indiferentes: el señor Hostwald, por su excesiva miopía en todo lo que no fuesen operaciones de bolsa, y Rodolfo, cuya absoluta buena fé y extremada elevación intelectual y moral, lo colocaban muy por encima de todas aquellas pequeñeces sociales, dándole ocasión de arrobarse más y más en la profundidad de la mirada de Matilde, sentada á su frente.

Por fin, la señora de Hostwald, muy sofocada por la ira y la impotencia, se levantó, proponiendo á sus invitados salir á

caminar por la orílla del arroyo, propuesta que en el acto fué calurosamente apoyada por la mayoría de los concurrentes.

En efecto; todos se levantaron, y al llegar á la puerta de la glorieta prorrumpieron en exclamaciones de alegría y sorpresa, deslumbrados por la vivísima claridad de un sinnúmero de antorchas de bengala, azuladas y rojas, que á una seña de la señora de Hostwald, el mayordomo había hecho encender, en el extremo de elevadas cañas repartidas artísticamente entre los árboles.

—¡Oh! Qué hermoso espectáculo!—exclamó Rodolfo, seducido por la novedad del que presenciaba. Y como un eco de sus palabras, casi todos los presentes prorrumpieron en idénticas exclamaciones, deleitándose en medio de aquella naturaleza fantásticamente iluminada, á la que las damas, con sus vestidos claros y su airoso porte, deslizándose sobre la fina arenilla de los senderos ó sobre el cesped cortado como una mullida alfombra, daban el carácter de un voluptuoso ensueño.

Por algunos instantes, las señoras y los hombres se habían dividido; pero aquella separación, por no ser lógica no podía ser duradera, asi es que media hora después, los jóvenes arrojaban sus cigarros aún sin con-

cluir, impacientes por reunirse con ellas, que á la vez aguardaban su llegada.

No tardaron en formarse grupos y en los grupos parejas, que poco á poco empezaron á circular lentamente alrededor del corpulento ombú,—viejo monarca en medio de los sauces que lo rodeaban reverenciándolo humildemente.

—¡Cet féerique!—Decía Paquito Stern poniéndose el monóculo y ofreciendo su brazo á la viudita, prima de Sofia, mientras ésta, en apariencia conforme con su suerte, aceptaba el de Felipe que había creído oportuno aprovechar aquel momento de despecho.

Isabel, prendida de su novio, trataba de alejarse todo lo posible del resto de la sociedad, maldiciendo interiormente aquel exceso de luz que parecía hacer las delicias de los otros. Y la señora de Mont, seguida de Edelmira Stern que no quería correr el riesgo de quedarse sola, volvió nuevamente hacia la glorieta para evitar el sereno y hacerle tertulia á su marido y al señor Hostwald que no habian querido moverse de allí por no turbar el proceso de una digestión laboriosa.

Así, pues, frente á la escalera que daba acceso á la plataforma construida entre las ramas del ombú, quedaron Matilde y Rodolfo;

mudos, contemplándose; sin querer ella decir una palabra, esperándolo todo de él; y él sin poder articular la palabra esperada, sin saber cómo iniciar la explicación de su extraña conducta la noche de su violenta declaración.

—¿Subiremos?—preguntó Matilde poniendo un pié sobre el primer peldaño de la escalera de caracol que daba acceso á la plataforma.

—Bueno,— contestó Rodolfo siguiéndola mansamente. Y como durante la ascensión, llegase á ver el nacimiento de la pierna de Matilde, apareciendo bajo la orla de su vestido, enrojeció como un niño y su emoción creció de punto, hasta hacerlo temblar. Su cabeza ardía y giraba con velocidad extraordinaria, pareciéndole que las espirales de la escalera, en vez de subir lo hacían descender al fondo de un abismo con rapidez vertiginosa. Tuvo que detenerse un momento, y agarrándose con fuerza á la baranda, se pasó la mano por el rostro mesándose los cabellos con nervioso gesto, mientras tomaba aliento con respiración fatigosa y anhelante.

—¡Ah!...Aquí se respira!—exclamó Matil-

de cuando hubo llegado á lo alto de la plataforma.

—Y á mí me parece que se respira menos, —contestó Rodolfo, pálido entonces por la resolución tomada.

—Usted siempre opina á la inversa de los demás.

—No, yo soy como todos, y pienso como todos; solo que no sé fingir, no puedo ocultar lo que siento y...ahora estoy sofocado!

—Sí, se ve que no sabe fingir! En la mesa estuvo muy imprudente. Porque, al fin y al cabo, el dueño de casa merecía más respetos!—exclamó Matilde con sorna.

—No entiendo,—contestó Valmar sorprendido.

—¡Ah!... Muy bien... No sabe fingir con los demás y conmigo lo hace á las mil maravillas.

—Matilde!...mire Matilde què no se puede jugar conmigo!...¿Yo fingirle á usted? ¡Si ya le he abierto mi corazón de par en par!...Si soy suyo con toda el alma y se lo he dicho mil veces, Matilde! ¡Oh, por caridad! dígame lo que piensa de mí, dígame lo que soy para usted, que una sola palabra suya bastará para iluminarme y resolver mi destino....

—¿Y eso me lo viene usted á decir á

mí?—interrumpió Matílde de pronto, lanzando tras estas palabras una carcajada sonora y cristalina que el eco repitió entre los árboles y sobre la superficie del arroyo.

Rodolfo quedó un instante suspenso, sorprendido por aquella risa extemporánea que no lograba interpretar; pero cuando ella cesó de reir, había tal fuego en su pupila, que pudo oír la voz del amor que se anunciaba sin palabras traicionándola á despecho de su risa fingida, con la que había querido ocultar la emoción que le producía el encuentro de su pareja en el intrincado laberinto de la vida.

Matilde estaba palpitante y él extremecido. Por un momento volvieron á quedarse mudos, contemplándose en los ojos, fascinados, sin quererlo ni comprenderlo. Matilde ya no reía y en su semblante retratábase el asombro que le producía el mundo de sentimientos extraños que la invadían desbordantes, como un torrente que todo lo avasalla. Y Rodolfo, indeciso, sin comprender bien aún, torturaba su mente con angustia para buscar el arma que había de herir la fibra sentimental de aquel corazón tan rebelde como amado.

En ese instante, la antorcha que iluminaba

la plataforma del ombú se apagó repentinamente, y los jóvenes, deslumbrados por sus vivísimos resplandores, quedaron sumidos en tinieblas relativas.

—Matilde, por caridad!... una palabra de amor!—gimió Rodolfo atreviéndose á todo, favorecido por las sombras.—¡Una esperanza!...¡Siquiera una esperanza!—repetía buscando con las suyas las manos de Matilde que guardaba silencio—¡Oh, no me desespere! ¡Concluya conmigo, pero sáqueme de esta duda!—Y como Matilde, aunque callada le abandonaba sus manos, temblorosa y desfalleciente, Rodolfo insistía cada vez con más elocuencia en su apasionado ruego.

—Bajemos,—murmuró la jóven débilmente.

—¡Oh, no!...¡así no!—insistió Rodolfo con ímpetu, atrayéndola hacia sí.

Callaron por un lijerísimo instante, hasta que un peon de la quinta levantó otra caña sosteniendo una antorcha de luz roja. Entonces, separándose violentamente, sorprendidos por aquellos vivísimos reflejos, pudo verse la expresión triunfal de Rodolfo, en cuyos labios vagaba aún el ardiente aroma de un beso que había sido devuelto.

CAPÌTULO X

Entretanto, y mientras Rodolfo Valmar se olvidaba de todo lo existente, absorbido por el amor apasionado que le inspiraba Matilde Rolán, la pobre Josefina, con quien no se veía desde su entrevista á la noche siguiente del baile de Hostwald, lloraba tristemente su repentino abandono. La tierna y bondadosa niña se empeñaba en no dar crédito de ninguna manera á la lamentable desgracia que comenzaba á pesar sobre élla.

Ansiosa por hallar una explicación satisfactoria á la conducta de su amante, ya lo suponía ocupado en urgentes tareas, como víctima de alguna enfermedad que lo inhabilitase para salir á la calle. Pero

bien pronto, sin necesidad de recurrir á ningún género de investigaciones, supo que Rodolfo gozaba de buena salud y conservaba toda su animación para acudir á fiestas y paseos en compañía de su amigo Felipe.

Sin embargo, Josefina no podía habituarse á la idea de que aquel hombre la hubiese engañado tan vilmente, y una voz secreta parecía confirmar su confianza diciéndole que era querida. Todos sus pensamientos tendían á disculpar á Rodolfo, y cuando los días iban pasando convenciéndola que, en efecto, éste la había abandonado, trataba de recordar alguna falta por ella cometida que justificase la actitud del joven, concluyendo casi siempre por encontrar aquello natural, dados sus escasos méritos de mujer, para satisfacer las amorosas ambiciones de semejante hombre. — Soy indigna de él,—pensaba,— ¿Cómo puedo aspirar á que se case conmigo?—Y luego, agobiada por una tristeza inmensa, tornaba á llorar desesperada aquel su gran infortunio.

Pero de todos modos, el tiempo volaba y con él las esperanzas concebidas, á pesar de la evidencia de los hechos. El otoño de su

primer amor empezaba para la desdichada, y cada día veía correr arrebatadas por el viento, las hojas secas de sus ilusiones muertas. Doquiera iba la seguía su desventura. Su casa era un martirio, y allá, en su puesto, en el taller de la Vendeux rodeada por sus compañeras de trabajo que contaban frívolamente sus coqueterías callejeras y sus amoríos de una hora, la pobre niña lloraba silenciosa, inclinada sobre su costura y tratando de disimular el origen de su tristeza.

Para sustraerse á las incesantes bromas y curiosas investigaciones de las muchachas del taller, Josefina había inventado una enfermedad al corazón; pero este inocente embuste solo había servido para aumentar sus burlas, al extremo de hacerle insoportable la tarea.

En esta situación, como remate de sus penas, algunos síntomas extraordinarios empezaron á inquietarla. Previó la posibilidad de estar embarazada, y ante semejante acontecimiento quedó sobrecogida de estupor. Anhelante, desesperada, la joven empezó á indagar, á tomar datos, á registrar en el fondo de su memoria, los síntomas que recordaba haber visto en

amigas ó parientas, interrogando á todas las que se encontraban en aquella situación, para luego establecer comparaciones y confirmar ó desechar sus temores. Pero la certidumbre no tardó en venir, solo que en vez de aumentar su martirio fué por el contrario el término de su ansiedad al respecto. La nave se había hundido totalmente vencida por la borrasca, y ella quedaba flotando sobre una tabla en medio del mar tranquilo, segura de su salvación. El hecho estaba consumado y su espíritu, débil y bondadoso, aceptaba los hechos. Además el hijo le pareció un aliado, una nueva fuerza de atracción para el amante. Creyó ver en él un premio del destino, un lazo que le procuraba la divina providencia, para unirla al hombre querido por medio de aquel vínculo de amor.

Sus propósitos inmediatos fueron buscar á Rodolfo y decirle que era madre, que sus relaciones habían dado fruto, que la obra inmensa y salvadora de la concepción se había realizado, justificando y purificando el beso ardiente del amor dado en horas de delirio. Pero casi en el acto un sentimiento de vergüenza la contuvo, despertóse en

ella el segundo pudor de la mujer, el pudor sublime de la madre, y esperó aún, presumiendo que algún mensagero misterioso le haría saber á Valmar el resultado de su obra.

No quería ni podía creer en su abandono. La indiferencia después del amor no se amoldaba á su razón. Para su criterio, entre Rodolfo y ella había algo que no podía terminar. ¿Cómo? ¿Después de todo no había nada entre ellos? ¿Acaso se verían, se encontrarían por la calle y pasarían rozándose sin tan siquiera decirse adiós? ¿Los lazos estaban rotos, su amor desaparecido?... ¿Y ninguno de los dos había muerto? Dios, ese Dios de bondad y de justicia que había despertado su alma, ¿permitiría la desaparición de aquel amor que era obra suya?—Y la pobre niña en aquel balbuceo inconsciente de su espíritu, era llevada á pensar confusamente en la realidad de las vinculaciones eternas.

Mientras tanto el almacenero García no cejaba en sus propósitos de casamiento. Sabedor del abandono en que se hallaba Josefina por el constante espionaje que ejercía sobre ella, quiso tentar fortuna nuevamente, y con tal motivo se presentó un

domingo de tarde en la colchonería, en momentos en que toda la familia Belloni estaba reunida festejando la noticia oficial del casamiento de Enriqueta con el peluquero de la calle Yaguarón.

La reunión se había formado en la pieza inmediata á la colchonería, que hacía las veces de sala y comedor en el hogar de los Belloni. Los concurrentes, sentados con toda gravedad en círculo, y dando frente á los viejos dueños de casa, tomaban mate con galletitas.

Josefina, para evitarse el estar allí quieta bajo las miradas constantemente investigadoras de sus padres, que desconfiaban ya de su abandono; había tomado á su cargo la tarea de servir, yendo y viniendo constantemente de la sala á la cocina.

Hasta aquel momento la reunión había sido muy cordial y amena. El peluquero, que era algo músico y muy cantor, rasgueando suavemente una guitarra bien templada, hizo oir varias canciones napolitanas del mejor gusto, donde demostró que, al par de su habilidad, tenía sus puntillos de sentimiento; y Enriqueta, no queriendo ser menos que su novio, recitó unos versos que había aprendido en el colegio y que á pe-

sar del tiempo transcurrido aún recordaba. Pero la entrada imprevista de José García, vino á nublar repentinamente las alegrías de todos, renovando en unos, dolorosos recuerdos, y en otros, dando ocasión á que pensasen en las tristezas de Josefina, en la parte de que eran sabedores.

Desde aquel momento la conversación se hizo difícil, arrastrada penosamente sobre asuntos sin interés, hasta que García, en el acto de tomar un mate de manos de Josefina, y aprovechando que los novios hablaban para sí, dijo, dirigiéndose á los viejos Belloni:

—Yo me he dispuesto á venir, porque me creo que la señorita Josefina no ha de pensar hoy lo mismo que antes... y por ese concepto desearía saber sobre cuales son sus nuevas intenciones.

A lo que la joven contestó brevemente antes que lo hicieran los padres: que ella no había variado de manera de pensar, y que se mantenía, por consiguiente, en lo que antes había dicho.

Entonces se siguió una excena dolorosa.

La vieja Belloni, no pudiendo sufrir que se desairase de nuevo y de manera tan terminante, un tan buen partido, empezó á perorar

de una manera deplorable, haciendo la apología de los méritos del almacenero.

—Ma, en qué pensa, mica?...¡Dío mío!... Per qué decir no, al siñor, que es ina buona persona que te ha de tener come una siñora, bien vestita y regalada?... ¡No compriendo come tiene la testa cosi dura cuesta muchacha!...Antes era buona é mansa, y dispués que impezó in amore con ese demontre, que Dio maldica, me sale perversa y altanera...¡Oh!...yo siempre lo dique, esas casa de modista son casa de perdición!....Mas valiera que no supiese hacer nada y que nunca hubiese ganao un rial!

—No se canse usted, doña Josefa, no se canse usted!—contestaba José García con aires de hombre conocedor en la materia.—Ella se niega todavía porque tiene alguna esperanza, pero en cuanto comprenda que ya se le acabó el dotorcito, ha de volver á la razón, que para eso es una buena muchacha.

—Está bueno!—dijo á esta razón el viejo Belloni dirigiéndose á Josefina con manifiestas señales de ira—¿Antunce ché una vergoña di piú?...¿Ti plantó il musitu?—Y como la jóven, continuando en su tarea de cebar mate, con la cabeza gacha para ocultar

su tristeza, no contestaba una palabra, el viejo exasperado dió un tremendo puñetazo sobre la mesa, exclamando con voz de trueno:

—¡Per Dio santo!...¿Nun me cuntesta?

-- ¡Sí, papá!—pudo decir la joven como impulsada por un resorte. Pero luego, fué tan abundante el raudal de lágrimas que brotó de sus ojos, que tuvo que marcharse á las piezas interiores sin más explicaciones, mientras su padre seguía renegando y maldiciendo, y el almacenero trataba de demostrar á la vieja Belloni que nada se había perdido, pues la joven cedería, al fin, cuando se convenciera definitivamente de la defección del doctor Valmar.

Y acto continuo, sin esperar á que se lo pidiesen, contó lo que sabía al respecto. Ello era que Rodolfo no paraba en su casa ni un momento y jamás se detenía como antes en el tambo del Pastor, ni en el de la calle del Cerrito donde también solía tener entrevistas con la joven.

La verdad es que ustedes deben de felicitarse, pues esto prueba que el mocito ese, viendo que no podía conseguir nada, en cuanto á sus torcidas intenciones, se ha marchado aburrido, y ahora será cosa de esperar á que el amorcico de la niña se pase, que ha de

ser pronto, Dios mediante.—Y convencido de que á pesar de haber estado oportuno, su presencia en aquella casa tenía que ser por el momento inconveniente, se levantó para saludar, marchándose luego seguido del peluquero y moviendo á compás los puños enormes.

Enriqueta, que los había acompañado hasta la puerta para hacerles los honores de casa, apenas los hubo despedido corrió á consolar á su hermana de la mejor manera que pudo, aconsejándole que siguiera su ejemplo, pues así no tendría nada que lamentar.

—No ves, zonza!—le decía—A mí Felipe me ha dejado lo mismo y yo no lloro. ¿Por qué no haces como yo y te casas con don José? Estarías mejor con él que yo con mi napolitano. Serías rica, podías poner casa de gorras, como te gustaba antes...¡Sos muy pava!... ¿Qué vas á hacer con llorar así?... Lo que vas á ganar es que te vas á arrugar toda, y vas á venir vieja.

—¡Oh, tú no sabes!—contestó Josefina,—tú no sabes lo que me pasa.—Y como sus lágrimas y su desesperación eran tan grandes, su hermana toda asustada, la besaba con transporte, llorando con ella sin saber por qué.—¡Estoy embarazada!—Exclamó, por fin, Jose-

fina, ansiosa de expansión y agradecida por la parte que tomaba Enriqueta en su dolor.

Ésta, sin acertar á decir una palabra, se separò un instante de los brazos de su hermana y la contempló con estupor. Luego sin articular palabra volvió á caer en ellos sollozando más ruidosamente que nunca.

La noticia de la desgracia de Josefina le pareció monstruosa, y no pudo hacer más que lamentarla.

Y así continuaron llorando, abrazadas, hasta que la presencia de la madre, llamándolas á preparar la mesa para comer, abrió un paréntesis á sus tristes expansiones, que recién volvieron á reanudarse á la hora de dormir, cuando estuvieron reunidas en su cuartito y acostadas las dos en sus respectivas camitas de hierro.

—¿Y qué vas á hacer ahora?—Preguntaba Enriqueta, abriendo mucho los ojos y frunciendo los labios en punta.

—Yo qué sé!—contestó su hermana casi repitiendo el mismo gesto.

—Hay que hacer de modo que papá no sepa nada, sinó te mata.

—Ya lo creo que hay que esconderlo!... y á mamá también!

—¿Y cuando no puedas más?—preguntó Enriqueta.

—Entonces me voy.... me escapo de casa.

—¿Y por qué no se lo dices á Rodolfo á ver que te aconseja, al menos?

—Ya lo pensé.... pero no lo veo nunca! —exclamó Josefina tristemente.

—¿Quieres que yo se lo diga?

—¿Cómo?

—Déjame á mí, que yo me arreglaré.

—¡Oh.... qué buena serías!.... Pero no se lo vayas á escribir, mira que yo no quiero que esto se sepa, y el papel puede caer en manos de otro!

—Déjame á mí, déjame á mí, que yo te prometo que lo sabrá sin escribirle. ¿Tenemos mucho tiempo?

—Sí, ya lo creo!—exclamó Josefina—No hace más que unos días que estoy segura.

—Á ver, mostrame la barriguita—dijo de pronto Enriqueta, en un arranque de curiosidad infantil.

—No quiero!—contestó su hermana encogiéndose en la cama y poniéndose colorada hasta el extremo de sus orejitas transparentes.—Y aferrándose á aquella nueva esperanza, sugerida por Enriqueta, se dejó vencer por la fatiga de aquel dia fuerte en

emociones de todo género, tan pronto desesperantes y abrumadoras, como henchidas de visiones magníficas en las que le parecía alcanzar la modesta felicidad deseada en sus más bellos ensueños.

El proyecto de Enriqueta consistía simplemente en buscar á Felipe y contarle los hechos para que éste intercediese con Rodolfo en favor de Josefina.

A pesar de haber roto sus relaciones amorosas, Enriqueta conservábase en buena amistad con Felipe, pues éste, se manejaba de tal manera, que jamás perdía un ápice en el concepto de las mujeres con quien había tenido relaciones. Nunca exigía ni prometía nada; lo esperaba todo de ellas, y dándole un carácter frívolo á sus amoríos, sabía aguardar el cuarto de hora que las arrojaba fatalmente en sus brazos sin que él lo hubiese pedido. Después, aconsejaba, analizaba la situación, fria, al par que galantemente, concluyendo por ponerle punto á la ligazón sin que su actitud produjese la más mínima extrañeza.

Esto había pasado con Enriqueta. Entregada ella misma, sin condiciones, y oyendo hablar de su enlace futuro con el peluquero, como de una cosa natural y lógica,

por el hombre que la poseía como dueño, no pudo extrañarse el dia que éste le dijo que era preciso formalizar el casamiento, pues él tenía que emprender un viaje á Europa y quería dejarla establecida antes de irse. Espíritu alegre, refractario á la tristeza prolongada, é inhabilitado para profundizar con el pensamiento, tomó aquello como un episodio natural de la vida, y se adaptó á la brutalidad de los hechos, gozando de las canciones de su napolitano, como llamaba á su futuro marido, y adornándose toda con los regalos de su antiguo amante que no le había dejado sinó gratos recuerdos y deseos de renovar el género de vida que le hiciera pasar durante algunos meses. Así pues, para Enriqueta fué una fiesta ir á la propia casa de Felipe, que era donde tenían que verse, justificada por un motivo tan extraordinario como el acontecimiento que le revelara su hermana, la noche antes, en un momento de cruel desesperación.

Felipe la recibió con el mismo cariño y galantería acostumbrada. Le hizo tomar Oporto con galletitas, sentada sobre sus faldas, y le mandó traer bombones y flores; pero siempre, entre sus caricias y sus obsequios, no dejaba de hablarle de su próxi-

mo casamiento con el peluquero y del hermoso regalo que le haría para entonces.

Por fin, Enriqueta pudo explicar el motivo de su visita.

—Es preciso que me hagas un gran favor,—dijo de pronto poniéndose muy seria.

—¿De qué se trata?—preguntó Felipe admirado del extraño tono que empleaba la joven.

—Te voy á pedir,—contestó Enriqueta,—que le des á tu amigo Valmar un recado de Josefina.... No, no me puedes decir que no, figúrate que la pobre está...—y no atreviéndose á decir la palabra, hizo un gracioso gesto con las dos manos, simulando un globo sobre el vientre y conteniendo los sollozos que le oprimían la garganta.

—¡Embarazada!... ¡Diablo!—exclamó Felipe, muy contrariado. Y luego conteniéndose para no dejar traslucir sus impresiones, añadió con aire tranquilo y bondadoso. —¿Ves lo que siempre te he dicho? Si Josefina fuese otra, ahora estaría casada ó por casarse con el almacenero y no tendría nada que lamentar.

—Pero si él le prometió que se casaría con ella!—contestó Enriqueta lloriqueando.

—Hizo mal.... pero, en fin.... Vamos....

cálmate, mi hijita... no pierdas tú también la cabeza....No debió prometer....Sé razonable ¡vamos!... Josefina sería una desgraciada, si se hubiese casado con Rodolfo.... Eso es imposible.—Y conforme hablaba, Felipe jugueteando con los rizos de la joven, la besaba en los párpados para secar sus lágrimas. Por fin, comprendiendo que era conveniente destruir toda esperanza, y evitar así nuevas tentativas hechas directamente cerca de su amigo dijo, cortando por lo sano:—Si Rodolfo está comprometido y se casa para este invierno!... Tú comprendes que no puede hacer nada!—Y como Enriqueta ante esta noticia rompiese á llorar como una Magdalena, le ofreció su concurso, prometió todo el dinero que se necesitase para ocultar las cosas, y se manejó de tal modo y con tanta zalamería para borrar aquellas lágrimas, que la joven al despedirse, á pesar de ir convencida de que el mal de su hermana no tenía remedio, se retiró contenta y risueña, oprimiendo con avaricia de niña un rico anillo de brillantes que llevaba en el bolsillo y que Felipe le había dado como argumento decisivo para hacerla reir.

Josefina recibió la noticia del casamiento

de Rodolfo en silencio, sin decir una palabra, ni derramar una lágrima más. Toda su tristeza y desesperación, al perder el último rayo de esperanza se transformó en estupor. Quedó como muda, con la mirada fija siempre en el suelo ó en el vacío. Desde aquel momento dejó de ser un vínculo de amor el hijo que se desarrollaba en sus entrañas y solo sintió una constante sensación de miedo. Contaba los meses escrupulosamente y á la idea de la proximidad del momento en que tendría que descubrirse su falta, temblaba extremecida de horror y acudía al espejo para cerciorarse de que aún no se conocía su estado. La visión de su padre, irritado y vengativo, con la mirada centellante y el puño amenazador, flotaba constantemente ante sus ojos y hasta se le aparecía en sueños, haciéndola despertar con sobresalto, ó sacudirse toda la noche, víctima de pesadillas terribles.

Su vida se convirtió en una larga agonía. Era una prolongada é infinita tristeza, un amargo abandono. Noches de insomnio interminables, prestando atento oído á todos los rumores perceptibles, para tratar de distinguir los movimientos de la vida

agitándose en su seno. Era un sarcasmo de maternidad, imponiéndose como un goce por los instintos y el sentimiento y acibarado por la razón y el cálculo. Era la contínuación encarnada de un amor desaparecido. Y ella que hubiese sido tán buena madre, que hubiese cuidado aquel hijo tán lindo, aquel algo de su amante, de su Rodolfo querido, cuya reproducción sería indudablemente. Y sin embargo, no podía pensar en aquel fruto de su amor sin preveer horas de amargura y de llanto, sufrimientos extraordinarios que tal vez no tendría fuerzas para resistir y ante los cuales sucumbiría sacrificada. Mientras que él, unido á otra, reproduciendo las excenas que pasara con ella, gozando de los halagos del amor y de la fortuna ¿no pensaría siquiera una vez en la pobre abandonada, en la tierna y humildísima amante que compartiera sus caricias, y que llevaba en su seno fecundo la primer obra viviente que habría de continuarlo sobre la tierra?

Y la pobre niña, abrumada por estos pensamientos, veía correr las horas y los días que habían de aproximarla al momento fatal

en que asistiría al desenlace de su presente martirio.

Había algo, sin embargo, en su interior, que tendía con fuerza á disculpar al amante, pareciéndole imposible que el Rodolfo que ella había conocido tan apasionado y tan bueno, tan enemigo, sobre todo, de hacer sufrir, y pugnando siempre por evitar el ageno dolor, fuese capaz de abandonarla á solas con su tristeza, exponiéndola á perecer junto con el legado de su amor y de su sangre.

Una tarde, pues, en que sus pensamientos habían sido más dolorosos que de costumbre y que su afán de encontrarle disculpas al hombre querido estuvo en razón directa del aumento de sus penas, tomó una resolución atrevida, que rompía con la humildad y apocamiento de su carácter. Al efecto, saliendo más temprano que de costumbre del taller, fuese al tambo del Pastor, para desde allí ponerse en observación de la casa de Valmar, dispuesta á participarle á su amante el estado en que se encontraba, por si, como ella creía, Felipe no hubiese cumplido la promesa hecha á Enriqueta de comunicárselo é interceder por ella. Sí, él no podía saberla embarazada, no lo sabía seguramente, y era necesario decírselo,

presentarse á él, hablarle de su hijo, recordarle sus promesas y su amor.

Pero este propósito que se le representó, sinó fácil, al menos realizable, cuando lo pensó en la soledad y el silencio de una larga noche de insomnio, al ponerlo en práctica, en plena calle, continuamente transitada é inundada de sol, por aquella hermosa tarde de estío, le pareció una empresa enorme, erizada de obstáculos, inmensamente superior á sus débiles fuerzas de mujer abandonada.

Cuando llegó el momento, su tierno corazoncito palpitaba convulso bajo el redondo seno, y su respiración anhelosa, casi jadeante, se sucedía irregular y entrecortada, como si acabase de hacer una larga carrera con un peso enorme. A medida que pasaba el tiempo y que la espera se prolongaba, su emoción iba en aumento hasta trocarse en angustia indescriptible que trastornaba todas sus ideas, y parecía vaciarle la cabeza haciendo girar los objetos en torno suyo.

En este estado, con las extremidades heladas á pesar del calor, y la vida toda reconcentrada en el corazón y en los nervios, la sorprendió la presencia de Valmar. Pero

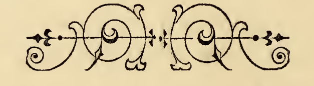
éste que salía de su casa para visitar á Matilde, apenas miró hacia la puerta del tambo, y percibió á la jóven, volvió el rostro violentamente y cruzó la calle con paso rápido, desapareciendo en la primera esquina.

Sus miradas se habían cruzado: por un instante, un fugaz destello de esperanza iluminó la pupila de aquella niña, inundando todo su sér; pero luego, al ver la actitud del hombre amado, ante la evidencia brutal de su desgracia infinita, parecióle que la vida la abandonaba huyendo al castigo de tanto dolor.

Y así fué: hubo un paréntesis en su existencia, tales fueron las tremendas dimensiones de su estupor. Y cuando al volver en sí, con la brusquedad de una sacudida, quiso correr, gritar, para llamarlo y demostrarle su situación desgarradora, solo consiguió agitarse, extremecerse intermitentemente, víctima de las descargas nerviosas que amenazaban destruírlo todo en su organismo.

Felizmente, la tambera notó su estado, y asustada por sus convulsiones y la palidez de su semblante, la tomó por la cintura, cargándola como á una muñeca hasta depositarla sobre un banco donde empezó á regarle el rostro con agua fresca.

Las sacudidas que recibió Josefina por los robustos brazos de la tambera, como así la frescura del agua con que ésta le regó el semblante, la hicieron volver en sí, y renacer en su mente la imajen de la excena que acababa de producirse. Así es que, dando un fuerte y prolongado sollozo, olvidada de todo lo existente, abrió la fuente de sus lágrimas, gritando su dolor, entregándose al placer inmenso de llorar sin reservas su infinita desventura.



CAPÍTULO XI

Lo que había motivado la actitud inconscientemente cruel de Rodolfo al encontrarse de pronto con Josefina en la puerta del tambo del Pastor, fué la intervención hábil de Felipe para conseguir alejarlo de su querida y evitar la realización de sus aventurados proyectos de matrimonio. Sin duda que, de no haber surgido Matilde en medio de su camino, ofreciendo con su exhuberante belleza otro porvenir de amor y de dicha muy distinto al que hasta entonces había soñado, no hubiese sido suficiente la actitud de Felipe, para torcer la corriente de su destino; pero teniendo en cuenta su apasionamiento por la linda y distinguida heredera y la impetuosidad pro-

pia de su carácter, su amigo supo sacar partido de las circunstancias, aún de las menos propicias, para llevarlo hábilmente á la consumación de sus preconcebidos proyectos.

Así, pues, el dia que Enriqueta, resuelta á favorecer á su hermana, lo visitó en su propia casa, participándole la desgracia de Josefina, apenas terminada la entrevista, Mont tomó su sombrero y fuese en busca de su amigo para tratar de ponerlo en guardia contra cualquier sorpresa.

—¿Sabes una cosa?—le dijo al entrar en su cuarto del mirador—Josefina está furiosa contigo y dice que en cualquier parte que te encuentre te ha de decir las verdades del barquero ¡Fíjate qué nena!

—¿Quién te ha contado esa historia?... respondió Valmar, sin dar crédito á lo que oía.

—Hombre, Enriqueta en persona que acaba de salir de casa!

—Cómo es eso? ¿no era que ya no se veían más?

—Sí, ya no nos veíamos, pero hoy la encontré por casualidad, y no me pareció inoportuno recordar un poco *i tempi felice*.—Contestó Felipe, tomándose tiempo para hilvanar bien la trama de su asunto.

—¿Y ella fué la que dijo que Josefina me

iba á armar un escándalo por la calle?—preguntó Rodolfo admirado.

—¡Hombre, precisamente un escándalo, no! Lo que me dijo es que Josefina estaba furiosa contigo y que te lo iba á manifestar donde quiera que te encontrase.

—Deben ser historias de Enriqueta, porque la cosa no condice con el carácter de Josefina—replicó Rodolfo pensativo.

—Pues te garanto que no tenía cara de embromar. Y á más, me dijo que te andaba buscando,—agregó Felipe para confirmar su acerto.

—¡No lo creo, qué quieres... no lo creo!—repetía Rodolfo.—Todo eso es fábula de la chiquilina.

—Bueno, fábula ó no, no estará de más que andes prevenido y evites encontrarte con ella. Al menos, por si acaso!

—¡Ah, eso sí!.... Ya la evitaba antes, pobrecita, cuanto más ahora! Pero la verdad es que temo más sus lamentos y mi conciencia que sus enojos,—concluyó Rodolfo levantándose y recorriendo su cuarto con paso rápido y nervioso.

—También supe que el almacenero ha vuelto á pedirla y parece que ella no se muestra tan dura como antes.—Añadió Mont, después

de una pausa, en el deseo de calmar la excitación de su amigo y alejarlo de las ideas sentimentales que al respecto de Josefina parecían invadirlo.

—Tampoco lo creo; pero de ser verdad me disgustaría profundamente, por más que razonadamente lo deseara.

—No te entiendo.

—¡Pues! Sería para mí una gran desilusión saber que su amor no era sincero. Y por otra parte sería un cargo de conciencia menos y una profunda satisfacción saber que realizaba su felicidad formando una familia.

—¡Mira que eres raro, Rodolfo!

—¡Qué quieres... es así!—Contestó éste convencido. Y los amigos, sentado el uno y paseando el otro, continuaron discutiendo sobre la calidad de sus respectivos sentimientos, tratando de ayudarse mutuamente para esclarecer sus nebulosidades afectivas, difíciles de resolver en el intrincado laberinto de las ideas.

Para Rodolfo era imposible renunciar al amor de Matilde que se había adueñado de él con la facilidad que las mujeres de su clase absorben los caracteres vehementes y apasionados. Toda su vida estaba reconcentrada en aquel ideal, cuya realización se

había hecho posible como por milagro; pero, sin embargo, en los raros momentos que podía libertar su pensamiento del dulcísimo yugo que lo dominaba, caía en tristezas profundas, invadiéndolo ideas tenebrosas, pesimistas, inspiradas todas por el abandono de su primer amor, por la rotura violenta de aquella ligazón dulcísima é intensa, aunque pasagera, que ahora dormitaba en el fondo de su sér como un ensueño interrumpido, en el que tal vez volvería á caer, apenas quisiese reposar de las sacudidas violentas de su pasión.

Quería á las dos; pero había una de la que aún no era dueño, y creía que para serlo era necesario sacrificar la primera. Y la sacrificaba. Sufría, torturaba su corazón repleto de bondades, pasaba momentos angustiosos al verse obligado á verter el veneno, á producir el dolor, que tanto execraba en la vida; pero sus angustias y torturas desaparecían vencidas, eclipsadas, apenas el recuerdo de Matilde surgía radiante como el estallido de una aurora en la noche de sus pensamientos. Por eso también prefería ser él el culpable, él á quien se debía vituperar como el causante de aquel crimen de amor.

—Si!—decía á su amigo.—Prefiero tener to-

da la culpa, y me dolería tenerla que compartir con Josefina. Su casamiento sería para mí la demostración de la bajeza humana, de la incorrejible falta de vigor en los afectos femeninos. Quiero ser yo sólo el verdugo, conservar sólo yo la lucha con mi conciencia; pero verla sufrir por amor á mí, saber que no ha perecido ese algo inmenso que ella juraba sentir con acento sincero. Quiero que el mal sea la excepción y que la excepción sea mía para poder limitarlo. Si ella obra como yo... ¡no! peor que yo, pues no puede existir en ella afecto ninguno hacia ese hombre...sería la prueba de la generalización de un mal sin remedio.—Y Rodolfo al hablar de tal modo quizá sospechaba, allá en la parte crepuscular de su conciencia, que algún día podría recobrar á Josefina y resarcirla de los dolores que ocasionábale al presente.

Felipe, en cambio, lo consideraba un soñador, tal vez un egoísta inconsciente y apenas si insistía. Y ¿para qué? ¿No había triunfado? ¿Su plan no había sido coronado por el más satisfactorio de los éxitos? ¿Á qué, pues, había de entrar en disquisiciones filosófico-sociales que á nada práctico conducían?—Al hecho,—pensaba para su capote,—estás vencido soñador! Dentro de poco

tiempo te casas con una mujer millonaria que te quiere y á quien tú quieres con todo el ardor de que eres capaz. Pues, bien, allá en tu buen despacho, podrás escribir tu obra y estampar tus ideas estrambólicas, que tendrán seguramente más éxito en la teoría que en la práctica. Por lo demás desahógate, que ya te escucho.

Pero los desahogos de Rodolfo no eran largos. Generalmente, en la mitad de su discurso el tema recaía sobre alguna conversación con Matílde, y ya todo lo olvidaba para hablar tan solo de ella.

—Qué linda estaba anoche en la playa! —exclamaba de repente.—Qué modo de llevar el traje, qué gracia seductora al hablar, y, sobre todo, qué penetración de espíritu! Te garanto que apenas hablo cuando estoy á su lado. Me siento cohibido, dominado en absoluto como ante una cosa excelsa. Me parece que puedo decir algo que sea indigno de sus oidos y temo parecerle ridículo. Me siento inclinado á la contemplación más bien que á la acción cuando estoy en su presencia.

—Ya accionarás! Ya accionarás!—le contestaba Felipe con su habitual socarronería. —Cada cosa á su tiempo, querido. Ahora

estás en el capítulo de las contemplaciones. Ya llegarás al de los arrebatos. Pero cuidado con el fuego, mira que ésa ha de ser de las que queman!—Y Felipe, salpicando sus discursos con bromas de este ó parecido estilo, daba consejos á su amigo sobre la actitud que debiera observar con Matilde, como así sobre el género de vida que convenía seguir una vez casado.

En efecto: el casamiento había sido fijado para mediados de Marzo. Las resistencias del doctor Rolán en aceptar á Rodolfo, habían desaparecido en cuanto vió la firme resolución de su hija y oyó las explicaciones de la señora de Mont que, hostigada por Felipe, tomó aquella tarea casamentera con el mayor empeño. Además, eran muchas las ganas que tenía el padre de Matilde de marcharse libremente para Europa, y esta circunstancia no influyó poco en su decisión, como así en el apuro con que quiso llevar á cabo el casamiento.

—Ustedes comprenden que yo no puedo consentir que mi hija tenga amores largos. En mi situación es una cosa incómoda tener que andar cuidando novios ó buscando personas amigas á quien legarles ese petardo.—Decía el doctor á sus relaciones cuando se mostra-

ban sorprendidas de la rapidez con que se había resuelto el casamiento de Matilde.

Como es consiguiente, todo Montevideo se ocupaba del asunto, haciendo variados comentarios sobre la sorpresa que les daba la rica y hermosa heredera, casándose repentinamente con un misterioso desconocido, sobre el que se contaba todo género de historias extravagantes, que tan pronto lo ensalzaban, haciéndolo aparecer como un genio desconocido, como lo denigraban tratándolo de aspirante vulgar que había tenido la suerte ó la habilidad de poder realizar un negocio redondo.

Entre los que de esta última manera expresábanse, figuraba toda una falanje compuesta de los antiguos pretendientes de Matilde, que, después de haber guerreado mortalmente entre sí, con esa guerra cruel de la difamación mutua, se unían para luchar contra el enemigo común que les arrancaba la presa sin esfuerzo, triunfando inconsciente, de una contienda que no sospechaba.

Era aquella una verdadera agrupación, que, con Paquito Stern á la cabeza, esgrimía sus armas en calles y plazas, salones y teatros, y en todas partes, en fin, donde hubiese reunión

de gente. Tenía que ver lo ridículo de la situación cuando la lucha se verificaba en presencia de Rodolfo que, ageno á esos detalles de la vida, cruzaba entre aquel grupo de enemigos sin darse cuenta de lo que significaban.

—Qué cínico!—exclamaba Paquito Stern cada vez que lo veía en público con Matilde. —¿De dónde habrá sacado ese pobretón guaranguito para comprarse ropa presentable?

—Probablemente Mont le habrá prestado dinero á interés para cobrarlo después con creces,—contestaba algún otro miembro de la falange histórica.

Matilde era la única que solía darse cuenta de aquella lucha desesperada é inútil de la impotencia contra el éxito; pero convencida de lo despreciable que era la actitud de los elementos que atacaban á su prometido, y halagada por la franca ignorancia de tales bajezas que éste manifestaba, guardábase muy bien de iniciarlo en los secretos de aquella rastrera política social que no lo habría de alcanzar jamás.

Así las cosas, la época fijada para la boda fué aproximándose rápidamente.

Matilde, transformada por el amor, despertando recién á la animación y á la vida, esperaba febril y anhelosa el dia

de la consagración suprema. Su existencia entera aparecía á sus ojos como un dilatado y nebuloso horizonte donde le parecía no haber sentido más que frío y miseria. Era un viaje á través de un mar en calma. Consideraba su pasado como un camino llano, sin obstáculos ni accidentes; pero sin un rayo de sol, apenas alumbrado por tibios y débiles afectos. En cambio, el despertar era hermoso, y, como esas golondrinas rezagadas que invernan inertes y ateridas en el fondo de su nido, esperando el sol de primavera que saludan con sus mejores cantos, batiendo alegres las entumecidas alas, ella también, conociendo por fin el mérito de vivír, saludaba el lujurioso sol de sus amores, rebosante de gracia, admirada de sus ingénuas sorpresas, y llena el alma de gozo infinito, de reconocimiento inmenso hacia Dios, por habérsele ocurrido el amor y la vida.

En medio de sus ansiedades, veía correr las horas rápidas, y las veía correr cantando, recordando la última entrevista con su amado y pensando en la próxima, que había de ser más fecunda en sorpresas agradables, en sondajes afectuosos, que la primera.

Con él, al lado de él se sentía pequeña, y aquel su añejo desprecio por los hombres,

completamente olvidado ya, se había trocado en admiración profunda, en veneración y religioso respeto por el sexo que tenía un representante como Rodolfo. Aquel espíritu elevado á quien ningún hombre había podido satisfacer; aquella hermosa cabeza llena de peligrosas curiosidades y atrevidas sutilezas, que desconcertaban á todos los que se acercaron á ella, reduciéndolos á contestar banalidades á sus atrevidas preguntas, se sentía domada, rendida á discreción por la fuerza imperiosa del talento y por la acción sencilla pero incontrastable de un corazón sano y sincero.

Es cierto que Rodolfo se sentía desfallecer en presencia de aquella mujer de sus sueños; pero en cambio, apenas engolfados en cualquier asunto, en algún debate frecuente sobre cuestiones afectivas, se erguía inmediatamente, y su corazón y su inteligencia brillaban centellantes en su mirada de fuego y en su palabra vibrante y apasionada. Entonces la jóven lo veía crecer y crecer hasta agigantarse, pareciéndole un ídolo inmenso, una divinidad bienhechora que estaba allí para protejerla, para brindarle la dicha y privarla de todo mal, permitiéndole en cambio de tanto bien, adorarlo de rodillas.

Y Rodolfo, sin tiempo para pensar, deslumbrado por la brillantez de su destino, aceptaba y devolvía aquella veneración religiosa, olvidado de todo, anhelando tan solo la llegada del momento en que tomaría posesión absoluta de su amor.

....

....

Y asi fué: una hermosa tarde de Otoño, en el acolchado fondo de un elegante landeau tirado por dos hermosos Orlof blancos que llevaban las escarapelas adornadas con simbólicos azahares, corrían los novios á esconder su felicidad en una de las pintorescas quintas que poseía Matilde en las orillas del Miguelete.

Burlando la espectativa de sus amigas y numerosas relaciones, la joven se opuso á dar fiesta alguna en su palacio de la calle Convención y el matrimonio se había efectuado en pequeño comité, en la capilla de las Salesas.

Sin embargo, á pesar del número relativamente corto de las personas invitadas, la nave había resultado pequeña para recibir la cantidad de personas que acudieron á presenciar el matrimonio, y, cuando los novios hubieron de retirarse, una vez concluida

la ceremonia, viéronse obligados á desfilar ante un numeroso público que pudo hacer constar la felicidad que, como una aureola de luz desprendían á su paso.

La novia, rebosante de dicha por haber encontrado el hombre que encarnaba el vago ideal que construyera en sus horas de triste desaliento, cuando juzgaba imposible y quimérico realizar en la vida el más modesto de sus sueños. Y Rodolfo, francamente orgulloso por su triunfo sobre el amor, exteriorizaba su inmensa dicha, sonriendo á todas las sonrisas, respondiendo á la adulación que empezaba á producir por su repentina fortuna, con la inconsciencia del que ignora la fuerza del dorado cetro que empuñaba, como no fuera para servir á la belleza, al arte ó al amor!

Sin embargo, como nota discordante en el concierto de la dicha, al trasponer la portezuela del carruaje, un grito agudo, penetrante intenso, hizo volver el rostro á Rodolfo y alcanzó à distinguir un tumulto hacia la izquierda, donde una mujer había caído presa de un accidente. Esto solo bastó para que una lijera nube oscureciera por un rápido momento su fisonomía radiante, ocurriéndosele, sin saber la razón, el deseo de acudir en so-

corro de aquella desventurada, pero al volver el rostro hacia su esposa, vió que ésta le decía á su padre con acento cariñoso.

—Papá, que protejan á esa desgraciada!— Y aquel acento de bondad, aquellas palabras que parecían ser dichas completando su pensamiento, disiparon en el acto la sombra que veló su frente, y cuando los caballos arrancaron con brioso empuje, el carruaje arrastraba un nido donde el amor reunía dos almas fundidas en un solo voto de ternura.



VALMAR

POR

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA



Editada por la
IMP. Y LITOGRAFIA «ORIENTAL» CALLE 33, N.º 112
MONTEVIDEO

1896

SEGUNDA PARTE

CAPÌTULO I

Sentado frente á su elegante escritorio, estilo Enrique II, y con la mirada sumergida en la buena fogata de leña que ardía en una magnífica estufa colocada hacia la izquierda, entre grandes bibliotecas repletas de selectos libros, buscaba Rodolfo, por una fría mañana de Julio, las palabras con que debía empezar el segundo capítulo de su obra sobre la mujer.

Cuatro meses hacía que se había unido con Matilde, y á pesar de encontrarse en plena luna de miel, ya llevaba dos entregado á sus tareas, las que, por otra parte, no lo alejaban de su querida mujercita, que se complacía en acompañarlo mientras escribía, ayudándolo repetidas veces á sor-

prender sutiles y ocultos sentimientos en el eterno misterio femenino.

Sorprendíase Matilde, no poco, de las extrañas teorías de su marido, sin acertar á comprender sus afirmaciones contundentes sobre la posibilidad de un doble afecto en el corazón del hombre. Discutíale con natural inteligencia cuando de semejante tópico se hablaba, y si bien llegaba á concederle la variedad de afectos en el tiempo, en manera alguna admitía que pudiesen coexistir, ni aún en el supuesto de que ellos fuesen de distinta índole. Era Matilde de esas mujeres absorbentes que no quieren nada compartido, y así como ella se sentía capaz de abandonarlo todo por su amante, exigía de éste que todo lo subordinase á ella, gustos y afectos, aún los más respetables y generalmente aceptados, como ser los filiales, cuanto más aquellos que pudieran ser inspirados por otra mujer.

Con tal motivo, suscitábanse entre marido y mujer curiosísimas y amenas discusiones en las que Rodolfo trataba con su natural vehemencia de demostrar las afirmaciones que antes hiciera; pero á sus mejores y más claros discursos, anteponía la joven, como ùltimo y eficaz recurso, la fir-

me convicción de su apasionamiento ciego.

—¿Tu no me quieres á mi sobre todas las cosas?—Exclamaba, mirando intensamente á Rodolfo, como para penetrar su verdadera respuesta antes que ella fuera formulada.

—¡Oh! Yo te quiero con delirio!—contestaba Rodolfo sinceramente arrebatado.

—¿Y serías capaz de querer á otra del mismo modo?—Insistía la joven con sonrisa entre mimosa y burlona, convencida de la imposibilidad de semejante cosa.

Y Rodolfo, que cuando estaba bajo la influencia de las miradas de Matilde; dudaba de si sería, en efecto, capaz de compartir aquel amor con otra, quedaba perplejo un instante, hasta que, por fin, sin fuerza para contestar afirmativamente, ni aún por convicción, se echaba en brazos de la joven asegurándole que era la única querida.

En efecto, asi también lo creía Matilde, tanto por reflexión como por imposición de sus séntimientos.—Piensa asi cómo filósofo. Vé eso en la mayoría de los hombres y lo afirma; pero él está muy lejos de sentir así. Me quiere con toda la vehemencia de que es capaz, y sin saberlo constituye una excepción.—Y al par que pensaba de aque-

lla manera, la joven sentíase penetrada por el gran cariño de su esposo.

Este, por su parte, después de semejantes discusiones, volvía á interrogarse minuciosamente, cayendo como siempre en la duda respecto de sus teorías.

El recuerdo de Josefina solía en estas ocasiones surgir repentinamente en su espíritu, pero si algún llamado hacía á sus sentimientos amorosos, era como el eco de una voz simpática y dulce que oyera á lo lejos, algo así como el recuerdo de un muerto querido cuya imajen lo asaltara después de mucho tiempo, en medio de la plenitud del goce de la vida. Aquel amor tranquilo y sereno, recordado al calor de los apasionados besos de Matilde, se fundía con la rapidez de un copo de nieve que por extraño encanto cayera en medio de la lujuriosa vida de los trópicos.

Por otra parte, se la figuraba casada, feliz y risueña en medio de un hogar tranquilo, y esto, que lo mortificaba en un tiempo, convertíase ahora en el más eficaz lenitivo para acallar sus escrúpulos de conciencia.—Se habrá casado como Enriqueta y ya tal vez ni pensará en mí,—se decía cada vez que tales ideas acudían á su mente. Pero, sin embargo,

en el fondo, muy en el fondo de su espíritu, una extraña curiosidad lo aguijoneaba, sugiriéndole el deseo de saber la suerte de su aurora, y formulaba el propósito de averiguarla algún dia, cuando tuviese ocasión para ello.

Aquella mañana, Rodolfo, sin darse ni remota cuenta del por qué, estaba inquieto. Por más esfuerzos que hacía, no lograba concluir la primera cuartilla que con tanto entusiasmo había empezado. Su vista á cada instante corría á engolfarse entre las grandes llamas de la estufa, como si aquellas luminosas y fantásticas siluetas se hermanasen con las ideas que bullían en tropel ardiente dentro de las cavidades de su cerebro.

Pensaba en su destino, en su vida pasada y en su vida presente. Miraba en torno suyo, y aquel lujo confortable que lo rodeaba, hacíale establecer comparaciones con su existencia de otros tiempos. Transportábase á los inviernos en que leía y escribía durante días y noches consecutivas en la frialdad de su mirador, donde solo algunas veces la solicitud materna colocaba un brasero encendido para corregir la humedad del aire; recordaba los días de temporal, cuando el viento sin

vallas azotaba el agua contra su puerta, haciéndola penetrar á chorros dentro de la habitación, sin cortinados ni alfombras; y luego, surgían uno á uno todos los detalles de su vida, que entonces parecía ignorar, y que ahora aparecían como personajes íntimos de una comedia que ya no representaba.

Afuera la lluvia caía torrencial y el viento mugía con fuerza, y, sin embargo, en el interior de su despacho, apenas se sentía otro ruido que el alegre chisporroteo de la leña en la estufa, reflejándose con vivaces resplandores en las doradas molduras que, encuadrando riquísimas telas, se destacaban sobre el papel verde obscuro que cubría las paredes. Y aquella sensación de bienestar procurábale un goce íntimo, un orgullo inconsciente, por su absoluto y rápido triunfo en la vida.

Ya más de una vez la había sentido, esa sensación inmensa de bienestar, esa plena satisfacción del éxito, solo posible en él por la completa ausencia de cálculo en los móviles que inspiraron sus actos. Su goce en ese sentido era absoluto, y al detener la vista sobre su selecta cuanto costosa biblioteca, sobre un valioso Ripari, representando una campesina que asomaba su alegre y

desgreñada cabeza entre flores silvestres y en pleno sol, ó bien sobre un ánfora de Cèvres antiguo con pinturas de Boucher que adornaba su mesa, sentía toda la satisfacción artística de un hombre que ha nacido para eso, y encontraba que todos aquellos encantos, coronados por el amor de Matilde, eran la compensación lógica de su vida virtuosa, de la rectitud de sus intenciones y de la laboriosidad de su talento.

En todas partes le ocurría lo mismo. Raro era el día que no tuviese que establecer comparaciones, y tanto al abrir sus ojos al día, que le llegaba por entre las ricas sederías y encajes de su alcoba, como en la espléndida mesa servida por criados que vestían librea, ó en el paseo que verificaba de tarde en distintos y lujosos carruajes, tirados por troncos de inestimable valor, en todas partes, en fin, constataba las ventajas de su nueva existencia y de los múltiples encantos de su felicidad.

Pero decididamente, aquella mañana su imajinación se mostraba más poderosa que él, y á pesar de sus esfuerzos por vencerla y entregarse á la tarea, lo transportaba á cuestiones distintas de las que tenía que tratar.

No pudiendo materialmente escribir y queriendo huir la visión de las llamas de la estufa que lo molestaban, comenzó á pasearse regularmente á lo largo de la vasta habitación, pensando en todos los detalles de aquellos últimos cuatro meses de dicha.

Recordaba con fruición, su noche de bodas, su entrada en la alcoba de Matilde, donde ésta, sin esperarlo aún, dudaba de cómo debía de hacerlo, si vestida y cubierta con el velo simbólico, ú oculta entre los cobertores de su amplio lecho. Se extremecía aún al recordar su apasionamiento, su triunfo sobre la virginidad, sin acudir al brutal dominio del varón impetuoso, ni esperar en actitud equívoca la oferta del ambicionado tesoro de su amor. No, Matilde se había entregado vencida por sus ruegos, sin conciencia de aquel acto supremo, con el espíritu flotando en el azulado cielo de su dicha, y con el cuerpo desmayado por el calor de sus besos.

Más tarde, se veía intimamente unido á ella paseando por las enarenadas calles de la quinta bajo espesos túneles de verdura, ya causando la envidia de los pájaros, que se amaban entre las ramas arrullándose con alegres y sonoros trinos, ya contem-

plando las murmuradoras aguas del arroyo ó deleitándose en ver morir la tarde, mientras confundía sus ansias de más allá, con el perfume que las flores prodigan en esa hora de misterio.

Ah! Él se hubiera quedado eternamente allí! Pero al mes el frio era demasiado intenso, y había sido necesario despedirse de aquel paraíso en busca de las comodidades de la ciudad. Con tal motivo, las excenas de su noche de boda casi se habían reproducido, al estrenar la nueva alcoba del palacete de la calle Convención, aquella hermosa alcoba gris, tendida de damasco, con una alfombra mullida, reforzada á trechos por valiosas pieles que apagaban en absoluto el ruido de los pasos, como queriendo convertir la lujosa habitación en un santuario donde el sacrificio del amor se hacía en secreto.

Después había empezado á regularizar su vida. Su espíritu activo había encontrado la manera de armonizar su amor á la mujer con su amor al trabajo, á la gloria, que, al fin y al cabo, había de ser una ofrenda más que depositaría algún día á los piés de su adorada.

Sin embargo la quietud no había podido durar.

A pesar de sus protestas, poco después del segundo mes de su matrimonio, Matilde pasó parte á sus numerosas relaciones, señalando los viernes como días de recibo.

Era feliz y quería ostentar su felicidad.

Rica, bella, dueña de un palacio digno de ser admirado, y casada con un hombre de talento, quería convertir su casa en un centro social de primer orden, donde al mismo tiempo de reinar en absoluto, ofrecía campo al desarrollo de la inteligencia de su marido.

Al principio, Rodolfo, ageno á tales consideraciones, esto lo había contrariado mucho; pero á la segunda ó tercera reunión, una vez comprendido el alcance que tenían, y su importancia para un hombre como él que pretendía figurar en su país, preocupóse tanto como Matilde de dar brillo á las pequeñas fiestas semanales que ésta última había organizado.

En sus comienzos, la concurrencia habíase limitado á los parientes de Matilde y á un pequeño número de íntimos que no dejaron de visitarlos ni un solo instante;

pero apenas transcurrido un mes, ya todo Montevideo se había pasado la palabra y la salita azul, destinada á las reuniones de los viernes, fué por demás pequeña, viéndose Matilde en la necesidad de habilitar el gran salón Luis XVI que, totalmente tendido de blanco y oro, daba un aspecto regio, á las fiestas que en él se realizaban.

Jamás había estado tan concurrido el palacete de los Rolan, y aquel gran salón á que solo una vez animara el esplendor de una fiesta, veía turbada ahora su quietud solemne por repetidos conciertos é improvisados bailes, que Matilde permitía al finalizar de la noche por mostrarse amable con los jóvenes y mientras las personas serias, reunidas en el escritorio, se engolfaban en intrincadas cuestiones políticas de interminable debate.

Esta última parte era la que más entusiasmaba á Rodolfo, pues, á pesar de serle agradable en extremo, la sección musical de sus reuniones, tan habilmente organizadas por Matilde y en la que ésta descollaba en primera línea, donde podía tener verdadera expansión y sobresalir por su inteligencia y sus conocimientos, era al tratarse de asun-

tos políticos ó sociales con los personajes que componían su círculo. Entre éstos figuraban periodístas, diputados, militares de alta graduación, ministros extranjeros, y hasta ministros de estado, que sentían verdadero placer en oirlo, adivinando en él una futura eminencia que, con la ayuda de su fortuna, no reconocería límites en el camino de los triunfos.

Y asi era, en efecto, tal como Rodolfo lo pensaba.

Su situación en casa de Matilde no era, la de un marido que vive la vida refleja del prestigio de su mujer, sinó la del hombre que verdaderamente vale por sí y aparece más grande al lucir aquello que ha conquistado por sus méritos. Matilde al entregarse á su marido no lo había hecho á medias. No solo dió todo su amor, sinó que se sometió ella y su fortuna al imperio de aquel hombre, que quería ver siempre muy alto, y al que, no suponía capaz de sometimiento, lo que aumentaba, si es posible, sus atractivos, exhibiéndolo como un varón fuerte, al que podía venerar como una sierva.

Antes de su partida para Europa, el doctor Rolan había hecho entrega á Rodolfo, por

indicación de Matilde, de los cuantiosos bienes que ésta había heredado de su madre, asi es que desde aquel día Valmar era quien manejaba la fortuna de su mujer, como cosa propia, lo que sin él saberlo aumentaba su prestigio, figurando por el hecho entre los principales manejadores de dinero de la capital.

Con tal motivo, Rodolfo era objeto de todo género de cumplidos, de sonrisas afectuosas y hasta de adulaciones manifiestas, por parte de los infinitos especuladores que se le acercaban y lo acosaban con ofertas de negocios, ya claros y convenientes, ya nebulosos y amenazadores como trampas. Era una lluvia diaria de corredores que ofrecían casas, terrenos, campos, títulos de deuda, ó bien que solicitaban dinero proponiendo espléndidas colocaciones con intereses altos aunque con poca ó ninguna garantía.

Rodolfo, poco acostumbrado á semejantes tratos, se limitaba á atender á todos con la mayor cortesía; pero les rechazaba sus negocios invariablemente, limitándose á administrar los bienes que se le habían confiado sin arriesgarlos en empresas aventuradas de ningún género.

El Rodolfo Valmar, modestísimo estudian-

te, más ó menos talentoso, encerrado con sus sueños en el mirador de su pobre casita de la calle de Canelones, se había transformado de pronto en el millonario y respetado doctor Valmar cuyo nombre era pronunciado con envidia ó con admiración por la masa de las gentes.

Ni una sombra obscurecía la vida de Rodolfo, y á no ser las manifestaciones ostiles de la tía Anita, que no podía verlo sin proferir amenazas y murmuraciones sordas, que, por otra parte, él jamás oía, no hubiese podido encontrar un solo lunar en su dicha.

Pero opuestamente á lo que le ocurría con la tía Anita, acontecíale con los parientes y con las relaciones de Matilde. Para todos, sin distinción, era sumamente simpático, llegando á suceder, con algunas de estas relaciones, que la simpatía excesiva convertíase en un peligro. Ocurría esto con Sofía Hostwald que no desperdiciaba ocasión de atraerlo, no respetando para esgrimir las sutiles armas de su coquetería, ni la casa ni la presencia de Matilde.

Ésta última, sin embargo, observando con perspicacia la actitud de su marido con respecto á aquella que pretendía robárselo

á su afecto, en vez de ofenderse se afirmaba en el convencimiento de la lealtad de Rodolfo. Si éste despreciaba á una mujer como Sofía, Matilde no podía dudar que estaba verdaderamente apasionado de ella.

Sin embargo, si tal juego era una ventaja para Rodolfo en el sentido de las observaciones que ofrecía á su esposa, era en cambio un peligro gravísimo por la enemistad, ó mejor dicho el odio que su actitud despreciativa tenía que producir en una mujer como Sofía Hostwald, que jamás podría perdonar un tan marcado desaire al donativo valioso de sus encantos. Claro es que esto último, en nada molestaba á Valmar, sino más bien, en el fondo, halagaba su vanidad de hombre, demostrándole el dominio que ejercía sobre el mundo femenino, tan apreciado por él en sus variadas faces.

Á este respecto, Matilde solía embromar con él al salir de casa de Sofía ó cuando ésta se retiraba de sus salones, los días de recibo; pero sus bromas terminaban casi siempre en manifestaciones de satisfacción por la conducta que Rodolfo había observado, aprobando la manera galante

con que éste rehuía las coqueterías manifiestas de la joven dama.

Rodolfo había continuado sin interrupción su largo paseo de un extremo al otro del escritorio, recordando las diversas faces de su reciente vida de triunfos, cuando, de pronto, sintió unos golpes en la puerta y se extremeció.

Era el criado que traía el anuncio de un mandadero que aguardaba en la puerta.

—Hágalo entrar,—contestó simplemente. Pero el fámulo, luego de dudar un momento, dijo que el hombre venía empapado y que iba á enlodarlo todo.

—¿Qué es lo que quiere?—Interrogó Rodolfo.

—Trae una carta que desea entregar en mano propia,—contestó el criado.

—Bueno, voy,—dijo el joven saliendo atrás de su interlocutor.

En efecto, un changador de detestable traza, chorreando agua de todas sus ropas, después de asegurarse que aquel señor era la persona á quien buscaba, entregó un sobre que traía oculto en la camisa y cuidadosamente envuelto en un gran pañuelo de colores.

Valmar profundamente agitado, sin saber

por qué, y temblando de emoción, volvió á encerrarse en su despacho.

Apenas solo, rompió el sobre con un movimiento nervioso y leyó.

Era una carta de Josefina en que le comunicaba que próxima á ser madre, carecía de recursos. Concluía la breve misiva, dando las señas de su casa y llamando al antiguo amante para que asistiera á presenciar su indudable muerte.

Algo indecible pasó en aquel momento por el ánimo de Rodolfo. Aquel suceso imprevisto, produciéndose en medio de la recapitulación de su dicha, fué un choque repentino, inmenso.

Sin embargo, su piedad fué por esa misma razón, mucho más intensa.

Sintió desde tan alto el misericordioso llamado que hacía aquel ser humilde, caído tan bajo, que no pudo menos de acusar la injusticia del destino.—¿Cómo? ¿En un tiempo estábamos iguales, y unidos por el amor gustábamos de la dicha, y ahora yo estoy en la suprema altura, siendo el traidor, y tú estás en el fondo de las tinieblas por haberte conservado fiel á tu culto?—El velo se había descorrido, y la fábula del casamiento de Josefina que acallaba su conciencia, desmo-

ronábase como un castillo de naipes. ¿Entonces para ella no había habido compensación? Y ante esta hipótesis, Rodolfo se sentía responsable.

Toda la bondad de su alma tomando formas como un sér vivo, irguióse ante su conciencia para culparlo de aquel abandono sin nombre. La imajen de Josefina, de su aurora, reapareció brillante, luminosa como el día de su aparición primera, prestigiada ahora por la venerada calidad de madre. La niña dulce amorosa y sumisa, que tantas dichas serenas le había procurado, arrojada al más cruel de los olvidos en un momento de excitación y delirio, volvía ahora ofreciendo el fruto de su amor fecundo.

Y Valmar, extremecido de horror á la sola idea de las condiciones en que podía haber venido al mundo la reproducción de su sér, el hijo de sus primeros amores, concebido en los más puros arrebatos de su vida, en el magnífico despertar de sus ternuras, se sentía invadido por una sensación de gozo y de miedo, de orgullosa satisfacción y de ansiedad extrema. Era el gozo y el orgullo de la paternidad mezclado con el miedo inconsciente de aquel nuevo factor que hacía irrupción en su vida, y de que la sangre de

su sangre hubiese quedado perdida en el olvido si no llegaba á tiempo para reparar su falta.

Veía á la pobre Josefina, á la hermosa y tiernísima criatura que en otro tiempo cayera confiada en sus brazos, brindándole pródiga el tesoro de sus caricias virginales, ocultarse llorosa ahora ¡quien sabe donde! para dar á luz á su hijo, á la encarnación de sus besos palpitantes, á la única justificación, en fin, del amor terreno. Y la veía pobre, sola, llena de sufrimientos y de dudas, envuelta en las espesas tinieblas de la más horrible orfandad, talvez sin tener siquiera el aliento de la esperanza en aquella hora de suprema angustia. Mientras él, opulento, grande, gozando de todas las dichas, la dejaba morir sin ofrecerle, para cobijarse, ni siquiera un extremo de su rico manto.

—Pobre! pobre! pobre!—exclamaba casi en voz alta, oprimiéndose la cabeza con ambas manos.—¡Cómo he podido abandonarte! ¡Cómo sin quererlo he estado á punto de cometer la mayor de las infamias!... ¡Tu único cariño! Toda tu alegría, toda tu parte de ventura en la tierra, quitártela en un momento, sin pensar en sus terribles consecuencias! ¡Oh que bárbaro! ¡Que infame!—Y enterneci-

do hasta las lágrimas, removiéndose con frecuencia en su sillón, continuaba desesperado por haber sido capaz de ocasionar tantos sufrimientos y tantas lágrimas, tan luego á su pobre Josefina.

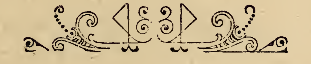
Con su imajinación poderosa, Valmar reconstruía las excenas de la vida de su aurora en los últimos ocho meses que habían transcurrido sin verla ni saber noticias suyas. Comprendía su amargura inmensa al no verlo aparecer más en su presencia sin darle explicación alguna; comprendía sus noches de insómnio y de tristeza, como así su estupor al sentirse madre de un hijo que la condenaba á la miseria y á la vergüenza.

Veía todo el dolor de aquel sér crédulo y confiado, en presencia del desengaño brutal que le daba su destino.

Luego, calculando las épocas, veíala obligada á descubrir su secreto, humillada, arrojada de su casa, teniendo que hacer pública su deshonra, talvez brutalmente golpeada por su terrible padre. Y por fin, marchar á ocultar su deshonra en el fondo de un cuarto devorando silenciosa sus lágrimas, á la espera del desenlace fatal.

—¡Oh! ¡pobrecita, pobrecita!—Volvió á exclamar levantándose de su asiento. Y resuel-

to, aturdido, olvidado de todo, sin más pensamiento que el de reparar su falta, tomó su sombrero y salió á la calle sin preocuparse de la lluvia torrencial que sin interrupción descargaba el cielo.



CAPÌTULO II

Desde el día que Josefina tuvo la evidencia del abandono en que la dejaba Rodolfo, por haberlo visto huir de su presencia como de un objeto odiado, ó por lo menos temido, entregóse á lamentar sin reservas su dolor y su desgracia, despreocupada de todo, olvidada del respeto que le inspiraran sus padres, como así del concepto en que pudiera tenerla el pequeño mundo donde hasta alli había sido tan apreciada. Tanto en su casa como en el taller, donde trabajaba con torpeza y desgano, pasaba las noches y los días sin despegar los labios, con la mirada torva, clavada en su labor ó en el vacío y la mente fija en una idea que la absorbía por entero

reconcentrando en ella toda la savia de su vida. La situación en que se hallaba le parecía tan horrible, era tal la tortura en que vivía, que, sin fuerzas para luchar contra aquel su destino adverso y sin alcance para comprender la razón de injusticia tanta, cegada por aquella repentina caída en las mayores tenebrosidades humanas, se dejaba ir indiferente, abstraída, como bajel abandonado y sin timón que boga al acaso siguiendo el vaivén caprichoso de las olas.

Después del casamiento de su hermana Enriqueta, que era su única confidente, la sola persona que recibía sus expansiones, la joven había decaído más aún si cabe, y aquella felicidad, constatada al lado suyo, aumentando su abandono, acrecentaba su misantropía.

El cambio radical operado en su carácter tuvo necesariamente que llamar la atención, tanto en su casa donde no se cansaban de mortificarla, presumiendo que su actitud era solo producida por la rotura de relaciones con el doctor Valmar, como en los talleres de la Vendeux, donde ésta, después de interrogarla un millon de veces sin obtener otra respuesta que el más obstinado de los silencios, empezaba á observarla

cuidadosamente, desconfiada de sus verdaderas causas.

Las excenas que sus padres le provocaban eran casi diarias y cada día más violentas, pero por crueles que se mostrasen como ocurría cada vez que eran visitados por el obstinado almacenero de la Espada, apenas si conseguían rozar á la joven que los oía impávida, traspasada por sus dolores, deseando tan solo la muerte y mirando á su alrededor con el desprecio de los que, á fuerza de ser castigados en la tierra, no tienen más esperanza de ver la luz que pasar á esa mejor vida que el espíritu nos brinda como supremo consuelo de la humana desventura, y que no tiene acceso sinó franqueando el dintel inapelable de la muerte.

No era el frío é invencible gesto de desdén que produce la indiferencia filosófica, ni el resignado sometimiento de la debilidad y la desgracia; era la absoluta insensibilidad á las manifestaciones del dolor externo, pálidas, pequeñas, casi ridículas comparadas con la rudeza de sus constantes agonías íntimas.

Era el supremo egoismo del dolor.

¿A qué luchar? ¿A qué defenderse? ¿Cabe acaso, mayor infelicidad?

Dejándose rodar al fondo obscuro, cada vez más obscuro, del pozo que el destino abriera á sus piés, aguardaba sin esperanza, la solución del problema de su vida, sin otro deseo que ella se produjera pronto y que fuera el deseado fin.

Sin embargo, una tarde, la sacudida fué tan violenta que todo su sér se conmovió hondamente y pareció recobrar el aspecto de la vida.

Así como un exceso de felicidad repentino puede ser fatal por la violencia de su sorpresa en un organismo sobrexitado, ciertos dolores, por su agudeza extrema, pueden ser causa inmediata de renacimiento. Son punzadas horribles que conmueven y levantan. Es la comprobación de la existencia de una sensibilidad que creíamos muerta. Se sacude el sopor del sufrimiento y la vida se sobrepcne triunfante.

Josefina se encontró en este caso.

El acontecimiento que al principio tanto había temido, dándole extraordinarias proporciones, se produjo al fin.

Sus padres conocieron su estado, que ella no tuvo fuerzas para negar, y airados por aquella vergüenza que los deshonraba y destruía para siempre su acariciada es-

peranza de realizar el casamiento de la joven con José García, la despidieron brutalmente de su hogar, llegando en su exaltación hasta arrojarle objetos á la cara.

Llorosa, golpeada, cubierta de insultos oprobiosos, llevando tan solo el producto de sus últimos tres meses de trabajo, que debido á la desarmonía en que vivía con sus padres, aún no se lo había entregado como era su costumbre hacerlo. Salió de aquella vivienda donde había nacido y se había desarrollado risueña y felíz, de aquel hogar que un tiempo iluminó con su presencia, decorándolo con su belleza y su frescura, y, si embargo, al alejarse lentamente, le parecía sentir un alivio inmenso, el descargo de un peso enorme que la agobiaba, como si la mano de hierro que le oprimía rudamente el corazón, se hubiese abierto magnánima, permitiéndole que se ensanchara á su antojo.

El trance amargo del descubrimiento de su falta se había producido y al producirse ponía término á la extrema ansiedad que el temor constante de tal suceso le ocasionaba. Podía exclamar: ¡Ya pasó! ¡El vínculo está roto! El mal que había de hacer á mis padres ya está hecho ¡Soy

libre! Tengo el derecho de llorar á solas mi dolor.

Caminaba absorta, completamente abstraída en sus pensamientos y sin rumbo cierto, cuando la voz de su hermana Enriqueta, llamándola, ahogada en lágrimas, la hizo volver en sí.

—¿Adónde vas á ir ahora?—le preguntó la joven deteniéndola de un brazo.

—No sé. Todavía no he pensado nada,—contestó Josefina.

—¿Por qué no vas à lo de Felicia, la mujer de aquel mozo que puso tienda en los Pocitos después que se mudó de al lado de casa?

—Es verdad!—exclamó la joven, sorprendida de encontrar tan pronto un albergue.

—Tanto Felicia como Rosalía son muy buenas y te tratarán bién. Yo no te ofrezco llevarte á casa porque quién sabe si el napolitano quiere, y después que allí te encontrarías con tata y con mama.—Agregó Enriqueta.

—Ah no, no...de ninguna manera!...yo quiero estar sola,—se apresuró á decir Josefina. Y convencida de la bondad de la propuesta de su hermana, aceptó el ofrecimiento que ésta le hacía de acompañarla, y

ambas se dirigieron á la calle de Asilo, donde la pobre joven, arrojada de su casa, habría de encontrar uno donde ocultar su desventura.

Más de un cuarto de hora duró el camino, durante el cual, Enriqueta, con el aliento entrecortado por la precipitación de la marcha, se esforzó en consolar á su hermana augurándole felicidades que no acertaba á explicar en qué consistirían.

Caía la tarde cuando llegaron á la casa que buscaban, y allí, previa una ligera explicación de Josefina, que toda cortada y confusa se veía en la imprescindible necesidad de ir haciendo confidencias sobre su estado, le cedieron una piececita donde al día siguiente la joven podría colocar su modesto ajuar de obrera, siempre que Enriqueta consiguiese de sus padres el permiso para sacarlo y enviárselo.

Y así fué: dos días después, Josefina, en posesión de sus modestos mueblecitos, quedaba completamente instalada en su pequeño cuarto, donde formó el propósito de permanecer oculta el mayor tiempo posible, siempre que las exigencias del trabajo se lo permitiesen.

Desde aquel instante su existencia cambió.

Ya fuera por las atenciones y cuidados de su nueva vida, ó bien por la absoluta libertad de que gozaba, la joven, durante los primeros días de su llegada á casa de su amiga Felicia, sintió un relativo bienestar animándose á veces con algunos destellos de esperanza, como si con la salida de su casa hubiese apurado ya hasta la última gota de amargura que le correspondía en el general reparto de los males. Influía en esto, y no poco, la calidad y condiciones de las dueñas de casa que, tanto por su natural zalamería como por el género de vida equívoco que estaban obligadas á llevar, no sólo disculparon la falta de Josefina, sino que alabaron su conducta encontrándola digna del mayor encomio. — ¿Qué había sido engañada? Pues, por lo mismo, la culpable no era ella sinó quien tan vilmente la había traicionado, y los que la mirasen mal por ese hecho ó la tuviesen á menos, no pasarían de unos hipócritas, incapaces de sentir por encima de todo cálculo. — Con estas ó parecidas reflexiones consolaban á Josefina, que, escudada por ellas, sentía en aquella casa un amparo, confiándose á la nueva familia que el destino le deparaba.

Componíase la casa de cuatro piezas habitables, un pequeño patio en el centro, y al fondo, una cocina por la que se pasaba á uno á modo de corral, desde donde la vista podía recrearse contemplando la playa de Ramirez limitada por las canteras que se levantan sobre el agua, para sostener, con su granítica mole, la elevada cuchilla donde está el circo del Este. La contemplación de aquel accidentado trozo de panorama frente á la extensa llanura del mar que lo baña, era uno de los recreos favoritos de Josefina que, como habitaba la última pieza del fondo, tenía cómodo acceso á aquel rincón solitario que tanto se adaptaba á su estado de espíritu.

Rara era la vez, sin embargo, que conseguía estar completamente sola, pues cuando no era Felicia, era Rosalía la que la acompañaba, deseosas ambas de serle agradable. Propósito era éste que casi siempre conseguían, porque Josefina á más de ser por su bondad y dulzura eminentemente sociable, encontraba en la conversación de las jóvenes un verdadero lenitivo á sus males.

Eran las hermanas Ibáñez, hijas mellizas de un antiguo maestro de escuela que las había criado con bastante libertad, no

solo por haber perdido á su mujer cuando las niñas apenas tenían dos años, sinó por ser hombre de costumbres extravagantes y un tanto dado á la bebida. Estas circunstancias reunidas, permitieron que las muchachas creciesen y se gobernasen á su antojo, cayendo desde sus primeros pasos en las múltiples celadas de la vida.

Relacionadas desde muy pequeñas con infinidad de galopines que tenían pensión en el colegio de su padre, apenas empezaron á dragonear de señoritas, abandonaron sus muñecas para jugar con ellos á los novios, peligroso juego donde encontraron todo el agrado apetecible, tanto para sus alocadas imaginaciones, como para sus corazoncitos fogosos, de criollas ardientes, admirablemente dispuestos para el amor.

Quiso el destino que entre sus relaciones de la infancia se hallase un niño de familia muy rica y de elevado rango, el mismo que más tarde llegó á ser un apuesto y elegante joven, por cuya razón, ambas hermanas se prendaron de él perdidamente, y como el tal era de los que sabían sacar partido de las circunstancias, correspondió primero á Felicia y luego que por una hábil

combinación le pudo encontrar un marido, para dejarla bien colocada, buscó el amor de Rosalía que lo aceptó tan gozosa como su hermana, aunque no con la suerte de que el segundo marido buscado por su experto amante, tuviese la mansedumbre de llegar á las últimas consecuencias.

Pascual Gardero, que así se llamaba el marido de Felicia, tuvo pués, que cargar con su cuñada; pero como al par de inhábil era inepto para el trabajo, Felipe Mont que él y no otro era el dichoso y rico àmigo de la infancia de las mellizas Ibáñez, tuvo la generosidad de habilitarlo para que pusiera una tienda, con la condición que había de ser en las afueras de la ciudad ó en algún pueblo de campaña.

La tienda se estableció en efecto, primero en la ciudad, á pesar de lo convenido y luego en los Pocitos, pero con tan mala suerte, que al poco tiempo su dueño se declaraba en bancarrota, teniendo que contentarse con vivir del producido de su modesto empleo, que muy escasamente le daba para sostener á su mujer y á su cuñada, quienes á más de poco habilidosas, gustaban de vestir bien y regalarse como quien tiene medios.

Pocas entradas y muchas salidas, no tardaron en desequilibrar las finanzas del pobre Gardero, hasta el punto de verse con un déficit horrendo en el que figuraba como principal partida el alquiler de casa de donde estaba á punto de ser despedido.

Tanta malandanza traía muy embrollado el hogar de las Ibáñez donde todos los días se disputaba sobre quien era el causante y culpable de aquella miseria, resultando que Gardero era siempre el generador de todo mal y el haragán é inútil que no sabía cumplir su misión de jefe de familia remediando las necesidades de su hogar.

Así, pués, buscando remedios á su mal, concibió el plan de alquilar una de las piezas de su casa para que de esa manera le ayudasen á pagarla, pero como el hombre, á pesar de su característica miopía, se había puesto algo celoso y desconfiado en los últimos tiempos de sus desgracias, debido á algunas pequeñeces que no acertaba á explicarse, no quería de ningún modo inquilinos de su sexo, exigiéndo como absoluta condición para aceptar una persona en la intimidad de su hogar, que ella fuese mujer, soltera ó viuda.

En estas circunstancias fué que apareció

Josefina, siendo aceptada, como era consiguiente, con los brazos abiertos.

Desde el primer momento, las expertas mellizas comprendieron todo el partido que podían sacar de la situación de la joven y de su manifiesta inexperiencia de la vida, por lo que se resolvieron á explotar aquel filón que se les presentaba, dedicando todos sus esfuerzos á tan provechoso objeto.

Aún no hacía un mes que Josefina se instalara en su nueva vivienda, cuando ya la mayor parte de sus economías habían pasado á manos de sus cariñosas caseras, quienes se las tomaban con toda zalamería á cuenta de anticipo sobre alquileres, ó como préstamo que habría de ser devuelto en un plazo más ó menos largo.

Los dos primeros meses todo fué muy bien; pues, Josefina, mientras tuvo dinero, no pensó negarlo, dando todo el que había traído como así parte del que seguía ganando en los talleres de la Vendeux, donde acudía aunque con extraordinario esfuerzo; pero una tarde, al cabo de cierto tiempo, la joven fué trasportada en un coche hasta su casa por haberle dado un accidente en la puerta de la capilla de las Salesas, al presenciar la salida de Rodolfo Valmar, de su primero, de su único

amor, del padre de aquel sér que palpitaba en sus entrañas, con aquella regia mujer que se había interpuesto entre sus destinos para unir á todas sus felicidades, la exigua que ella ambicionaba y que por equidad de la suerte le hubiese correspondido.

Desde aquel día sus fuerzas decayeron por completo y los males físicos que hasta allí la habían respetado, empezaron á invadirla impidiéndole la acción y la tranqulidad.

Josefina, á pesar de todo, con la tenacidad del condenado á muerte que conoce su definitiva sentencia, desde el día que fué despedida de su casa, había vuelto á tener esperanza. Por eso, al oir hablar en el taller del famoso casamiento de su amado, á pesar del riesgo que corría, y de la repulsión que había de producirle tal espectáculo, quiso presenciarlo, quiso ver con sus ojos bajar del brazo de otra, al hombre que en las gradas de aquel templo había visto por vez primera, ligando desde aquel instante, sin condiciones ni regateos, con toda la ternura y expontaneidad de su alma virgen, el curso de su florida existencia.

Pero ante la realidad brutal, á la vista de la exuberante felicidad que externaba aquella pareja, y al medir la magnitud de la

distancia que la separaba de su rival, cayó vencida, oyendo aterrorizada las violentas palpitaciones de su corazón que parecían decirle:—vuelve á tu sitio, temeraria ambiciosa, arrástrate sobre la tierra donde has nacido y no quieras escalar alturas inaccesibles que no fueron hechas para tí.—Y su natural humildad, recobrándola por completo, la empujaba hacia un extraño estado de lúgubre resignación, donde el espíritu se conforma con el dolor, sin alcanzar á comprender la razón de una existencia de martirio.

Todo acabó desde aquel instante. La Vendeux misma que hasta entonces la había consentido en sus talleres, la despidió al tener conocimiento del accidente acaecido en la puerta de la capilla, considerando que aquello era una vergüenza para su casa y una desmoralización para las demás obreras que trabajaban en ella.

Así, pues, Josefina se vió obligada á echar mano de sus últimas economías para satisfacer las exigencias de sus amigas que, á pesar de deberle mucho dinero, hacían caso omiso de esta circunstancia para seguirla explotando en razón directa de su apremio.

En tal situación no tardó la joven en verse en absoluto falta de recursos, teniendo que acudir en procura de ayuda á su hermana Enriqueta que, á pesar de su buena voluntad, no era dueña de poderle facilitar mucho dinero, no solo por no estar en muy holgadas condiciones, sinó por la avaricia de su napolitano, que por nada de este mundo hubiese consentido en dar un centésimo con semejante objeto.

Concluidos sus medios, concluyó también la amistad de Felicia y Rosalía, y aquellas providencias, que en un principio creyó encontrar como bálsamo consolador en su camino, se trocaron de pronto en exigentes caseras que añadían hiel al vaso desbordante de sus crueles desventuras.

Para colmo de males, el invierno se presentaba frío con exceso, acortándose las horas de que disponía para pasearse al sol en el corralón tapizado de verde que se extendía á los fondos de la casa, así es que la joven veíase obligada á permanecer encerrada, sola en su pequeño cuartito obscuro y húmedo, donde pasaba los días haciendo gorritas y pañales, tratando de aplicar toda su ciencia de costurera hábil para embellecer á su hijo que, sin haber

nacido, era ya el objeto único de todas sus ternuras.

Pero los días volaban y con ellos aumentaban los gastos de la joven, que no sabía qué hacer para satisfacer los continuos pedidos de las Ibáñez.

Éstas, por su parte, viendo la imposibilidad en que estaban de obtener nada de la joven, hacían todo lo posible por conseguir que se fuera y evitar que saliese de cuidado en su casa, ocasionándoles serios trastornos y gastos que tal vez nunca pudiera retribuir. En valde Josefina se desvivía por no ser gravosa, privándose de luz por la noche, comiendo lo menos posible y ayudando, á pesar de su estado, en todas las labores de la casa, sus cariñosas amigas le manifestaban claramente el deseo que tenían de verla partir.

Le habían consumido todas sus economías, le vendieron á vil precio sus modestos mueblecitos, la ocuparon mientras pudo hacerlo, en la hechura de vestidos que tan bien confeccionaba; pero como ya no tenía fuerzas para coser, ni economías que consumir, ni muebles que vender, hasta dejó de ser disculpable su falta, convirtiéndose por el contrario en un grave inconveniente

para que permaneciese más en la casa.—La gente había empezado á murmurar de ellas; aquello era muy mal mirado, y hasta pudiera algún maledicente atribuir el niño que iba á nacer á Rosalía, que era soltera y cuya honra no era propio que se comprometiese de aquel modo.

A todo esto Josefina no sabía qué contestar ni qué hacer.—¿Dónde ir en aquel estado, sín una mano amiga que se le tendiera, sin dinero, enferma y sin fuerzas? Por más que torturaba su febril imaginación durante las largas noches sin luz y sin sueño, que pasaba cobijada en su cama, muerta de miedo y de frío, no acertaba á encontrar la clave salvadora de aquel arduo problema que ofrecía su vida.

Y los días pasaban y con ellos se aumentaba su extenuación, producida por la falta de alimento y por el constante delirio febril en que se hallaba.

Tal agonía tenía que tocar á su término.

En efecto: una tarde de Agosto, Felicia manifestó á la joven que, á pesar de los buenos deseos que la animaban, tanto á ella como á Rosalía, se veía en la precisión de decirle que se fuese sin falta al día siguiente, porque Gardero así lo exigía. Por

bondad había tenido paciencia hasta entonces, soportando aquella inmoralidad en su casa, pero no estaba dispuesto á que el desenlace se produjera sin manifestar bien clara y terminantemente su protesta haciéndola pública de aquella manera.

Fueron inútiles las lágrimas que vertió la joven, como así su manifiesta desesperación y sus promesas de pagar más tarde con creces los perjuicios que ahora pudiese ocasionar. Felicia se mantuvo inflexible ante aquella desventura, concluyendo por reirse á mandíbula batiente cuando Josefina, en un momento de súbita irritación, reclamó lo que le debían, pretendiendo hacer valer derechos que creía legítimos.

Entonces, convencida de su impotencia, desfalleciente, humillada, corrió á encerrarse en su cuartito, como animal perseguido, que busca la salvación en el fondo de su cueva. Y allí, mordiendo las ropas de su lecho, macerándose las carnes con las uñas y sacudiéndose víctima de un hipo nervioso que la sofocaba, pasó el resto de la tarde sin exacta conciencia de su martirio.

Cuando cayó la noche, una violenta tempestad se desencadenó sobre la tierra.

Era Santa Rosa, que se hacía recordar

con sus usuales violencias, dispuesta á solemnizar su fiesta, desgarrando árboles y echando á volar tejados por los aires, mientras las aguas, corriendo como ruidosas cataratas por los planos inclinados, iban á inundar los bajos, depositando el botin recogido en su camino.

Josefina, vuelta en sí de su letargo por el fragor de la tormenta, comenzó á orar, sobrecogida por la violencia de los truenos y espantada pòr el fulgor de los relámpagos que, filtrando su luz por las rendijas de la puerta, proyectaban extrañas siluetas sobre las paredes blanqueadas del cuartito; pero, pasados los primeros momentos de terror, comenzó á pensar en la situación extrema en que se encontraba.

Los pensamientos saltaban sin tino de su vida pasada á su vida presente, eligiendo á capricho, ora los momentos dulces de su inocente niñez, ora sus inolvidables goces de amor, ó bien las interminables etapas de su martirio. Tan pronto recorría su existencia hecho por hecho, deteniéndose complacida en sus mejores momentos, como la abarcaba toda de una sola mirada, percibiendo claramente la línea enérgica que la dividía en dos mitades, dejando á un lado

el dolor y al otro el placer; tanto, que solo su recuerdo la consolaba en aquel instante sugiriéndole sueños para el porvenir.

En ellos veía volver á Rodolfo amoroso como nunca, que venía solícito respondiendo á su llamado, y allí juntos, estrechados como en otro tiempo, prestar oído á las palpitaciones que sentía en su seno, interesados por la vida de aquel sér que era su obra mútua. Más tarde, el cuadro era más completo, el niño nacido ya, dormía sonriendo como un ángel en su cuna, y ellos, abrazados junto á él, discutían con voz imperceptible la elección de un nombre.

De repente, un estallido horrible hizo extremecer las paredes del cuarto, como si los tirantes volasen convertidos en mil astillas; cayó el agua con doble fuerza, semejante á un derrumbe; y el viento, como sacudido por las sonoridades del trueno, la emprendió con el techo de la cocina haciendo danzar de una manera infernal su cubierta de tejas.

La joven, vuelta á la realidad, se espantó de nuevo y aquel fragor inusitado le hizo pensar en la muerte.

—Morir cuando se está proxima á producir la vida!—Y semejante idea la extremeció con una sacudida loca. La nerviosidad era

tanta, que á la luz de los relámpagos, le parecía ver á su hijo que, ya nacido, le pedía perdón implorándole la vida. Entonces, fuera de sí, sin conciencia de lo que hacía, se arrolló en la cama para protejer al sér que llevaba en sus entrañas, y respondiendo á los extraños rumores del viento que traducía á su antojo, exclamaba en voz alta:—No! Morir no! Dios mio, déjame la vida!—Y por largo espacio de tiempo, con los ojos espantosamente abiertos, continuó hablando con los ruidos de la tormenta y con las sombras que los relámpagos proyectaban y que adquirían formas en su mente loca.

Ya llegaba la mañana cuando los elementos empezaron á apaciguarse paulatinamente. Los truenos se alejaban rezongando por los confines del cielo, y el viento cansado de forcejear, soplaba jadeante, á intervalos entre-cortados, dejando que la lluvia cayese blanda y rumorosa, con su impertinente monotonía de invierno.

Cuando la luz del día alumbró bién definida, Josefina abrió su postigo, notándose entonces en su cansada fisonomía el sello de una resolución extrema.

En efecto: arrollando todo pudor, olvidada de sí misma para no pensar más que en su

hijo, se había propuesto escribirle á Rodolfo, pidiéndole dinero para no dejarlo perecer. La madre se imponía á la mujer, y aquella nueva vergüenza, no sería sinó un título más al amor del sér que alimentaba en sus entrañas.

Escribió, pues, cuatro letras dando á conocer su situación extrema y las señas de su casa, y sin cuidarse de buscar un abrigo salió á la calle desafiando la lluvia, en busca de un changador que llevase la carta.

Media hora después, cuando volvió á su cuarto, empapada como una sopa y enfangada hasta la rodilla, solo atinó á sentarse, exclamando con amarga alegría, finjiendo acariciar un sér imajinario que mecía en su regazo.

—Hijito mio, ahora tendrás donde nacer, no verás la luz en la calle!



CAPÍTULO IV

Al salir Rodolfo de su palacete de la calle Convención, tomó el primer tren-vía que halló á su paso para dirigirse á la casita de Josefina, pero al cruzar la plaza Cagancha, le pareció más práctico alquilar un carruaje y en él llegó tras breves momentos al lugar de su destino.

Precisamente en aquel instante, á pesar de la lluvia que caía sin interrupción, las mellizas Ibáñez discutían acaloradamente con Josefina en medio del patio.

Exigían de ella que se fuese en el acto. No podían consentirla más en su casa, pues el cuarto estaba alquilado á otra y tenían que entregarlo al dia siguiente.

En valde la pobre joven decía que esperaba

á una persona amiga que había de traerle recursos, prometiendo que pagaría con creces lo que adeudaba, sus caseras se mostraban inflexibles, pretendiendo á todo trance que se fuera con lluvia y todo, que ellas le mandarían lo suyo al dia siguiente donde se les indicase.

—Pero ustedes me echan á la calle!—jemía la pobre joven.—Yo no tengo donde ir. Ustedes no pueden hacer eso!

—Y qué culpa tenemos nosotras de que no hayas buscado casa? Ya hace bastante tiempo que te pedimos el cuarto, me perece!—Decía Felicia con tono agrio y arrebatado el semblante por la ira.

—Es claro, no es justo que nos pagues así todo el bien que te hemos hecho.—Añadía Rosalía no menos irritada que su hermana.

—¿Pero dónde voy? ..... ¿dónde voy?—Volvía á preguntar llorando la pobre joven. Y en aquel mismo instante, como elocuente respuesta del destino, paraba el coche que conducía á Rodolfo frente á la puerta de la calle.

El ruido del carruaje retumbó como un trueno en la cabeza de Josefina. Toda su vida, toda su sangre afluyendo á su corazón, le produjeron un vértigo, y cuando apenas

se dibujaba en su retina la vaga visión de su Rodolfo, corriendo solícito hacia ella, caía de espaldas extendicndo los brazos para estrechar en ellos aquel fantasma que surgía de pronto, evocado por el ardor de sus deseos.

Rápidamente, ayudado por las mellizas Ibáñez, Rodolfo transportó á la joven hasta su catre que, juntamente con un baúl donde encerraba el atillo del futuro sér que abrigaba en sus entrañas, componía todo el ajuar de aquella humilde alcoba.

—¡Un médico, un médico!—exclamaba Rodolfo, tanteando el pulso y la frente de su Aurora, que continuaba inmóvil sobre el catre. Y viendo que las Ibáñez lo miraban azoradas, sin atinar á obedecer y preguntándose quién sería aquel hombre tan de súbito aparecido, volvió á decir de nuevo con mayor energía:—¿Pero ustedes no oyen?.... ¡Que traigan un médico! ¡Díganle al cochero que corra en busca de un médico!—Entonces Felicia, que había observado las buenas apariencias del recién venido, comprendiendo que no sería otro que el doctor Valmar cuya historia conocía por Enriqueta, se apresuró á obedecer saliendo en el acto de la habitación con ese objeto.

Entre tanto, Rodolfo, sosteniendo á la enferma semi incorporada en sus brazos, la llamaba con palabras cariñosas, pidiéndole perdón por haberla abandonado y jurándole protejerla y acompañarla en adelante, sustrayéndola á su cruel desgracia.

—Josefina! ... mi querida!.... Queridita! ... Soy yo .... ¿No me conoces?..... ¿No me escuchas? Ya no me iré de tu lado, perdóname, yo no sabía tu estado, te creía casada .... ¿No me oyes querida?.... Vuelve en tí!—Y á medida que hablaba, sin cuidarse de la presencia de Rosalía, completamente despreocupado, besaba á la joven en el cabello, en las sienes y en los ojos, procurando volverla á la vida con su aliento.

Poco á poco, como quien sale de un ensueño, suavemente extremecida por aquellas caricias, la joven volvió en sí, observando lo que ocurría á su alrededor con extrañeza. Pero de pronto, al darse cuenta de la realidad, al ver, después de sus terribles angustias, que estaba junto á su Rodolfo, protegida por sus brazos y acunada por su amor, como en los mejores días de su vida, rompió á llorar con infantil alegría, estrechándose con violencia contra el pecho

de Valmar como deseando unirse á él de una manera indisoluble!

—Oh! estás aquí?..... Vinistes, querido!.... Mira, te esperaba, el corazón me decía que te volvería á ver! Qué mala fuí de creer que no vendrías más! ... Pero he sido bien castigada.... he sufrido mucho!...... ¡he sufrido tánto! ¡ah! tánto, tánto, que no te lo puedo decir!—Y Josefina al hablar de aquella manera, llorosa, con frases entrecortadas, palpitaba extremecida de dicha, dudando por momentos de la realidad de los hechos. Veía á Rodolfo junto á ella y le palpaba los hombros, le oprimía la cabeza para cerciorarse de la existencia real de aquel sér querido, que desde hacía ya mucho tiempo no era para ella más que un fantasma.

Lloraba, reía, tornaba á llorar, y siempre hablando como un torbellino, alocada, ansiosa, saltando sin hilación de uno á otro suceso de su vida, recordando sus horas felices y trazando con acento de burla el cuadro de sus recientes desventuras, que, por estar Rodolfo allí presente, ya le parecía lejano.

—¡Pobre!.... ¡Pobre!.... ¡Pobrecita! —exclamaba Valmar al oirla, oprimiéndola

dulcemente, emocionado hasta las lágrimas, desesperado por haber sido el causante de tanta pena, de una tan larga serie de desgracias que no se perdonaba haber ignorado por tanto tiempo.

La hora de las explicaciones había llegado y éstas se producían sinceras saliendo á relucir todos los detalles de la intriga de su separación. El nombre de Felipe sonó más de una vez para ser culpado; pero en el acto había atenuantes y justificativos para su conducta. Josefina que era la que más podía quejarse, lo olvidaba todo. Sus pasadas penas le parecían accidentes pequeños desde que Rodolfo estaba á su lado. Estaba deslumbrada, le parecía haber caído en un antro tenebroso donde apenas podía respirar agobiada por la desventura, y que de pronto una mano bienhechora la había arrebatado, como en los cuentos de hadas, para ser depositada al aire libre, donde brillaba más radiante el sol.

Aquella aparición de Rodolfo era una fiesta. La fiesta del alma que se sustrae de la agonía curada por el amor. Y la joven se regodeaba en ella despreciando el pasado y sin zozobra por el porvenir. Estaba nerviosa, inquieta; quería levantarse

para dar expansión á sus deseos de movilidad, semejante á la acción sin objeto de los seres que recién entran en la vida. Era un renacimiento.

Rodolfo, después de oirla, contagiado y feliz por su alegría, contó también algo, muy poco, sin embargo, pues su parte demasiado luminosa, hubiese herido aquella retina habituada á las sombras. Pero sus palabras no repercutían. Josefina no lo oía, ni podía oirlo. Estaba absorbida por el solo goce de contemplarlo. La síntesis de su pensamiento y de su felicidad se expresaba en dos palabras: está aquí!

Solo la presencia del médico vino á cortar el hilo de sus mutuas expansiones. El doctor encontró á la joven con bastante fiebre y sumamente débil. Aconsejó el reposo y recetó un calmante, despidiéndose hasta el día siguiente en que indicaría un tratamiento en armonía con la delicada situación de Josefina.

Cuando los jóvenes volvieron á quedar solos, ella quiso insistir en renovar sus interrumpidas confidencias, pero Rodolfo se opuso exigiéndole que permaneciese callada. Inmediatamente ordenó que arreglaran un poco la habitación, poniendo algunos

muebles indispensables que las Ibáñez, completamente cambiadas desde su llegada, ofrecieron con extrema solicitud, deseosas de halagar al recién venido.

Este, por su parte, algo nervioso y muy excitado por la sucesión de tan inesperados acontecimientos, después de entregar á las mellizas todo el dinero que llevaba encima para que atendieran bien á Josefina, pensó que había faltado por primera vez á la hora del almuerzo en su casa y se propuso marchar cuanto antes para tranquilizar á Matilde que debía estar inquieta. Pero como Josefina se entristeciese tanto al anuncio de su partida, no tuvo más remedio que sentarse de nuevo á su lado, esperando poderla preparar á que lo dejase ir sin verter lágrimas.

Sin embargo, el retardo fué breve, pues la joven, cansada por el conjunto de emociones recibidas y por el estado de debilidad en que se hallaba, no tardó en caer dormida bajo la influencia del febrífugo que le recetara el médico, así es que Rodolfo, aprovechando esa oportunidad decidió marcharse, prometiéndose volver más tarde para arreglar de una manera definitiva sus respectivas relaciones.

El pampero, después de forcejear con su vigor acostumbrado, había concluído por barrer el grueso de las nubes y se entretenía ahora en desflocar lás rezagadas haciéndolas rodar con violencia vertiginosa por el fondo azul del cielo transparente. Un sol alegre oreaba las veredas humedecidas y hacía blanquear las losas y los adoquines del afirmado como si acabasen de ser lavadas con jabón, mientras que de los postes de la luz eléctrica, las últimas gotitas se desprendían como burbujas luminosas y multicolores que el viento deshacía en el trayecto.

Rodolfo, en vista de la compostura del tiempo, y como hombre que tiene cuentas que arreglar con su conciencia, despidió al cochero, y tomando por el camino más largo se dirigió á pié hacia su casa.

Estaba en duda. Ante los hechos se veía perplejo, no sabía qué pensar de las impresiones recibidas al encontrarse de pronto con la realidad de sus teorías. Más que otra cosa, la sorpresa de sus aventuras, era lo que lo confundía, y su inteligencia clara habituada á resolver problemas arduos, se sentía obscurecida, apagada, por el mundo de sensaciones y de sentimientos encontrados que bullían en su sér.

Aquella situación en que se encontraba, de haber sido buscada por él, hubiese sido ideal y en manera alguna aflictiva. Ó no se hubiese producido, ó en el caso de producirse sería sin obstáculos, sin puntos obscuros que la hiciesen nebulosa hasta el extremo de no encontrarle solución. Pero, los hechos se habían producido sin la intervención de su voluntad, se habían impuesto inexorables y tenía que aceptarlos, tratando de armonizarlos en lo posible para no producir una catástrofe.

Y su caso era gravísimo. Se sentía turbado de pronto, en su ardiente pasión hacia Matilde, por el amor suave, lleno de ternura y compasión que le inspiraba Josefina. Con tal motivo, sus dudas renacían ¿Quería á Matilde, quería á Josefina, ó quería á las dos?

Era en efecto, el caso de resolver esta cuestión que tantas veces se había planteado. Salió de su casa ansioso por ver á Josefina, por llegar á tiempo para remediar sus desgracias, reparando en lo posible su inexcusable falta, y ahora salía de casa de Josefina deseoso de acariciar á Matilde para compensarle de la parte de amor que con la otra le había robado.—¿Qué quiere

decir esto?—Se preguntaba—¿Que quiero á las dos sucesivamente, ó es posible admitir que las quiero simultáneamente? Forzado á optar por una ¿podría elegir? — Y conforme iba internándose por las calles, su pensamiento se internaba también en sus enmarañadas lobregueces afectivas.

De pronto, volviendo á la realidad, pensó en la actitud que debía observar por el momento ¿Convenía aclarar inmediatamente su situación, ó era preferible aplazar para más adelante las explicaciones? Lo primero convenía perfectamente á la sinceridad y nobleza de su carácter, y lo segundo repugnaba, como superchería y engaño que era, á su espíritu recto. Pero de hacer lo primero, de matar así de pronto, sin preparación previa, la absoluta confianza de una mujer vehementemente apasionada ¿no produciría un funesto cataclismo? ¿Acaso él no le había jurado á Matilde, en reiterados momentos de dulce abandono, que era la única querida, la dueña absoluta de su vida y de su amor? ¿Cómo aceptaría pues, sin transición alguna aquella irrupción de otra mujer, que tan luego llevaba en su seno el vínculo más poderoso del amor, la reproducción de sus caricias con

el hombre amado, encarnadas en un nuevo sér que pronto surgiría à la vida ? — ¡ No! sería matarla.—Exclamó Rodolfo casi en voz alta y haciendo un gesto , sin preocuparse de que andaba por la calle.— Sí, es preciso obrar con cautela, — continuó,—se lo diré mas tarde, cuando la haya preparado suficientemente.—Y extremeciéndose ante la idea de poder hacer daño á Matilde, volvía á pesar, á medir y á analizar las atracciones que sentía por una y otra de aquellas dos mujeres. Torturaba su imajinación para resolver el problema, sin caer en la bajeza común de los séres, y como no encontraba la solución apetecida, maldecía la sociedad y sus leyes, juzgando que sin ellas, lo más sencillo era marchar por la vida con un amor de cada brazo.

Después de algunos rodeos para evitar las calles concurridas, Rodolfo había enfilado por la de Canelones hasta Soriano y por allí subió hasta dar con la puerta de su casa sin haber aclarado en lo más mínimo su pensamiento.

Sin embargo, la actitud del portero, que al verlo prorrumpió en exclamaciones, diciendo que corría á advertir á la señora,

le hizo pensar en la necesidad de inventar algún cuento que explicase su conducta, si es que deseaba ocultar las causas de su primera é involuntaria escapatoria. Resuelto á mentir, á pesar de la repugnancia que tal actitud podía inspirarle, subió la escalera con intención de entrar en el escritorio á continuar el hilvan lógico de su cuento; pero al llegar al vestíbulo, ya encontró á Matilde que corría ansiosa á recibirlo cubriéndolo de besos.

—¿Qué te pasó?... ¿Donde estuviste?.... ¿Te ha sucedido alguna cosa?—Interrogaba solícita la joven. Y en el acto, notando la satisfacción con que Rodolfo se dejaba acariciar, aspirando con delicia el aroma de su cuerpo perfumado, sonrió gozosa, desprendiéndose un instante de sus brazos para permitirle hablar.

—Nada me ha sucedido,—dijo por fin Rodolfo.—Un amigo de la infancia, un pobre estudiante de mis tiempos me mandó buscar y lo encontré muriéndose en la mayor miseria. Llamé médico, le di dinero y le prometí acompañarlo todo lo que pudiese....

—¡Pobre!—Exclamó Matilde—¿tiene familia?

—Sí, la madre y una hermana.

—Entonces cuando vayas te daré un paquete para que les lleves.

—Bueno, si, eso es, un paquete, eso es!—decía Rodolfo atolondrado por la índole de aquella novela que estaba componiendo.

Y así, tiernamente abrazados, penetraron en el tocador de Matilde que era el sitio habitual de sus reuniones íntimas.

—Pobre él, que tristoncito está!—dijo la joven con mimo encantador, sentándose en las faldas de Rodolfo y acariciándole con ternura la desalineada cabeza.—¿No hay una sonrisita para mí? ¿Ó acaso ya no puedo más que tus penas?—Y al hablar así entornaba amorosamente los ojos y estiraba los labios como invitándolo á que libara en ellos el delicioso zumo de sus besos. Pero Rodolfo, encantado por aquellas multiples manifestaciones de ternura y embelesado en la contemplación, de su adorable mujer, sin fuerzas para pensar y sin acción posible, se dejaba hacer como un niño mimado que parece insensible al dulce arrullo materno.

Matilde asi lo comprendía, pués en vez de extrañarle la quietud de su marido redoblaba las coqueterías, removiéndose entre sus brazos con flexibilidades de culebra é impregnándolo todo con las emanaciones de su cuer-

po. Sin oirlo hablar, la joven adivinaba la dicha que producía, y enardecida por el placer inmenso de crear la ventura para quien tanta ventura le procuraba, dábase toda, derramándose en caricias, tratando de fundir su sér en el sér amado y formar una unidad de amor indivisible y única.

Recién una hora más tarde, cuando ya la habitación comenzaba á envolverse en sombras, fué que Matilde se levantó sorprendida de la rapidez con que había pasado el tiempo y acordándose de que aún no había almorzado.

—Y yo tampoco,—exclamó Rodolfo que, apesar de todo sentía cierta congoja en el estómago.

—¿No has tomado nada en todo el dia, chinito?—preguntó Matilde asombrada.—Pues entonces, comamos ya ¿no te parece?—Y sin esperar respuesta iluminó la habitación bajando la perillita comunicadora de la luz eléctrica y tocó el timbre llamando á su criada. —Dí que sirvan la comida,—ordenó apenas aquella hubo aparecido. Pero breves momentos después la camarera volvió diciendo que el cocinero no estaba pronto pues apenas eran las cinco.

—Bueno, lo pasaremos sin su comida—ex-

clamó la joven alegremente, tomando una resolución.

—Entonces ¿digo que pongan la mesa?—interrogó la fámula, una vieja francesa que adivinaba los deseos de su ama.

—No, tampoco, lo pasaremos sin comedor. Tú vas á ser hoy el mucamo. Comeremos aquí, y mientras yo preparo la mesa, te traes todo lo necesario.—Y ágil como una mariposa, radiante de alegría por su ocurrencia, empezó á despojar de los chiches que la adornaban á una pequeña mesita de porcelana con piés de bronce colocada en el centro de la habitación. Con su misterioso instinto de mujer enamorada, había visto una sombra sobre la frente de Rodolfo y quería disiparla.

Este, al ver que se disponía á trabajar, quiso ayudarla, pero ella se opuso formalmente.

—No, de ningún modo, tú eres el patrón y yo la sirvientita.—Y á pesar de sus protestas, el joven no tuvo más remedio que dejarla hacer, admirando la seducción de su gracia y la pureza de sus formas que con adorable indiscreción publicaban los movimientos exigidos por la tarea que se había impuesto.

Matilde vestía un batón liso de seda azul con vueltas de terciopelo del mismo color, aunque de un tono más obscuro, que favore-

cía extraordinariamente, la blancura mate y transparente de su cuello, que se erguía airoso, sosteniendo su graciosa cabeza peinada con descuido artístico.

A pesar de faltarle la costumbre, Rodolfo notaba la precisión de sus movimientos al tender sobre la improvisada mesa el rico mantel cifrado, colocando luego con sus manos afinadas, semejantes á juguetes de marfil que parecían próximos á romperse, los platos y la cristalería que había pedido para obsequiar en aquel dia de festejo al dueño de su vida y de su amor. Todo lo preveía la joven en su afán de ser agradable, y á pesar de que el servicio de mesa estaba cuidadosamente limpio, llevada de extravagante celo, lo repasaba nuevamente empleando una delicada servilleta que esgrimía con destreza insuperable.

—Parece que nunca hubieras hecho otra cosa,—observó de pronto Rodolfo, interrumpiéndola en su tarea.

—No, lo que hay es que toda mi vida suspiré por encontrarme en una situación como esta,—contestó Matilde, deteniéndose para respirar, al tiempo que inclinaba la cabeza sobre un hombro y dejaba caer ambas manos á lo largo del cuerpo.

Rodolfo no pudo menos que ponerse de pié para contemplarla mejor.

—Eres un cuadro!—exclamó. Y adelantándose hacia ella la besó con transporte.

La comida fué deliciosa. En la mesa no había más que un solo cubierto y un solo juego de copas, y Matilde era la que servía, sentándose luego en las faldas de su marido para disputarse el bocado más exquisito. Solo que en este caso cada comensal luchaba en favor de su contrario.

—Toma esta trufa,—decía Matilde, pinchándola en el corazón de una gelatina de pavo, trinchada en rebanadas sobre una fuente de plata.

—No, esa te toca á tí, yo ya he comido,—protestaba Rodolfo.

—No, señor, los hombres tienen que comer tres veces más que las mujeres.....A tí te toca,—replicaba la joven.

—No, señor, es á tí.

—De ninguna manera, hoy tienes que obedecerme, es capricho.—Y Matilde obligábale á comer lo que le brindaba haciéndole beber copitas de Clos de Vougeot vieux ceps, que escanciaba con su propia mano.

Pero donde la cuestión se agravó fué en

los postres. Estos eran muchos y variados, en compensación de la comida que tuvo que ser improvisada; sin embargo, en el fondo de una escudilla de barro abrillantado, quedaba un resto de jalea de damasco que el doctor Rolán había mandado de Europa, y de la que ambos esposos gustaban con locura.

—No, no quiero más dulces,—había dicho Rodolfo, rechazando una vaporosa crema de chocolate que le brindaba la joven,—me reservo para la jalea de damasco.

—Ah, es verdad, yo también,—había agregado Matilde, plegándose á su marido. Pero al examinar el tarrito y ver la pequeña porción que quedaba, llamó para que trajesen más, y como la criada volviese con las manos vacías diciendo que se había concluído, empeñábase en dársela toda á Rodolfo.

—No, eso si que no!—exclamaba este último.—Ahora me toca á mí ser galante. Pues no faltaría más! Yo mismo te la voy á servir.

—No, señor, no, señor, quien sirve soy yo, y todo esto es para tí,—insistía Matilde posesionada del tarrito.

—No, no seas mala, concédeme esto tan siquiera,—imploraba Rodolfo.

—No quiero, no quiero, es para tí,—porfiaba la joven tendiéndole el plato.

—Bueno, transemos, la mitad para cada uno.

—No, ya te he dicho que el hombre tiene que alimentarse el doble ó el triple que la mujer.

—Mira que te estás pasando á mis teorías,—exclamó Rodolfo de pronto, buscando una coyuntura favorable.

—Bien sabes que estoy conforme con ellas,—contestó Matilde alegremente.

—Cómo es eso! ¿ya no tienes miedo?

—Ba!....¿Acaso serías capaz de querer á otra?—Y al formular su pregunta, segura de la contestación que obtendría y sin siquiera aguardarla, comenzó á darle cucharaditas de jalea en la boca, riéndose como una loca porque le ensuciaba el bigote cuando la cuchara tropezaba en los dientes.

En tanto que Rodolfo, en el fondo de su conciencia, juzgaba una infamia engañar á semejante mujer, y un crimen abandonar á la madre de su hijo.

CAPÍTULO V

El primer cuidado de Rodolfo al encontrar de nuevo á Josefina, fué sacarla de su miserable vivienda y ocultarla cuidadosamente en una modesta casita, allá por las alturas del Reducto.

Una vez dado este paso previo, é instalada la jovén en compañía de una criada de confianza, podía esperar el próximo advenimiento de su hijo, pensando, entre tanto, la manera de salir de la situación en que se hallaba colocado.

Desde el primer instante de su encuentro con la joven, Rodolfo trató de determinar bien la clase de afecto que hacia ella lo atraía, pero deslumbrado por tan numerosas y variadas sensaciones como iba recibiendo, solo atinaba á comprender que Matilde era muy superiormente querida. En efecto, Ro-

dolfo estaba convencido de su felicidad; pero á pesar de comprender las ventajas de su vida tranquila al lado de su esposa, sentía una tristeza profunda, una cruel angustia en el corazón á la sola idea de volver nuevamente á incurrir en el abandono de su querida.

Su situación, empero, era sumamente peligrosa, así pues, para evitar cualquier sorpresa desagradable, había tomado todo género de precauciones, llegando su celo por ocultarla, al extremo de silenciar los hechos de una manera absoluta, no revelándolos ni á su amigo Felipe, á pesar de la necesidad de expansión en que se hallaba.

Sus ideas al respecto de su antiguo camarada eran confusas. Ostensiblemente, tenía deseos de recriminarle sus embustes, ahora descubiertos, con relación al casamiento de Josefina, y lo que él llamaba su criminal silencio cuando ésta le había comunicado su embarazo; pero en el fondo, talvez como un sentimiento inconsciente, le agradecía aquel engaño que le había privado de tener que renunciar á Matilde ó librar una batalla terrible con su conciencia.

Al fin y al cabo, la situación actual no era tan mala, y con un poco de tino todo

podría marchar á maravilla. En rigor, él no había provocado los hechos; eran estos los que se habían impuesto. Bastaba, pues, estar alerta.

Por otra parte, la seguridad completa de Matilde con respecto á su fidelidad, si bien era la causa de mayor tormento para él, era á la vez su salvación inmediata dado el género de vida que se veía obligado á observar. Siendo, como era, una criatura leal por excelencia, de haber tenido que fingirle á una mujer celosa, ó apercibida por las tendencias de su marido, seguramente que pronto se hubiese hecho traición, descubriendo fácilmente lo que con mayor empeño hubiera tratado de ocultar; pero dado el alto concepto que de su amor tenía formado Matilde, podía vivir sin zozobra alguna, en la seguridad de que jamás sería descubierto.

Rodolfo, á pesar de su poca pericia en materia de amorosas intrigas, había organizado su vida de manera bastante hábil, obedeciendo á ese poderoso instinto de conservación, que lleva al hombre á defender inconscientemente las situaciones que son de su agrado.

Así, pues, pasados los primeros días, lue-

go de su encuentro con Josefina, días que se pasaron en la consiguiente agitación que le produjo la mudanza de la joven y su definitiva instalación en la casita del Reducto, había reglamentado sus entrevistas efectuándolas casi siempre de mañana, hora en que Matilde gustaba dormir, y que él dedicaba á ejercicios físicos cuando no á la continuación de su obra, asaz abandonada por cierto.

Sus visitas eran diarias y duraban siempre más de dos horas, durante las cuales charlaba con la joven sobre variados temas, prefiriendo aquellos que se relacionaban con el niño próximo á nacer, fundando en aquel fruto de su amor las más nobles esperanzas, discutiendo de antemano el parecido que tendría con él ó con ella, y proyectando sobre su educación física y moral, que se proponía hacer completa.

Todo marchaba perfectamente.

Josefina, más que contenta con su suerte, no vivía sinó para Rodolfo, alimentada por una sola idea, la de agradarlo, adivinando sus menores deseos para satisfacerlos en el acto, sin exigir nada en cambio.

Jamás le hablaba de su situación actual. Lo sabía unido á Matilde Rolán, á aquella

especie de Diosa que ella había decorado un dia con sus propias manos para que fuera á deslumbrar á su amante, y se sometía resignada, convencida de la inutilidad de la lucha, y, lo que es más, explicándose perfectamente su derrota.

¿Podía ella pretender, acaso, la absorción absoluta de aquel hombre superior que tenía derecho á ser querido por todas?

El era el amo, el que podía mandar, exigir, imprimir cualquier dirección en su destino, hasta disponer de su existencia, que á ella no le tocaba sinó obedecer, seguir gozosa sus pasos, admirando sus triunfos y velando por él como un genío tutelar, aunque no recogiera luego, en compensación de sus desvelos, más que la compasiva ternura de su amante. ¿Acaso otro hubiese vuelto, hubiese acudido inmediatamente á su llamado estando en la situación de Rodolfo? Ciertamente que nó, y solo un corazón bueno y generoso, una alma grande como la de aquel hombre podía haberle sugerido un paso semejante, corriendo á reparar en lo posible el daño que, sin saberlo, había ocasionado.

No había alteración en el amor de Josefina, era el mismo que sintió desde el pri-

mer instante, rendido á discreción, sometido en absoluto al imperio de su dueño. En ciertos momentos de emoción temblaba en su presencia, y cuando él tendía los brazos para envolverla en una caricia, se arrollaba toda, agobiaba la linda cabecita rubia entre los hombros y se acercaba á él como buscando un refugio en su seno.

Nacida para obedecer, su felicidad consistía en que le ordenase el sér querido é interpretar bien su voluntad infalible.

Era la virtuosa mujer de su casa, cuyo mundo se reducía al hogar, adorando al amo cuando este se dignaba venir á reposar en él las fatigas de la lucha; pero sin atreverse á seguirlo, ni aùn con el espíritu, una vez que franqueaba el dintel de su puerta ¿Se había ido? Pues luego pensaba en organizarlo todo de la mejor manera posíble para aguardar su vuelta.

Como casi todo el que ha sido muy castigado por el destino, valorizaba su bienestar, saboreaba su dicha real, sin buscarla mayor en la vaguedad de ambiciosos ensueños, y comparando sin quererlo los mil ejemplos de la vida, tenía la rareza de conformarse con su suerte. Era feliz.

Debido á su delicadísimo estado, sus nue-

vas relaciones con Rodolfo se limitaron á cordiales y sabrosas pláticas, salpicadas de alguna que otra honesta caricia, pero sin llegar jamás á las últimas consecuencias del amor. A sus venturas uníase el candor, la pureza, la ausencia de pasión. Su vida era un lago sereno oculto misteriosamente y alumbrado por la luna.

Este término medio de sus relaciones agradaba á Valmar. Veía en él cierta disculpa á sus actos. De esa manera estos no dejaban de ser honrados, puesto que se limitaban al cumplimiento extricto de sus deberes morales, para con una mujer que tenía derecho á su amparo.

Era un acomodo perfecto en el que encontraba amplios justificativos, hasta para su silencio ¿A qué hablar? ¿Por qué exponerse á producir un daño inmenso, cuando era tan fácil guardar el secreto del cumplimiento de aquel deber inocente?

Y el silencio se guardó; pero su conciencia no quedaba en paz de ninguna manera.

Aún no hacía quince días que Rodolfo había instalado á su Aurora, como seguía llamándola, con doble razón desde que la veía solo de mañana, cuando la joven empezó á dar inequívocas señales de próximo

alumbramiento. Previendo, pues, una posible sorpresa y queriendo evitar que fuese á hallarse sola en tan apurado trance, le consintió que llamase á su hermana Enriqueta y dispuso la manera como se le había de avisar para acudir con tiempo.

Estaba nervioso. Por más esfuerzos que hacía, no lograba quedar tranquilo un solo instante y se pasaba todo el día caminando de un punto á otro, sentándose un momento sobre las mesas ó en los respaldos de las sillas, para volver de nuevo á caminar con ímpetu, haciendo grandes gestos, mezándose el cabello, fumando sin interrupción cigarrillos de papel, y, finalmente, inhabilitado para atender una conversación seguida sobre el más insignificante de los temas.

Por fin, el día llegó. Rodolfo había estado por la mañana, como de costumbre, en casa de Josefina, y había oído la opinión del médico que aseguraba que no pasaría la noche sin dar á luz el esperado hijo. Con tal motivo la comedia del amigo enfermo se había renovado, y Matilde, siempre crédula, después de condolerse mucho y tras largas recomendaciones de que cuidase de su persona lo había dejado partir.

Pero sin embargo de esto y de la actividad desplegada por Valmar para encontrarse en su puesto en el momento oportuno, cuando llegó á casa de Josefina ya el nuevo sér había nacido.

Rodolfo á la vista de su hijo sintió que la paternidad se despertaba en él de un modo extraordinario.

Se encontró como deslumbrado al palpar la vida, aquella vida fundida en la fragua de su amor. Y aquel amor le pareció santo puesto que su resultado era la vida.

Vivir para amar, y amar para hacer vivir. Tal fué la síntesis de su pensamiento.

Y englobando sus ideas, no reconocía otro fin inmediato á la existencia, que continuarla, perfeccionándola, para que no pudiera interrumpirse su marcha triunfal, antes de llegar á la misteriosa meta que el destino señala en el fondo de los siglos.

Alocado, dichoso, al encontrarse ante aquel problema resuelto, no sabía á quién agradecerlo más, á quién demostrarle materialmente su contento; si al nuevo sér que era algo de sí mismo y que á los piés de la cama yacía soñoliento, ó á la que lo había llevado valientemente en su seno, salvando las asperezas del camino, para ofre-

cérselo como inestimable ofrenda de amor.
Todo lo examinaba con curiosidad: la madre, el niño, la primorosa ropita que este último vestía, obra toda ella de las hábiles manos de Josefina. Aquellos trapos, sobre todo, que antes no llamaron su atención, ahora le recordaban que ella los había confeccionado en los peores momentos de su vida, demostrando en eso el delicado afecto maternal de su tierno corazoncito que, en medio de la espantosa borrasca de sus desgracias, había conservado la fé profunda y salvadora en su destino.

Toda la noche lo pasó Rodolfo compartiendo sus solícitos cuidados entre Josefina y el niño. Á pesar de la presencia de Enriqueta y de la vieja criada, que no había querido acostarse, él se empeñaba en alimentar á la madre y en acunar al niño para que cesase en sus constantes chillidos.

Josefina lo veía ir y venir, satisfecho, alborozado, revelando su felicidad en el brillo de sus ojos y en la expresión radiante de su fisonomía, y aquella situación le parecía increíble. Cerraba los ojos al dulce arrullo de su dicha, y luego tenía miedo de abrirlos por no despertar de tan hermoso sueño.

Valmar, impulsado por su orgullo de padre, hubiese deseado comunicar á todo el mundo la fausta nueva, y cuando á la mañana siguiente llegó á su casa, poco le faltó para perderlo todo anunciándole el suceso á la misma Matilde.

Sin embargo, por encima de su natural é impetuosa expansión, dominó el instinto, y, cuando la joven le preguntó, con extrañeza de verlo tan alegre, por la salud de su amigo, acertó á contestar que el médico había creído necesario hacer una operación y que habiéndose efectuado ésta, con éxito lisongero, creía fuera de peligro la vida del enfermo.

Así, pués, cuando á la tarde, después de haber reposado las fatigas de aquella noche de emociones, pudo verse con Felipe, se apresuró á comunicarle la fausta nueva.

—¡Tengo un hijo!—exclamó, apenas hubo entrado su amigo al cuarto donde se vestía.

—¿Un hijo?—interrogó Felipe estupefacto—¿Y con quién?

—Con Josefina, con la Josefina que tú pretendías casada ó ligada al almacenero!—contestó Rodolfo, como envolviendo un reproche en sus palabras.

—¡Diablo!..... pero..... no hables tan fuerte, mira que las paredes tienen oídos! —exclamó Mont, ya vuelto en sí, y dominado por su habitual prudencia.—Vamos á ver, vamos á ver, cuéntame eso!—Agregó después de cerciorarse que no podían ser oídos, interesado por la aventura, y más aún por la circunstancia del secreto que Rodolfo había guardado hasta allí.

—Oh, es muy largo, tenemos mucho que hablar al respecto.—Contestó Valmar concluyendo de abrocharse el chaleco.

—Dite, dite ¿come fu?—Tarareó Felipe alegremente. Pero como su amigo había concluído de vestirse y hacía mucho frío, resolvieron salir á dar una caminata, narrando Rodolfo en el trayecto, la parte de aquella historia que su confidente y camarada ignoraba.

Era una tarde fría, pero serena. El invierno se despedía con rigor, queriendo sin duda dejar recuerdo de su paso. Los dos amigos, siguiendo la inveterada costumbre de todo buen montevideano, entraron en la calle 18 de Julio subiendo en dirección de la plaza Cagancha. Era la hora del paseo, la elegida por las familias para salir á quitarse el frío, desafiándolo audazmente, á cuer-

po gentil. Las niñas con sus bien cortados trajecitos, luciendo la esbeltez de sus talles cimbreando sobre las redondas caderas, cruzaban con paso rápido, charlando alegres y vivaces, haciendo sonar sus empinados taquitos sobre la enlosada calle, y ostentando su exuberante belleza que derramaban pródigas de gracia y seducción, mientras en pos de ellas, absortos, embobados en su contemplación, deslumbrados por aquella hermosa falange de ilusiones alcanzables, seguían los galanes repartiendo saludos y mendigando sonrisas.

Las veredas estaban atestadas. Parecía que la ciudad vieja se desagotaba por aquella gran arteria. Era una turba de empleados que volvían de sus tareas discutiendo, comentando y haciendo proyectos para la noche. Los había de todas categorías, desde simples escribientes de Aduana y de Correos, hasta magistrados de abultado vientre y ministros seguidos de una escolta de aduladores. Era la hora en que todas las oficinas lanzan á la calle su aburrida gente, ansiosa de libertad. El público caminaba compacto, en maciza columna, de uno al otro extremo de la calle, y cuando se volvía la vista hacia abajo, se le veía unirse

buscando el mismo sendero, para cruzar la gran plaza Independencia en toda su dilatada extensión de descampado, hasta desaparecer extrechado en las angosturas de la calle Sarandí.

Los tren-vias cargados hasta el tope, subían la cuesta con dificultad, arrastrados por extenuados jamelgos que patinaban jadeantes sobre los desgastados adoquines, y caracoleando entre carros y carruajes, poniendo en constante zozobra á los vendedores ambulantes que circulaban por el medio de la calle, pasaban rápidas, veloces y silenciosas como fantasmas, las ligeras bicicletas.

En aquella hora, la calle 18 era la médula de nuestro organismo, el punto donde se iba reconcentrando casi toda la vida de la ciudad, donde se agrupaban y bullían tumultuosas todas las actividades, todas las pasiones, contrariadas ó felices, humildes ó grandes, que alientan á la sociedad para llevarla á su destino.

Los amigos, deseando poder hablar con libertad de sus asuntos, abandonaron aquel centro de bullicio y bajando por Rio Negro llegaron á la estación del Ferro-carril Central.

Allí el espectáculo era distinto aunque no exento de animación.

Caía la tarde. La bahía, serena á aquella altura, como un lago, presentaba su superficie tranquila, bruñida como espejo gigantesco que retrataba los colores del cielo. A la izquierda, el Montevideo viejo se agrupaba en confuso hacinamiento, no dejando sobresalir más que los campanarios de sus iglesias, dominados por las dos torres gemelas de la matriz. Abajo, casi sobre el agua, la aduana y la Universidad, recibiendo de lleno los rayos del sol poniente, despedían chispas por cada una de sus ventanas, como si estuviesen incendiados. Y de los muellos, atestados de bultos y rodeados de lanchas y vaporcitos que descargaban sus bodegas por intermedio de enormes grúas rechinantes, se desprendían multitud de pequeños botes con pasageros. A la derecha, después de los dilatados arenales de Capurro, estériles y desiertos, se alzaba el Cerro sombrío y solitario, con sus orillas cubiertas de saladeros y barracas y su ruinosa fortaleza sosteniendo el viejo faro, aislado en la cumbre. Hacia el sud, la calle Río Negro escalaba en línea recta la cuchilla, cubriéndose paulatinamente de sombras,

hasta desaparecer cortada de pronto por la calle 18, donde aun continuaba sin interrupción el movimiento. A lo lejos, balanceándose magestuosos en la gran rada, y vistos á través de un bosque de mástiles pelados, los vapores de ultramar y de las estaciones navales, se alineaban en calle para dejar libre el paso del canal. Y en la orilla, por el plano inclinado de la barranca, las carretillas de mulas salían relucientes del agua, cargadas hasta el tope de carbón recogido en las negras chatas.

En la estación del ferro-carril, algunas máquinas hacían maniobras, bufando ruidosas, anunciándose con estridentes silvidos y corriendo veloces luego, coronadas por blancos penachos de humo. En los depósitos, las pandillas afanosas por concluir la tarea, descargaban los enormes wagones repletos de lana, de cereales ó de cueros que contados á grandes voces se iban agrupando en altas pilas. Era toda una falange de gañanes robustos, musculosos y bien plantados que sudaban jadeantes á pesar del frío y que el sol poniente teñía de sangrientos reflejos.

Pero ya era hora de cesar el trabajo. El día se iba rápido, y mientras en el puerto

los vaporcitos buscaban sus fondeaderos, en la estación los guardas cerraban los depósitos y los obreros se iban alejando paulatinamente.

En la capitanía y en los buques de guerra, las banderas y gallardetes cayendo mustias sobre las astas, parecían llorar muertas de frío para que las sacasen de su penitencia, y á lo lejos, coloreando la superficie del mar, el sol se hundía entre tenues encajes color de rosa.

Felipe y Rodolfo, que seducidos por el panorama se habían detenido un instante á contemplarlo interrumpiendo su interesante charla, volvieron á caminar aprisa, auyentados por el frío. Ansiosos de soledad, cruzaron la linea férrea y se hallaron de pronto en los terraplenes de la Aguada.

La conversación se había reanudado, y Rodolfo con su vehemencia habitual, termínaba el cuento de sus recientes aventuras.

—No te puedes imajinar, hermano, lo que se siente al tener un hijo,—decía, vivamente emocionado por la recordación de los sucesos.

—No, seguramente que no me lo puedo imajinar, contestó Mont con su sempiterna burlonería, que, en el caso aquel era estu-

diada, con el objeto de destruir hasta donde fuera posible, la peligrosa trascendencia que su amigo daba á los hechos.

—Cállate! Siempre has de hacer burla de todo. No hay forma de curarte ese excepticismo crónico que todo lo envenena.

—¿Ó que todo lo endulza?—Replicó Mont mirando fijamente á su amigo.

—Como quieras, no sé; pero de cualquier modo es una dulzura helada, una dulzura de muerte. Siquiera el que se apasiona, el que cree... siente, palpita, vive, en una palabra! Yo no podría tocar nada con tu manera de pensar. Todo me repugnaría. No habría cosa en el mundo que para mí valiese la pena de desearla,—contestó Valmar visiblemente emocionado.

—Pero ¡desgraciado! tú sufres, te aniquilas, con ese sentimentalismo atroz,—observó Mont con su calma reflexiva.—Todo lo exageras de una manera bárbara,—continuó,—vives como borracho de opio, viendo un mundo en cada nuez. Tú estás apasionado de Matilde, la quieres como ella se lo merece, por sus sobresalientes cualidades; ¡y porque te resulta un hijo de una aventura que has tenido con una muchachuela, á quien solo tienes compasión, estás á punto de volverte

loco! A ese paso, á fuerza de sentir de esa manera, vas á concluir por ser insensible, pues todo te producirá el mismo efecto.— Y Felipe, con su lógica pesada, parecía el acha de los discursos de su amigo.

Pero éste insistía con el mismo entusiasmo.

—Un hijo, de cualquier mujer que se tenga, es un triunfo para la vida, es una misión cumplida, es una creación! Imajínatela luego modelada, dirigida, conformada á cierta perfección que se anhela. Imagínatela por fin resuelta, concluída, dando ópimos frutos, y dime si es posible ambicionar mayor gloria, sentir mayor satisfacción.......
.... Y si admites eso ¿cómo quieres que se olvide á la que colaboró en la obra, á la que verdaderamente dió el fruto, soportando en su seno amoroso las misteriosas evoluciones de la vida?...

—De acuerdo... de acuerdo! Pero convén conmigo en que el hecho es vulgar, y que para producir todos esos fenómenos, es necesario que medien ciertas circunstancias salientes, como sería, por ejemplo, tu amor por Matilde. Pero así no más, con cualquiera, me parece nivelado por demás. ¿Qué

te sucedería si mañana llegases á tener otro bebé con tu mujer?

—Me enloquecería, sería el cumplimiento de mis aspiraciones más inmediatas; pero eso no impide que me entusiasme ahora con éste que es el primero y que esa pobre niña ha sabido salvar por entre los horrores de la miseria y venir á brindármelo como una ofrenda. Además, el labrador ama siempre la tierra que es fecunda!

Felipe se encogió de hombros. Para él, que buscaba tan solo la belleza del panorama, era indiferente la composición del terreno. Aquellas palabras de su amigo no pasaban de una fantasía, una locura de perfecciones, de vidas soñadas, una idealidad imposible, erguida como un monolito en medio de las chaturas reales de lo existente, de lo que él comprendía y veía á cada paso. Su pensamiento no lograba conformarse al de su amigo y le parecía que á pesar de sentirse sacudido, como si vibrase algo en su interior cuando hablaba Rodolfo, éste se iba á volver loco ó á estrellarse en alguna aventura desastrosa para su porvenir. Quería á su amigo y la imposibilidad en que se veía para manejar su pensamiento y su sensibilidad, como había mane-

jado su vida', lo entristecía profundamente.

—¿Y Matilde?—interrogó de pronto—¿No se dá cuenta de nada?

—No, absolutamente,—contestó Rodolfo.

—¿Te has fijado bién?—insistió su amigo.

—Oh! te lo aseguro. Me fijo todos los días. Además, me pasa una cosa curiosa, la quiero más cada día, me siento á cada instante, cuando estoy á su lado, con impulsos de acariciarla, de mimarla..... Es como una especie de compensación inconsciente.... He pensado decírselo; pero.... no me atrevo.

—¿Decírselo?—exclamó Felipe deteniéndose—¿Pero te has vuelto loco del todo?... Por nuestra amistad, por tu hijo te pido que no quieras poner en práctica semejante teoría!......¡Qué horror! Pues buena la habríamos hecho!..... Mira, si en algo aprecias el amor de tu mujer y mi amistad, no vayas á cometer semejante disparate.

—¡No, hombre, no, si no lo voy á hacer! Solo te he dicho que pensé en ello. Por que, á la verdad, me repugna este papel que estoy desempeñando. Bien sabes que mi carácter no se ajusta á la doblez ni al engaño,—dijo Rodolfo con acento contra-

riado, casi sombrío. — Sin embargo, — añadió, — la situación es muy vidriosa. Forzosamente Matilde lo sabrá algún día, y no sé qué sería mejor: que lo sepa por mi conducto, como una confesión noble y sincera ó que sorprenda la noticia extrajudicialmente, quedando yo como un traidor miserable, como un vulgar corredor de mujeres, sin respeto ninguno á los superiores vínculos que á ella me unen.

— Ya se proveerá, ya se proveerá, — dijo Felipe meditando. — Por lo pronto, lo que conviene es callar, pues cualquier imprudencia podía echarlo todo á perder. Me parece que has hecho bien de contarme las cosas. Vamos á ver si te saco en ancas.

La pregunta de Felipe, había producido un brusco cambio en el ánimo de su amigo, recordándole el reverso de la medalla de su dicha. De alegre y animoso que estaba, quedó de pronto triste y abatido.

En efecto, aquel era el punto negro de su situación, la profunda angustia que acechaba en el fondo de sus actuales alegrías, y que crecía rápidamente, cada vez que su pensamiento se encaminaba á tales meditaciones

Los jóvenes habían llegado á lo alto de

la barranca próxima á la Iglesia de la Aguada.

Desde allí el panorama se dilataba. Montevideo aparecía extendido ampliamente sobre la cuchilla, y las luces de sus calles rectas, repentinamente encendidas, semejaban una red de cintas brillantes que para adornarse había echado, sobre sus espaldas. En el puerto, los barcos empezaban á izar sus fanales de colores, ya en la proa ó en lo alto de sus finos mástiles, y el faro del Cerro, girando incansable, dejaba ver su luz amarilla con intermitencias regulares, destacándose en la palidez cambiante del cielo, recièn abandonado por el sol. Abajo, la Avenida Rondeau y la calle Queguay, lucían silenciosas la interminable hilera de sus globitos eléctricos, y mientras de los cuadrados inundados de agua subía el concierto plañidero y monótono de las ranas, de la calle Agraciada llegaba un sonoro rumor de vida y movimiento.

Rodolfo impresionado por el género de ideas que embargaba su espíritu, paseó su vista por aquel panorama y recordó que lo había contemplado ya, con el mismo Felipe, en una de sus primeras salidas, cuando aún era absolutamente desconocido y sus ambi-

ciones se limitaban á la modesta confección de un libro. Qué lejos estaba entonces de pensar en la rapidez de sus victorias, en el éxito que lo rodeaba ahora, colocándolo en primera fila en aquella ciudad donde formaba hasta hace poco de los últimos, ignorado, como un extrangero. Y ahora que lo había conquistado todo al amparo de su suerte ¿por qué no estaba tranquilo? ¿Por qué no gozaba feliz de aquella vida soñada, donde había entrado como en triunfo? ¿Por qué aquella ansiedad, aquel temor constante de nublar su buena estrella, aquel miedo inconsciente de provocar una catástrofe?

—Ah! Malditas fórmulas que no le permitían hablar, que le impedían departir con Matilde sobre aquel mismo tema, convirtiéndola, además de su papel de amante, en la confidente de todos los actos de su vida! ¿Acaso su mujer no era suficientemente inteligente para comprenderlo? ¿No vería bien claro su situación y la clase de afecto que lo impulsaba hacia Josefina? ¿Qué vida de encantos sin posibles penas, sería aquella donde tal sueño pudiese ser realizable?—Pero como contestación á tales fantasías de su espíritu, una voz inter-

na, un instinto misterioso y secreto, lo advertía de la falsedad de sus ideas.

—¿Será posible entonces que yo no pueda ser dichoso en la vida, sinó paseando mi felicidad por la orilla de un abismo?—exclamó en un arranque de impetuoso desaliento.

—Ya se proveerá, ya se proveerá,—volvió á decir Felipe calmosamente, como el resultado dé su breve meditación que, lejos de elevarse á regiones abstractas, se había limitado á calcular el dinero que se necesitaría para que los viejos Belloni hiciesen un viaje á Europa llevándose á su hija Josefina. Y como en su larga gira, sin fin propuesto, se había ido rápido el tiempo, los amigos tomaron un tren hasta enfrentar el palacete de la calle Convención, donde penetraron por el lujoso zaguán, mientras Rodolfo oprimía confiado y silencioso la mano de su amigo.



CAPÍTULO VI

Un año después, el último domingo de Agosto, la calle de la Agraciada en las inmediaciones del Paso del Molino, presentaba un aspecto animador, ruidoso y brillante.

El gobierno había ofrecido un asado con cuero al ejército, satisfecho de su corrección en la parada efectuada con motivo de las fiestas patrias.

El vivac se realizó en el Prado, sobre las orillas del Miguelete y era la hora en que la tropa, después de levantar campamento, volvía á sus respectivos cuarteles, seguida de una turba inmensa, que marchaba al compás de sus marciales fanfarras.

Rompía la marcha el jefe de Estado Mayor General con sus ayudantes y ordenanzas, seguidos de una pequeña escolta. Era aquel un grupo llamativo, montado en hermosos caballos de pelo reluciente y ostentando uniformes y arneses cubiertos de dorados que despedían chispas al ser heridos por el sol. Enseguida y haciendo contraste con los primeros por la severa sencillez de sus uniformes obscuros, los cadetes de la Academia Militar marchaban con porte airoso, ocupando su puesto de honor á la cabeza de la columna. Luego venía la Artillería Ligera con sus vistosos uniformes galoneados de punzó, resaltando sobre la blancura de sus caballos, y arrastrando en pos sus acerados cañones, al son plañidero de las trompas. Y después seguía la infantería, uniforme, compacta, escrupulosamente alineada y semejante á una inmensa culebra cubierta de relucientes escamas de plata.

La tarde era serena y hermosa, una de esas inimitables tardes de nuestros fines de invierno, y Montevideo entero había salido á gozarla, vivaqueando con los soldados y dándose un baño de sol al aire libre. Como era una fiesta militar, todo el mundo seguía á las tropas, marchando con ellas semi

confundidos, en alegre consorcio, excitados por la música y por las vibraciones de la atmósfera, que hacía circular comunicativamente los arrebatos de la multitud. Eran hombres y mujeres, viejos y niños, criollos y de todas las nacionalidades, pero estos últimos, tan contentos como si solemnizasen una fiesta de la propia patria. Se oían canciones en todos los tonos y todos los idiomas. Mientras unos seguían, con voces destempladas y enronquecidas, el compás de las bandas militares, otros ensayaban alternativamentes milongas, payadas y demás cantos nacionales. Mientras aquí, un grupo de italianos hacía oír la popular Pinotta ó entonaba á coro el himno de Garibaldi, más allá se canturreaban malagueñas ó peteneras con acompañamiento de guitarra. Tan pronto se oía un aire triste, aprendido allá en su tierra por lugareños montañeses, como resonaban entusiastas algunos arrebatadores compases de la Marsellesa. Era una masa heterogénea, cosmopolita, venida de todos los puntos del globo, y, sin embargo, todos se creían en su casa, la vida les sonreía, se encontraban bien bajo aquel sol de libertad.

Unos y otros formaban un conjunto exci-

tante, algo como un regreso triunfal que hacía vibrar el aire con sonoridades de estruendo.

Y en medio de aquel atronador concierto, mezcla de música y de ruido, de pisadas cadenciosas y gritos vibrantes, alternando con el fragoroso redoble de los tambores y el agudo sonido de las cornetas, hería la vista el abigarrado color de los uniformes, las charrateras verdes y los pompones rojos de los soldados, el brillo acerado de las bruñidas bayonetas, y la nota cálida del oro de los galones y del reluciente bronce de los sonoros instrumentos.

Eran todos los colores del Iris expuestos al Sol, que parecía duplicar la viveza de sus rayos cuando pasaba alguna bandera de sedosos reflejos, desplegada al viento con fulgores brillantes.

Era toda una muchedumbre que se codeaba y se empujaba ansiosa, jadeante y cubierta de sudor, con manifiesto afán de avanzar, aunque sin conciencia del objeto de su prisa. Y mientras el pueblo nacional y extranjero confraternizaba así con el ejército, marchando revuelto entre fusiles y cañones á la conquista de su destino, las pintorescas quintas, perfumadas y tranqui-

las, parecían presenciar el desfile de aquel torrente desbordado, como risueños oasis de paz, luciendo á través de sus primorosas verjas, las floridas galas de su eterna primavera.

Pero el desfile no terminaba con el ejército. Más allá, á espaldas de la compacta columna, se apiñaban los carruajes cargados de familias, repletos de mujeres que también habían acudido á la llamativa fiesta, y volvían ahora enardecidas, palpitantes, deseando encontrarse en el torbellino de la multitud y dilatando las narices para aspirar el libre ambiente impregnado de aromas.

Era otro ejército de vehículos de todas calidades y hechuras. Los había ricos y elegantes, antiguos y ruinosos; brillando los unos como ascuas y arrastrados por briosos caballos de selecta casta; miserables armatostes los otros, aprovechados por sus dueños, cargados hasta el tope y tirados por soñolientos matungos que inspiraban lástima. Había de todo, en armonía con todos los bolsillos y los gustos. Desde el lujoso landeau de ocho resortes, con el correcto cochero fijo en su pescante y orgulloso de su librea, hasta el infi-

mo y descascarado break de alquiler, con su característico auriga de gruesa naríz enrojecida por el abuso de los alcoholes, todas las categorías figuraban allí en revoltosa confusión, siguiéndose siempre, en largas, interminables hileras, repartiéndose por calles y avenidas hasta la misma salida del Prado, donde los más rezagados, desesperando de poder continuar la marcha, rompían filas cortando por alguna callejuela desocupada.

El Prado se había desagotado como por encanto. Atrás de las tropas, atraída por sus músicas marciales, la enorme masa del pueblo había seguido como una avalancha, y nuestro pequeño aunque pintoresco paseo, recobraba de pronto su habitual quietud. El bullicio de los hombres, sus gritos y sus cantos, como así el eco de sus músicas vibrantes, se extinguía á lo lejos, reemplazado por el suave concierto de las hojas que entonaban los árboles, reverenciándose ceremoniosamente al cadencioso impulso de la brisa, mientras los pájaros, repuestos de su sorpresa, se comunicaban alegremente sus impresiones, revoloteando entre el menudo polvo que aún alcanzaba á dorar el sol.

El exceso, la fiebre, habían concluído, y la naturaleza, con desprecio hacia aquella tumultuosidad transitoria que la había invadido, se extremecía ante los misteriosos anuncios del próximo despertar de su vida tranquila, vigorosa y eterna.

Gozando del contraste hermoso de aquella quietud, despues de tanta algazara y de estruendo tanto, quedaban aún algunas familias discurriendo por las amplias avenidas y deleitándose con el rodar tranquilo de la tarde.

En uno de los grupos que aún permanecían paseando junto al hotel, figuraban Matilde Rolan y Sofía Hostwald, acompañadas de sus respectivos maridos que las seguían gravemente, á la distancia. Hacía ya cerca de media hora que los dos matrimonios habían reanudado su paseo, bajo la arboleda pintoresca y rumorosa del antiguo parque; pero aunque en apariencia iban gozosos y tranquilos, en el fondo parecía ocurrir algo extraordinario.

Rodolfo Valmar, sobre todo, estaba inquieto. Aquella larga conversación de su mujer con Sofía Hostwald, lo tenía impaciente, sin concluir de precisar el por qué; pero sí

presintiéndolo vagamente, como una simple sensación, sin fundamento razonado.

Su atención estaba, pues, reconcentrada en la pareja que marchaba á su frente, desatendiendo á su compañero para obtener descubrir el asunto que ocupaba á su mujer y á Sofía. Llevado de sus impresiones, fué poco á poco abstrayéndose, ensimismado en su propio pensamiento, y olvidando del todo al señor Hostwald, que en aquel instante se había engolfado en sendas cuestiones bursátiles, que eran su tema favorito, empezó á pensar en las provocaciones de aquella Sofía y en la conversación que con ella acababa de tener hacía un momento.

En efecto, desde el día de su presentación hasta ese instante, Sofía Hostwald le había hecho toda clase de manifestaciones, tanto privada como públicamente, con el propósito de robárselo á Matilde, ansiosa por triunfar de aquella rival espléndida que siempre descollaba más alto, como un astro de superior magnitud.

Sofía, desde que comprendió que Matilde había dejado sorprender su corazón por aquel joven soñador que apareció de pronto en su camino, había tratado de arrebatárselo. Con

ese objeto fué que preparó, en su quinta del Miguelete, una hermosa fiesta donde poder exhibírsele. Allí le había ofrecido la flor que simboliza mayor pasión, arrancándola espro-profeso de su pecho palpitante y cálido; pero él, absorbido por Matilde, la había admitido con fría reserva, oyendo la voz de aquel otro amor más puro y elevado que guiaba su alma. Vencida en aquel instante, pero no desalentada, lo había dejado ir, herida en su amor propio de mujer y preparando con ardor su futura revancha. Luego había esperado con calma, aplazando la ejecución de sus planes para después del matrimonio de su rival, de aquella rival que, tan luego en su propia casa, empleando el excenario tan habilmente preparado por ella, había sellado el dulce pacto de amor que llenó de flores y de luces, el hasta entonces árido y sombrío camino de su vida.

No bien, pues, empezaron las fiestas semanales en el palacio de los Rolán, Sofía fué una de las más asíduas concurrentes, tratando de mostrarse en todo su brillo y sin ocultar á nadie sus ambiciones de ser soberana. Pero allí también habían fallado sus propósitos, pues aunque cada día eran más numerosos sus triunfos entre la ge-

neralidad de los hombres, no conseguía sobreponerse á Matilde, ni aún robarle, siquiera por un instante, aquel marido apasionado que parecía helarse en presencia de sus encantos. Su desesperante envidia creció, y aquello que apenas comenzara en capricho, se trocó bien pronto en pasión desenfrenada, en un deseo violento de ver á aquel hombre rebelde, rendido á sus plantas. No hubo medio que no intentase. Desde las más finas coqueterías, habilmente esgrimidas en todo género de reuniones y paseos, hasta las groseras tentaciones de la carne, ofrecidas en mil oportunidades distintas con manifiesta ostentación, todo lo había hecho, en su anhelo por triunfar, gastando todas sus armas en aquella lucha estéril, sin alcanzar jamás la menor ventaja. Tanto fracaso, tanto humillante desaire, había concluído por desesperarla del triunfo induciéndola á la venganza, y había amenazado.

Aquella tarde mismo, mientras el señor Hostwal saludaba á Matilde, ella había tomado el brazo de Rodolfo invitándolo á pasear por entre la multitud, y como éste viese que su esposa los seguía, acompañada por el señor Hostwald, se dejó conducir

por aquella apasionada mujer, que de todos modos no conseguía más que halagar su vanidad de hombre afortunado y servirle de curioso estudio.

Caminaban íntimamente unidos, rozando sus cuerpos, que á cada instante prensaba la concurrencia en súbitas aglomeraciones; pero mientras que ella se afanaba más y más por sacar partido de aquellos momentos, poniendo en juego todas las gracias de su espíritu y de su cuerpo, y ofreciendo darse con generosa espontaneidad, Rodolfo continuaba frío, encastillado en su galante reserva y sin ceder un ápice á las amorosas pretensiones de su compañera.

Bien pronto, entre aquella bataola infernal de gente que marchaba de un lado para otro, recorriendo los fogones de los soldados, las dos parejas se habían dividido, y mientras Matilde, molestada por los empellones del populacho, invitaba al señor Hostwal á volverse hacia el hotel, Sofía arrastrada á su compañero hacia adelante, excitada por el tumulto y sintiendo despertar en ella una ansia ardiente de dominar el corazón de aquel hombre.

—A usted lo pierde esa extraordinaria inclinación por el mundo femenino,—le ha-

bía dicho Sofía, deseando que tal cualidad convergiese toda hacia ella.

—¿Por qué?—había contestado Rodolfo extrañando semejante salida.

—¿Por qué?.... ¡Miren que inocente!.... Pues porque todo se sabe, amiguito!—y al decir esto, la joven había hecho un gracioso gesto amenazador, que Rodolfo comprendió azorado y sin saber que contestar á tan escabroso tema.

Sin embargo, el efecto fué contraproducente para Sofía, pues, Valmar, alarmado por el giro de aquella conversación, ya en más de una oportunidad iniciada, so pretexto de buscar á su mujer, quiso volver sobre sus pasos, manifestando claramente su frialdad.

Ella deseaba seguir, sentía haber sorprendido el lado vulnerable y no quería soltar su presa. Pero él, en cambio, comprendiendo aquella especie de complicidad á la que Sofía quería arrastrarlo, ligándolo así por medio de algún vínculo cualquiera, se esforzaba por cortar el *tète á tète* que con ella mantenía.

La lucha fué breve, pero terminante. Rodolfo había llegado á ser grosero en su empeño de volverse, y entonces Sofía le

había dicho secamente, extremecida de ira al constatar aquel último y sangriento desprecio á la oferta de su amor y sus encantos:—Está bien, volvamos!—Y en la mirada, antes amorosa y dulce que animaba el cielo de sus ojos, brilló un relámpago de odio y una promesa de venganza.

Desde allí no hablaron más, y cuando encontraron á Matilde, ésta pudo darse facilmente cuenta de lo que había ocurrido; pero sin alcanzar á comprender las angustias que revelaba el semblante de Rodolfo.

Más tarde, cuando la concurrencia se había retirado en su gran mayoría, Sofía, que no lograba estar quieta, propuso volver á pasear, y uniéndose á Matilde, salieron de nuevo seguidas de sus respectivos maridos, por las ya entonces accesibles avenidas.

Resuelta á la venganza, despechada por los desaires de Rodolfo y humillada por el triunfo de aquella rival eternamente victoriosa, Sofía concertó verter la hiel que rebosaba en su alma, en la copa desbordante de la felicidad de Matilde. Conocía con todos sus detalles las relaciones de Josefina con Valmar y se dispuso á enterar oficiosamente de aquel engaño á la esposa de este último.

Bajo la apariencia de una confidencia amistosa, al simple objeto de prevenirla y disponerla á que pusiera coto al proceder infiel de su marido, fué narrando toda la historia de las relaciones de éste con Josefina, intercalando provechosas alteraciones, vertiendo el veneno á pequeñas dosis y gozando en la contemplación de sus estragos.

Entre tanto, Rodolfo, al arrullo de la monótona conversación del bolsista, torturaba su mente para descifrar el sentido de las palabras de Sofía, en la imposibilidad de creer que ellas tuviesen tanto alcance. — A usted lo pierde el mundo femenino, ¿Qué mundo femenino? — pensaba, — Puesto que la desprecio á ella ¿á quien se refiere? — y la contestación que surgía de esta pregunta, lo hacía extremecer.—Todo se sabe, todo se sabe, — repetía el joven recordando lo que ella había dicho. — Entonces ¿lo sabría todo? — y aterrorizado ante esta hipótesis, agravada por la amenaza y el deseo de venganza de aquella mujer despreciada, pensaba en Josefina, en su hijo, en aquel dulce hogar que tenía cuidadosamente escondido como un tesoro, para que su otro tesoro, su Matilde, no fuese à sufrir un mortal desengaño, ó bien á ne-

garle para siempre los favores de su amor. Y bajo el cielo puro de aquella tarde, oyendo el suave murmurar de las fuentes, uniendo su concierto al de los pájaros y las hojas, temblaba por su felicidad amenazada, pendiente tan sólo de la afilada lengua de una mujer vengativa.

De pronto, al notar la atención con que Matilde escuchaba las palabras de Sofía, la verdad se le ocurrió, y pensó que ésta ya podía estarle diciendo *todo*. Pero reaccionando, en un arranque de óbtima fé en su benévolo destino, exclamó en voz alta:

—¡No, no puede ser!

—¡Cómo, no puede ser!—contestó admirado el señor Hostwald, que le calculaba los resultados obtenidos en su última operación de bolsa, basada en una noticia falsa que había hecho circular.—Le garanto que mis beneficios de este mes pasan de cien mil pesos.

Y como Rodolfo lo mirase estúpidamente, aturdido y sin comprender el sentido de aquellas palabras, siguió su apología bursátil, obedeciendo á la fuerza de inercia de su espíritu que, una vez lanzado en aquel orden de ideas, ya no se podía detener. Pero su interlocutor le cortó de pronto la pa-

labra, so pretexto de que era muy tarde y convenía retirarse. No podía más, sentía la absoluta necesidad de ponerle término á la conversación que con caracter confidencial mantenían las dos mujeres que caminaban á su frente.

La despedida fué, sin embargo, cordial, y, cuando los dos matrimonios se separaron en busca de sus respectivos carruajes, tanto Matilde como Sofía continuaban hablándose á la distancia para hacerse mutuas protestas de amistad.

Una hora después, mientras Matilde se quitaba el sombrero frente al espejo de su tocador, Rodolfo, sumido en meditaciones extrañas, se sentaba solitario delante de su mesa de trabajo, tratando de adivinar lo que pudiera haber de verdad en el fondo de sus dudas.

Durante el rápido trayecto desde el Prado hasta su casa, Matilde no había manifestado nada de particular, y él, por consiguiente, se había limitado á estudiarla, á mirarla en el fondo de los ojos, pretendiendo leer su pensamiento, ansiando escudriñar lo que pasaba en el interior de aquella adorable y querida cabecita. Pero su investigación había sido inutil, y solo un mo-

mento en que había insistido demasiado, el rostro de Matilde tomó una indefinible expresión de candidez que parecía decirle: —Vive tranquilo, no se nada.—Y aquella expresión lo había helado de espanto, desistiendo de continuar sus angustiosas observaciones. Sin embargo, apenas refujiado en la soledad de su escritorio, volvió de nuevo á sus afanosas investigaciones, empezando poco á poco ó evolucionar en el orden de las ideas, hasta parecerle ridículos sus temores.

—En rigor, ¿á que viene toda esta congoja?—exclamó de pronto, respondiendo á su propio pensamiento.—La verdad es que no hay razón ninguna que justifique mis alarmas.—Y desechando los negros temores que lo habían asaltado, empezó á recordar los episodios de su vida en aquel último año.

Sus relaciones con Josefina durante ese período de tiempo se habían estrechado mucho más, y á pesar de sus tendencias á convertirla en una amiga dulce, que tenía el encargo de criar y cuidar á su hijo, las circunstancias lo habían arrojado imprescindiblemente en sus brazos, convirtiéndola de nuevo en apasionada amante, saboreada con todos los encantos de la novedad.

En un principio, cuando recién nació la criatura, toda su atención convergió hacia el impresionante fenómeno de la maternidad, y absorbido por la viveza de su ternura al hijo, pudo hacer abstracción de la mujer, preocupado tan sólo con la madre. Sus visitas, pues, en esa época, revestían el caracter más inocente y casto que se podía apetecer. Sus relaciones tenían algo de sagrado. El amor existía; pero un amor inmaterial, extraño, ageno por completo á sensualidad alguna, cerniéndose en regiones abstractas. Era el amor del grande al chico, del protector al protegido, del creador á su obra. Siguiendo sus deseos más recónditos, Rodolfo, vuelto ya de su sorpresa, hubiese talvez deseado la eliminación de Josefina como factor íntimo de su existencia. Pero al par de la voz egoísta que, alentada por su amor á Matilde, dejábase oír en ese sentido en el fondo de su pensamiento, toda la fuerza de su sentimentalidad exquisita lo impulsaba á prodigarle su ternura á la joven, como dádiva generosa hecha por la suprema opulencia á la suprema desventura. Aquella felicidad que procuraba á Josefina con su presencia, era una antítesis constante, una mezcla de luz y sombras, de dolores y ale-

grías. Era el placer de dar la felicidad y el pesar de que aquella felicidad lo tuviese á él por condición primera. Era la esclavitud partiendo de adentro. A la inversa del apasionamiento egoísta que lo arrastraba hacia Matilde, por la dicha que le pudiese ocasionar á él, se sentía arrastrado hacia Josefina por la felicidad que le procuraba á ella. De la primera lo tomaba todo, y á la segunda, todo se lo daba.

Sin embargo, está situación no había durado, y su conciencia, intranquila, pero satisfecha hasta entonces de la conducta que observaba, había entrado en un período de turbulencia, de agitación constante.

Rodolfo, durante varios meses después del nacimiento de su hijo, había continuado regularmente sus visitas matinales. Apenas llegaba á la quintita del Reducto, Josefina salía á recibirlo con su hijo, enseñando al pequeño infante que le tendiera los brazos, y mientras el padre, con su natural torpeza, lo cargaba un momento para acariciarlo, ella entraba en el alegre comedor de su casita para servirle el desayuno, que ya aguardaba humeando sobre la mesa. Generalmente, Rodolfo, despues de jugar un momento con el pe-

queño, se lo volvía á la madre dándole un casto beso sobre la frente, y luego, mientras tomaba el perfumado café que le habían servido, la conversación giraba invariablemente sobre las gracias del niño, ó sobre su estado de salud que casi siempre era perfecto. Variaba la monotonía de sus conversaciones, alguna novedad interesante, noticias sobre el estado de la obra de Rodolfo que ella pedía con interés, ó bien consideraciones sobre alguna novela que la joven leía en La Ilustración, como asi tambien, bordados y otros trabajos manuales que enseñaba orgullosa, como producto de sus ocios de obrera.

Otras veces, Rodolfo, después de tomar su café, se entretenía en recorrer la casa admirando la escrupulosa limpieza y buen orden que reinaba por doquier, hasta una vez que daban las diez en el reloj del comedor. Entonces, besaba de nuevo á la madre y al hijo y se marchaba feliz, convencido de haber cumplido sus deberes que en aquella forma le resultaban gratos.

Pero semejante vida no pudo prolongarse. Bien pronto Josefina empezó á resentirse de aquella frialdad que la rodeaba y sin atreverse á pronunciar una sola queja, más de

una mañana Rodolfo la sorprendió con los ojos enrojecidos, con manifiestas señales de haber pasado la noche llorando.

Con tal motivo, las explicaciones habían sobrevenido, y por toda respuesta á sus reiteradas preguntas, la joven se había arrojado sollozando en sus brazos.

Sorprendido Valmar, la había cubierto de caricias, y, cediendo á sus bondadosos sentimientos, empezó á hacer escapaditas, ya entre el día ó al caer de la tarde, sorprendiendo á la joven á horas distintas y gozando con la satisfacción y alegría que sus visitas le ocasionaban.

Una noche de Setiembre que Matilde salió con Isabelita Mont para hacer algunas compras, Rodolfo que había hecho propósito de trabajar y que, con ese objeto quedóse en su escritorio, cambió repentinamente de idea y se marchó á casa de Josefina.

Hacía una hermosa noche, clara y transparente, á pesar de no haber luna. El cielo estaba de fiesta con motivo del advenimiento de la primavera, y para admirar los primeros retoños verdes que empezaban á cubrir la tierra, todas las estrellas habían acudido luciendo sus mejores galas.

Una brisa suave, erizada aún por los últimos fríos del invierno, alternaba con soplos cálidos, repentinos, como surgentes del misterio de aquella nueva vida, que palpitaba oculta entre los fecundantes gérmenes que por doquier rebozaba pródiga la madre naturaleza.

Rodolfo, que había hecho su excursión á pié, deleitado por la hermosura de la noche, llegó recién á las nueve á casa de Josefina, en el momento preciso que la vieja criada cerraba el portoncito de la verja que circundaba el jardin. Nunca había ido de noche, así, en su deseo de ser agradable y sorprender á la joven, recomendó silencio á la criada y penetrando en la casa se dirigió á la alcoba de Josefina.

Nervioso y emocionado, con la ansiedad propia de quien está próximo á cometer un crimen, Rodolfo se había detenido un momento ante el misterio de aquella alcoba, donde se figuraba á una mujer reclinada en su lecho con el natural abandono de una persona que se cree libre de sorpresas, y comprendiendo de antemano el posible desenlace de una entrevista en aquella forma, tuvo intenciones de rehuírla haciéndose anunciar; pero los deseos ardien-

tes, aunque inconfesados, que bullían en él, eran demasiado impetuosos para que no hallase rápidos justificativos á su conducta. — ¿Qué había de extraordinario en entrar? ¿No era la madre de su hijo? ¿No la había asistido ya en su propio lecho, después del nacimiento de la criatura? ¿Acaso había algo que temer? ¿Ó es que se creía un niño capaz de hacer tonterías? — Y resolviéndose, con el ímpetu brioso del que acomete algo grande, abrió la puerta con estrépito, encontrándose, sin saber cómo, en medio de la alcoba, casi junto á Josefina, que, apenas cubierta por una fina y transparente camisa, se preparaba á sumergir su cuerpo entre sábanas y cobertores.

La joven, al ver entrar un hombre en su habitación, ahogó un grito de terror, permaneciendo por un instante inmovil; pero al reconocer á su Rodolfo, al comprender su estado por la expresión de su semblante, y su actitud indecisa en medio de la habitación, adivinó con secreto instinto el triunfo que obtenía sin buscarlo y se resolvió en el acto á gozar de la imensa dicha que le brindaba el destino.

Lentamente, como dando tiempo á que se ejerciera la atracción magnética de sus en-

cantos, con una terrible y refinada coquetería, de la que tal vez no tuviese exacta conciencia, empezó á cubrir sus torneadas piernas con las sábanas, y en silencio, mirando intensamente á Rodolfo, después de haber pedido aquel amparo al pudor, le tendió los brazos, sonriente, alborozada, viéndolo avanzar temblando, para libar en sus labios el amor, rebozante en ella, como en la naturaleza entera en su magnífico despertar.

Desde aquel día, la vida de Rodolfo se había convertido en una contínua zozobra, en una perpétua agitación. No tenía un momento tranquilo, por todas partes veía sombras, á cada instante esperaba que su mujer descubriese el secreto de su vida, y hasta en sueños temía revelárselo, cuando ella, en la dulce intimidad de la alcoba, se dormía confiada, con la cabeza reclinada sobre su seno.

Sus convicciones habían desaparecido y una duda atroz lo atormentaba á cada instante. No sabía si hacía mal ó hacía bien. El hombre justo luchaba con el hombre bueno. Era un permanente colóquio del corazón con la cabeza. De un lado la ley y las preocupaciones, del otro el sentimiento

y la fatalidad de su destino. Y, por fin, su amor á los dos, imponiéndose con toda la variedad de sus formas.

De vez en cuando, en sus momentos de mayor angustia, acudía á Felipe; pero éste mismo se había declarado impotente desde que sus proyectos de alejar á Josefina, enviándola con sus padres á Europa, habían fracasado por la rotunda negativa de la joven.

Las sensaciones de Rodolfo eran las que experimenta un viajero en el cuarto de un hotel, cuando está de paso y deja su balija pronta. No podía emprender ni pensar en ninguna cuestión permanente. Sentía el desequilibrio de su situación y una voz secreta le anunciaba el derrumbe. A veces, en un furioso arranque de indignación, pretendía luchar, sublevarse y dominar la situación con varonil entereza. En esos momentos tenía visiones magníficas, la vida le parecía óbtima y sentía impaciencia por llegar á la meta de su brillante destino. Pero pasado ese momento de fugaz exaltación, al pretender buscar algún apoyo para descansar de la contienda, se veía solo, aislado, con las fuerzas agotadas y teniendo que luchar con un mundo. Toda su

fuerza estaba quebrada desde que tenía que usar del engaño y la mentira como única arma, y su desesperación crecía al comprender que sobre ellas se apoyaba toda su seguridad y su defensa. Lo que más valia en él, lo que antes lo había hecho triunfar siempre, su lealtad, la sinceridad de su alma honrada, tenía que huir, que ocultarse y buscar amparo bajo la máscara de la más vil hipocresía..............

....

En este punto de sus pensamientos, la puerta de su escritorio se abrió, y entró Matilde, pálida y silenciosa, pintada en su fisonomía esa indeleble expresión de las resoluciones extremas.



CAPÍTULO VII

La sola presencia de Matilde en la puerta del escritorio, fué para Rodolfo una revelación.

La joven revelaba su pensamiento en la dolorida expresión de su semblante.

El cataclismo llegaba; Matilde iba á interpelarlo ¿qué contestaría?

Sin duda aún le estaba permitido adelantarse, hablar primero, preparar la excena que se iba á producir, encaminando las explicaciones; pero no, aquello hubiese sido una nueva cobardía, una traición más, agregada á sus muchas traiciones, una argucia, una sutileza vil, premeditada, para vencer al candor, á la inocencia! ¿Y para qué? La suerte estaba ya jugada. Espe-

raría la pregunta y contestaría la verdad. Ya bastaba de subterfugios.

Y resuelto, aguardó las palabras de Matilde.

Ésta se adelantó altiva, pálida, haciendo gala de su soberbio desdén. Cruzó el despacho mirando fijamente á su marido y vino á detenerse frente á su escritorio.

—¡Toma!—dijo, arrojando sobre la carpeta dos cartas.—Son anónimos que he recibido y de los que no quise ni hablarte; pero como ahora la de Hostwald me lo ha dicho todo..... ¡Todo, entiendes!..... te los muestro para que veas hasta donde confiaba en tí!—Y la joven, con rara serenidad, llena, sin embargo, de tristeza y amargura, aguardó de pié á que Rodolfo leyera.

Pero éste que había notado el temblor de sus labios y la emoción contenida de su voz al dirigirle la palabra, trataba de buscar la mejor forma de hacer la terrible revelación.

Cierto que Matilde parecía saberlo todo; pero de ahí á oírselo á él, existía una distancia enorme.

Á pesar de sus palabras, era indudable que la joven conservaba un resto de espe-

ranza, por lo menos carecía de la certidumbre y venía á buscarla. Y del conocimiento remoto, trasmitido por terceros, á la evidencia absoluta, había un abismo.

Era, pues, necesario meditar la forma en que tal revelación debía ser hecha, y Rodolfo, fijando la vista en la llave de bronce de su cajón, buscaba las difíciles palabras que debía emplear.

No podía decirlo todo á un tiempo. Sus sentimientos, el estado íntimo de su alma, las circunstancias excepcionales en que se habían producido los hechos, todos los atenuantes, en fin, que podía hacer valer en su favor, no podrían obrar sinó después de haber ratificado las noticias de Matilde con la primera de sus palabras. Allí estaba la clave, y tanto por él como por ella, necesitaba pensarlo para no producir un desastre.

Pero Matilde impaciente, lo excitaba á que hablase, diciendo con voz breve y opaca:

—Vamos, dí ¿qué significa eso?

Entonces la razón del joven se confundía. Veía la imposibilidad de organizar el pensamiento y su imajinación lo llevaba á considerar lo doloroso de la excena que iba á

producirse. Las ideas acudían á un tiempo, en tropel confuso, embrollándose más, cuanto más quería ordenarlas.

Desesperado y nervioso, se oprimió los ojos con gesto febril al tiempo que Matilde repetía con imperio.

— Vamos, dí ¿qué significa eso?

Entonces, acosado por aquel apremio, convencido de que no encontraría la solución buscada, se resolvió á decir la verdad pura y desnuda, sin circunloquios ni atenuantes. Furioso contra sí mismo por la sorpresa que le producía aquel acontecimiento tan esperado, resolvió abrirse brecha, como el gladiador á quien rodean en estrecho círculo; á costa de su vida; de su vida que era su amor.

— Sí; es verdad! Tengo un hijo, y conservo relaciones con la madre de ese inocente que me debe el sér! — Exclamó con acento firme y resuelto, creyendo que con volver á su antiguo sistema de lealtad y franqueza, podría conjurar el inminente peligro que lo amenazaba. Y en el acto, sintiendo la imperiosa necesidad de atenuar aquellas palabras, que no tenía tiempo ni espíritu para explicar, agregó con todo el arrebato de su alma:

—¡Si, Matilde, te he faltado; pero á pesar de todo, todo mi amor es tuyo!

Sorprendida por tan inesperado arranque, y hasta cierto punto dominada por aquella honrada altivez que tenía el hábito de respetar, Matilde calló un momento, recogiéndose en sí misma, dudando de la justicia de su actitud, incapaz de pensar, sintiendo en el fondo de aquello que juzgaba monstruo, la existencia de algo grande y desconocido. Sin embargo, su duda fué breve· El golpe era demasiado terrible para poderlo resistír sin reaccionar con violencia. Era el convencimiento de sus dudas. Aquel hombre de ella, aquella cosa suya, de su exclusiva propiedad, que no debió ver el universo sinó por su intermedio, á través del prisma brillante de su amor, según propia afirmación compartía con otra su ternura, brindándole como á ella sus más preciadas caricias! Sí! Y no era el pecador arrepentido que implora humilde su perdón al confesar su culpa; era el criminal impenitente y cínico que ostenta su delito dispuesto á la reincidencia. Y ante aquella horrible visión que venía de pronto á turbar el encanto de su vida, sintió que algo se agitaba en ella pidiendo inme-

diata venganza. Todo su dolor, todo su orgullo, transformose en desesperación, en ira, ante la clara evidenciación de su desgracia. Entonces, dejando derramar toda la hiel que rebosaba en su alma, gritó violenta, olvidada de todo, mezclando en sus palabras la rabia y el dolor:

—¡Ah miserable! ¿Cónque entonces fué para eso que te casastes? ¿Es ahí donde han venido á parar tús promesas y tus juramentos? ¿Quiere decir que toda tu honradez era fingida, que eres un canalla como todos, que solo me buscastes por mi plata, para ir con ella á mantener tus queridas que se morían de hambre?

—¡Matilde! — Rugió Rodolfo sorprendido, en el colmo de la desesperación, anhelando contener aquella avalancha de palabras que le sonaban como fallos inapelables, caídos de pronto, inesperados, amenazando el airoso castillo de sus ilusiones.

Pero la joven, fuera de sí, dando expansión á la tempestad que bullía en su seno, continuó con el mismo encono, repitiendo sus insultos con la misma vehemencia, acusando á Rodolfo con palabras ora amargas ora hirientes, según le reprochase la traición de su amor, ó le impugnase

haberla buscado para utilizar su fortuna como medio de acción en la vida. La joven hablaba y hablaba llevada de creciente exaltación, dolorida por el desencanto de aquella ingratitud, herida en su amor propio de mujer, y comprendiendo el ridículo de su posición ante el grupo social que había despreciado, por ir á buscar en otra esfera el amor sin interés que constituía la fórmula precisa de sus sueños. Y en el fondo, lo que más la aguijoneaba, impulsándola con aquel furioso desenfreno, era el monstruo de los celos que gruñía en su alma apasionada, y que no podía aceptar aquella rival poderosa, poderosa al extremo de que su marido la ostentase sin atreverse á negarla.

Su ofuscación era tal que no se daba cuenta del efecto de sus palabras, ni veía el anonadamiento de Rodolfo y su estupefacción ante aquel inopinado ultraje.

Valmar oía las palabras de Matilde y dudaba de la fidelidad de sus sentidos, tan extraña y monstruosa le parecía aquella horrible amalgama de intereses pecuniarios, mezclados en las cuestiones del corazón y primando sobre sus más caros afectos.

Rodolfo asistía asombrado al desplome repentino del edificio de sus creencias.

Las palabras de Matilde le sonaban como el ruido de un desastre.

Era la derrota por lo imprevisto en aquella batalla del amor. La desaparición del prisma engañoso que, hasta allí, solo le había dejado ver una parte de la vida. Era la clara percepción del panorama humano lleno de luz y sombra, de cúspides y abismos, ante los que medía su impotencia sintiéndose pequeño.

La vista se le nublaba, y los oídos le zumbaban como si á su alrededor se produjera un colosal derrumbe. Aquel choque tan temido, aquella lucha que un momento antes creía ganada con la sola fuerza del corazón, lo vencía, lo aplastaba ahora con el peso del insulto y la intervención de un factor inesperado y para èl desconocido: la plata!

Pero la actitud de Matilde era demasiado violenta para que pudiese ser duradera. Pronto la amargura reemplazó al encono, el dolor se sobrepuso á la ira, y la esposa calló para que hablara tan solo la mujer, tierna, amante y apasionada. Entonces, no queriendo manifestar su natu-

ral enternecimiento, huyó pudorosa á ocultar sus lágrimas en el fondo de su habitación, dejando á Rodolfo inmóvil frente á su escritorio, en la misma actitud que lo había sorprendido el inmenso ultraje inferido á sus afectos.

Rodolfo había quedado aturdido. Las palabras de Matilde fueron un golpe de maza, brutal, aplicado en medio de la frente. En las reiteradas veces que había pensado en la posibilidad de aquella excena, su imajinación le había dado un jiro muy distinto, y por más que se colocó en todos los casos posibles, jamás pudo pensar, ni remotamente, en aquella faz inesperada, para él original, extraordinaria, fuera de todo cálculo, de todo razonamiento.

En aquel mismo instante, dudaba de la fidelidad de sus sentidos, creyéndose víctima de una pesadilla, de una horrible alucinación producida por su espíritu enfermo.

—¡Su plata!—exclamaba asombrado, como despertando de un largo ensueño. Y ante esta sola palabra, sin darse cuenta exacta de su valor, sentía sin embargo la vaga sensación de algo inmenso, formidable.

Un mundo de hechos pequeños, de sensaciones aisladas, reaparecían en tropel

desordenado y bullente, despertando otros hechos olvidados y otras sensaciones adormecidas que precisaban la significativa importancia de aquella expresión.

En su espíritu íbase produciendo una claridad deslumbrante, una visión neta de la realidad de su vida.

—¡La plata!.... ¡La plata!—volvía á repetir, tratando de precisar bien el sentido de las palabras. Y para poder apreciar esta nueva causa de amor, empezó á considerarla detenidamente, analizando su fuerza prodigiosa, colosal.

Los mil detalles de la influencia del dinero fueron surgiendo uno á uno ante su espíritu desorientado. Veía á Matilde nacida pobre, teniendo que descuidar el trato de su persona, sometiéndola á las rudezas del trabajo; consideraba la inteligencia de la joven exceptuada del cultivo de la educación, sin el auxilio de las bellas artes que había aprendido; imajinábase su cuerpo despojado de los refinamientos y de las galas con que tan bien sabía adornarlo; constataba la pompa del excenario en que vivía, la altura del círculo en que actuaba, el brillo que tanto factor reflejaba sobre ella, y concluía por ver la acción del dine-

ro, el favor de la fortuna, coadyuvando á endiosar aquella criatura adorada. Y tal conclusión le obligaba á reconocer, razonadamente, que había un fondo de verdad en la acusación de Matilde, en aquella acusación brutal que había herido su dignidad y su amor en mitad del pecho.

Pero su naturaleza apasionada, sentimental, primer guía de los actos de su vida, luchaba con la monstruosa verdad que su razón quería imponerle. Y estupefacto, en presencia de tan inesperada sorpresa, dudaba de sí mismo.

Ante aquella faz de las cosas operábase una especie de desdoblamiento de su personalidad. Otro yo parecía surgir allá en el fondo de las ideas, y aterrorizado por aquel nuevo sér desconocido, negábale la existencia, encastillándose en su sincera pureza sentimental.

En medio de todo, y aún á pesar de tales razonamientos, su conciencia estaba en paz.

Él había amado tal vez la resultante combinada de las fuerzas del dinero al servicio de la naturaleza en su mayor perfección; pero su amor había nacido expon-

táneo, exento de cálculos, ageno á tales diferenciaciones.

¿Dónde estaba su culpa, pues? ¿Dónde la razón de ser del ultraje recibido? Y absuelto, convencido de su honradez absoluta, de su absoluta rectitud, su corazón herido encontraba el consuelo de sentirse superior á tal bajeza, de sentirse grande.

—¡Su plata!—volvía á exclamar con tesón monomaniaco.—¡Quererla por su dinero, buscar en su amor los goces de su fortuna!.... ¡Oh miserable criatura, alma pervertida que te has atrevido á pesar con tu oro despreciable en la balanza de mi amor!—É indignado, violento, empezó á pasear por la vasta habitación, derribando las sillas y los objetos que encontraba á su paso.—¿Quiere decir entonces que esta mujer ha dudado de mí desde el primer día? ¿He sido sospechado á través de todas mis leales protestas de cariño? ¿Se me ha considerado como el asaltante de una fortuna, como un vil mercader, un traficante del amor que finge arrebatos de pasión para hundir sus manos en un tesoro? ¡Oh rabia!—Y el joven, exaltado, delirante, se mesaba los cabellos en el colmo de la desesperación. Su imajinación ardiente

empezó á reconstruir todas las faces de sus relaciones con Matilde, comprendiendo recién entonces la falsedad de su situación, la inferioridad en que, según el corriente concepto social, se hallaba con relación á aquella mujer, erguida sobre el pedestal de sus millones.

De improviso, Rodolfo descubría y penetraba las antiguas dudas de Matilde, la frialdad y la reserva con que había acogido la expontaneidad de sus primeros avances. Con repentina clarovidencia, se explicaba ahora el prolongado aislamiento de la joven y su antiguo desprecio por el hombre, convencida como estaba de que todos la buscaban por su plata. Y asombrado, sintiendo esa fría amargura de las almas buenas y elevadas, al constatar las grandes desilusiones, las hirientes injusticias del destino, comprendía toda la parte de ese desprecio que le había correspondido en los albores de su amor.

Recordaba extremecido sus múltiples excenas amorosas, sus apasionadas protestas de cariño, y pensaba que, mientras él hacía expontáneos derroches de ternura, Matilde habría resuelto con dificultad la horrible duda que envenenaba su alma,

no consiguiendo tal vez determinar jamás, si era ella ó su plata la que encendía el fuego de la pasión en aquel que así se le mostraba rendido.

—¡Oh rabia!—volvía á exclamar Rodolfo con desesperación, golpeando el pavimento y mirando hacia arriba para invocar la protección del cielo.—¿Cómo probar mi desinterés?— se interrogaba hablando en voz alta—¿Cómo hacer para revelarme tal cual soy y pulverizar su ultraje, este ultraje que, de hoy más, nos separa como un abismo?.. Por su plata!... ¡Por su plata!— exclamaba, deseando descubrir algún tesoro misterioso é infinito, para ahogar en él aquellas atroces palabras.

Y con esa rapidez cambiante, propia de las grandes crisis, al darse cuenta de su impotencia absoluta, de la suprema desesperación pasó al supremo desaliento, á la más honda amargura. Viajero feliz que corría alentado por la llanura del camino, marchando al sonoro compás de sus más puras ilusiones, veíase detenido de pronto por insalvable fosa, de cuyos antros tenebrosos surgían hálitos de muerte. É invadido por repentino cansancio, vencido por rápido é inesperado desfallecimiento, aho-

gado por la amargura de la injusticia que pesaba sobre él, cayó sobre un sillón sollozando como un loco.

Recién una hora después, sorprendido por la voz de un criado que anunciaba la comida, levantóse extremecido, sin conciencia de sí mismo.

Paseó la vista en torno suyo, y al darse de nuevo cuenta de la situación, echó la llave á la puerta y tornó á pasearse, ya más tranquilo.

Se había hecho noche y Rodolfo sofocado por la obscuridad encendió el gas.

Necesitaba luz para combatir las sombras de su alma.

Pasados los primeros arrebatos de ira, los primeros desfallecimientos de dolor, la quietud tornaba á su espíritu y con ella la claridad de las ideas.

El problema no tenía más que una solución: demostrar su absoluto desinterés, probando que amaba á la mujer y no al dinero. Pero por más que torturaba su razón, no hallaba el medio de obtener tal resultado.

Y no solo veía lo imposible de la solución, sinó que se sentía humillado al pensar que aquella sospecha ya había existido

antes en el ánimo de Matilde y sería creída corrientemente en el seno de la sociedad. No era, pues, un accidente del momento, era un mal anterior, arraigado, que nacía en el acto de haber puesto sus ojos en aquella mujer.

En semejante revelación venía envuelta una sanción moral, un ataque á su honra, y, por fin, la acusación terrible hecha á su amor, que de aquel modo resultaba abyecto.

No podía ni tratar de vindicarse, toda explicación sería contraproducente, y en el supuesto de que pudiese despreciar el ageno concepto, quedaba la imposibilidad de destruir el fondo de duda que siempre germinaría en Matilde, por más que ésta, en apariencia, se dejase convencer por sus palabras.

No había que hacer. Era preciso renunciar á entenderse, sacrificarlo todo para destruir aquella duda.

El mismo sacrificio de Josefina que, á no mediar el ultraje de Matilde, hubiese llegado á ser la prueba más convincente de su cariño, trocábase en un argumento contrario. Lo que no había abandonado por el amor de su mujer y para evitarle la

amargura de aquella traición, iba á hacerlo ahora para no perder el goce de su fortuna.

Y Rodolfo, espantado ante semejante hipótesis, pensaba cortar aquel nudo renunciando á la vida. Pero en el acto, la idea de que semejante actitud pudiese ser mal interpretada, lo detenía de nuevo y de nuevo lo hacía pensar.

En efecto: ¿no se pensaría que se mataba por verse en la imposibilidad de seguir aprovechando del dinero de su mujer? Y como si esta pregunta iluminase de pronto su espíritu, dándole una idea precisa de la situación, exclamó:

—No! no puedo morir! Debo renunciar á su fortuna; pero perseguir su amor!—Y abismándose en profundas reflexiones para dar forma á semejante pensamiento, permaneció inmóvil, con los codos apoyados sobre su mesa de trabajo y la cara oculta entre las manos.

—Renunciar á su fortuna y perseguir su amor!—Pensaba, comprendiendo sin mayor esfuerzo la imposibilidad de realizar semejante pensamiento. Sin duda ¿podía soñar en ello siendo de Matilde la fortuna y él su marido? Semejante propósito

constituía una abstracción, pues Matilde solo era concebible tal como la había querido, flotando en aquella atmósfera de esplendor. Acaso como simple amante podría no haber sido sospechado; pero esta nueva condición, para él salvadora, ya no podía producirse. Tal vez entregarle el manejo de sus intereses y vivir él con sus propios medios. Pero ante esta simple reflexión, surgía clara la división que las palabras de Matilde había producido entre ellos. ¡Lo tuyo, lo mío! Es decir tú y yo, dos personas distintas pretendiendo arrastrar por la vida un vínculo roto! Y á medida que Rodolfo se internaba en el complicado laberinto de las ideas, aparecía más neta la única solución: su partida inmediata, el abandono absoluto de aquello que se le acusaba de ambicionar.

Sí, marcharse, arrojar con desprecio cuanto por aquel conducto había obtenido sin buscarlo. Era la única respuesta que podía dar, la mejor explicación de su conducta, el medio más eficaz de sincerarse á los ojos de Matilde y de aquella sociedad que tal vez lo había despreciado.

Pero al pensar en partir, al dirijir aquella primera mirada de adiós á los objetos

íntimos que lo rodeaban, sentíase desfallecer y temía no hallar las fuerzas suficientes para realizar semejante resolución.

Partir! Dejarla para siempre! Renunciar á aquella intimidad adorable que le permitía á toda hora deleitarse en su contemplación, hundir las manos entre sus aromados rizos, leer los pensamientos de su alma en la nitidez de su mirada! Partir! Arrastrar su vida lejos de ella, ver sucederse los días á los días, y los días sucederse sin su amor! Renunciar para toda la vida al goce de sus caricias, á sentirla palpitar entre sus brazos, á beber su cálido aliento en la copa abrasadora de sus labios purpurinos!... Y extremecido ante la idea de aquel sacrificio, superior á sus humanas fuerzas, arrastrado por la naturaleza, sobreponiéndose al cálculo en aquella lucha suprema, levantóse con ánimo de ir á buscarla y hablarle al alma, para hacerle comprender su error. Pero casi en el acto, algo como una sombra se erguía ante él, helándolo de espanto.

¿Acaso ella no pensaría que iba á buscarla por su plata? Y repugnado por aquella idea, volvía á caer sobre su sillón, presa de la fiebre y el desaliento.

Más de una hora permaneció Rodolfo inmóvil, entregado á la terrible lucha de sus ideas. Convencido de la necesidad de partir, trataba de leer en el libro del destino, induciendo las faces de su vida futura. Y en medio á las sombras de aquella nueva existencia prevista, brillaba á veces un consolador destello de esperanza.

Alma joven, corazón sano y generoso, admitía aún, á pesar de sus actuales desengaños, la fácil existencia del amor llevado al sacrificio. Y su imajinación calenturienta se fingía hermosas situaciones de subido color romántico, que venían á resarcirlo de los dolores del presente.

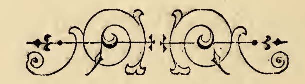
Tan pronto veía á Matilde despojándose de su fortuna para igualarse á él y gozar sin obstáculos de su dicha, como la suponía saliendo incógnita de su palacio, para solicitar sus caricias en alguna cabaña, oculta entre el follaje de ignorado bosque. Ya era él que por medio de su esfuerzo conquistaba una fortuna en el trabajo, viniendo entonces sin escrúpulo á ocupar su puesto en el hogar abandonado, ó bien, elevado por sus triunfos al pinácolo de la gloria, la hacía arrastrarse á sus piés mendigando su ternura.

Pero todas aquellas alocadas ilusiones, eran chispazos repentinos, flores de consuelo que brotaban en el árido campo de sus dolores, fecundadas por la imaginación. Era la voz de la esperanza, inseparable compañera de la vida, eran hermosos atavismos de los sueños de su niñez.

Pronto la razón impuso la frialdad de sus cálculos, y ante la verdad desoladora, Rodolfo se determinó, optando por la única solución que salvaba su decoro.

Iba á partir; pero antes de hacerlo, quiso dejar claramente expuesta la forma de su pensamiento.

Reposado, tranquilo, como el que ya ha tomado una resolución suprema, sentóse delante de su mesa de trabajo y comenzó á escribir.



CAPÌTULO VIII

Ya empezaba á despuntar el alba, cuando Rodolfo lacró la extensa carta que había escrito, depositándola á la vista sobre su carpeta.

Levantóse en el acto, y tomando un pequeño rollo que contenía sus papeles, salió del escritorio y penetró en su cuarto de vestir. Al llegar allí se detuvo, y en presencia de aquellos objetos íntimos, su corazón empezó á palpitar con inusitada violencia.

Todo estaba pronto para su tocado de la noche. Sobre una silla colocada frente á la estufa, que aún conservaba rastros de fuego entre las apagadas cenizas, estaba la camisa de dormir, fina, perfumada, doblada

primorosamente, como por manos femeninas. Y aquel trozo de *foulard* así dispuesto, parecía invitarlo á que lo vistiese, para trasponer en seguida la pequeña puerta que comunicaba con la alcoba y ocupar su puesto en el blando y amoroso lecho.

Cautelosamente, con sigilo extremo, Rodolfo se acercó á su armario, y después de tomar muchas precauciones para que se abriera sin ruido, sacó de su interior una caja que contenía el retrato de Matilde, oculto entre algunos billetes perfumados y varios ramitos de flores secas. Una vez en poder de aquel único tesoro que le quedaba, tomó un sombrero y dirigióse á la puerta con ánimo de partir; pero antes de conseguir su objeto, obró sobre él una fuerza irresistible y misteriosa, que le obligó á detenerse y contemplar por última vez aquella que había sido la antecámara de su dicha.

Su mirada febril giró en torno suyo, deteniéndose sobre cada uno de los objetos que encontraba. Ellos despertaban en él recuerdos cálidos ó dulces, pero siempre luminosos, por más que en aquel instante torturasen su corazón, obligado á darles el adiós postrero.

Un mundo de excenas amorosas, de horas de delirio, acudían en tropel al llamado de su memoria. Y cercado, oprimido por aquella falange invisible de sus pasados deleites, sentíase sujeto, imposibilitado para dejar aquel sitio de ventura.

La fiebre que lo consumía llegaba á su periodo álgido y hubo un instante en que le pareció que le iban á faltar las fuerzas é iba á caer desfallecido.

La imajen de Matilde se le aparecía inundada de luz, como una fantástica visión de ensueño, y sus dias de amor surgían uno á uno, desfilando como un deslumbrador cortejo ante su vista extasiada.

Los recuerdos se agolpaban y corrían en desenfrenada carrera, aguijoneados por la fiebre, desarrollando rápidos las excenas culminantes de su vida en aquellos últimos tiempos, hasta llegar el momento fatal en que Matilde, despedazando su dignidad, había roto para siempre el misterioso lazo que unía sus destinos. Entonces, volviendo de su abstracción profunda, se extremeció dolorosamente, al pensar en la realidad de la situación, y haciendo un supremo esfuerzo, tentó marcharse de nuevo; pero de nuevo sintióse retenido por algo inmenso, su-

perior á sí mismo, que no lo dejaba partir.

Quería verla.

Sí! Allí, apenas separada por un débil tabique, á pocos pasos de distancia, estaba ella, y por más que empeñaba toda su voluntad, le era imposible separarse para siempre sin decirle adiós, sin verla siquiera un instante, para llevar impresa en la retina su adorada imajen.

Tembloroso, palpitante, como un ladrón que teme ser descubierto, se acercó á la puerta de la alcoba, que estaba entreabierta, á aquella puerta por donde la noche antes, aún, entrara tan risueño y feliz, y conteniendo el alocado torbellino de su sangre que le golpeaba el corazón martillándole las sienes, miró hacia el interior con avidez amorosa, oprimiéndose el pecho y ahogando la respiración, como para no empañar la trasparencia del aire con su aliento.

Matilde, tendida de través sobre su lecho, con el cabello y las ropas en desorden, yacía inerte, sin que ni tan siquiera se percibiese su respiración: parecía muerta. La viva luz de una lamparilla eléctrica le daba en pleno rostro, alumbrando su palidez, y alrededor de sus párpados cerrados una profunda orla azulada manchaba su cutis

trasparente. Con una mano algo crispada entre los encajes de su bata, parecía querer desgarrarse el seno, y la otra, caída verticalmente hacia el suelo, conservaba aún el pañuelo humedecido por sus lágrimas.

La joven dormía, reposaba inconscientemente, vencida por la fatiga de una larga noche de llanto y de dolor.

Entonces, Valmar, aprovechando aquella coyuntura de la suerte, se adelantó más y la contempló intensamente. Toda su alma estaba reconcentrada en sus ojos, y su imajinación hacía esfuerzos sobrehumanos para fijarla de una manera indisoluble en las células de la memoria. Iba á separarse para siempre, á perder el derecho de aquella intimidad, á abandonar el mayor atractivo de la vida, la vida tal vez, y su organismo se extremecía sobrecogido por aquella resolución inapelable.

Á intérvalos, turbando su absoluta inmovilidad, tenía extremecimientos violentos, sacudidas nerviosas que conmovían hasta su última fibra. Eran deseos furiosos y repentinos de despertarla para demostrarle la sin razón de sus insultos, la injusticia de haber roto para siempre el mutuo encanto

de su vida. Hubiese deseado iluminar aquella adorable cabecita para hacerle comprender, ó bien imponerle su amor obligándola á desdecirse de sus ultrajes.

Pero al mismo tiempo, casi simultáneamente, la grieta negra y profunda del abismo que los separaba, aparecía inexorable ante sus ojos y lo hacía retroceder. Era un choque espantoso. Los anhelos todos de la vida y del amor, estrellándose contra la infranqueable barrera del imposible.—Ah! Un instante de sinceridad,—pensaba,—Un átomo de esa chispa divina que lleva la luz á las mayores tenebrosidades del pensamiento! Algo más de ese instinto raro, de ese algo misterioso que vibra en el corazón y en el cerebro humanos, y el mal y el dolor huirían fustigados de este recinto donde resurgiría el paraiso!— Y desesperado, ahogado de amargura en su tristísima impotencia, le daban ímpetus de cogerla entre sus brazos y huir con ella á ocultarse en el fondo de un bosque desierto.

Un ligero extremecimiento de Matilde lo hizo extremecer á su vez, y en el temor de ser sorprendido en aquella actitud que consideraba humillante, resolvióse á marchar.

Dirigió una última mirada hacia aquel

adorable y adorado cuerpo, y tras ligera vacilación se inclinó repentinamente y la besó en la mejilla, poniendo en aquel beso los últimos despojos de su alma.

Después, como un ebrio, atolondrado y vacilante, salió atropellando los muebles de la habitación, sin volver los ojos, sintiendo á cada paso la mortal sensación de una mano de hierro que le desgarraba el pecho.

Breves instantes después franqueaba para siempre el dintel de la que fué su regia morada, mientras que el sol comenzaba á dorar alegremente el borde de los altos pretiles.

....

Entretanto, Matilde, á quien el beso de su marido habia despertado con sobresalto, organizaba sus ideas y se preparaba á tener con éste una seria explicación.

La joven había obrado al impulso de los celos, obedeciendo las sugestiones de su vida pasada que dos años de absoluta ventura no habían bastado á modificar. Su actitud, vista á través de semejante estado de espíritu estaba para ella plenamente justificada. Más aún, en aquel instante, le parecía que su repentino enternecimiento de la víspera había sido perjudicial, cre-

yéndose ahora en el deber de demostrarle á Rodolfo todo lo culpable de su conducta para compelerlo á arrojarse á sus piés, y obtener su perdón mediante la promesa de romper con Josefina.

Matilde, en el fondo de su corazón, se sentía querida, y si en un primer momento de exaltación, dejándose llevar por el impulso de sus antiguas creencias, y sobre todo por el ciego arrebato de su vanidad herida, había insultado á Rodolfo, atribuyéndole miras interesadas á su respecto, pasados los primeros instantes de ofuscación veía, con su clara inteligencia, en la actitud de Valmar, una falta que apenas ejercida su intervención podría ser corregida.

La joven amaba á su esposo reconcentrando en él la síntesis de sus afectos. Lo amaba con el amor de la segunda edad de la mujer, con ese amor que á la violencia pasional é inconsiderada de los sentidos, une algo de las sublimidades maternas. Por aquellos, la presencia del objeto amado y su constante posesión, le era imprescindible, y por éstas, su espíritu se inclinaba al olvido y al perdón por poco que fuese solicitado. Además, Matilde veía en la felicidad y en los triunfos de Rodolfo, algo de sí misma, obra de su voluntad y de su esfuerzo, y la elevación constante de

aquel hombre, desarrollando su talento en el excenario brillante que ella le había preparado y apoyándose en su fortuna y en su amor, constituía su más caro ideal, la realización de su más bello ensueño.

Pero, á pesar de todo, sentía la necesidad de castigar aquella falta para terminar una situación incompatible con la calidad absorbente de su amor, y evitar que trascendiera dando pávulo al escándalo.

Sin embargo, algo extraño la molestaba. No se explicaba bien, cómo Rodolfo no se había presentado en toda la noche y la confundía aquel beso furtivo que había creído sentir sobre la mejilla.

¿Había sido ilusión, ó bien algún fenómeno nervioso, propio de la excitación violenta de aquella noche de dolor é insomnio?

Nerviosa, y con la agitación consiguiente á los sucesos que en su vida se venían desarrollando, levantóse de su lecho, donde apenas se había incorporado, y asombrada de lo avanzado que estaba el día, penetró en el cuarto de vestir de su marido, resuelta á provocar en aquel mismo instante la explicación apetecida.

Al ver la soledad y el orden que rei-

naba en la habitación, empezó á invadirla cierto malestar, una especie de frío interno, que le hizo dirigirse apresuradamente al escritorio en procura de lo que buscaba.

Atravesó el pasillo y deteniéndose anhelante en la puerta que daba acceso al despacho de Rodolfo, aplicó el oído conteniendo la respiración; pero solo turbaba el glacial silencio de aquella casa, el ruido monótono de la escoba del portero que barría los tramos de la escalera, y el regular tic-tac de un gran reloj que coronaba el centro de la biblioteca.

Matilde tuvo miedo, y empezó á temblar, víctima de la horrible distensión de sus nervios. Sin embargo, reuniendo toda su energía resolvióse súbitamente, y abriendo la puerta entró en la estancia, recorriendo sus cuatro ángulos con mirada rápida.

Un hálito glacial pareció bañarle el cuerpo, y toda su sangre afluyendo al corazón lo sacudía con extraordinaria violencia. Inmóvil, como petrificada en su puesto, la joven no se atrevía á retroceder, ni podía avanzar, la idea de una catástrofe la había invadido, y al par que ansiaba cer-

ciorarse de los hechos, temía llegar al conocimiento de su resultado.

De pronto, su vista se fijó en el abultado sóbre que yacía encima de la carpeta, é inmediatamente, con la misma rapidez de su pensamiento, impaciente, febril, se arrojó sobre él, y, rompiendo con mano temblorosa y torpe uno de sus bordes, comenzó á leer, víctima de una angustia inmensa, de una ansiedad extrema.

La carta decía así:

«Matilde adorada:

«En la pareja humana, el hombre tiene siempre que imperar para que exista la armonía. Él es quien debe ser el más inteligente, el más rico y el más fuerte. Sólo á esa condición puede haber equilibrio. Siendo él quien tiene toda la responsabilidad, debe ser él quien posea mayores medios para la eficacia de la acción. Si tú fueras pobre y yo fuese rico, el problema se resolvería en muy distinta forma, y si fuera necesario sacrificar una víctima, ella no sería ciertamente nuestro amor.

«Nuestra situación respectiva, después de tus palabras de esta tarde, y de la manera de encarar las cosas que has tenido, es de

todo punto insostenible, y me obliga á tomar una resolución suprema.

«Se puede amar sin apreciar; pero no se puede amar sin querer ser apreciado.

«Pienso en la forma de reconquistar tu aprecio, perdido de golpe, en un solo instante, y no veo otra que demostrándote mi absoluto desinterés, áun á riesgo de que dudes de mi amor.

«Sin embargo, medito y dudo á mi vez sobre la forma en que debo obrar para conseguir mi objeto. Medito y dudo porque veo nuestra vida quebrada, y siento toda la responsabilidad de la catástrofe que nos aplasta. ¡Y si fuera tan solo á mí! Pero con el mío se apaga también el faro luminoso que alumbraba tu destino!

«¡Perdón, Matilde! ¡Una y mil veces perdón!

«Soy un ciego de nacimiento á quien de pronto devolvieron la vista. En un principio quedé deslumbrado, más tarde vi una parte, la buena: ahora, con tus palabras, me has hecho ver del todo. ¡Qué horror! ¡Ver un instante para cegar de nuevo!..... Sí, y por mi propia mano voy á sumirme en las tinieblas. Pero es así, el dilema no tiene salida. O seguir en la luz á costa de

mi honra, ó sumirme en un mar tenebroso, horrible, pero salvando el honor! ¡El honor!... Ahora que veo tan claro me suena mal esta palabra. ¿Qué es el honor en nuestros tiempos, qué ha sido para los que han sabido mirarlo, en todos los tiempos? ¿Se habrán preocupado de él los que han sabido triunfar? ¿Se preocupan de él los que triunfan? ¿El éxito no lo justifica todo? No sé; pero sé que se me impone en este momento.

«Quiero ser muy sincero en esta conversación ya que ella será la última que entable contigo.

«Veamos. Si me quedo á tu lado, si continúo gozando como hasta aquí de tu amor y de tu fortuna, comprando con tu dinero el alejamiento de Josefina y de mi hijo, ó de Josefina sóla, quedándome con mi hijo ¿cuál sería el reverso de esa mi medalla de dicha?

Por un lado, esa Josefina y ese hijo, á mi lado ó lejos de mí, irguiéndose á cada instante entre los dos, y amargando nuestros momentos de abandono, matando á toda hora la calidad absorbente que distingue tu amor, reavivando siempre la herida profunda que el hecho ha causado en tu vani-

dad. Por otro, mi actitud postiza, siempre ambigua, víctima de las turbulencias de mi conciencia convertida en acusadora constante, en fiscal inexorable de mi vida, por el cruel abandono à que condenaría á dos inocentes.

«Y, por último, tu concepto, el concepto social, el honor, ese honor que me domina á pesar de todo y que no sé en qué consiste. ¿Amor propio también? No lo sé. ¿Acaso si no hubiese quien nos juzgase, si elimináramos la sociedad obraríamos de otro modo? No lo creo. En mí hablaría la conciencia, no, tal vez, con relación al honor, que esa es la parte de conciencia formada por la sociedad, por el medio en que he vivido, pero sí con relación al sentimiento que es la parte de mi sangre, de mi espíritu, de mi alma, en fin, cuyas ternuras no pude modificar y me impidieron, aún por apasionamiento á tí, hacer daño á un sér que me había procurado dicha, á un sér con quien compartimos la ventura hasta el extremo de producir la vida. Y en tí, rugiría tu única pasión hasta cierto punto desairada, te desalentaría el brutal desengaño recibido, la fé totalmente perdida, para

siempre perdida, obligándote á vivir sin entusiasmo y á gozar con náuseas.

«El sacrificio sería estéril. Pesaría sobre mi conciencia un crimen más, y tú verías en ese crimen, el interés dominando como móvil primero. No creerías en la acción única de tu amor y me juzgarías culpable sin reconocerme amante.

«Si me quedo á tu lado rebajando mi dignidad, solo conseguiría acabar de prostituir tu corazón confirmando sus dudas y condenándolo por el hecho á la mayor degradación de la vida, á la vida sin esperanza y sin ideal.

«En cambio, huyendo de tí, quebrando mi destino, sobre las ruinas de mi vida, elevo un santuario á la grandeza de nuestro afecto.

«Y sin embargo, si pudiera haber sinceridad,—un adarme, un átomo de sinceridad,—sería la luz para mí y para tí también, criatura desventurada.

«Á pesar de todo, si me quedo, el porvenir es nuestro. La vida nos abre su esplendente puerta ofreciéndonos su más rico carro para cruzarla triunfantes. Sí, yo lo sería todo. Las mujeres te envidiarían por mí, los hombres me odiarían por tí. Entre ellos, sobresaldría destacándome soberano, y entre ellas, tu reinado sería absoluto. Viajaríamos, lo vería-

mos todo. Yo triunfaría en política, tú brillarías en el arte, y después....¡Quién sabe!.... Tal vez el tiempo lo borraría todo, y al final de nuestros años, al detenernos frente al tibio hogar contemplando nuestra numerosa prole, nuestros hijos, nuestros nietos tal vez, sonreiríamos bonachonamante al recordar esta nube, que entonces se nos antojaría ligera.

«¡Oh magnífica visión que está al alcance de mi mano! ¿Por qué no hemos de realizarla? ¿Por què, desde que lo veo posible, no he de sujetarme á ese programa brillante que ha de constituir mi felicidad y la del sér que más quiero, la tuya Matilde, la de los hijos que más tarde tuviéramos, hijos nuestros, de los dos?.....

«No, imposible!.....Mi destino no quiere. Aquí está con su dedo de hierro señalándome la senda por donde estoy obligado á marchar. Es inútil que me subleve, que me rebele airado en mi defensa y en la tuya, ó que implore humilde y quejumbroso un poco de libertad para cambiar de ruta. ¡No, nada, marcha, miserable, sigue tu huella fatal, para eso has nacido!

«Sí, lo comprendo y lo disculpo á ese destino inexorable. Si cada uno pudiese marchar así, sin más freno que su voluntad, pronto se

alteraría el universo. ¿Estamos condenados al suplicio? Pues marchemos á él. Lástima de jemidos, en un mundo donde la única dicha posible, es saber ir á la tumba con la resignación suficiente en el espíritu, al extremo de morir cantando!

«Sí, Matilde, me voy. Vuelvo á las sombras de donde he salido. Me alejo de ti, dejándote, desgraciadamente, una huella muy dolorosa, muy honda en tu pobre existencia; pero no hay que hacer. Será una obsesión la mía. Más aún: no será, es una obsesión; pero no podría presentarme ante tus ojos, después del ultraje que me has inferido, sin sentirme penetrar por tu mirada profunda, ansiosa de investigar hasta en los últimos repliegues de mi conciencia, para descubrir mis sentimientos íntimos que, en el caso de quedarme á tu lado, jamás tendrías la seguridad de conocer.

«Me voy, renunciando á tu amor, á tu fortuna, á mis soñados triunfos, á todo el castillo de mis ambiciones, te juro que santas, construido en los ensueños de mi niñez. Voy á sumerjirme en la miseria del cuerpo y en la desesperación del alma. Renuncio á todo, todo lo pierdo, hasta el concepto de mis semejantes, hasta el amor de mi madre que tanto veneré;

pero al irme salvo algo en tu concepto, te demuestro el desinterés de mi amor, mi sinceridad, mi pureza; te pruebo que te quise á tí, que amé tu cuerpo arrogante, tus maneras distinguidas, tu educación notable, tu espíritu cultivado, selecto y profundo pero jamás tu plata!

«¡Oh! cómo una sola palabra, apenas una ligereza de la lengua que tal vez no ha interpretado bien el pensamiento, es capaz, en el engranaje de las cosas, de quebrar para siempre el esplendor unido de dos amorosos destinos!

«Podría dolerte, Matilde, que no te quiera al extremo de permanecer á tu lado, afrontando tu desprecio, exhibiéndome como un miserable á tus ojos; pero sírvate de relativo consuelo, el hecho de sumirme voluntariamente en la más negra de las desgracias, tan solo por merecer tu concepto.

«¿Acaso podrás creerte vencida por tu rival? ¡No! ¡No!.....debes sentir, sientes lo contrario!

«Y no te engañas.....¡te adoro! En todos nuestros momentos de amor lo has de haber comprendido, pues en todos ellos fuí sincero. Jamás salió de mis labios una palabra de ficción. Te lo juro por este honor que respeto y

quiero, tratándose de tí, puesto que por él te abandono.

«No podía haber hecho otra cosa que lo que hice, y si el resultado no se ajusta á mis ambiciones, la culpa no es mía, sinó del destino que así lo tenía dispuesto.

«Conocí antes que á tí á Josefina y me prendé de su dulzura al extremo de disponerme á casar con ella. Pero surgiste tú y esto solo bastó para ponerle término á mi ligazón. Fué mi primera falta, atenuada, sin embargo, por la falsa noticia del casamiento de mi querida, cuyo embarazo ignoraba en absoluto.

«Así, pues, desde el momento en que mis ojos te dirigieron su primera mirada, fuí sincero, absolutamente sincero, sin que jamás cruzara por mi mente la idea de que eras rica. Admiraba en tí, es verdad, los dones y adornos con que la fortuna ayuda y decora á la belleza; pero deslumbrado por el conjunto, no podía descender al detalle, y en tí, la fortuna es un detalle.

«Eres una tela de inestimable valor artístico á la que dán seguramente realce los brillantes dorados del marco en que se exhibe; pero cree firmemente, que aún despojada de esa gala, hubiese amado, apreciándola, la riqueza de sus colores.

«Era demasiado felicidad la mía para que pudiera ser duradera. Adquirir de pronto el amor y la fortuna, por más que esta última no hubiera sido buscada, es un ideal que sobrepasa los límites del humano alcance. Mi repentina felicidad era de aquellas que detienen la constante ambición del hombre y son por lo tanto contrarias al progreso, á la perpetua aspiración de más allá que ajita á la humanidad entera, condenada por el hecho á un eterno suspirar.

«Mi éxtasis tenía que concluir, y á su hora concluyó. En la cadena de los hechos apareció el eslabón fatal que había de arrastrarme de nuevo al torbellino de la vida.

«Una carta de Josefina, que enferma y sumida en la miseria me pedía amparo para dar á luz un hijo, concebido conmigo en un fugaz abrazo de amor, vino á turbar para siempre el oasis de dicha que se había formado en torno de mi existencia.

«¿Cuál debió ser mi conducta? Creo que esta pregunta no tiene dos respuestas. Ampararla. ¿En qué forma? En muchas seguramente, pues en caso semejante la acción queda librada al modo de ser y de sentir de cada uno.

«Por mi parte, ignorando aún, como ignoraba, el májico efecto del dinero, corrí hacia

ella para procurarle mi amparo moral que suponía era lo que más necesitaba. Corrí hacia ella llamado por el instinto, ansioso por protejer la preciosa carga que valerosamente llevaba en su amoroso seno. Fuí á salvar y á defender aquella sangre de mi sangre, aquel sér que animaría en breve mi propio espíritu; á mi hijo, en fin, cuya aparición en la vida, á pesar de todo, me llenaba de orgullo y de contento.

«Después, pese á mis teorías al respecto, pretendí mantenerme tan solo padre, y lo conseguí por espacio de algunos meses; pero la naturaleza es más sabia y poderosa que los hombres, y sus leyes, que éstos hacen para violarlas, tienen en ella toda la fuerza de la promulgación divina. Una noche de primavera volví, pues, á ser amante, comenzando desde aquel momento el suplicio que había de conducirme á este tristísimo calvario. Sin embargo, siempre aspiré á ser leal en medio de todas esas traiciones á tu amor, y.....ahora hay que decirlo: á tu fortuna! Pretendía decirte expontáneamente lo que por extraño conducto has sabido; pero un cobarde temor, que ahora más que nunca me reprocho, me detuvo en un paso que hubiese sido tal vez nuestra salvación.

«No lo hice así por que así no estaba escrito. Estos son los hechos, fielmente narrados.

«Réstame ahora hablarte de mis sentimientos á través de esta agitada parte de mi existencia.

«¿Te quiero á tí? ¿La quiero á ella? O bien ¿las quiero á las dos? Ahí está el problema que muchas veces me he planteado sin acabar de resolver; pero que en esta suprema confesión, con el reposo del que todo lo ve concluido, aliviado del enorme peso producido por la ansiedad mortal que me agobiaba, creo poder solucionar con la sinceridad que me he propuesto.

«Pues bien, sí, las quiero á las dos!

«Amo en ella á la madre de un sér que por obra mía surgió á la vida. Pago con un poco de conmiseración su inconsiderada ternura, la donación voluntaria y tímida de su amor, su sometimiento, su esclavitud incondicional, su sacrificio sin exigencias de compensación. La amparo por bondad del alma, por solidaridad humana hacia esa inocente culpable de mis penas, hacia ese pobre sér que el destino ha colocado á mi paso para darme, como una flor, todo su perfume, y que no tiene en el mundo más que á mí para cui-

dar de su débil existencia. Amo en ella una víctima del amor que recibe de mí toda la dicha que le corresponde en el reparto terrenal. Mi amor hacia ella, se basa en la piedad. La quiero por que soy el creador de su dicha, y me parecería infame, estando en mi mano dársela, negarle la ventura ¿Pero quieres que me exprese más claro, que determine mejor esta extraña clase de sentimiento? Pues bien; su amor me pesa, y si la viera feliz en extraños brazos, mi alma se esparciría alborozada. ¡Pero yo no la puedo dejar en el abandono, ni tampoco impulsarla á la senda de la corrupción. No puedo ni quiero ser tenorio. Esta clase de seres me repugna, y su actitud me parece cobarde!

«En cambio, á tí te quiero con ese amor supremo que en horas de misterio Dios suele revelar al hombre. Imperas en mi alma con la tiránica fuerza del imposible; dominas mis sentidos al extremo de producirme desmayos la sola recordación de tus encantos; y mezclándote á todas mis ambiciones, resplandeces como una aurora de esperanza que alumbra el porvenir.

«Te veo en el fondo de los abismos, atrayéndome como una sirena con tus cantos, y cuando miro hacia el cielo, te ciernes sobre

las cumbres encarnando todas las formas del ideal.

«Eres el símbolo de mis ensueños, la nota tónica del concierto de mi vida, y el brillo de tu sonrisa ó el aplauso de tu amor, colman mis aspiraciones de gloria.

«Amo la vida con el ardor y la beatitud de quien comprende sus grandezas, y tú eres, para mí, la síntesis brillante de la vida. Ella sin tí, es la muerte.

«Pero debo condenarme á morir con esa terrible muerte del alma. Debo salvar incólume, á toda costa, la grandeza de nuestro amor. No puedo ni debo dejar manchar con el hálito de la duda, la nitidez de ese principio eterno, que por un fugaz momento llegamos á encarnar.

«Sí, Matilde, es duro para los dos; pero no hay remedio para nuestro mal. Su inmensidad lo hace incurable.

«Adios, querida criatura! Me voy, y quedo con vida; pero te juro que sin esperanza!

«Escucha, sin embargo.

«Cuando tras breve lucha con el tormento que me impongo, mi cuerpo rinda su irremidiable tributo á la muerte, piensa que con mi último suspiro irá mezclado tu nombre. Después.... tal vez toda esta historia no sea más

que un incidente de tu existencia, que, desapareciendo yo, aún puede ser hermosa. Perdona entonces y recuerda, entre tus risas y tus llantos, que alguien te quiso como no te querrá ninguno, mientras animó sus formas materiales ese soplo divino, esa desconocida esencia que se llama vida!

«Adios!

Rodolfo.»

Matilde había empezado á leer la carta de su marido con la angustia y la precipitación de quien cree leer el adiós de un suicida; pero, á medida que había adelantado en el texto de aquellas páginas, su espíritu se había ido serenando, pasando por las alternativas del dolor y de la ira. Su alma jemía, al considerar la pérdida de su amor, la orfandad á que se veía condenada, y toda la fiereza de su raza se rebelaba iracunda contra aquella solución inesperada y brutal de un incidente que había juzgado pasajero, y que ahora, á más de herirla en pleno corazón, iba á cubrirla con todas las faces del ridículo.

Su primer impulso fué, pues, de odio hacia quien así la maltrataba, y dando escape á la desesperación de su alma, maldijo á Rodolfo tratándolo de cobarde y de traicionero, acusándolo de haber sorprendido á una mujer

indefensa, para arrojarla luego sin piedad en un mar de desventura.

Su exaltación llegaba á la demencia, y mientras releía pasajes de la carta para darse bien cuenta de los propósitos de su marido, lanzaba interjecciones agudas, grititos nerviosos de los que no parecía tener conciencia.

Pero la fiereza no podía subsistir apoyada en la inmensa debilidad de su amor desfalleciente, y al conseguir penetrarse, más por apasionada intuición que por razonada clarovidencia, de la resolución inapelable de Rodolfo, al comprender lo irremediable de la pérdida que sufría, el dolor se apoderó de su corazón amenazando despedazarlo con la fuerza de sus latidos.

Todo su apasionamiento por aquel hombre levantóse en ella para protestar contra su pérdida, ahogando la voz de la razón y de las convenciones, cubriendo con su brillo intenso, con su luz vívida é inmortal, todos los otros pequeños luminares de la vida, para que resplandeciese tan solo el fuego del amor reclamando la presencia de su objeto. Sí, lo quería, lo deseaba con ardor, lo necesitaba con toda la vehemencia de su alma, reclamando su ternura á cualquier precio.—¿Dónde estás? ..... ¡Ven, ven Rodolfo! ¡Yo te adoro!

¡Perdóname! Ven, yo tengo todos los derechos..... yo también soy madre! — Y enloquecida, delirante, la joven tendió los brazos hacia aquella sombra á quien dirijía su llamado supremo, cayendo luego desfallecida á lo largo del pavimento.



CAPÍTULO IX

Un mes después, cuando ya la hermosa primavera comenzaba de nuevo á cubrir la tierra con su rica vestimenta de doradas galas y las obscuras golondrinas á surcar el cielo llenando el aire con sus mejores cantos, por extraña ironía del destino deteníase á la puerta de la casita del Reducto, un lujoso carro blanco, ostentando al claro sol que alumbraba el alegre renacimiento de la vida, las pomposas y frias insígnias de la muerte.

Era el fúnebre vehículo de la niñez, el símbolo constante de los errores del destino, que iba á arrebatar de aquel hogar desgraciado, un angel, muerto por el repentino asalto de la vida.

El hijo de Rodolfo y Josefina había dejado

de existir. De constitución vigorosa, la dentición, que se había presentado tardía, se inició de golpe, y en una de las frecuentes y violentas convulsiones que lo agitaban, voló su espíritu á las ocultas regiones del misterio.

Sobre un pequeño féretro de caoba forrado de raso blanco y totalmente cubierto de aromáticas flores, en el medio de la salita-comedor y rodeado de amarillentos cirios, dormía el sueño sin fin, esperando la hora de que sus restos fueran llevados á una humilde fosa.

En torno suyo, Enriqueta y las mellizas Ibañez que habían acudido presurosas á curiosear aquel funesto acontecimiento y la especialidad de sus circunstancias, se entretenían en despavesar los cirios y ordenar las flores, mientras Josefina, sentada á la cabecera del cajoncito que encerraba los despojos de aquel sér querido, del hijo de su amor, lo miraba sorprendida, estupefacta ante aquella mortal sorpresa de la que no acababa de tener conciencia exacta.

En el dormitorio, Rodolfo, flaco, amarillento, extenuado por la fiebre que lo había postrado en cama desde su violenta separación de Matilde, se paseaba nervioso, con toda la vida reconcentrada en el brillo sombrío de

sus ojos negros, hundidos en el fondo de las órbitas.

Eran inútiles los esfuerzos del doctor Roca y de su amigo Felipe por volverlo al lecho y tranquilizarlo. Rodolfo no oía razones, y más como dirigiéndose á sí mismo que á sus acompañantes, peroraba sin interrupción. Las palabras eran incoherentes, desilvanadas. Tan pronto lamentaba la muerte de su hijo, de aquel último lazo que lo unía á la vida, como empezaba á juzgar esta última bajo el punto de vista filosófico, reconociendo su utilidad y la grandeza de sus recónditos propósitos ó negándole toda razón de ser y condenándola como la fuente de todo mal.

—¿Por qué, por qué te has muerto?—decía—¿Por qué has nacido para morir luego? ¿Qué misión fué la tuya? ¿O es que el destino se ha servido de tí para labrar mi desgracia y la de todos los que me rodeaban? ¡Morirse así, siendo sano, vigoroso, demostrando á cada instante su inteligencia! ¡Es horrible! Ayer, no más, después de una convulsión, en un momento de calma, jugaba conmigo escondiéndose atrás de la madre! ¿Para qué hace la naturaleza estas cosas? ¿Por qué se complace en destruir sus mejores obras, en tronchar de golpe un mundo de esperanzas? Y en tal caso

¿qué necesidad tiene de hacér sufrir así á la inocencia para llegar á la realización de sus fines ocultos?... Y nosotros, ¿por qué sufrimos así? Si este mundo no es un infierno ¿por qué esa voluntad suprema que todo lo puede, que todo lo prevee, no ha organizado mejor las cosas apartando el dolor en estos funestos extremos? ¡Oh, sí! este es el imperio del mal, es una especie de presidio donde arrojan á sus condenados las divinidades irritadas!.... ¡La vida, la muerte!....Está bien. Son cambios de estado; pero el sufrimiento, el dolor ¿Á qué, para qué? ¿Cual és su utilidad?... ¿Acaso hacer resaltar el bien, hacerlo valer? ¿Entonces lo bueno solo existe á condición de existir lo malo? ¡No vale nada por sí!...¡La ciencia!... ¡Una gran cosa su ciencia!—dijo de pronto dirijiéndose al doctor Roca. — Una criatura sana, de buen origen, y no son capaces de hacerle echar los dientes! ¡Vaya una ciencia!— Y enloquecido, sin poner vallas á su imajinación enardecida por la fiebre y por el dolor, comenzó á criticar todas las formas del saber humano.

Los médicos eran para él unos embaucadores sin conciencia que solo acertaban cuando la naturaleza se les adelantaba y antes que ellos corregía su propio yerro; los filósofos,

unos charlatanes que ni siquiera alcanzaban á reconocer su absoluta ignorancia y la vanidad de sus esfuerzos por romper las espesas nieblas que todo lo envuelven; á los astrónomos, los consideraba unos egoistas mezquinos que huían de la vida conformándose con mirar hacia el cielo en el diminuto horizonte que les es dable recorrer; y el resto de los hombres, se le antojaba un miserable rebaño de ajitadores, chapoteando y enlodándose en el infecto fangal de sus propias miserias.

—Cálmate, Rodolfo, cálmate. Estás desesperado y te haces daño,—le decía Felipe con cariño. Pero su amigo se había lanzado y no se podía detener.

—El amor!—exclamaba,—valiente ilusión! Se ama lo que no se tiene, se persigue el imposible. Lo que és no vale nada. El hombre desprecia tanto sus fuerzas que le parece pequeño lo que con su ayuda logra alcanzar. Miserable estropajo condenado á perseguir ilusorios fantasmas, solo goza en despedazarse contra los obstáculos que estos arrojan en su camino! La muerte, la muerte es el único remedio; pero, desgraciadamente, cuando no es buscada, cuando viene expontáneamente, pues quién sabe cómo castiga el tirano que nos maneja, esa voluntaria deserción de la vi-

da! Ah sí! morir, morir en seguida, morir como tú, hijo de mi alma, ir á gozar contigo de las dulzuras de la quietud eterna! Tenías antes de morir una mueca de dolor y después se esparció por tu semblante el tenue velo de una celestial sonrisa!

—Rodolfo, por amor de Dios,—interrumpió Felipe levantándose. Y como el doctor Roca quisiera hacerle tomar un calmante que había recetado, Rodolfo lo rechazó groseramente, exclamando con violencia.

—Pero ustedes me creen loco ó enfermo, que me quieren dar pociones? ¡Váyanse al diablo! Estoy en mi sano juicio y si me lamento es obedeciendo á un sentimiento muy natural. Lloro á mi hijo, si, á mi hijo, al hijo de mi alma que se ha muerto!— Y abrumado, vencido por la fatiga y el dolor, rompió á llorar con desesperación en brazos de su amigo.

Aquellas lágrimas fueron un consuelo, una generosa válvula de escape abierta en su corazón para evitar que estallase bajo la ruda presión de su dolor inmenso.

Breves instantes después, cuando levantó la cabeza, desprendiéndose de los cariñosos brazos de Felipe, brillaba en su pupila, á través de la cristalina humedad de sus lágrimas,

una animosa expresión que lograba sobreponerse á su profundo abatimiento.

—Ya es hora,—dijo Felipe consultando su reloj.

—Ya,—contestó con resignación.—Bueno, entonces hazme el favor de llamar á Josefina.—Y mientras Felipe, seguido del doctor Roca, salía á satisfacer su pedido, abrió un cajón de la cómoda, tomó un paquete de billetes de Banco y lo guardó en un bolsillo del pantalón.

En seguida se enjugó el rostro y cuando Josefina apareció, abatida y llorosa, la estrechóentre sus brazos dejándola sollozar libremente y sin parecer contagiarse con aquel sagrado enternecimiento.

—Te he llamado para confiarte este dinero, antes de irme,—le dijo tras breves instantes. —Ya sabes, es el vale aquel que Felipe me cobró ayer y que pensaba devolver mañana; pero..... he calculado mejor y creo que será preferible guardarlo....¡Puede hacernos falta!—Y contemplando á la joven que, obediente á su órden, guardaba el dinero en su armario retirando luego la llave, dijo con extrañas inflexiones de voz:

—Eso es, así, bajo llave. El dinero forma parte de la felicidad.—Y como Josefina lo

miraba silenciosa, con la cara bañada en llanto, exclamó tomándola de los hombros:—Pobre, pobrecita, mi Aurora. ¡Llora, ángel de bondad! ¡Llora mucho! ¡Pero tén fé en la vida, has de volver á sonreir, piensa que estás aún en tus veinte años!—Entonces, oprimiéndola por última vez en un abrazo estrecho y prolongado, la besó con transporte dejando caer sobre sus blondos rizos dos últimas y solitarias lágrimas.

Media hora después, el cortejo se ponía en movimiento, dejando en la pintoresca casita del Reducto un vacío profundo, donde resonaban lúgubremente los inexpresables lamentos de una madre desolada.

Formaban en el cortejo que seguía el carro mortuorio, tres carruajes, conduciendo el primero á Felipe y á Rodolfo, el segundo al doctor Roca, que no había querido abandonar ni un momento á su antiguo condiscípulo, y el tercero llevaba al marido de Enriqueta, á Gardero, y á dos vecinos que se habían creído en el deber de asistir al acto.

Los carruajes tomaron por el camino de Goes hasta desembocar en el Barrio Reus, y una vez cruzado éste, siguieron por la calle de Sierra y Rivera continuando luego por el camino del Buceo.

Al salir de la ciudad y trasponer los carruajes la primer cuchilla, Rodolfo, que, con la vista clavada en el asiento delantero del *coupé* se había mantenido pensativo y silencioso, levantó de pronto la cabeza, y al ver el alegre y ensanchado panorama que se ofrecía á su vista, exclamó con amargura:

—Qué egoista es la vida! Cómo se engalana, cómo renace sin preocuparse de la muerte. Y, sin embargo, en ella todo es pequeño, todo es vacío comparado con la suprema grandeza de la nada!

—¿Se truecan los papeles?—interrogó Felipe palmeándole una pierna. Y como su amigo lo mirase sin comprender, continuó. —La nada no existe. Todo renace. Después del invierno viene la primavera, después de la muerte vuelve la vida, y así también después de tu actual tristeza y descreimiento, ha de renacer en ti la fe y la alegría. Créeme, déjate de misantropías, toda exageración es mala. Yo te garanto que ni Leibnitz ni Schopenhauer tienen razón. Contempla este hermoso panorama, y á pesar de tus dolores sentirás un goce sereno.

En efecto, el panorama era hermoso.

Reía el sol suspendido en el infinito azul

de un cielo sin nubes, bañando las quebradas y las lomas, cubiertas de verdura. Trabajaban entre los sembrados los campesinos labradores, luchando por la existencia; ordeñaban sus vacas atadas al aire libre, los lecheros inmediatos á la ciudad, extrayendo de las ubres repletas el alimenticio jugo; y brotaban las semillas en los surcos, frescas y lozanas, entrando triunfantes en la vida, mientras las gallinas picoteaban gusanillos en la tierra removida, al amor del sol. Circulaban entre alegre repicar de campanillas los tren-vías cargados de gente, en constante vaivén por el sinuoso camino, y á lo lejos, la ciudad se agitaba y bullía, despidiendo humo por las largas chimeneas de sus fábricas en trajín constante.

Todo se movía, palpitaba, vivía, obedeciendo á esa fuerza secreta y misteriosa que combina las savias, que revuelve las entrañas de la tierra, que flota en la atmósfera, que viaja en los rayos del sol y huye á perderse mezclada con el eter por los espacios infinitos.

Pero Rodolfo no alcanzaba á ver todo aquello sinó á través del espeso velo de sus desgracias.

—No!—pensaba. La vida no tiene razón de ser para mí. Estoy de más en el mundo; mi existencia ya no tiene vínculos. Persistir en ella sería un egoismo criminal. Solo hago daño. Matilde, sin mí, olvidará y volverá á ser feliz, como dice Felipe; á Josefina le ocurrirá otro tanto, y mi eliminación se convertirá en una aurora de dicha para todos ¿Acaso el destino así no lo quiere, inspirándome este pésimo concepto de las cosas? ¿No es este un decreto de muerte bien caracterizado, y, por ser consciente, más grande? ¿La conciencia llevada á su mayor altura y corrigiendo sus propios errores: el error de vivir? ¿Mi hijo, que era mi único deber, no me indica el camino?—Y al recordar á su hijo, pensaba en el lujoso carro blanco, donde encerrado en su cajoncito de caoba, camino del cementerio marchaba el pequeño muerto

Su resolución, con la fuerza de las ideas fijas se iba haciendo irrevocable, y cuando en el examen de su actitud, pesaba el altruismo ó el egoismo de sus propósitos, solo el recuerdo de su madre lo ponía en duda. Si, para ella ya no había consuelo. Otros amores y otros hijos, engalanarían de nuevo la vida de Matilde y de Josefina, nuevas dichas y risueñas alegrías les borrarían las huellas de

aquel dolor; pero á la anciana madre, para quien toda la felicidad terrena estaba encerrada en la lozanía de aquel retoño, de aquel hijo querido que encarnaba todos sus recuerdos y simbolizaba todas sus postreras esperanzas, ya no quedaría más que un prolongado y lúgubre gemido.

Tal idea lo hacía dudar. Pero en el acto, comprendió que no tendría fuerzas para hacerle el sacrificio de vivir. En el corto plazo que habitó con Josefina después de su separación de Matilde, constató qne la vida era imposible junto con aquella inocente causa de su horrible desventura. Además el único lazo se había roto. El hijo había muerto ¿qué iría pues á buscar junto á aquel amor concluído? Y si vivía alejado de las dos, arrastrando su miseria en la soledad ¿no era condenarlas á un interminable suplicio, envenenando también los últimos instantes de aquella madre por quien iba á prolongar indefinidamente el tormento de tres víctimas? Y en el fondo, sin atreverse á confesarlo á sí propio, lo que más lo impulsaba al suicidio era la imposibilidad de vivir sin Matilde y la necesidad de borrar con un acto semejante las dudas que ésta pudiera abrigar aún con respecto á sus sentimientos, dejándole al

propio tiempo un recuerdo grande de su amor, purificado de sus pretendidas faltas en el crisol inapelable de la muerte.

Las trepidaciones del carruaje al detenerse frente á la puerta del cementerio, cortaron de pronto el hilo de sus ideas, volviéndolo á la realidad.

Cuando él y su amigo bajaron del carruaje, ya el marido de Enriqueta, con sus tres acompañantes, habían tomado á pulso el pequeño cajoncito y se dirijían á la portada central del poético cementerio.

Silenciosos y con la cabeza descubierta, haciendo resonar sobre la arena la regularidad de sus pasos, el pequeño cortejo penetró por la calle central, perfecto remedo del camino del infinito, por perderse sus extremos, á través de las tumbas, entre las olas del mar y la diafanidad del cielo inmenso.

Tras un breve rodeo, llegaron por fin al sepulcro que había adquirido Felipe, y todos se detuvieron para llenar las últimas formalidades.

Cuando se destapó por última vez el pequeño cajoncito, Rodolfo se arrodilló, é inclinándose sobre la cabecita del niño, la besó mucho, largamente, tal vez murmurando inconscientemente palabras incoherentes

en su insensible oído, quizá revelándole por última vez su paternal ternura, recriminándole tal vez haberse muerto, haberlo abandonado para siempre robándole el resto de todas sus alegrías. Y aquel hombre, lloroso y arrodillado sobre el cuerpecito del niño muerto, parecía un roble gigantesco, inclinado, abatido por el peso ineludible del destino.

Entre tanto, el viento hacía sonar las hojas con rumores sonoros, mientras el mar batía la playa con sus olas espumosas, y multitud de pintados pajaritos, ocultos entre las ramas, ensayaban sus variados y alegres trinos.

Cuando el sentido padre se desprendió por fin de aquel despojo querido, todos los que allí en torno suyo estaban, hacían esfuerzos por contener el llanto.

Cerróse definitivamente el lustrado cajoncito, se clavó la chapa con el número que había de reemplazar al nombre, en aquel hospedaje postrero, y todos volvieron silenciosos sobre sus pasos dejando al niño encerrado en su obscura celda, á la espera del tiempo que, poco á poco, modificaría sus despojos, para utilizarlos en la renovación eterna de las fuerzas, sin posible reposo ni fin.

Cuando de nuevo llegaron á la puerta de salida, Rodolfo despidió á sus acompañantes, y tomando del brazo á Felipe, lo invitó á caminar.

— Sí, eso es, vamos á caminar un poco por estos alrededores. El cansancio físico es conveniente cuando se està moralmente abatido, —observó Mont. Y luego, sobreponiéndose á la situación con la fuerza de espíritu que le era peculiar, exclamó con expresión enigmática:— Además, quién sabe si no nos sucede como á esos desesperados de novela á quienes el destino ó el autor, cansado de ver sufrir, les pone la felicidad en el camino.

—Tal vez — contestó Rodolfo casi alegremente, acariciando el puño de un revolver Smith que llevaba oculto en el bolsillo.

Aparentemente entretenidos en ver las vaporosas nubes de menudas gotas que al chocar contra las rocas se desprendían de las olas, los dos amigos bajaron hacia el mar por entre las altas tapias de los dos cementerios



CAPÌTULO X

Cuando Matilde pudo recobrar, en parte, la calma que había perdido al leer la carta de Rodolfo, su primer impulso fué buscarlo y echarse á sus piés implorando perdón para atraerlo de nuevo á su hogar donde lo reclamaban todos los deberes de su estado. La jóven era madre, y no dudaba de que la sola revelación de esta nueva, obligaría á su marido á volver en el acto. Pero, á pesar de sus inmediatos propósitos, no solo por ignorar el sitio donde podría encontrarlo, sino también por un lejítimo sentimiento de pudor, por cierta repugnancia emanada de su educación y sus ideas, no se animaba á tomar una determinación tan aventurada, resolviéndose, al fin, por llamar en su ayuda á la madre de Rodolfo.

Matilde conocía á su marido, lo sabía impetuoso, romántico y apasionado, reconocia la exageración de sus teorías y las rarezas de sus ideas, á las que jamás había podido amoldarse, por más que las respetaba y hasta las acataba, dominada por la inteligente argumentación con que él las defendía; pero aquella actitud extrema en que de pronto se colocara, tenía todos los caracteres de lo inesperado, estaba fuera de toda previsión posible y la asustaba ahora, haciéndola considerar culpable de una falta inmensa de la que no conseguía darse cuenta.

Más por adivinación intuitiva que por esfuerzo razonado, la joven comprendía la parte de culpa que correspondía á cada uno en aquel desastre que esperaba fuese pasajero; pero su corazón ansioso de amor, mucho más después de haber saboreado sus dulzuras, atribuíase todas las culpas, reconociéndose como la única causante de sus actuales desventuras. Quería verlo, sentirlo, tenerlo allí á su lado, fuese como fuese. Después, cuando semejante dicha estuviera asegurada, entonces, si es que ella daba cabida á reconvenciones ó reproches, sería el caso de definir y señalar las responsabilidades de cada uno. Por el momento, ella tan solo, tan solo ella había si-

do la causante de su propia desdicha, el verdugo de su felicidad, de aquella felicidad durante tanto tiempo soñada y tan accidentalmente adquirida, y era preciso volver cuanto antes por ella, reconquistarla en el acto, atraer aquel bien perdido, corrigiendo á cualquier precio su funesto yerro.

Matilde se resolvió, y haciendo enganchar un carruaje, mandó á buscar á la madre de Rodolfo.

La señora acudió en el acto, agena por completo á lo ocurrido; pero á la sola vista de la joven comprendió que algún suceso desgraciado se había producido. Iba á formular su pregunta, cuando Matilde, ahogada en llanto, se arrojó en sus brazos, contagiándola con esa rapidez en comunicarse propia de las almas extremamente sensibles.

Cuando los sollozos le permitieron hablar, Matilde contó con voz ahogada todo cuanto había ocurrido, y leyó la carta que conservaba en su seno, lamentando luego su desgraciada suerte y las traiciones hechas á su amor; pero, sobre todo, quejándose de aquel abandono inesperado que transtornaba todos sus planes y desarmaba todas sus iras, reduciéndola á implorar una caridad de amor, sin la cual peligraba su existencia.

—¿Verdad que tengo razón y derecho de llamarlo?—decía, con la voz velada por la emoción y las lágrimas -¿Usted cree que vendrá, no es así?—y sin esperar respuesta, exponía las razonès que lo obligarían á hacerlo. —Claro....cuando sepa que yo lo llamo y que le pido perdón....Sobre todo cuando le digan que soy madre, cuando conozca mis derechos! — Y aquella mujer altiva, de caracter indomable, cuyo orgullo inmenso nadie había abatido hasta allí, imploraba quejumbrosa, vencida por la necesidad de su amor —¡Oh, por que sería mucho dolor para que pudiese soportarlo! — exclamaba — ¡No, no es posible que me haya hecho tan feliz durante un corto tiempo, para tener la crueldad de quitarme de pronto esa felicidad que me había enseñado á querer y por la que había suspirado toda mi vida! ¡Sí, sí, vendrá porque es bueno! Además yo le consiento todo! Qué haga lo que quiera, que se gobierne á su antojo; pero que venga, que venga, yo lo quiero' sin él no puedo vivir! — Y extenuada, sofocada por el llanto, volvía á caer en brazos de la afligida señora de Valmar, que se esforzaba por consolarla, tratando de disculpar la conducta de su hijo, aunque vituperándola, en el

fondo, con toda la rectitud de su severa conciencia.

Era necesario obrar. Matilde lo exigía con amoroso arrebato, y la anciana señora no lo deseaba menos, impaciente por ver á su hijo que adivinaba dolorido y sospechaba capaz de cometer algún horrible disparate.

—¿Dónde vive esa mujer?—interrogó de pronto, refiriéndose á Josefina.

—No sé,—contestó Matilde,—pero hay que averiguarlo.

En efecto, la cuestión era saber antes que nada el paradero de Rodolfo; pero como las dos mujeres no podían tener idea de él y no querían dejar trascender lo ocurrido, permanecían irresolutas.

Por fin, á la señora de Valmar se le ocurrió que Felipe no podía estar ajeno á las escapatorias de su amigo, y propuso mandarlo á buscar.

Así se hizo, y una hora más tarde entraba el inseparable amigo de Rodolfo en el palacete de Rolán, adivinando antes que hablasen el objeto á que era llamado.

Sin embargo, se dejó contar en detalle lo acontecido, para apreciar bien los hechos y tener tiempo de reflexionar sobre la situación. Así, luego que las dos mujeres

hubieron hablado, emitió su opinión con la calma que le era peculiar, aún en los momentos más difíciles.

—Todo esto es grave, muy grave,—murmuró Felipe, reconstruyendo las excenas que le acababan de narrar.—Rodolfo es un niño, á pesar de su preparación y de su inteligencia, y á los niños no se les puede impresionar tan hondamente sin riesgo de quebrarles alguna delicada fibra del sentimiento. ¡Ah, Matilde, si usted no hubiera abrigado esa malhadada sospecha de la influencia de su fortuna, qué facilmente hubiese evitado todo esto! Porque, créalo, Rodolfo no ha pensado nunca en el dinero, no ha sabido ni sabe aun valorizarlo. En esto, como en todo, es inocente por completo, y sus palabras han sido para él una revelación.—Y como para demostrar lo que afirmaba, Felipe empezó á contar la vida de su amigo, en aquella parte que se relacionaba con los intereses pecuniarios. Nunca había tenido necesidades. Extremamente sóbrio, lo que su madre le daba durante su larga vida de estudiante, le bastaba y aun le sobraba para sus gastos. Más tarde, cuando él lo sacó de su voluntario encierro, había atendido cuidado-

samente á todos los extraordinarios de la vida de su amigo, sin que éste se preocupara ni notara tan siquiera la fuente de aquellos recursos.—Un hecho les voy á contar que demuestra su despreocupación en la materia,—añadió Felipe para reforzar su argumentación.—Nos paseábamos una tarde por la calle 25 de Mayo, cuando al pasar por el bazar Jacob, vió un busto de marmol representando á Voltaire y se enamoró de él. Esto, y entrar á comprarlo, fué todo uno, solo que cuando le dijeron el precio, que era bastante subido, notó que no tenía dinero. ¿Ustedes creen que desistió de su compra? Pues nada de eso. Se dirigió á mí, y como la cosa más natural del mundo me pidió que lo adquiriese para él. No hay que decir que lo hice con la más viva satisfacción, dándome el placer de gozar con aquella inocente ventura, y si ahora lo cuento, es para demostrarles que Rodolfo no sabe distinguir entre lo tuyo y lo mío, cuando solo media la amistad, cuanto más al tratarse del amor. El cree que los que lo quieren son capaces de hacer con él, lo que él haría con ellos. Y á ese respecto, si alguien que le fuera simplemente simpático, le pidiese

un caudal, teniéndolo, lo daría sin trepidar un instante.—Y Felipe al narrar esta anécdota, á pesar de su general descreimiento, se detuvo enternecido.—¡Oh, usted no sabe, Matilde, la delicadeza de ese corazón que ha palpitado al lado del suyo! Usted lo ha herido hondamente con sus palabras. Le ha desvelado una parte de la vida que ignoraba, sorprendiéndolo en medio de sus más candorosas ilusiones. Ahora, como él lo dice en su carta, no es cuestión de unirlos simplemente, sinó de destruir esa mala impresión que les imposibilitaría la vida en común.—Y como la jóven llorase copiosamente, Felipe, creyendo haber dicho demasiado, cambió de tono, afirmando que todo quedaría en nada, pues él se comprometía á recomponer aquel engranaje momentaneamente desajustado. Pero Matilde, que lo había dejado hablar sin despegar los labios, dejó escapar un grito de dolor y exclamó resintiéndose de su propia herida:

—Pero usted habla solo de su dolor y se olvida del mío! Yo he sido engañada. He sido víctima de una traición inmensa, de esas que ninguna mujer apasionada perdona. Yo me dí toda, y á mí no me dieron sinó despojos. ¡Cómo no había de sublevarme y dejar esca-

par un insulto cuando me ahogaba de dolor? ¿Era esa bastante razón para abandonarme así, para jurar no verme en la vida?...Ah nó, esto es cruel, es horrible, y si Rodolfo no viene, solo me probará que quiere más á esa mujer con quien vive que á la suya propia!—Y estallando en una nueva crisis de sollozos, se dejó caer en un sillón ocultando la cabeza entre las manos.

Felipe calló un instante para dejar pasar aquel acceso, y luego, con imperturbable calma, volvió de nuevo á tratar la cuestión, desplegando toda la habilidad de que era capaz.

—En esto se engaña usted tanto como en lo otro, y no es extraño, el dolor la ofusca, Matilde. Á Rodolfo le pesa esa mujer como una carga..Esto lo sé, y se lo juro por mi honor. No se trata de ella, pues, á quien sólo es dable tenerle compasión...Se trata del hijo. Si pudiera haber celos por su parte, sería con respecto á ese niño; pero nunca por la madre.

—¿Usted cree?—no pudo menos de decir Matilde, anhelosa y con secreta satisfacción por aquellas palabras, que encontraban dulcísima resonancia en su corazón enamorado.

—No creo, estoy seguro,—contestó Felipe con acento de convicción.—Es más, creo que si usted lo exige, renunciaría también á ese

hijo aunque le remordiese la conciencia por todo el resto de su vida. La cuestión estriba en que usted no lo sospeche capaz de explotar su amor con miras interesadas.

Pero en este punto las dos mujeres protestaron á coro. Aquello había sido un arrebato, un impulso de ira completamente irreflexivo. Lo que urgía ahora era su vuelta para que pudiesen demostrarse mutuamente su cariño; que después, Matilde se encargaría de destruir aquella ultrajante idea.

Entonces Felipe, satisfecho de su diplomacia, prometió ir en busca del hijo pródigo y traerlo en el acto.

Consecuente con este propósito, salió en dirección de la casa de Josefina, donde tenía la seguridad de encontrarlo, tratando de concebir un plan satisfactorio que lo redujese hábilmente á la inmediata obediencia.

Felipe, á pesar de su espíritu práctico, se sentía vivamente impresionado por aquella desgraciada historia.

—He aquí una comedia romántica que puede facilmente degenerar en drama,—pensaba, teniendo en cuenta el extraordinario caracter de su amigo. Y como autor oculto de ese matrimonio, descartaba la parte de responsabilidad que podía corresponderle.—¡Loco del dia-

blo!—exclamaba, mientras se metía en un coche de alquiler que había ido á buscar á la plaza Independencia.—Una cosa tan sencilla convertirla en suceso novelesco. ¡Parece mentira! ¿Qué le costaba á este zonzo haber negado?...Y en el caso de no poderlo hacer por falta de práctica en estas cosas, decir simplemente que tenía un hijo y lo protegía; pero nunca que mantenía relaciones con la madre!... ¡Qué estúpidos estos filósofos y moralistas y...pavos...porque este es el verdadero nombre, pavos!...Mire usted en nombre de qué principio es conveniente dar un escándalo semejante y renunciar á una mujer como Matilde y á una posición como la que había adquirido este muchacho!... ¡Qué bárbaros! Quieren hacer el bien, un bien que no sé donde está, y para lograr sus propósitos se envenenan la existencia y envenenan la de todos los que están á su alrededor!... ¡Imbéciles, mil veces imbéciles!—Y Felipe, furioso contra toda una clase que juzgaba representada por su amigo, gesticulaba dentro de su carruaje, sin alcanzar á distinguir á la de Hostwald, que en aquel momento se cruzaba con él, sonriéndose al verlo hablar sólo con tan inusitado entusiasmo.

Sin embargo, el joven creía haber llegado

á tiempo para arreglar satisfactoriamente las cosas, y cuando el coche se detuvo frente á la pequeña verja de la casita del Reducto, lo hizo aguardar en la convicción de que serviría para reintegrar el fugitivo á su hogar desconsolado.

Pronto, empero, pudo convencerse de la falacia de su optimismo.

En efecto, apenas penetró al interior de la casita, el espectáculo que se ofreció á su vista no era nada tranquilizador.

Reinaban allí la confusión y el desorden.

Sobre la cama de Josefina, arropado con una montaña de cobertores, yacía Rodolfo, que parecía dormir y soñar con algo muy extraordinario, pues á cada instante la violencia de sus sacudidas hacían crujir las maderas del lecho. Por otra parte, en un ángulo de la habitación, Rodolfito, á quién la dentición molestaba hacia días, chillaba como un loco, acometido de fuerte dolor de vientre. Y Josefina, con la cabeza trastornada, sin saber á quién atender primero, desatendía á los dos para preparar algunos remedios caseros que á pesar de su turbación se le había ocurrido.

La vieja criada había ido por segunda vez en busca de un médico, y no venía, así es que la pobre jóven no sabía qué determinación tomar en el momento que apareció Felipe.

—¡Ah, qué felicidad! — exclamó al ver el amigo de su amante. - Y en breves palabras, emocionada y anhelosa, contó lo que había ocurrido.

A eso de las ocho, cuando ella recién acababa de levantarse, debido á que el niño le había dado muy mala noche, se presentó Rodolfo con la cara extraviada, la mirada encendida y temblando como un azogado.

Ella lo había interrogado en el acto; pero por toda respuesta solo consiguió saber que tenía frio. No decía otra cosa. — Tengo frio tengo frio,—y esto mismo con voz entrecortada y fatigosa, rechinándole los dientes. Entonces, con el susto y la emoción consiguientes, lo había arropado en su camita y había mandado venir un médico, que recetó y se despidió hasta más tarde, sin poder decir lo que tenía.

—He tratado de darle el remedio; pero no hay forma de hacérselo tomar. Así es que he vuelto á mandar á doña Maria para decirle al Doctor que venga,—dijo la jóven acabando de narrar su breve historia.

El primer impulso de Felipe ante aquella imprevista serie de circunstancias que trastornaban todos sus planes, fué apoderarse de Rodolfo y transportarlo en el carruaje hasta

su casa, entregándolo al celo de Matilde, en cuyos brazos vendría á despertar de aquel letargo; pero al acercarse á su amigo y notar la excesiva fiebre que lo consumía, no se atrevió á dar un paso tan arriesgado, cargando con la tremenda responsabilidad que le cabría, si en el trayecto llegaba á sobrevenir algún accidente desgraciado. Desistió, pues, de su propósito, y se apresuró á dar los pasos necesarios para que el doctor Roca viniese en el acto y emitiese su opinión autorizada.

—¿Dónde hay un teléfono, por aquí?— preguntó á Josefina.

— En el almacén hay uno, y en la Estación creo que tienen los dos,—contestó la joven.

—Bueno, entonces voy á llamar al médico de Rodolfo, que ya conoce su temperamento, y vuelvo.—Y tomando su sombrero, salió rápidamente dirijiéndose al almacén que indicaba Josefina.

Aún era hora de consulta, así es que el doctor Roca se hallaba en casa y pudo contestar personalmente al llamado, prometiendo ir en el acto.

Felipe volvió, pues, junto á su amigo y sentóse á su cabecera para observarlo cuidadosamente en cuanto no llegaba el médico. Quería ver si descubría algún síntoma que indi-

case la enfermedad que podría haberle sobrevenido, no pudiendo conformarse con la idea de que, solo obedeciendo á causas morales, Rodolfo se encontrase en aquel estado.

—Parece mentira!—exclamaba al cabo de un rato, no encontrando otra explicación á la violenta fiebre de su amigo.—Decir que yo en su lugar hubiese tenido para cinco minutos de disgusto. Vivir así es ser una víctima! ¿Ó acaso gozará de la misma excesiva manera? Pero no puede ser, por que el placer se convertiría en dolor, una vez llegado á ese extremo!.... Es la cuestión aquella del suplicio de las cosquillas. Esta clase de seres debe de ser sumamente desgraciada, debe de dolerles los nervios á fuerza de estar estirados de esa manera brutal. Sufren una pequeña contrariedad; el dolor apreta las clavijas, y se enferman. Les dan un beso fuerte; tuerce las clavijas el placer y se desmayan... Vaya vaya con los hombres estos! La verdad es que son unos desequilibrados. Habría que hacerles cavar la tierra para armonizar un poco esas fuerzas, gastando el exceso de nerviosidad que tienen almacenado.— Y Felipe, sin poder contener sus burlas de hombre práctico, miraba, sin embargo, enternecido á su amigo, cuyo estado, á más

de inspirarle compasión, hubiese querido remediar en el acto.

La llegada de la criada de Josefina con el médico que había estado por la mañana, vino á poner término al curso de sus ideas.

El doctor entró, constató la elevada temperatura del enfermo y se extrañó mucho.

—¿No le han dado el medicamento que receté?—interrogó brevemente.

—No he podido hacérselo tomar,—contestó Josefina muy compungida.

—Ah, pues hay que dárselo aunque sea á la fuerza,—arguyó como quien hace un reproche.—¿Quiere tener la bondad de darme el frasco?—Y como la jóven se lo alcanzase, lo sacudió ligeramente, y después de mirar si conservaba la trasparencia, vertió una parte en la cuchara que le habían dado é intentó hacérselo beber al paciente. Pero éste se resistía á abrir la boca y apretaba los dientes haciéndolos rechinar con ruidos molestos. Viendo esto, Felipe fué en su ayuda, y oprimiéndole la nariz, consiguió que bebiese la poción.

Rodolfo, medio ahogado, tragó, abrió los ojos, miró á todos con aire asombrado, y después de murmurar algunas palabras confusas,

cayó de nuevo en el sopor que lo tenía postrado.

—¿Qué opina usted, doctor?—interrogó Felipe, apenas hubieron terminado aquella operación.

—No sé qué podrá resultar. Por ahora no veo más que una fiebre muy alta. Lo único que se puede hacer es tratar de disminuirla y esperar,—contestó el interpelado.—Lo que si,—continuó,—hay que dar este medicamento cada cuarto de hora, aunque el enfermo no quiera, y cuando la fiebre baje, que bajará seguramente, ir dilatando las horas de manera progresiva. Aquí le dejo este termómetro para que le tomen la temperatura un momento antes de darle el remedio, y por si acaso desminuye la fiebre rápidamente, suspéndanlo hasta que yo vuelva.—Y saludando cortesmente, fué á presenciar, en otro sitio, alguna otra análoga excena de sufrimiento.

Apenas salido el doctor, Josefina se acercó vivamente á Felipe para preguntarle si sabía algo de lo que podía haberle ocurrido á su amante.

—No. Lo ignoro,—contestó Mont, con disimulo. Y comprendiendo que tenía necesidad de explicar su presencia en aquel

sitio, añadió:—Yo vine casualmente, por un negocio de mucha urgencia que teníamos que arreglar hoy.

La jóven iba á insistir, dudando de la veracidad de todo aquello, cuando la llegada del carruaje del doctor Roca obligó á Felipe á salir á su encuentro.

—¿Qué sucede, qué sucede?—entró diciendo el antiguo condiscípulo de Valmar—¿A don Rodolfo le ha ocurrido algún accidente por estas alturas?

—Accidente, propiamente, no; pero algo muy parecido.—Y Felipe, guiando hacia el comedor á su médico y amigo, lo puso en breves palabras al corriente de los sucesos que turbaban la tranquilidad de la vida de Rodolfo. Se trataba de una cuestión grave y no se podía ocultar nada al médico.

Apenas hubo terminado, el Doctor, sin contestar palabra, entró en la habitación del enfermo y lo examinó atentamente.

Tomó el pulso, oyó el corazón, tocó la frente y después llamó dos ó tres veces al enfermo, para ver si estaba en su conocimiento. Pero éste se limitó á abrir nuevamente los ojos, balbuceando algunas palabras, y otra vez quedó aletargado.

—Pide agua,—dijo el doctor, y señalando

el frasco que contenía el medicamento, pidió la receta.—Debe ser antifibrina. Veamos las proporciones.—Y después de leer y aprobar con la cabeza:—Está bien,—dijo,—por ahora hay que seguir con esto hasta que la fiebre baje. Después veremos.

—¿Qué puede ser? interrogó Felipe, apenas hubieron salido del cuarto.

—Puede que quiera venir alguna congestión, y es lo que hay que evitar por que podría ser fatal ó dejarlo loco.

—¡Cáspita! ¡Con que calma lo dices!—no pudo menos de exclamar Felipe al oir el terrible diagnóstico.

—¡Ay, hijo, nosotros no tenemos más remedio que tener calma. No ves que siempre nos llaman donde los que más dosis tienen de ella, ya la han perdido!

—Tienes razón; lo que soy yo, no sería médico aun que me muriese de hambre.

—¡Quién sabe!—exclamó Roca mirando el vacío, como persiguiendo una visión pasagera.—Aunque finjamos indiferencia, sentimos; pero es otra clase de sentimiento el nuestro. Nuestro afán no es por la persona, sinó por la vida que tratamos de disputar á la muerte. Tenemos que hacer abstracción de todo sentimiento para conservar nuestra inde-

pendencia intelectual. De ahí esa aparente frialdad, esa pretendida indiferencia.

— Déjate de embromar, todos ustedes son escépticos!—exclamó Felipe, que lo oía con sonrisa irónica.

—Te engañas,—replicó el doctor Roca con calma.—El escepticismo no cabe en medicina. —Decirnos escépticos es como decirnos mercaderes. Si no ¿á qué ejercer la profesión sin fé en el éxito?.... No, no hay tal escepticismo. —añadió, animándose por grados.—La vida se corrije, la muerte se vence. Lo que hay es que, en la mayoría de los casos, nos llaman tarde, y aún así no cumplen fielmente nuestros preceptos. Tenemos toda la responsabilidad y una pequeña parte en la dirección.— Pero como notase que Felipe ya no lo oía, calló haciendo un jesto de desprecio.

Á propósito,—dijo Mont deteniéndolo.— ¿Podré llevarlo á su casa?

— No te lo aconsejo,—contestó el Doctor secamente.

— Ten en cuenta que se trata de una delicada cuestión de familia,—insistió Felipe.

— ¿No ves lo que te decía hace un instante? Te digo que nó, é insistes!

— Pero insisto porque se trata de algo muy grave.

— Aquí no hay más gravedad que el estado de Rodolfo. Si quieres á nuestro amigo, déjalo en paz y no te preocupes de cuestiones de familia.—Y dando media vuelta dirijióse á la puerta de salida.

Ya trasponían el umbral cuando sintieron la voz de Josefina que los llamaba angustiosamente. Volviendo sobre sus pasos, acudieron en el acto, y encontraron á ésta toda llorosa, contemplando á su pequeño hijito que se debatía en la cuna víctima de una convulsión violenta.

— Doctor! Doctor! Mi hijo se muere! — exclamaba la joven.

— No hay que asustarse, no hay que asustarse,—repetía Felipe, mientras Roca examinaba el niño en silencio.

— Quiere echar los dientes,—dijo al cabo de un rato. Esto no es nada, señora, son pequeñas convulsiones; pero no hay nada que temer, este niño es un torito.—Y sacando una cartera, arrancó una hoja y recetó. Luego, como el niño se había encalmado, mientras hacía esta operación, quiso verle la boca; pero el infante se resistió y empezó á chillar con todas sus fuerzas. Entonces, como quien coge una sustancia insensible, introdujo ambos pulgares entre las tiernas encías del pe-

queño, y lo obligó á enseñarlas bien abiertas á la luz.—¡Cáspita!—exclamó asombrado,—parece que quisieran salir todos á un mismo tiempo.

—¿Está grave, Doctor?—jimió, más bien que dijo la desconsolada madre.

—Á esta edad, todo es grave y nada es grave. Es grave por que la vida es muy tierna, y no es grave por que la naturaleza hace milagros con los que empiezan á vivir.—Y tras estas poco halagüeñas palabras, se marchó hacia fuera, mientras la madre, llorosa, cobijaba en su seno á su tierno hijo, como para evitar que se lo arrebatara una especie de fantasma negro, que acababa de pasar ante sus ojos aterrados.

Media hora después, aprovechando la llegada de Enriqueta, que había acudido por llamado de Josefina, Felipe corrió á casa de Matilde á comunicar lo que sucedía.

La joven lo esperaba anhelante por saber el resultado de sus gestiones, y apenas lo vió entrar sólo, sintió una emoción vivísima que ni siquiera le permitió interrogarlo. En cambio, la señora de Valmar fué la que habló por ella.

—¿Viene?—gritó en cuanto entró Felipe.

—No puede, está enfermo.

— Enfermo!--exclamaron casi á un tiempo las dos mujeres, íntimamente vinculadas al destino de Rodolfo, aunque por bien distintos lazos.

—No es nada, no es nada, contestó Mont,—comprendiendo la ansiedad de aquella pregunta. Está con mucha fiebre, pero no es de gravedad. Es la impresión y los nervios.—Y acto continuo narró todo lo acaecido, como así las disposiciones que había tomado, y la negativa del médico para dejarlo trasladar hasta allí.

Con tanto suceso y tantos contratiempos. Matilde estaba completamente aturdida: no sabía que pensar ni que hacer. Aquel último contraste venía á colmar la medida, pues destruía sus esperanzas de que la actitud de su marido permaneciera secreta. El escándalo iba á trascender, y á los ojos del mundo, de aquella sociedad que había despreciado, quedaría rebajado el concepto de Rodolfo, y ella reducida al ridículo ó á la compasión. No era ciertamente que esta clase de sentimientos imperase en ella, después de los acontecimientos que se venían produciendo en su vida; pero, unidos á estos, contribuían á profundizar la herida recientemente abierta en su corazón.

—¡Qué fatalidad!—exclamó cuando Felipe hubo concluido de narrar los hechos en que había sido actor.—No solo saberlo enfermo por mi causa, sinó que ni siquiera puedo estar á su lado, teniendo todos los derechos y sintiéndome impulsada á hacerlo.

—No, mi hijita, tú no puedes ni debes ir, pero queda tranquila, porque iré yo,—dijo la señora de Valmar, dispuesta á cumplir aquel deber que consideraba sagrado.

—Pero ¿qué explicación voy á dar á todo el que venga, para justificar esta enfermedad de Rodolfo en otra casa que no es la suya y á la que su mujer no puede ir?—argüia Matilde.

—Todo se puede arreglar;—interrumpió Felipe, que era el hombre de las soluciones.—Nadie sabe donde está Rodolfo, es facil, pues, decir que está de viaje por el interior, y que volverá en breves dias. Y luego, en cuanto puédamos traerlo, se dice que enfermó por el camino!

Aunque en medio de quejas y de lágrimas, aquel temperamento fué aceptado, y ese mismo día, á la noche, Felipe, acompañado de la madre de Rodolfo, para quien no podía existir ningún género de escrúpulo, tratándose de la vida de su hijo, se instalaban en un ca-

rruaje que había de conducirlos hasta la casita del Reducto.

La rapidez con que fué atendido Valmar, debido á la oportuna intervención de Felipe, conjuró en parte la congestión temida por el doctor Roca, y quince dias más tarde, el enfermo, rodeado de cuidados y de cariño, por su madre y por Josefina, pudo empezar á dejar el lecho por algunas horas, sentándose en un cómodo sillón frente á su ventana.

Sin embargo, su estado no dejaba de inspirar temores, y ya fuese por la enfermedad de Rodolfo, cuyas convulsiones se repetían cada dia con mayor frecuencia, ó bien por el estado de su espíritu que se manifestaba profundamente abatido, es el caso que la fiebre no lo abandonaba por completo, postrándolo muchas veces al caer la tarde, sobre todo cuando recibía alguna sensación demasiado fuerte.

Atento á esta sobrexcitación de su sistema nervioso, el doctor Roca había prohibido terminantemente que se le hablase de las causas de su enfermedad, presumiendo que cualquiera emoción, por insignificante que fuera, podía acarrear consecuencias funestas.

Había sido, pues, necesario callar. Felipe mismo, sin embargo de opinar que aquel si-

lencio era perjudicial para su amigo, sometido á la voluntad del médico, y no queriendo cargar con la responsabilidad de una desgracia, que luego achacarían á su precipitación, limitábase á tener á Matilde al corriente de la salud de su marido, consiguiendo de ella, á duras penas, que desistiese de ir á verlo, como lo hubiese hecho más de una vez, obedeciendo á los impulsos de su corazón, que le aconsejaban el desconocimiento de las fórmulas sociales que se lo impedían.

Por su parte, Rodolfo, apenas en posesión de sí mismo, extrañaba aquel silencio y se sentía herido por el aparente abandono de Matilde. Veía en ello una manifiesta prueba de desamor, y aunque con el propósito hecho de resistirle y negarse á unirse con ella, en el caso de que así lo hubiese deseado, la presencia de su mujer, ansiosa por reconquistarlo, ó por lo menos el eco de su amoroso llamado, llegando hasta él, hubiese sido un bálsamo de consolación para su alma dolorida. Aunque inconscientemente, Rodolfo esperaba algo de Matilde. En el fondo de su corazón no podía adaptarse á la idea de la indiferencia, por parte de aquella mujer amada, y que tan ardoroso apasionamiento le había demostrado, durante el dulce interregno de sus rela-

ciones íntimas. Había en él algo del padre que castiga á un hijo, y luego, quizá sin darse cuenta, espera anheloso una palabra para perdonarlo.

Pero la palabra no venía, y por más que el joven, sin atreverse á tocar aquel tema, interrogaba con la vista á su madre y á Felipe, solo encontraba el silencio por respuesta: un silencio cruel, helado, que aumentaba su profundo desaliento.

—¡Oh, si ella me quisiese ya estaría aquí!—pensaba.—El amor no reconoce vallas!—Y mientras borraba de sus ojos la huella de dos lágrimas furtivas, sentía una helada amargura, un vacío profundo, algo como una cruel sensación de desgarro interno, que le producía náuseas de la vida, perezosos deseos de morir.

Sin embargo, en medio de su mortal congoja, la creciente agravación de la enfermedad de su hijo lograba impresionarlo vivamente. Víctima del rompimiento repentino de todos sus afectos, convencido ahora de su indiferencia por Josefina, su exuberante afectividad se vinculába al pequeño, extremeciéndose de terror á la idea de su muerte, presintiendo que ella sería el último lazo de unión entre él y la vida.

Y el niño se agravaba, en efecto.

A pesar de haber sido llamado á tiempo, el doctor Roca se encontraba en presencia de un caso singular. Los dientes no salían, y las convulsiones se sucedían cada día con mayor rapidez, amenazando destruir aquel pequeño cuerpecito.

Dos consultas se habían verificado; pero el resultado había sido nulo. Mientras unos opinaban que debía prevenirse principalmente el ataque cerebral, otros objetaban que para obtener ese resultado había que debilitar al pequeño y tendría menos probabilidades de vencer sobre tan pertinaz dentición. Era una especie de círculo vicioso; si no se daba carbón á la máquina, podría encallar el barco, en cambio, si la presión aumentaba, era casi cierto que estallaría la caldera.

Y mientras tanto el niño se moría indefectiblemente, lleno de dolores, mortificado á cada instante por la administración de drogas detestables y todo género de curaciones incómodas.

No había días ni noches en aquella casa, ocupada toda en atender el pequeño enfermo.

Rodolfo, olvidado de sí mismo, seguía afanoso las faces de aquella lucha entre la vida y la muerte, asiéndose á la más debil espe-

ranza, con la desesperación de un náufrago á una tabla de salvación.

La vida del niño era constantemente comentada y todos sus actos inmediatamente interpretados como augurios, ora salvadores, ora fatales.

Una sonrisa devolvía la fé y hacía renacer, por un instante, la perdida calma; una gracia daba la seguridad absoluta de su salvación; pero, cuando por acaso el niño daba un suspiro, Rodolfo, desesperado, decía que aquello era una manifestación indudable de que su hijo adivinaba la muerte.

Y la adivinaba en efecto, pues, solo algunos días después, entregaba su alma en una violenta y postrera convulsión, en la que conseguía, aunque tarde, romper la espesa capa de carne que cubría sus dos hermosos incisivos.

Una vez muerto el pequeño, Felipe, que en el acto se encargó de correr con los trámites del entierro, aprovechó la oportunidad y fué á comunicarle á Matilde lo sucedido, ocurriéndosele que podía sacar partido, en beneficio de su amigo, de aquel luctuoso acontecimiento.

Su plan era aprovecharse del natural enternecimiento de Rodolfo y de su predis-

posición inconsciente á los efectos dramáticos, lanzando á su encuentro, de pronto, en el instante mismo de perder para siempre á su hijo, á la mujer de sus ensueños, ofertándole el consuelo de su amor, reforzado por su soberana cualidad de madre.

A tiempo se producían los hechos, pues, cuando Felipe entró en el palacete de la calle Soriano, encontró á Matilde que, resuelta á saltar por todo, se disponía á ir personalmente en busca de su marido.

—Yo no puedo soportar más esta vida de incertidumbre,—exclamó, apenas llegado Felipe.—Quiero saber lo que hay de verdad en el fondo de todo esto. Los médicos no pueden privar que una mujer esté al lado de su marido.

—Calma, calma, Matilde,—contestó el interpelado, haciendo gala de la suya, imperturbable.—Ahora más que nunca la necesitamos para salir airosos. Precisamente, teniendo en cuenta su legítima impaciencia, venía combinando una conspiración para terminar este asunto.—Y acto continuo, después de anunciar la muerte del hijo de Rodolfo, expuso su plan.

Como el entierro tendría lugar al día siguiente y el acompañamiento sería redu-

cido, una vez terminada la ceremonia, bajo pretexto de sustraer á su amigo á las enojosas manifestaciones de condolencia que pudieran hacerle, lo llevaría á caminar por la callejuela que corre entre el nuevo cementerio Inglés y el del Buceo. Entre tanto, Matilde, acompañada por la señora de Valmar, aguardaría oculta en algún recodo, y en el instante que Rodolfo estuviese bien próximo, saldría, y él y Matilde se confundirían uno en brazos del otro, echando al olvido lo pasado para no soñar sino con la felicidad del porvenir, que para ellos estaba henchido de promesas.

—En cuanto á Josefina,—añadió Felipe, concluyendo de desarrollar su plan, y comprendiendo que debía explícar sus propósitos con relación á la querida de Rodolfo,—la obligaremos á que dé un viajecito con los padres, si es que no prefieren darlo ustedes, que sería lo más conveniente.

El plan de Felipe mereció por completo la aprobación de Matilde, que ansiaba encontrarse, de una vez, dueña del amor de su marido; así es que, señalando las horas en que debían encontrarse, diéronse la extraña cita y se despidieron hasta el día siguiente augurándose un éxito lisonjero.

En cuanto salió Felipe, la joven entró en su dormitorio, y echándose sobre el amplio lecho, testigo diario de sus desfallecimientos y tristezas, acariciada por aquella nueva esperanza, comenzó á pensar en la época futura, cuando nuevamente adormecida en los brazos de su Rodolfo, meciese la dorada cuna del hijo de su amor.



CAPÍTULO XI

—Mira, Felipe, — decía Rodolfo, cuando después del entierro bajaba con su amigo por la calle que divide los dos cementerios. — Te voy á pedir un favor. Josefina tiene en su poder dos mil pesos, y desearía que tú se los manejaras. Ya sabes, son aquellos dos mil pesos que me cobraste los otros días. Los iba á devolver; pero he pensado que era mejor dárselos á esa pobre niña. Harás lo que te pido ¿verdad?

—Cómo no, hombre de Dios! ¡Pues vaya un servicio importante! — exclamó Felipe, mirando de soslayo á su amigo, como para penetrar el objeto que lo guiaba á dar semejantes disposiciones.

—¿Si querrá matarse este loco? — pensó

de improviso, al ver la expresión del rostro de Rodolfo.

Sus dudas no tardaron en confirmarse, cuando oyó que éste continuaba, como en sueños, haciendo su testamento.

—En un baul donde guardo mis papeles, hay una caja que contiene el retrato de Matilde y unas flores secas.... ¡Todas las flores que me dió en su vida!.... Se las devuelves y le dices que la he querido mucho y muy sinceramente; pero á ella sóla, no á su plata. En cuanto á mis papeles,—añadió tras una ligera pausa,—se los das á mi madre..... ¡Pobre madre!—exclamó emocionado. Y en el acto, queriendo tal vez ocultar su pensamiento, ó comprendiendo que había dicho demasiado, añadió:—Te hago todas estas recomendaciones porque me voy de aquí. No quiero ver más á Josefina, ni á Matilde, ni á nadie!

—¿Piensas viajar?—interrogó Felipe con ligero acento irónico.

—Sí, pienso viajar,—contestó Rodolfo sin notar la intención de las palabras de su amigo.—La vida aquí me sería insoportable.

Y en silencio, los dos amigos continuaron su camino, mientras Felipe esperaba con se-

creta alegría el proyectado encuentro que vendría á poner término á aquella sombría desventura.

—Ah ¿con que piensas matarte?—pensaba, contemplando á su amigo.—Esa es tu filosofía, esa es la manera de aplicar tus teorías á la vida. No, no lo harás. Estás en mis manos; tienes todo el aspecto de un Dios cojido por la nariz....Matarse, matarse!... Cómo si no amases la vida, inocente! Lo que tu quisieras matar serían tus desventuras, y ésas dentro de un instante van á desaparecer. Buena figura harías arrepintiéndote después de muerto, cuando supieses que Matilde te espera á pocos pasos de aquí para consolarte entre sus brazos!—Y comprendiendo la necesidad de preparar á su amigo para la hermosa sorpresa que iba á recibir, dijo con acento misterioso:

—¿Qué dirías si Matilde se nos apareciera de pronto, echándote los brazos?

Sorprendido Valmar por tan extraña salida, miró en torno suyo como para convencerse de la irrealidad de aquella visión que las palabras de su amigo le habían sujerido; pero reaccionando en el acto, contestò dejando vagar una helada sonrisa por su demacrado rostro:

—Los brazos que aún pueden abrirse para mí, en la tierra, no bastan con toda su ternura á ofrecerme el ansiado consuelo.

Solo me queda un recurso, el único á que pueden aspirar los que no han sabido comprender la vida.—Y empuñando su revólver, dió un rápido salto de costado y se descerrajó un balazo sobre la sien derecha, estampando contra la tapia del cementerio la masa de sus sesos, aún palpitante.

Al mismo tiempo, de dos pechos amorosos partió un grito desgarrador, horrible, que tal vez llegó á impresionar los oidos de Rodolfo, amargando ó deleitando su agonía, antes de irse á perder con el eco entre la soledad de las tumbas.



